3 1761 09545963 2

LS
M6378
.Yr

Rubió y Ors, Joaquín

Noticia de la vida y escritos
de D. Manuel Milá y Fontanals.

NOTICIA

DE LA

VIDA Y ESCRITOS

DE

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

QUE EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 10 DE ABRIL DE 1887,

DEDICADA POR LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Á HONRAR SU MEMORIA

LEYÓ

D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS,

PRESIDENTE DE LA MISMA, DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE ESTA UNIVERSIDAD,

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA,

Y DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS NACIONALES Y EXTRANJERAS.

BARCELONA.

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA.

Calle del Notariado, número 9, bajos.

1887.

NOTICIA

DE LA

VIDA Y ESCRITOS

DE

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS.

C. M. estimado amigo y distinguido compañero

D. Mariano Escardó

afectuoso recuerdo de

El autor

M6378
Tr

NOTICIA

DE LA

VIDA Y ESCRITOS

DE

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

QUE EN LA SESIÓN PÚBLICA DE 10 DE ABRIL DE 1887,

DEDICADA POR LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Á HONRAR SU MEMORIA

LEYÓ

D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS,

PRESIDENTE DE LA MISMA, DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE ESTA UNIVERSIDAD,
SOCIO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA,
Y DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS NACIONALES Y EXTRANJERAS.

323772
31. 1. 36.

BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA.
Calle del Notariado, número 9, bajos.
1887.

Señores:

RISTE caso es, y que aflige el ánimo, y corta las alas á todo generoso intento, y seca en flor la más alta aspiración que alimentar puede la humana inteligencia, cual es la de ver premiados por los que han de sobrevivirles los esfuerzos de todas clases que al logro de aquel objeto consagran por ventura su existencia cuantos se sienten con alientos bastantes para alcanzarlo; triste caso es, y en nuestro suelo por desgracia frecuentísimo, que en vez de poder abrigar esperanza alguna de que aquellos esfuerzos hallarán recompensa adecuada y digno premio en el respeto y veneración de sus contemporáneos, en el recuerdo y estimación de los venideros, tengan por el contrario que alimentar la casi certeza, aleccionados por la amarga experiencia de ajenos y repetidos ejemplos, de que será el olvido, tal vez el desprecio, y quien sabe si hasta la disfamación de sus actos, de valor cívico y de heroico sacrificio como ciudadanos, de caridad y abnegación como cristianos, como hombres de ciencias ó de letras de los más regalados y peregrinos frutos de su inteligencia, la corona de espinas con que, después de su muerte y de haber quizás mientras vivieron cubierto sus hombros con manto de gloria, serán galardonados aquellos sus generosos y soberanos esfuerzos.

Inspírame estas tristes reflexiones ver como, extinguidos

apenas los últimos ecos, cual los de concertada música que se va alejando, del ruído de los elogios que por algunos de sus más agradecidos discípulos y de sus más entusiastas admiradores se pronunciaron, á raíz de su muerte, sobre su sepulcro, para honrar la memoria del que fué preclaro y venerable presidente é inolvidable compañero nuestro en las tareas de nuestra querida Academia, y maestro doctísimo del mayor número de los que aquí se consagran hoy al estudio y al oficio de las bellas letras; del más conspicuo de nuestros críticos; en el conocimiento de las literaturas populares tal vez el más docto; sin género ninguno de duda en el de las lenguas de *oc* y de *oil* el primero, el Excmo. Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, en fin, ha sucedido á aquellos elogios un silencio no menos triste, si no mayor, que la soledad que rodea el fúnebre recinto donde se levanta su modestísimo sepulcro, únicamente interrumpida por la presencia de alguno que otro pariente ó amigo suyo que va á ofrecer á su espíritu el tributo de sus oraciones.

¿Será que deba cumplirse en él aquel hado tristísimo de la humana gloria, en tan breves cuanto por desgracia verdaderos rasgos por uno de nuestros modernos líricos descrito, y quizás no sin amargos, aunque disimulados presentimientos, recordado ya por uno de nuestros compañeros en ocasión semejante á la que hoy nos tiene aquí congregados, en estos hermosos versos:

Ayer grandeza y entusiasmo y ruido;
Hoy tributo de lágrimas; mañana
Hondo silencio y soledad y olvido?

¿Será que por mala ventura de quien tenía derecho á gozarla tan colmada como posible fuera para su fama y la de sus obras, haya para él llegado, después de la grandeza, y del entusiasmo y del ruido de ayer, el tristísimo mañana del silencio, de la soledad y del olvido? Milá lo temió; y no creo cometer ninguna indiscreción, ni faltar al respeto que yo acaso más que ningún otro de sus amigos estoy obligado á guardar á su memoria, revelándoos que puso cuanto de su parte pudo para evitarlo.

Ahora fuese porque durante su vida hubiese sufrido en su amor propio heridas, tanto más dolorosas cuanto creía tener

más motivos para verse halagado en él, y cuanto realmente más lo había sido por propios y extraños: ahora porque opinase, y no sin fundamento, atendida la índole especial de sus trabajos literarios, de más solidez que brillo, propios más para el estudio y la enseñanza hasta de personas doctas que para entretenimiento y solaz de la generalidad de las gentes, que parte, y no escasa, de la reputación que entre la muchedumbre de los que se llamaban admiradores suyos disfrutaba, fundábase más que en el suyo propio, en el parecer ajeno, y que no sabían de aquellos sus trabajos más de lo que de ellos habían oído decir á los que los habían leído: ahora sospechase que aun esa misma reputación, de suyo poco halagüeña, de que gozaba, sobre todo en los postreros años de su vida, había de ir menguando, á manera de luz crepuscular, en cuanto llegase aquélla á su ocaso: ya en suma porque al pasear su mirada por su derredor hubiese echado de ver ser cosa harto común volver las muchedumbres la espalda al hombre verdaderamente docto, pero modesto, y levantar pedestales y quemar incienso á literatos hueros y de ligera ó ninguna cultura; tener en poca estima á los que, creando menos, saben estampar el sello del genio en sus escasas pero bien meditadas producciones, y levantar en cambio sobre las nubes á los que más cuidan de producir frutos en abundancia que de que sean éstos nutritivos y sanos; Milá que tenía conciencia de lo que valía, y que por otra parte conservaba en su vejez ilusiones de gloria, cual pudo en sus juveniles años abrigarlas, sentía flaquearle el ánimo para llevar á feliz término las obras que tenía desde tiempo antes proyectadas, ó para emprenderlas nuevas, ante el temor de que ni aun de las que hasta entonces había dado á la imprenta, con ser tenidas en excepcional estimá dentro y fuera de España, duraría acaso su fama más de lo que su existencia durase.

Porque nuestro amigo,—y por qué no decirlo, ya que, si como defecto hubiese de considerarse, lo sería tan sólo de varones de superior entendimiento?—mientras vivió, y especialmente en los últimos años de su vida, que fueron sin duda los más fecundos en sazonados frutos, preocupábase no poco en su fama póstuma, y á su logro, más que al de los aplausos de sus contemporáneos, aspiraba, cual al más alto galardón, cual á la más

preciada corona que alcanzar pudiesen sus producciones. Sin conocer la envidia, enfermedad y carcoma de las almas ruines, y por lo tanto sin que,—cual á Temístocles los laureles por Milcíades en Maratón cosechados,—le trajesen desvelado los que ceñían otras frentes, mucho menos que la suya merecedoras de ellos, hubiera visto con placer y como anticipado y feliz anuncio de que no habían de faltarle los aplausos de las futuras generaciones, que se mostrasen con él más pródigos de ellos sus coetáneos.

Más de una vez en nuestras conversaciones íntimas, con ocasión de revelarme,—con la delicadeza y el encogimiento cual de niño que se ruboriza al revelar á un hermano suyo una ligera falta que no osa, atado por el respecto, confesar á su amorosa madre,—que creía notar cierta indiferencia y frialdad en parte del público respecto de sus obras, parecióme haber sorprendido el secreto, que jamás pensé que llegase á revelar á mí, ni á nadie, y que, á ser posible, hubiera ocultado á sí mismo, de lo mucho que aquella idea le preocupaba. Por lo cual no me sorprendió la noticia que llegó á mí á los pocos días de su fallecimiento, y que no tardó en divulgarse entre sus demás amigos, que había poco antes de morir dado el encargo de escribir su necrología al que había sido su más estimado discípulo, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el joven autor de la *Ciencia Española*, de los *Heterodoxos españoles* y de la *Historia* en nuestro país *de las ideas estéticas;* verdaderos tesoros de no menos pasmosa erudición que de sana y honda doctrina filosófica, que si sorprenderían como obras de alguno de los más eximios pensadores y de los más galanos y castizos hablistas de los áureos siglos de nuestra historia literaria, causan espanto, y no pueden menos de ser tenidas por maravillas cual producto de la inteligencia, las dos primeras, de quien pisaba apenas los umbrales de la juventud; de la de un mozo de veinte y nueve años, la última. Ésta fué dedicada á Milá por medio de aquel tan conocido verso del Dante:

Tu duca, tu signore e tu maestro.

Tan halagado y enaltecido se sintió nuestro amigo por tan hon-

rosa dedicatoria (1), que no se recataba de decir, que holgábase más con ella que con cuantos honores y distinciones había durante toda su vida recibido.

Del gusto con que recibiría Menéndez aquel delicadísimo encargo, por el cual y por el solo hecho de confiárselo, daba aquél claro testimonio de que le ponía por cima de cuantos críticos honran hoy nuestro suelo, son evidente prueba aquellas líneas que los que conocéis su obra de *Horacio en España* habréis leído en el tomo segundo de la misma, donde, hablando de nuestro antiguo compañero, escribe: «que no siendo posible reducir á breves términos la figura literaria de Milá, se reserva hablar de él en un libro en el cual exponga largamente su vida de crítico, de investigador y de profesor, austera y laboriosa cual otra ninguna de nuestros dias;» como son segurísima garantía del feliz acierto con que realizará este su propósito, amén de las soberanas dotes de su maravilloso ingenio, el profundo y detenido estudio que de todas las obras de Milá tiene hecho; el serle conocidas cuantas producciones, así impresas como inéditas, han brotado de la pluma de éste; y el cariño de artista, en suma, igual por lo menos, si no superior al que haya puesto en la composición del más querido de los temas por él tratados, con que,—no lo dudéis,—escribirá aquel libro, donde á la vez que como escritor podrá hacer alarde de su poderosa inteligencia, recto criterio, clara intuición y vasto saber en cuantas literarias disciplinas sobresalió el que fué su maestro, cual cariñoso y agradecido discípulo podrá ofrecer á su memoria los más entusiastas testimonios del acendrado cariño, del respeto profundo, de la casi religiosa veneración que bajo aquel concepto le ha conservado siempre desde que, niño aún, tuvo la dicha,—que por tal la considera,—de asistir á sus lecciones.

---

(1) Está concebida en los siguientes términos:

Al Excmo. Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, catedrático insigne de Estética y Literatura general en la Universidad de Barcelona,

Dedica este libro, como recuerdo de los días en que recibió su docta enseñanza

Marcelino Menéndez y Pelayo.

Tu duca, etc.

DANTE: Infierno, canto II.

Inspiración feliz de nuestro querido amigo la de poner sus destinos aquí bajo de ultra-tumba,—si vale llamar así á los que dicen relación con la fama póstuma,—en tales manos. Sin pecar de inmodesto, podía Milá estar cierto de haber con sus obras levantado un monumento más que los de bronce duradero, á par que á su memoria, á la gloria de las letras patrias; pero también podía, sin pasar plaza de desconfiado, temer,—y hace poco os revelé cuánto ese temor le preocupaba,—que atendida la índole especial de aquellas obras, pasasen, no ya tan sólo las indoctas muchedumbres, sino hasta gentes tenidas por de no escasa cultura literaria, por el lado de dicho monumento, á costa de tantos desvelos erigido, sin darle más valor que el que la ruda plebe de nuestras ciudades da, al pasar por delante de ellos, á los gigantescos monumentos arquitectónicos que son á la vez que perenne recuerdo de sus antiguas grandezas y poderío, sus ornamentos y joyas más preciadas. Conveníale por lo tanto fiar á quien tuviese la certeza de que sus producciones pasarían á la posteridad,—y Menéndez debe tenerla,—el cuidado de llamar sobre él la atención de las generaciones futuras. Sin menoscabo de la esplendente aureola de gloria que ha de ceñir un día la privilegiada frente del autor de *Los Heterodoxos españoles*, de la *Historia de las ideas estéticas en España*, y de las que, cual de inagotable fuente, brotan todos los años, y brotarán de ella, si se digna Dios multiplicárselos para honra suya y de las letras españolas; sin menoscabo, repito, antes con aumento de sus fulgentes rayos, podrá iluminar,—y sin género alguno de duda iluminará con ellos,—el susodicho monumento por su docto maestro construído; y al escribir la última página del libro en que por maravilloso modo verifique el maridaje, ó por mejor decir, la fusión de su gloria en la gloria de aquél, podrá grabar en ella en son de profecía, y no en forma dubitativa, cual lo hizo en el final de su inspirada oda á Cabanyes,

> Oh! sí: en tu honor más durará mi canto
> Que mármoles y bronces!

Desechemos por lo tanto todo temor de que, ingratos los que hoy viven y olvidadizos los que en pos de nosotros ven-

drán con quien por más de un tercio de siglo fué honra de su patria, ornamento de las letras españolas y orgullo de las catalanas, dejen perecer la memoria de su preclaro nombre. Huélgome en creerlo y no dudo en afirmarlo: nuestro antiguo presidente, el laborioso compañero en nuestras tareas académicas tiene asegurada la inmortalidad. Mas aunque así lo crea, aunque abriguemos todos firmísima confianza de que así será, no por eso, ni los que fueron sus discípulos, ni los que fuimos sus amigos y admiradores, y menos que unos y otros esta nuestra Corporación ilustre que se envanece en haberle contado por espacio de cerca cuarenta años en el número de sus más eximios socios, y á la cual tan repetidas veces ofreció los más regalados frutos de su fecundo ingenio, nos hemos de considerar dispensados, antes hemos de creernos más atados á pagar el tributo de nuestro afecto al amigo, de nuestro agradecimiento al maestro, al docto escritor de nuestra admiración y respeto. Cuanto sobre más elevado pedestal ofrezca Menéndez á la veneración de las futuras generaciones la gran *figura literaria de Milá;* cuanto con más diestro cincel logre esculpir el venerable busto de su querido maestro, mayor ha de ser el deber de los que en vida, particulares y corporaciones, le honraron por su saber y sus virtudes y se envanecieron de contarle entre sus miembros, de poner al pie del monumento por él mismo y por su agradecido discípulo erigido á su memoria sus respetuosas ofrendas de amor y de veneración; más obligados han de creerse á rendirle aquellos tributos de alabanza, que si, como en la ocasión presente, son merecidos, ya que no de den inmortal renombre, contribuyen por eficacísima manera á divulgarlo, y son preclaro testimonio de que era acreedor á ellos aquel en cuya honra se ofrecen.

Grato deber que á todos obliga, y que obliga más que á todos, y no lo toméis á exageración, Señores, como particulares á los que, fuimos sus amigos y compañeros de Academia; como corporación, más que á ninguna otra, á este Real Cuerpo literario que, después de haberle tenido por presidente efectivo por espacio de diez y siete años, ó sea hasta que por falta de salud tuvo á bien jubilarse, creyó hacer un acto de gratitud á par que de justicia, enalteciéndole con el título, hasta entonces

á ningún otro académico otorgado, de Presidente honorario. Así lo reconocisteis todos, mis dignos consocios: y si como fué nuestra querida Academia la primera en reconocer que debía á Milá el público y solemne homenaje de agradecimiento y veneración que hoy le tributa, no fué también la primera en ofrecérselo, no á que, hasta ahincadamente, no lo desease, sino á causas ajenas á su voluntad, y en que entraron por algo escrúpulos míos, debéis, Señores, atribuirlo. Vencidos en fin éstos por vosotros, y tomando en cuenta el doble título, con que me honro, de haber sido el más antiguo de los amigos de aquél, y de haberle sucedido, gracias á vuestro excesiva indulgencia para conmigo, en la presidencia de este ilustre Cuerpo, os dignasteis distinguirme con el dificilísimo encargo de, en nombre vuestro y en representación de nuestra querida Academia, ofrecer aquel homenaje á la memoria de su antiguo presidente.

Aceptado por mí, por aquel doble título, hubé sin embargo de sentirme abrumado bajo el peso de la tarea que sobre mis flacos hombros echabais, es á saber, por el temor de que no acertara á llevar la voz, tan á satisfacción de esta Academia, como tiene derecho á exigirlo; de esta Academia hacia la cual, en vez de menguar en lo más mínimo, ha crecido, en los cuarenta y cinco años que llevo de pertenecer á ella, el respeto que me mereció desde que, siendo aún casi niño, se dignó abrirme sus puertas; y por el de tener que escribir de quien por ocupar, respecto de algunas de las disciplinas que cultivó, el primer puesto entre los literatos españoles, y ser en otras no inferior á ninguno de ellos; por reconocerle Cataluña como el más eximio en humanas letras entre sus cultivadores, y por haber sido en varias de las épocas de su vida uno de los más autorizados representantes de las diversas tendencias y evoluciones literarias que por espacio de más de medio siglo se han sucedido en nuestro país, ha de parecer unas veces que, atento más á las sugestiones de la amistad que á las exigencias de la crítica, llevo su loa más allá de los términos de lo justo; otras que, por querer dar á conocer con sobrada exactitud los rasgos característicos de su fisonomía como literato, doy importancia excesiva á pormenores que por ventura no lo tienen; otras, en

suma, que por pretender evocar recuerdos de cosas y hechos en que tuve alguna parte,—defecto común á los que peinamos canas y nos recreamos en los recuerdos de nuestra juventud,—ni he sabido irme á la mano en la reseña histórica de una época literaria que no fué la en que más sobresale, con haber hecho en ella importante papel, la figura de nuestro amigo; ni he sabido abstenerme de dar á conocer producciones suyas, que por ser frutos primerizos de sus juveniles años, deseaba aquél que no saliesen del olvido en que yacían. En honra vuestra,—puesto que llevo vuestra representación,—procuraré, y confío lograrlo, desvanecer en ocasión oportuna esos y otros cargos que puedan acaso dirigírseme. Causa serán de ello, si no lo alcanzo, lo limitado de mi ingenio y lo arduo del empeño en que me pusisteis; y en este caso supla vuestra indulgencia aquel defecto, y enmiende vuestra inteligencia las faltas y errores en que en su realización incurra.

De una familia de más que mediana fortuna y de antiquísimo abolengo, ya que no sin fundamento podía hacer remontar su origen hasta el siglo XIV; en la cual eran hereditarias las virtudes cristianas, amén de las que forman como el carácter distintivo y la especial fisonomía de las casas solariegas catalanas, y que pasó á establecerse, en época que no es posible fijar, en un lugarejo llamado Ferrán,—de donde el apellido Milá de Ferrán con que era conocida,—nació el 4 de Mayo de 1818 nuestro amigo, en Villafranca del Panadés, á donde algunos años antes habían ido á ampararse, como de abrigo más seguro, sus padres, huyendo de los estragos en haciendas y vidas de que eran frecuente teatro y víctimas durante la guerra por nuestra independencia los lugares abiertos á las huestes invasoras.

Tranquilos hubieron de correr en aquella hermosa y sosegada villa los días de la infancia de Milá, no sin que bajo la educación de su padre, persona de fantasía más viva, de más exaltados sentimientos y de mayor cultura de la que era en aquellas calendas común á las de su clase, y con el trato de su hermano D. Pablo, en quien parece haber sido innato el amor

á la bellas artes, desenvolviéranse por fortuna por rápida manera las felices disposiciones de su precoz inteligencia, y nacieran en él las primeras aficiones á las letras, especialmente á la poesía escénica, y hasta llegara á familiarizarse con los nombres de nuestros más insignes dramáticos y con los títulos de sus más famosas producciones; ya que en dicha población habíase fundado, favorecido en parte por su padre, un reducido escenario donde se representaban por aficionados de la misma, así los detestables engendros de los Conchas, Valladares y Comellas, todavía en aquellos tiempos no del todo desterrados de la española escena, como las inspiradas concepciones de los soberanos ingenios, honor y gloria de nuestro antiguo teatro nacional, que de nuevo, y á pesar de los esfuerzos de los imitadores del seudo-clásico teatro francés para impedírselo, volvían á enseñorearse de ella.

Las agitaciones políticas,—preludios de graves discordias y hasta temprano anuncio de las intestinas guerras que no debían tardar en turbar seriamente la apenas restablecida paz de los pueblos,—que traían divididos y acalorados los ánimos desde que se hicieron los primeros ensayos de las modernas ideas liberales, al calor de los principios de la revolución francesa engendrados, y traídos aquí y divulgados por los autores de la constitución gaditana, y que fueron seguidas de desaforadas reacciones que amenazaban nuevas mudanzas y atropellos en un porvenir no muy lejano: aquellas agitaciones por una parte, y por otra el deseo en los padres de D. Pablo y de D. Manuel de dar á éstos más esmerada y extensa educación, y de abrir á sus precoces aficiones artísticas y literarias y á las aspiraciones que, á no tardar, debían éstas engendrar en ellos, horizontes más dilatados que los en que podían espaciarse en la capital del Panadés, hubieron de determinar á aquéllos á trasladar su domicilio á la del Principado, donde abundaban los medios para poder dar á los dos hermanos enseñanza adecuada á sus aficiones, y en la cual podían éstos encontrar los estímulos que debían despertar en ellos sus especiales vocaciones y allanarles el camino de realizarlas.

Milá fué llevado por su padre á la escuela, que lo era á la sazón de primeras letras, de D. José Carreras, padre de D. Car-

los, fundador del colegio de este nombre, recientemente abierta en esta ciudad, y que gozaba ya de merecida fama entre las mejores de igual clase. Allí, á los ocho ó nueve años de nuestra edad, pues sólo en tres meses me aventajaba Milá en ésta, nació entre él y yo una amistad tan íntima como cabe serlo en los albores de la vida, y que en vez de menguar fué por el contrario, y por suerte mía, creciendo con el tiempo. Desde entonces,—y á pesar de haber vivido separados algunas temporadas por la distancia, jamás por el afecto,—tan hermanados han marchado nuestros destinos, que al trazar la necrología de mi amigo, en cuanto descienda á ciertos pormenores, necesarios á mi ver para mejor caracterizar su fisonomía literaria, me ha de parecer, más aún esta vez que cuando escribí la de Roca y Cornet, que estoy bosquejando anticipadamente la mía.

Juntos estudiamos en dicha escuela dos años de latín bajo la dirección de D. Manuel Casamada, religioso exclaustrado, que con tratarnos á todos sus discípulos con afecto y familiaridad como de padre, distinguió siempre á Milá con especial cariño. Los que sabéis de cuán privilegiada memoria estaba éste dotado, adivinaréis cuán rápidos hubieron de ser sus adelantos en el estudio de la lengua de Virgilio y de Horacio,—autor éste favorito suyo desde sus casi infantiles años,—y en cuyo conocimiento acabó de perfeccionarse cuando más adelante, y desde la escuela de Carreras, pasó á terminar el estudio de aquel idioma, ó por mejor decir, á completarlo con el de retórica y poética, asignaturas á las cuales mostró inclinación especial,—anuncio anticipado del amor con que debía más tarde profesarlas,—bajo la celosa é inteligente enseñanza de los Padres de las Escuelas Pías. De los progresos que en aquellas enseñanzas hizo nuestro amigo, como igualmente de sus felices y precoces disposiciones para su estudio, son evidente testimonio, además de la justa fama que de experto latinista entre los que le tratamos gozaba, el hecho de que en 1832, y á los 14 años de su edad, se le diera el encargo de componer y pronunciar la oración latina con que se solía entonces poner término al segundo período de la enseñanza. Por desgracia hacía ya algún tiempo que el temprano desenvolvimiento de su inteligencia y el creci-

miento rápido de su cuerpo no guardaban armonía con el desarrollo de sus fuerzas físicas; y tanto llegó á aumentar el desequilibrio entre éstas y aquéllas, que hubo su familia de temer por su existencia. Alto, delgado, anémico el semblante, de color de cera el del cutis, flojos y desmayados sus movimientos, parecía, apenas permanecía de pie breves momentos, que iba á doblegarse, cual frágil caña al más ligero soplo del viento, al peso de la fatiga que aquella postura le causaba. De ahí que, considerando lo ventajoso que podría ser á su delicada naturaleza un cambio de método de vida y de aires, le enviasen sus padres, por consejo de su médico, á Cervera, donde á la vez que se restauraran sus fuerzas, pudiera en su entonces famosísima Universidad concluir, sin condenar á su espíritu á más trabajo que el que pudiese buenamente soportar, sus estudios de Filosofía y dar principio á los de Derecho.

Con establecer en el año 1835 en esta ciudad el Gobierno los llamados Estudios generales, á cuya prudente y provechosa resolución siguió tras breve espacio de tiempo la de trasladar á ella la Universidad cerveriense,—medida ésta no tan sólo discreta y ventajosa, sí que también necesaria, ya que la guerra civil, que estragaba entonces las comarcas catalanas, hacía que fuese poco menos que imposible que acudiese á las aulas de aquella escuela la estudiosa juventud de nuestras ciudades,—pudo Milá, casi del todo restablecida su salud, proseguir aquí sus estudios. Otra vez volvimos á encontrarnos en los bancos de nuestra moderna Universidad, alguna vez cursando las mismas asignaturas, hasta terminar juntos nuestras carreras en 1841. En el tiempo que duraron nuestros estudios de Derecho, al antiguo cariño de infancia, acrecido con los nuevos lazos de compañerismo escolar, unióse el más estrecho, y si cabe decirlo así, más acendrado, ó sea el alimentado al calor de nuestras comunes aficiones literarias, en él nacidas desde que en el curso de retórica y poética empezó á sentir y á saborear los primores de los clásicos latinos y se le despertó el deseo de imitarlos; engendradas en mí un poco más tarde al vivificante calor de su ejemplo y enardecidas por el poderoso estímulo del movimiento literario, que con creciente empuje y con el nombre ya por todos usado, aunque por pocos en aquella hora con

exactitud definido, de romanticismo, iba señoreándose del campo de las letras; en el cual andaban ya metidos no pocos de mis amigos, y donde no era Milá de los que menos autoridad gozaba.

Ya antes de ahora en dos ocasiones distintas,—con la de escribir, también por encargo vuestro, la necrología del que fué nuestro compañero D. Joaquín Roca y Cornet, la primera; la segunda con la de bosquejar la historia del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas, y defender contra quien se había arrojado á negarla, la prioridad del mismo respecto del de las modernas poesías y dialectos lenguadocianos,—creí deber hacer algunas ligeras indicaciones acerca de aquel movimiento literario, respecto á la parte que en él tomó nuestra ciudad, que llegó á ser uno de los centros, y no de los menos notables, del mismo en España.

Mas si en uno y otro caso bastaron á mi propósito aquellas brevísimas indicaciones y someras noticias relativas principalmente á la parte externa, por decirlo así, de aquel movimiento, tan sólo á medias dejaría realizado el en que ahora debo ocuparme,—cual es señalar, hasta donde sea dable hacerlo, la influencia que en el despertamiento y desarrollo del ingenio de nuestro amigo y en el ulterior rumbo que tomaron sus aficiones y estudios literarios hubo aquél de ejercer, y la que á su vez ejerció él en la marcha y en el carácter más práctico y menos arrebatado que tomó aquí el susodicho movimiento,—si, insistiendo de nuevo en aquel tema, no añadiera algunos datos más, si no tan extensos y tan peregrinos como su importancia y lo poco que ha sido hasta ahora aquí tratado lo reclaman, lo suficiente sin embargo para bosquejar bajo aquel doble concepto la fisonomía literaria de Milá en la época que, ya que no sea la más importante de su vida, es la que tiene, á mi parecer,—que espero que será también el vuestro,—más capital interés por ser la menos conocida.

No es preciso haber penetrado muy adentro en los estudios literarios para saber dónde y en qué punto y hora empezó el

llamado romanticismo, y con él, y en gran parte por no haberse acertado á fijar el valor de este vocablo, la lucha que trajo por espacio casi de medio siglo divididos y acalorados los ánimos, y que con nuevos nombres, es á saber, los de realismo é idealismo, dura aún y es de temer que se prolongará todavía mucho tiempo: lucha que con ser en el fondo, como muy atinadamente observa Pictet, mera cuestión estética; por haber mezclado en ella intereses de muy opuesta índole, cuales son las susceptibilidades, unos del amor propio nacional, sus preocupaciones individuales éstos, aquéllos sus opiniones políticas, no pocos sus prevenciones antireligiosas, suscitó antagonismos, fué ocasión de contradicciones, dispertó recelos, y en suma, y para mayor daño de la escuela causa de tanto ruído, dió lugar á exageraciones que la ponían en ridículo ó la convertían en piedra de escándalo á los ojos de muchos, que hubieran por ventura abrazado sus principios y hasta en ellos inspirádose en las producciones de su ingenio, á no habérsela sacado del terreno del arte.

Del renacimiento clásico, que á fines de la décima quinta centuria y principios de la siguiente vino á detener del todo en todo en algunas naciones; á imprimir en otras distinto rumbo del que llevaba el arte original y cristiano de los siglos medio-evales, llegóse en casi todos los pueblos de Europa,—en Inglaterra y en España no tanto como en otros,—con más ó menos resistencias en algunos géneros,—en el bucólico por exagerada manera,—á una falsa imitación de la antigüedad: la cual, sobre todo en Francia, gracias al prestigio de algunos de sus más eximios escritores y de varias producciones que fueron tenidas por obras maestras del humano ingenio; gracias á cierta como soberana grandeza que sobre cuantos elementos constituían la vida de aquel gran pueblo, y por especial manera sobre sus artes y sus letras, irradiaba, si vale decirlo así, la augusta frente de Luís XIV, no tan sólo llegó á constituir escuela, sino que, á pesar de su convencionalismo y de hallarse en abierta contradicción con las creencias, sentimientos y recuerdos históricos de las modernas sociedades, ejerció poderosa influencia unas veces, las más de ellas casi absoluto dominio sobre las literaturas de los demás pueblos.

Difícil, si no imposible, parecería hoy darse razón de cómo pudo la literatura neo-clásica francesa llegar á alcanzar tan soberano imperio sobre aquéllas, á no estar dispuestas á aceptarlo. Permitidme sin embargo que para daros una más clara explicación de este hecho, que presenta todos los caracteres de un enigma literario, no fácil de ser, sin anterior preparación, descifrado, ceda la palabra al ya citado Pictet, quien en sus estudios estéticos ha tratado la cuestión que nos ocupa con un conocimiento de la materia y una claridad de expresión, cual raras veces se encuentran en otras de esa clase.

«Mientras que la Europa literaria y docta, dice, ocupóse exclusivamente en el estudio de la antigüedad clásica y de las imitaciones, más ó menos afortunadas, que de sus obras habían ensayado los modernos, no pudo tomar por norma de sus juicios más que el tipo con tanto acierto creado por los antiguos. Verdad es que durante los tiempos medios y antes que hubiese el arte clásico alcanzado aquel superior predominio, no pocos pueblos europeos habían ofrecido desarrollos completamente espontáneos de poemas nacionales; pero esos primerizos ensayos habían caído en el olvido, ó no vivían más que en la tradición popular, ignorada ésta ó despreciada por los poetas cultos. De esta suerte los varones dotados de mayor ingenio y cuyas obras son orgullo de la Europa moderna, halláronse colocados, desde el renacimiento de las letras, entre dos opuestas influencias. El sentimiento instintivo del arte y la necesidad de un fondo substancial, dotado de vida y de una forma apropiada á dicho fondo, les llevaban de un lado á poner sus creaciones en relación con el mundo moderno y con las nuevas formas de las poesías naturales, mientras que, por el lado opuesto, la autoridad de que gozaban las doctrinas clásicas y el culto entusiasta que á la antigüedad se tributaba, les arrastraban á la imitación de las viejas formas, y á inspirarse directamente en las tradiciones, ideas y creencias del paganismo...

«Por tal manera colocada la crítica, hasta fines de la pasada centuria, entre las obras maestras del ingenio antiguo, de las cuales hacía regla absoluta de lo bello, y las creaciones del moderno, más ó menos sujeto á las influencias de la imitación, no daba valor alguno á las últimas, sino en cuanto se

asemejaban á las primeras. Todo cuanto en las modernas poesías era espontáneo producto de individuales energías, pasaba á los ojos de la crítica cual si no lo fuese del arte propiamente tal. Aveníase á lo más á reconocer en ello algunos rasgos felices de naturalidad, ó ráfagas de genio que se abrían camino á través de la rudeza de las formas; mientras que reservaba sus encomios y sus estímulos para el arte reflexivo; para el trabajo de la forma según la regla tradicional y con casi soberana autoridad impuesta. Por este camino llevaba á aquélla á divorciar elementos cuya íntima unión es la primera condición de lo bello; es á saber, la idea y la forma; la potencia que crea y la reflexión que dispone y coordina; y todo esto, sin sospechar siquiera que por tales procedimientos privaba al arte moderno del principio mismo, gracias al cual habíase encumbrado tanto el arte antiguo (1).»

En este estado, que casi me atrevería á llamar de servidumbre, por lo subordinada que estaba á las ideas á la sazón dominantes; que hacía más ruda á par que más injustificada el predominio que en las inteligencias ejercía el pseudo-clasicismo francés; en este estado hallábase la crítica literaria cuando Alemania, en el entusiasmo de un admirable despertamiento poético y literario, levantóse resuelta y con alientos sobrados para romper el yugo que pretendía imponerle la pedantesca escuela de Gottsched, la cual, siguiendo las huellas de aquella otra falsa escuela, y predicando la imitación de la imitación, amenazaba ahogar bajo su manto de plomo el genio germánico. Declaróse una reacción viva y rápida á la vez, gracias á una polémica victoriosa y á un poderoso arranque de creadora fecundidad. Figuran en la historia de aquella gloriosa reacción todos los nombres célebres que han ilustrado Alemania, en la crítica desde Lessing hasta los dos Schlegel; desde Klopstoch hasta Gœthe en la poesía.

El movimiento por aquella reacción provocado allí, no desautorizado por ridículas exageraciones, ni contrariado por inútiles resistencias, ya porque no salió de los términos de la

---

(1) Adolfo Pictet, *Du Beau dans la nature, l'art et la poesie*, págs. 285 y siguientes.

ciencia de lo bello, puesto que como cuestión puramente literaria se consideró que sólo por ella debía resolverse, ya porque no poseyendo todavía Alemania una literatura propiamente suya, no se hallaba atada por amor propio nacional á ninguna forma especial del arte y de la poesía,—dado que las producciones germánicas de la edad media no se dieron á luz hasta más tarde;—aquel movimiento por el cual se abrían al humano ingenio nuevos y más dilatados horizontes y á la crítica nuevos puntos de vista, con cánones hasta entonces no conocidos para juzgar las producciones de aquél, ora fueran fruto de la imitación de otras literaturas,—no exclusivamente de las clásicas, —ora resultado espontáneo de su instinto artístico; aquel movimiento propagóse con rapidez asombrosa, atendidas las circunstancias políticas por que atravesaba en aquel punto Europa, primero á las naciones más cercanas á Alemania y que estaban unidas á ella por simpatía de raza ó por lazos políticos ó religiosos; después á las que se hallaban más allá de los confines de su influencia.

Si como bandera de guerra en cuyos pliegues llevaba escrito,—ó cuando menos se pudo creer por muchos que se leía en ella,—el lema de emancipación literaria, fué con calor abrazada por los jóvenes dotados de algún instinto poético, que creyeron ser cosa fácil cosechar abundantes laureles á la sombra de aquéllos; si como escuela literaria pudo ganarse las simpatías y atraerse las inteligencias de personas doctas y de literatos encanecidos en el ejercicio de las letras, por lo racional de sus teorías estéticas, y porque venían éstas apoyadas en la autoridad de críticos de tan esclarecida fama como los citados Lessing y los hermanos Schlegel, y en la práctica acreditadas por obras maestras de tan soberanos ingenios como Klopstock, Wieland, Tieck, Schiller y Goethe; si como aspiración á nuevos ideales hallábasela en armonía con las creencias, hábitos, recuerdos históricos y necesidades de las nuevas sociedades, encontró el romanticismo abiertas de par en par las puertas de todas las naciones del viejo continente, como oposición entre el arte moderno y el arte antiguo, como antítesis entre lo bello, cual expresión natural del cristianismo y de los sentimientos, ideas, instituciones y costumbres nacidas y desarrolladas al calor de

su influencia, y lo bello como expresión también natural de la vida nacional griega y del paganismo, que fué como se presentó al principio, hubo de encontrar resistencias,—y las encontró en efecto muy poderosas, sobre todo en Italia y en Francia, y más aún que en aquélla en esta última, donde dominaba cual soberano absoluto, apoyado en la autoridad de una literatura rica en obras maestras de todo género, el arte antiguo.

Allí sin embargo, cual en todas partes, acabó por triunfar la nueva escuela, que importada de Alemania por Mme. Staël y mejor conocida por el *Curso de literatura dramática* de Schlegel, que corría ya traducido desde el año 1811, halló las inteligencias preparadas á recibirla por Chateaubriand, quien con el *Genio del Cristianismo,* y poco tiempo después con el *Renato y los Mártires*, había demostrado que mucho más que las de Helicona era aquél abundante y purísima fuente de inspiración con sus sublimes dogmas, y sus prácticas religiosas, y las instituciones bajo su influencia nacidas, y los grandes hechos al calor de éstas engendrados, contribuyendo por eficaz manera,—por más que olvidadizas de sobras con él las nuevas generaciones le disputen ó le nieguen este servicio,—al triunfo de las artes y de las ciencias cristianas, que debía inmortalizar más tarde con el inspirado cuadro de aquel título el insigne Owerbeck.

No en un mismo punto y hora, ni por efecto de una sola causa penetraron y arraigáronse las nuevas teorías literarias en España, donde ya mucho antes habían sido no pocas de ellas por varios de nuestros ingenios, como tendremos ocasión de demostrarlo en breve, divulgadas; ya que mientras que en nuestra ciudad eran aceptadas y con calor defendidas por algunos jóvenes, que, sin haber salido de su patria, pero gracias á sus conocimientos en las lenguas francesa, inglesa é italiana y al estudio de sus literaturas, habían logrado adquirir anticipadas noticias del movimiento que, nacido y acreditado allende el Rhín y á la sazón dominante en Inglaterra, contaba ya con entusiastas y valiosos sostenedores y propagadores en la nación vecina; en los demás centros de cultura que existían en otras comarcas de la península,—escasos á la sazón y casi sin vida por efecto de las

circunstancias políticas, de sobras angustiosas y agitadas por que pasaban los pueblos,—no fueron hasta más tarde importadas de Francia y de Inglaterra por los confinados políticos, entre los cuales figuraban los más eximios escritores y poetas de aquellos tiempos (1), y que lo habían sido, unos por haber abrazado la causa del rey intruso, y que considerados como incursos en el que se apellidaba *delito de infidelidad á la patria,* eran objeto de la general animadversión y desprecio; otros por haberse distinguido durante el período del primer gobierno constitucional por su entusiasmo en favor dé las ideas liberales,—no del todo desnudas de tendencias jacobinas,—de Francia importadas, y que no sin recelo por los males que podían engendrar con el tiempo, veían las personas prudentes divulgarse entre la clase media y las masas populares, dispuestas por su misma ignorancia á recibirlas.

Al futuro historiador del romanticismo en España, si es que, como es de esperar, alcanza ésta la dicha de tenerlo, como con más fortuna que ella en la persona de Teófilo Braga ha logrado poseerlo Portugal (2), corresponderá señalar por qué caminos y gracias á quiénes de entre sus más preclaros ingenios, llegó á establecerse y á dilatar aquél sus ramas en los demás puntos de nuestro suelo. A más no alcanza por el momento mi propósito, ni llegan á más mis fuerzas que á trazar, y aun esto por harto incompleto modo y no siempre con seguro pulso, por qué pasos inicióse y se desenvolvió aquí la nueva escuela.

Por de pronto habéis de permitirme que me adelante á afirmar que en ninguna parte, con más justicia que en España, cabe negar á la escuela romántica el dictado que le damos de nueva. Gracias á los profundos estudios de los escritos, poco

---

(1) Contábanse entre los primeros, limitándonos á citar los más conocidos, Meléndez, Moratín, Conde, Hermosilla, Burgos, el abate Marchena, el canónigo apóstata Llorente y Miñano; descollaban entre los segundos Quintana, Nicasio Gallego, Martínez de la Rosa, Lista, Navarrete, Martínez Marina, Vargas Ponce, Argüelles, Tapia, Gallardo, Puigblanch, Trueba y Cosío, y otros.—V. Menéndez, *Escritores montañeses*, págs. 59 y siguientes.

(2) Teófilo Braga, *Curso de Historia da Litteratura portugueza.* Lisboa 1885.

menos que desconocidos, de nuestros críticos y preceptistas de la anterior centuria realizados por nuestro amigo Menéndez, y consignados en su verdaderamente áureo libro de la *Historia de las ideas estéticas en España,* hoy podemos gloriarnos de que antes ó al propio tiempo que los alemanes formulaban sus novísimos cánones estéticos; antes que del otro lado del Rhin, é importados por los franceses, llegaran aquí los primeros alardes de emancipación de las reglas aristotélicas, no pocas veces torpemente glosadas ó mal comprendidas las más de ellas por sus comentadores, no pocos de nuestros escritores, la mayor de ellos jesuítas, religiosos otros de diferentes órdenes religiosas,—otra prueba más de que no son la sotana sacerdotal ni la cogulla monástica libreas de ignorancia ó indicio de poquedad de entendimiento,—ó emitían conceptos sobre los teatros antiguo y moderno que más tarde sorprendían por su novedad en los libros de los hermanos Schlegel; ó discurrían sobre la imitación en bellas artes cual pudiera hacerlo el más atrevido estético germánico; ó formulaban sobre las unidades dramáticas opiniones que parecen escritas por la pluma de un ultra-romántico de nuestros días. Así, pongo por caso, el P. Arteaga, jesuita, autor de una obra á que puso el modesto título de *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, considerada como objeto de todas las artes de imitación*, impresa en Madrid en 1789, libro de estética á quien no duda el citado Menéndez en poner al lado de cualquier otro de su tiempo, aunque entren en cuenta, añade, Bulker, Zulzer y Mendelssohn, al hablar de *Don Juan Tenorio*, dice de él, *que es el carácter más teatral que se ha visto sobre las tablas desde que hay representaciones*, y formula acerca de la *Mirra* y del *Philippo II* de Alfieri juícios, que hizo suyos más tarde Guillermo Schlegel. Así el abate Andrés, valenciano, también de la orden de Jesús, adivina y señala un nuevo porvenir al arte, fundado en las nuevas ideas é imágenes que han de nacer del estudio de la poesía de las razas bárbaras, olvidadas ó poco conocidas; lo que equivale á decir, que creía en otras fuentes de inspiración, además de las literaturas clásicas, tenidas todavía entonces como las únicas á donde les era permitido acudir á los poetas y artistas. Así el catalán Llampillas, hermano de há-

bito de los dos anteriores, á la vez que protestaba contra la tiránica ley de las unidades, hallaba digno de loa que el *ingenio no se dejase conducir atado á reglas acaso demasiado rígidas, y á una servil imitación que cierra el camino de poder espaciarse por los dilatados campos de la imaginación libre.* Así también, con más decisión y calor que él condenaba aquella ley su compañero de orden el P. Eximeno, quien dedicaba todo un capítulo de sus *Investigaciones músicas de D. Lazarillo Vizcardi,* á combatir lo que él llama *espantajo de los unitarios, ó sea,* añadía con desenfadado estilo, *las descomulgadas unidades de lugar y de tiempo.* Así, en suma y como último ejemplo de los muchos que podríamos aducir, el escolapio madrileño P. Estala, no tan sólo hace alarde de apartarse en general de los pesados comentarios que hicieron algunos gramáticos sobre la poética de Aristóteles, *torciendo la autoridad del gran filósofo á sus opiniones absurdas, y cargando el arte dramático de reglas arbitrarias que sirven únicamente para impedir los progresos del ingenio,* sino que al discurrir acerca de los cánones de lugar y de tiempo, á los cuales sin vacilar un momento califica de *ridículos,* demuestra por evidente modo: *1.º que las reglas de la tragedia antigua no se pueden aplicar á la moderna; 2.º que la unidad de lugar no se encuentra ni enseñada, ni practicada en la antigüedad; 3.º que Aristóteles no prescribió la unidad de tiempo como regla invariable y esencial, y 4.º que una ú otra, ó las dos á la vez, aparecen conculcadas en las Euménides y el Agamenón de Esquilo, en las Traquinias y el Ayax de Sófocles, en el Hércules furioso, en la Ifigenia y en la Andrómaca de Eurípides, en casi todas las comedias de Aristófanes y en algunas de Plauto;* que son las mismas ideas que más de un tercio de siglo después desarrollaba Manzoni en su famosísima carta acerca de las tres unidades, y sobre las cuales algo más tarde levantaba Víctor Hugo, en el célebre prólogo de Cromwel, el edificio de su poética ultra-romántica. Más aun, aquel ingenio singular, que, como otros muchos de su tiempo, sería sin duda conocido y encomiado fuera y dentro de España, si no hubiese tenido la desgracia de haber nacido en ella, levantándose como crítico, siquiera no fuese más que en este particular sujeto, sobre Guillermo Schlegel, sostiene que *la tragedia antigua y*

la moderna son dos especies muy distintas, y que se diferencian en sus caracteres más principales; contra la opinión y el proceder del ayo de los niños de Madame Staël, dice Menéndez, quien, queriendo conciliar una y otra formas dramáticas, pretende substituir una idolatría á otra, y un convencionalismo amanerado á otro amanerado igualmente (1).

Ya nuestro docto amigo, D. Manuel Milá,—y huélgome en recordároslo,—sin haber ahondado tanto como aquel su discípulo en este asunto, que por otra parte no fué objeto especial de sus estudios, había creído distinguir en la literatura española de la época anterior á la contemporánea ciertas tendencias, que más tarde, aplicadas con mayor decisión, y más generalizadas y hasta enriquecidas con todas sus consecuencias y aplicaciones, habíanse de convertir en principios constitutivos de la nueva escuela romántica; y así, y aun haciendo caso omiso, escribía (2), del instintivo nacionalismo que se nota en muchas poesías de Moratín el padre, y de la desentonada defensa que de nuestras antiguas letras ensayó Huerta, como ejemplo de que en los mejores escritores de aquella edad hállase por ventura algo que parece exclusivo de nuestros días, citaba á Jovellanos que traduce á Miltón, escribe sobre las costumbres de la Edad media páginas tan solo comparables á las de una crónica del siglo XV, y que en una de sus epístolas expresa el efecto producido por la contemplación de los claustros, y con profundo sentido artístico y científico describe la arquitectura gótica; y á nuestro Campmany, quien adelantándose á las ideas de su siglo, escribía acerca de los templos de este género algunas líneas que no se desdeñaría de tener por suyas el más entusiasta admirador en nuestros días del arte cristiano (3).

No eran, pues, nuevos entre nosotros, pláceme repetirlo, las

---

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo III (siglo XVIII), vol. II, cap. 3.

(2) En un artículo titulado: *Un párrafo de historia literaria*, publicado en el *Diario de Barcelona* 7 de Febrero de 1854.

(3) Véase el pasaje á que se alude en el texto en las *Memorias sobre la marina, comercio y arte de la antigua ciudad de Barcelona*. t. III, par. 3, pág. 367 y siguientes.

ideas que como tales recibíamos de Alemania. En las disciplinas literarias, cual en las filosóficas, y hasta al igual que en las científicas, por culpable desconocimiento de los inmensos tesoros que en todo linaje de saberes habían acumulado nuestros padres, hijos nosotros olvidadizos é ingratos, hemos ido, y vamos aún todos los días,—mal pecado,—á mendigar á otras naciones ideas y conocimientos que han tal vez sus sabios aprendido en nuestros libros, por nosotros ó desconocidos ó despreciados.

Mas ya que, por malos de nuestros hados, por haberse roto al áspero contacto de harto arraigadas preocupaciones literarias, aquí dominantes, el hilo de oro de aquel conato de tradición reformista, de fuera y de una vez hubimos de recibir como novedades los principios de aquella escuela, cábele por lo menos á nuestra querida ciudad la honra de haber sido la primera en nuestro suelo por donde, con haber antes que ninguna otra abierto las puertas á aquellos principios, asomaron los albores del nuevo renacimiento literario. Y si alguno pretendiese disputarnos esta gloria, que por tal la tenemos, además de ponerle por delante los números de *El Europeo* que hasta la evidencia lo demuestran, la defenderíamos con la autoridad de Menéndez, que es sin disputa el que mayor copia de noticias acerca de la historia de dicho renacimiento en nuestro país tiene atesoradas, quien no sólo declara en uno de sus libros (1) «que los primeros atisbos de lo que después se llamó *romanticismo* se encuentran en aquella revista que en 1824 publicaban aquí Aribau y López Soler, en unión con algunos emigrados, uno inglés y dos italianos (2); sino que más adelante, con ocasión de citar la tragedia de *Elvira* de Trueba y Cosío, su paisano, de quien escribe que fué el primer español que abrazó de lleno el romanticismo, añade que la época en que la componía era la en que únicamente Aribau y López Soler mostraban en Barcelona algunos conatos de literaria independencia. Y es

---

(1) *Estudios críticos sobre escritores montañeses.*—Trueba y Cosío, páginas 69 y 247.

(2) Eran C. E. Cook, el primero, y Luis Monteggio y Florencio Galli, los segundos.

que en dicha revista, bajo todos aspectos notabilísima, de capital importancia para la historia literaria patria, se discutían, entre otros de menos interés, temas referentes á las teorías estéticas,—vocablo éste que acaso por vez primera sonaba entonces en España,—sobre las cuales levantaba la nueva escuela la andamiada de sus principios; combatíanse las unidades dramáticas con armas semejantes á las que por aquellos mismos días (1823) empleaba Manzoni en su famoso escrito sobre aquel tema; procurábase dispertar en sus leyentes el amor á las instituciones, á las costumbres, al arte y á las literaturas de los tiempos medio evales, y demostrar el maridaje que ha de haber, si ha de ser algo más que vano ruído de palabras ó frágil traje de tornasolada, pero ligera hojarasca, entre la poesía y la religión, y la historia, y los sentimientos y el carácter especial de cada pueblo, y dábanse á luz, en imitaciones ó en traducciones, fragmentos ó poesías de Walter-Scott, Byron, Schiller y demás, que eran tenidos por los dioses mayores del romanticismo.

La aparición de *El Europeo* fué cual la de un crepúsculo esplendente, rico en abundantes y variadas ráfagas de luz y de colores, de regalados perfumes y de cantos de aves que saludan la vuelta de la naturaleza á la vida, pero que va seguido de un día no de mucho tan claro y hermoso como aquella alborada anunciaba. Aquel florecimiento, como el de las rosas cantadas por Calderón, tuvo su cuna y su sepulcro en su propio botón; en parte tal vez por prematuro, en parte y principalmente por las tristísimas circunstancias políticas por que, más que ninguna otra provincia de España, pasó la nuestra.

Pero si desapareció tras una existencia por desgracia sobrado efímera, no del todo se apagó el eco del ruído que su aparición en el horizonte de las letras había causado; por más que durante cuatro ó cinco años por razón del cambio político que siguió á la caída segunda del régimen constitucional, cerrada la puerta á toda manifestación que no fuese la de la más absoluta adhesión al monarca y á la política de ruda represión entonces dominantes, quedó interrumpida, como por asfixia, toda manifestación de vida intelectual y literaria. Recorred el diario de esta ciudad desde los años de 1823 al 1829, y no halla-

réis más indicios de que había aquí quien daba culto á las musas, según se decía entonces; pero culto del cual no tenían por que envanecerse las nueve hermanas, tan pobres de espíritu eran los que se lo prestaban, y tan ruínes las ofrendas que depositaban al pie de sus aras, que consistían por lo común, y salvas rarísimas excepciones, en versos dedicados á Fernando VII, que habían venido á reemplazar los que en los años anteriores se habían destinado á cantar la libertad, y que por punto general no valían más que aquéllos, ó á celebrar algunas de las divas,—la Cortesi y la Albini, por ejemplo,—que eran en aquellas ya lejanas calendas las delicias de nuestros padres. Fuera del grupo de los que escribieron en *El Europeo*, no había á la sazón en Barcelona quienes cultivasen con algún provecho las letras, más que Wenceslao Ayguals de Izco, cuyas iniciales figuran al pie de algún himno patriótico y de un artículo en que pinta el triste estado en que se hallaba á la sazón el teatro, «puesto, decía, en manos de poco numerosas compañías, que representaban dramas como *Las hechicerías de Astracán*, *El supuesto Estanislao*, *El hijo asesino del padre por socorrer á su madre*, *El tirano de Judea*, *Herodes Ascalonita*, y en que el pueblo se divertía celebrando con soberanas carcajadas las contorsiones de Robreño y de Blanco»; D. Francisco Altés y Gurena, quien á pesar de haber dado á las tablas en 1819, en Madrid, su tragedia histórica,—adelantándose por lo tanto en este género á Trueba y Cosío,—*Gonzalo Bustos de Lara*, y que más tarde, sin penetrar resueltamente en el campo del romanticismo, ni encerrarse del todo en el de la escuela clásica, marchaba con incierto paso por los terrenos fronteros á uno y otro campo, en un artículo sobre la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, calificaba de monstruosas las tragedias de Shakspeare; Roca y Cornet, que joven aún, balbucía apenas sus primeros versos, y D. Ramón Muns, que en alguna poesía, fruto también de sus juveniles años, manifestábase campeón decidido de las musas clásicas, á las cuales, salvo algunas deslealtades y pasajeros desvíos, mantúvose siempre fiel y sumiso.

Amaneció por fin el mencionado año de 1829 en que, á la vez que nuestro amigo y compañero, el citado Roca y Cornet,

se daba á conocer ya como no vulgar poeta, dando á luz varias composiciones, é inauguraba sus tareas de escritor y de crítico con la publicación de artículos de materias religiosas, de costumbres y literarias en el *Diario de Barcelona,*—palenque ya entonces, y, que para honra de sus directores y provecho de las letras, permaneció abierto por espacio de muchos años á cuantos, viejos ó noveles escritores, con la visera caída ó levantada, gozábanse en tomar parte en las lizas literarias,—unas pocas personas versadas en los estudios históricos daban á luz la versión castellana de *La Crónica de Cataluña* del Dr. Pujades, iniciando de esta suerte aquel movimiento en los estudios históricos que tan gallardo vuelo tomó en los años siguientes, alentado y favorecido por varones tan doctos como Bofarull, Pinós, Mayora, Llobet y Vallosera, el canónigo Ripoll, Pi y Arimón, el monje ripollense Olzinellas y algunos otros, y que por indirecta manera tanto debía contribuir al de la nueva escuela romántica, y á la revolución que no había de tardar en realizarse en la estética de las artes plásticas.

Es de creer que á haber permanecido en Barcelona los entusiastas jóvenes que habían fundado *El Europeo*, no se hubiera hecho aguardar tanto tiempo aquel despertamiento literario é histórico, que preparó el que puede no sin razón considerarse como segundo y definitivo renacimiento del romanticismo; mas si por un lado los emigrados que formaban parte de aquel grupo restituíanse á sus respectivos países, huyendo sin duda de la reacción absolutista que extremaba aquí sus rigores y sus persecuciones, por otro, de sus dos compañeros de redacción, el uno, ó sea Aribau, iba llamado por el que fué su Mecenas, el Marqués de Remisa,—á quien más tarde hubo de manifestarle su agradecimiento en una oda famosa, que Milá califica en uno de sus escritos (1) «de verdaderamente inspirada, aunque algún tanto imitada,»—á ver de más cerca las torres de Castilla, á cuya hospitalaria sombra debía pasar casi el resto de sus días, y donde debía, andando el tiempo, ponerse como prosista castellano,—y en esto está su principal gloria,—al nivel de los más eximios cultivadores de aquella habla; y el otro, Ló-

(1) El ya citado artículo: *Un párrafo de historia literaria.*

pez Soler, pasaba, ignoro por qué motivo, á Valencia, donde en 1830 y formando parte de una colección de novelas, muchas de ellas de subidísimo sabor romántico (1), que editaba el impresor Cabrerizo, daba á luz la suya de *Los bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*, amalgama del Iwanhoe y del Waverley, y en cuyo prólogo, al ocuparse en la ya empeñada contienda del clasicismo y del romanticismo, daba de éste, juzgándolo por las obras de sus más desaforados cultivadores, una definición, ó por mejor decir descripción, que hubiera podido firmar como suya el romántico más exagerado (2).

En el mismo año en que daba á los tórculos el mencionado novelista aquella rapsodia del novelista escocés, publicaba el que fué nuestro amigo Cortada su traducción de la *Historia de las Vestales*, á la cual debían seguir pronto sus novelas originales *Tancredo en el Asia* (1833) y *La heredera de Saugumí* (1835), con la cual inauguraba la serie de las escritas sobre asuntos de nuestra historia catalana, que debía con no común fecundidad sacar á pública luz cuando nos hallábamos ya en pleno romanticismo, y en todas las cuales adviértese á vista de ojo la doble

---

(1) Tales como *La familia de Vieland ó los prodigios*, *Herman y Dorotea*, de Goëthe, *Las pasiones del joven Werter*, del mismo autor, *Corina en Italia*, de Mma. Staël, *El Solitario del Monte Salvaje* y la *Extranjera*, del Vizconde de Arlincourt, *Las aventuras del último Abencerraje*, de Chateaubriand, etc.

(2) Como dato curioso para la historia del romanticismo en aquellos días, espero que mis lectores no han de tomar á mal que les dé á conocer el pasaje á que aludo en el texto. Dice así: «Libre, impetuosa, salvaje, por decirlo así, tan admirable en el osado vuelo de sus inspiraciones, como sorprendente en sus sublimes descarríos, puédese afirmar que la literatura romántica es la de aquellas pasiones vagas é indefinibles, que dando al hombre un sombrío carácter, lo impelen hacia la soledad, donde busca en el bramido del mar y en el silbido de los vientos las imágenes de sus recónditos pesares. Así pulsando una lira de ébano, orlada la frente de fúnebre ciprés, se ha presentado al mundo esa musa solitaria, que tanto se complace en pintar las tempestades del universo y las del corazón humano: así cautivando con mágico prestigio la fantasía de sus oyentes, inspírales fervorosa el deseo de la venganza, ó enternéceles melancólica con el emponzoñado recuerdo de las pasadas delicias. En medio de horrorosos huracanes, de noches en que apenas se trasluce una luna amarillenta, reclinado al pie de los sepulcros, ó errando bajo los arcos de antiguos alcázares ó monasterios, suele elevar su peregrino canto, semejante á aquellas aves desconocidas, que sólo atraviesan los aires cuando parece anunciar el desorden de los elementos la cólera del Altísimo á la destrucción del universo.»

influencia de Arlincourt y Walter Scott, y por ventura más del primero, que era el que tenía á su favor el público, si no más escogido y de paladar más delicado, el más apasionado y numeroso. Hasta el mismo Muns, cediendo al contagio que iba de cada día más infiltrándose en las inteligencias, cometía una de las deslealtades á las nueve hermanas, de que os hablaba hace poco, traduciendo (1833) *El sitio de París*, tragedia del famoso autor del *Solitario del Monte salvaje*, á la cual seguía más adelante, —no puedo fijar el año, si bien sospecho que hubo de ser antes del 1836,—el *René* de Chateaubriand.

Aunque ya por aquellos días notábase en nuestra ciudad un movimiento editorial, únicamente inferior, si es que no corría parejas con el que en la corte empezaba á manifestarse, y de que dan testimonio, amén de otras obras de menos importancia, la publicación ya mencionada de la *Crónica de Pujades*, la *Historia de las vidas de los Santos*, escrita en inglés por Albano Butler, obra que no dudo en poner por cima de cuantas en su género hasta ahora se han escrito, de la cual se publicaron, si no me es infiel la memoria, ocho de los doce tomos de que consta, ya que no pudo sobrevivir, por falta de suscritores, á la supresión de las órdenes religiosas; y el *Diccionario universal y geográfico*, en doce ó trece abultadísimos tomos en 4.º mayor, redactado por una sociedad de literatos; acrecentóse por extraordinaria manera aquel movimiento con la inauguración por el impresor Oliva, de la *Biblioteca selecta*, de la cual formaba parte su *Colección de Novelas*; y sobre todo con haber fundado (por los años de 1833) D. Antonio Bergnes, —no sin tener que vencer, como lo logró apoyado por influencias poderosísimas en aquellos tiempos, los obstáculos que ofrecía á la sazón la constitución de los gremios á toda persona extraña á ellos que pretendiera ingresar en los mismos,— la casa editorial conocida con la razón social de aquel respetable nombre y Compañía. Cuanto hubieron de contribuir aquellas dos casas editoriales á apresurar y á hacer que tomara mayor vuelo el renacimiento romántico en el punto y hora en que pudo contar ya con algunos entusiastas y valiosos defensores; sobre todo la de Bergnes con adelantarse á dar á luz, las más veces con fidelidad y discreción traducidas, algunas

—las más estimadas,—de las novelas de Walter Scott, se ha dicho repetidas veces por cuantos con más ó menos detenimiento han evocado los recuerdos de aquel tan interesante como poco conocido período literario. Y si bien todavía más que en sus comienzos,—como era natural que así sucediera,—los resultados verdaderamente sorprendentes del susodicho movimiento no se echaron de ver, como á su tiempo tendremos ocasión de demostrarlo, hasta más tarde, es indudable que entró por mucho como causa que contribuyó á facilitar el susodicho renacimiento aquel gallardo despertar, si vale decirlo así, á la vida y á la actividad de cada día mayor de las prensas barcelonesas.

Ni era solamente en la publicación de obras donde aquella vida y actividad manifestábanse. A la forzada calma política, á la enervadora represión de los años anteriores, habían sucedido, en proporción cuando menos igual á aquéllas, las luchas de los partidos, y las ruidosas y no pocas veces sangrientas expansiones del llamado progresista, y nacido á consecuencia de aquéllas varios periódicos, unos para calmar, otros para acalorar, para encauzar los primeros, para provocar éstos, los desbordamientos de las ideas y de las pasiones políticas. Hasta cuatro ó cinco,—número extraordinario para entonces,—llegaron á publicarse á la vez, ó con escasos intervalos unos de otros, si la memoria no me es infiel, á saber: *El Diario de Barcelona*, el *Catalán*, *El Diario mercantil*, *El Vapor* y *El Guardia nacional*; quienes «dando alguna mayor importancia, como en otra solemne ocasión tuve el gusto de recordároslo (1), á pesar del desasosiego general y del continuo reñir de los bandos políticos, á las cuestiones literarias que las que les atribuyen hoy, por punto general, los periódicos de igual clase, ó convertían sus columnas en público palenque donde se ventilaban ó discutían las cuestiones más en boga, ó las franqueaban generosamente á los noveles escritores, para que dieran á conocer al público las primicias de su ingenio.» Más aún: hubo un periódico, *El Guardia nacional*, que con publicarse en la imprenta de Bergnes, adivinaréis fácilmente que no sería

(1) *Noticia de la vida y escritos de D. Joaquín Roca y Cornet*, pág. 38.

entre los demás quien menos carácter literario ofreciese, que tuvo la excelente idea de establecer un gabinete de lectura, acaso el primero que hubo en España, donde bajo una dirección inteligente y activa,—y ya adivinaréis á quien hubo de hallarse ésta encomendada,—viéronse atesorados, para, por una escasa cuota mensual, ser beneficiados por el público, las principales riquezas de las modernas literaturas francesa, italiana, alemana é inglesa. Hoy que no existe ateneo, ni círculo literario ó de recreo que no tenga su biblioteca compuesta de las obras selectas de la moderna cultura en todos los ramos del saber humano, aquel hecho carecería de toda importancia y sus efectos serían poco menos que inútiles. No así en aquellos días donde tan sólo por iniciativa individual formábanse bibliotecas,—y que las había en Barcelona numerosas y ricas creadas por particulares, nadie mejor que yo puedo afirmarlo,—para el exclusivo uso de sus dueños; ni era tan fácil como hoy proporcionarse los libros que salían á luz fuera de España.

No todas las corrientes, sin embargo, encaminábanse á favorecer el advenimiento y desarrollo de la nueva escuela. La antigua contaba todavía con valiosos sostenedores, que, si bien con no tanta fe en sus principios, que para algunos no tuviesen ya la autoridad dogmática que se les reconocía algunos años antes, todavía, sin embargo, ó no acertaban ó no se atrevían á desligarse del todo en todo de su obediencia. Así, por ejemplo, Roca y Cornet traducía á Lamartine y encomiaba las novelas de Walter-Scott, y seguía como poeta marchando de más ó menos lejos tras las huellas de Horacio y de Moratín: así Muns daba á conocer, según os decía hace un momento, el *René* de Chateaubriand y escribía al mismo tiempo versos clásicos: así Altés y Gurena traducía y arreglaba para la escena española, en 1834, la comedia de Scribe y Delavigne, titulada *El diplomático*, y ofrecía al público una colección de obras dramáticas de que debían formar parte, entre algunas suyas originales, versiones ó arreglos de los teatros de Víctor Hugo y Dumas, y no obstante daba á las tablas, en 1833, en nuestro antiguo coliseo de Santa Cruz, sus tragedias en verso *Mudarra* y *Gonzalo Bustos de Lara*, violentando la historia ó la leyenda para en-

cerrar sus argumentos en los estrechos moldes de la tragedia clásica, y en el año 1835 hacía representar en el mismo teatro su comedia, también en verso, rotulada *Los caballeros de la Banda*, escrita, según él, al estilo de las de Lope de Vega y Moreto, pero «sin faltar, son palabras suyas, á las unidades que desecharon nuestros antiguos poetas:» así Ribot y Fontseré, que debía llegar á ser poco tiempo después el porta-estandarte de la falange ultra-romántica, daba por entonces á la imprenta su obra poética, intitulada *Los descendientes de Laomedonte*, «inspirada, decía, en los estériles conocimientos que le había sugerido el escolasticismo de sus preceptores:» así, en suma, y para no citar más ejemplos, Cabanyes condenaba al olvido las composiciones suyas escritas en rima y en las cuales descubríase á vista de ojo la influencia de la nueva escuela, mientras daba á luz con el título de *Preludios de mi lira*, el escogido ramillete de poesías bajo dos conceptos verdaderamente clásicos, y que yacerían aún en vergonzoso olvido y completamente ignoradas de los vates y críticos de la coronada villa,—dispensadores de elogios y monopolizadores de reputaciones literarias, —si Menéndez no hubiese venido á revelarles en una oda cortada á la medida y al gusto de las del insigne vate catalán, que pocas frentes ha habido en nuestros tiempos tanto como la del autor de aquellas joyas literarias dignas de los laureles que adornan hoy las de Chenier, Leopardi y Byron.

Mas aunque vigorosos todavía algunos de ellos, pueden considerarse aquellos alardes de ingenio poco menos que como los últimos latidos que antes de morir, falta de aire, daba la vieja escuela. De sus antiguos adoradores, algunos colgaron la lira de los antiguos vates al pie de sus ruinosos altares, ó la trocaron por la bandurria de los trovadores. Del mismo Cabanyes sospecha Milá que á vivir más tiempo, hubieran debido hacerle mella «la general adopción, de cada día más irresistible, de maneras poéticas, en parte nuevas, en parte más candorosas y nacionales.» ¿Por ventura no se había visto ya al Duque de Rivas abandonar los antiguos derroteros, para, una vez puesto su pie en los nuevos, dar evidente testimonio de la resolución con que habíase lanzado á ellos con escribir su poema de *El moro expósito*, y el drama ultra-romántico de *Don*

Alvaro ó la fuerza del sino, y á Martínez de la Rosa, autor de una poética clásica y traductor de la de Horacio, escribir el drama verdaderamente histórico de *Aben-Humeya* y el de color romántico más subido que éste, *La conjuración de Venecia?* Es que las nuevas corrientes, en aquella hora poco menos que irresistibles, arrastraban los entendimientos, aun de los más obstinados en oponerse á ellas, á los que llamaríamos hoy nuevos ideales, y no había humanas fuerzas capaces, no diré de detenerlas, pero ni siquiera de desviarlas de su rumbo. Podía todavía prolongarse algún tiempo más la lucha,—para la vieja escuela era ésta por la existencia,—pero no cabía dudar de quién había de ser el triunfo.

Con orgullo de vencedor entróse, pues, el romanticismo por el campo de nuestras letras, como por igual manera entrábase casi por el mismo tiempo por el de éstas en la Corte. Temeridad sería pretender fijar el preciso momento en que tuvo lugar este suceso en uno y otro punto. Evocando hechos, únicos por medio de los cuales puede resolverse aproximadamente esta doble duda, os recordaré, respecto de Madrid, que en la noche del 23 de Abril de 1834 representábase en su teatro, alcanzando ruidosísimo triunfo, el ya mencionado drama de *La Conjuración de Venecia*, precursor del *D. Alvaro*, de *El Trovador* y de *Los amantes de Teruel*; y respecto de nuestra ciudad, que Milá, que fué de los primeros que abrazaron la nueva escuela, y que en 1834 y acaso hasta en 1835 no hacía más aún que imitar ó traducir á Horacio, escribía en Febrero de 1836 el juguete literario titulado, *El niño*, y en Marzo del mismo año *El Laletano*, uno y otro en prosa poética, que son las primeras de las composiciones suyas, pertenecientes á aquélla, de que tengo noticia.

Qué de recuerdos, si gratos á la fantasía en cuanto traen á la memoria un período de actividad y de goces intelectuales; de expansiones purísimas de amistad, á cuyo calor y por cuyos estímulos parecía que brotaban en todos más espontáneas y vigorosas las inspiraciones, y más vivas las ilusiones de glo-

ria, tristes por demás para quien, como me sucede á mí, al evocar tales recuerdos, no encuentra á su derredor ninguno de los que fueron amigos y compañeros suyos en aquellos goces, con quien poder ahora renovarlos! Condición por todo extremo lamentable la de nuestro país, en el cual se cumple por desgracia con inexorable rigor aquella dura ley de los hados, de que nos habla Menandro, y por tan aportuna manera recordada por nuestro amigo Menéndez con ocasión de lamentar el triste fin de Cabanyes, «que condena á morir joven al varón amado de los dioses!» Por serlo sin duda de los del saber y de la poesía, á la manera que por los fríos rezagados del invierno mueren agostadas las tempranas flores del almendro, así fueron borrados del libro de la vida, Tió, Carbó, Semís, Piferrer, Balmes, Sol y otros de los que habían en aquel florecimiento tomado parte, y de quienes podían con fundamento esperar las letras patrias, á juzgar por las primerizas flores de ingenio por ellos producidas, verse enriquecidas con los regalados frutos de que eran aquéllas anticipado anuncio y esperanza cierta. De los que no fuimos víctimas de aquella ley funesta, y vimos descender al sepulcro aquellos y demás compañeros y amigos nuestros de tan ya lejana época, Milá, Llausás y el que tiene la honra de dirigiros la palabra, es éste hoy el único sobreviviente. Perdónesele que, cediendo á los impulsos de su corazón, haya dedicado estas breves líneas á honrar la memoria de quienes, á haberse dignado el Señor concederles más dilatada vida, serían hoy,—no lo dudéis,—orgullo de su patria y ornamento de las catalanas letras. Como cristianos esperemos que Dios habrá escrito sus nombres en el libro de los escogidos: como catalanes pidamos á nuestra patria que los inscriba, si algún día, como es de desear, lo levanta, en el panteón de sus más ilustres hijos.

Milá, reanudando el interrumpido hilo de nuestro relato, con no ser, como todos sabéis de los que más ofrendas puso al pie de los altares donde se daba culto á los nuevos númenes que habían venido á reemplazar á Apolo y las nueve hermanas, fué,—permitidme que me goce en respetirlo,—de los primeros que tomaron parte en aquel renacimiento y de los que en él brillaron en más alto puesto.

No tengo necesidad de recordaros que además de la lucha entablada entre los sostenedores de la vieja escuela y los de las nuevas teorías, aquí, según en otro lugar dejo indicado, menos ruidosas y tenaces por lo poco que había arraigado en nuestra poesía el neo-clasicismo francés, y por haber prevalecido por más tiempo sobre toda influencia extraña las del antiguo teatro y de la poesía narrativa nacionales; además de aquella lucha y dentro de la misma nueva escuela, cual suele acontecer en toda evolución de la humana inteligencia en todos los ramos de su actividad, especialmente si se presenta con ínfulas de innovadora, dibujáronse desde luego como dos corrientes: una por donde iban los que, sin romper del todo con las antiguas tradiciones literarias, que en nuestro suelo habían dejado, sobre todo en la poesía lírica horaciana, áureos frutos no menos regalados y bellos que los que, según la leyendas mitológicas, producían los árboles del jardín de las Hespérides; y que sin desconocer cuán maravillosos tesoros de soberanas bellezas encierran las obras maestras que en todos los géneros literatos nos legaron griegos y latinos, antes conservando hacia sus inmortales creaciones la veneración y respeto en que las han tenido los pueblos todos de todas las edades, creían que no era únicamente por los caminos seguidos por los eximios poetas y escritores de la antigüedad pagana por donde se podía ir, ni los cánones por sus famosos preceptistas impuestos los sólos por cuyo medio era dado llegar á la creación del bello ideal, supremo fin del arte; sino que siendo tan dilatados los dominios de éste como lo son los horizontes por donde espaciarse puede la humana inteligencia; como lo son los límites dentro de los cuales puede moverse el corazón; como lo son las regiones reales ó fantásticas por donde puede arrojarse á volar la fantasía; como lo son en fin los reinos de la naturaleza y el de la humana actividad obrando, podiase por otros rumbos y gobernándose por otras leyes, más en armonía con las nuevas creencias, sentimientos, costumbres y aficiones, llegar igualmente que por aquéllos á la creación de nuevos ideales, no menos que los de la escuela clásica, de bastante atractivo para cautivar la mente, embelesar la fantasía y subyugar la voluntad. Muy lejos éstos de opinar que decir romanticismo era

lo mismo que proclamar la emancipación de todo yugo; el desasimiento de todo lo que en el dominio de las letras tuviese apariencias siquiera de autoridad, entendían, con razón, que casi más que la antigua, que marchaba por senderos trillados, con los ojos fijos en modelos á quienes á lo más se aspiraba á imitar, nunca á superar, con reglas de las cuales se tenía por crimen literario desviarse, la moderna escuela, por lo mismo que eran muchísimo más dilatados los horizontes dentro de los cuales se movía, más necesidad tenía de principios fijos que le sirviesen como de brújula para marcarle el derrotero por donde llegar pudiese, sin dar lamentables caidas, al logro de sus propósitos.

Cual era el rumbo que seguían los que iban, ó por mejor decir dejábanse llevar por la otra corriente, dedúcese de que opinaban del todo en todo al contrario de los primeros, y que, cual su modo de pensar, así era su conducta. Desprecio y burla de todo lo que según ellos oliese á clasicismo; opinión, por los mismos elevada á la categoría de axioma literario, de que las reglas únicamente sirven para entorpecer los vuelos del ingenio, y por lo tanto para disminuir la originalidad de sus creaciones en la proporción en que debilitan su espontaneidad; como por evidente manera lo demostraba, según ellos, el que sin aquéllas y únicamente dejándose llevar por donde sus instintos de poeta les conducían, produjeron sus inmortales poemas Homero, Esquilo sus admirables tragedias, sus olímpicas odas Píndaro: rebeldía en suma, á toda autoridad que no fuese la de sus ídolos, á cuyas más insignificantes producciones, por ellos consideradas como modelos, esforzábanse en ajustar las suyas: tales eran los rasgos por los cuales se distinguían los á quienes se calificó por algunos con el dictado de ultra-románticos.

No he de deciros en cuál de los dos grupos militó nuestro inolvidable compañero. Ni por un momento siquiera, ni aun en medio del entusiasmo febril con que fueron abrazadas las nuevas doctrinas por aquella acalorada muchedumbre de jóvenes que, llena de fe en el novísimo arte y rica en esperanzas de gloria, se arrojaba por los no explorados campos de las letras; ni aun en medio de sus incertidumbres acerca el camino

que debía seguir,—y que en efecto las tuvo lo declaran por evidente manera sus primeros ensayos literarios, en que he de ocuparos muy en breve,—se dejó arrastrar por aquella corriente de exagerado romanticismo, que, cuando menos en los primeros momentos, se llevó por delante á los más fogosos partidarios de la nueva escuela. Que si bien parece por éste inspirada la escena fantástica que, con la extraña rúbrica de *Fasque nefasque*, dió á la estampa, formando parte de dichos ensayos, todavía vese en ella algo en que se revela la personalidad de su autor; un conjunto armónico que á vista de ojo descubre en éste un gusto como innato, é instintos estéticos no comunes en un joven de menos de diez y nueve años; y sobre todo un sentido ético más sano del que revelábase de ordinario en las enfermizas producciones de los ultra-románticos.

No: Milá, que desde su niñez, en que había recibido una educación esmeradamente clásica, había apacentado su inteligencia en la lectura de las obras maestras latinas y españolas de la antigua escuela, desde Horacio hasta Moratín, y que además habíase iniciado en los secretos de la escuela moderna, nutriendo su fantasía y educando su gusto en la detenida lectura de Walter-Scott y de Manzoni, y más que en el de los modernos autores dramáticos extranjeros, en el estudio de los reyes de la española escena, Lope y Calderón, no podía caer en las exageraciones, ó por valerme del más propio vocablo, en las extravagancias de los poetas melenudos y quejumbrosos que pasaban los días dirigiendo endechas á la luna y á los sepulcros, llorando desdenes, maldiciendo sus adversos hados, y gimoteando desengaños, no menos reales todos ellos que los que de los encantadores enemigos suyos ó de su soñada Dulcinea tuvo que sufrir el en sus andanzas desafortunado héroe de la Mancha. Tipo que, sea dicho de paso y en honra del renacimiento literario catalán, no prosperó aquí tanto, en relación al número de los que en uno y otro punto escribían versos, como en la corte.

No: Milá no cayó, ni atendida la índole especial de su ingenio, en el cual reveleváronse ya de mozo no pocas de las dotes que dieron más tarde especial y marcadísimo carácter á su fiso-

nomía literaria, era fácil que cayese en las exageraciones del ultra-romanticismo: de cuyo peligro le alejaban además su nativa afición á la poesía popular, que le atraía por la ingenuidad de sus sentimientos, y la sencillez de su expresión, enemiga de todo artificio retórico y de todo aparato de vocablos é imágenes poéticas, y lo conciso, hasta rayar á veces en sequedad, de sus relaciones; cualidades enteramente contrarias al falso sentimentalismo, á la pompa de lenguaje y exuberancia de postizos adornos que distinguía á los engendros de aquella escuela: la repugnancia que como católico de convicción,—y nuestro compañero lo fué fervientísimo desde su infancia,—debían causarle las rebeldías satánicas y los no escasos alardes de escepticismo, que en medio de cierto sentimentalismo religioso, en ellas introducido con harta frecuencia, más como ornato que como parte integrante del asunto, manifestábanse en la mayor parte de las producciones de aquella escuela, si quiera se exhalasen de las liras de Byron, Leopardi y Espronceda; y como católico práctico y dotado del más puro sentido ético, que le hacía mirar con horror la más leve sombra de inmoralidad que empañase cualquier obra de arte,—en cuyo punto no pecaban por lo general de escrupulosos muchos de los que en el susodicho grupo figuraban,—el desvío que debía sentir hacia la mayor parte de sus obras, siquiera apareciera el mal púdicamente velado, como en alguna de las magistrales escenas del *Fausto* de Goethe ó en los áureos versos del *Jocelin* de Lamartine.

Os decía hace un momento que fué Milá de los que más honroso puesto ocuparon en nuestro renacimiento literario, á pesar de haber sido de los que menos ofrendas depositaron al pie del ara de las nuevas deidades á quienes se daba entonces ardoroso culto. De aquella primera época de su vida literaria no conozco más que las escasas composiciones,—diez, inclusa la escena fantástica ya citada, y que llevan al pie las fechas de 1836 y 1837,—que salieron á luz á principios del 1838 en la imprenta de Verdaguer (Joaquín), en un cuaderno de 62 páginas con el rótulo de: *Algunos estudios literarios de M. M.* Aquellas sus primeras producciones, «con ser, como dice Milá, con felicísima frase, á propósito de los primeros frutos literarios de nuestro

inolvidable Piferrer, de las que el escritor consumado mira con rubor á la vez que con ternura,» fueron en su mayor parte con rigor extremado, con exagerado desvío, fuerza es decirlo, miradas más tarde por su autor. Con ser aquellos tímidos ensayos de su juvenil ingenio de inapreciable estima, como documento histórico, para valorar la parte que tomó en dicho renacimiento; como revelación de su especial manera de sentir y obrar en aquel primer período de su vida literaria; como temprano anuncio de las particulares dotes que habían de dar determinado y especial carácter más adelante á su fisonomía; como dato para apreciar la distancia por su ingenio recorrida desde que ensayaba sus fuerzas en aquellos sus primerizos engendros, hasta que en su monumental obra de *La poesía popular en España* daba evidentísimo testimonio de ser aquél de los más sanos y robustos que honran nuestro suelo; de aquellos ensayos, salvos algunos fragmentos, si hubiese estado en manos de Milá realizar acerca de ellos sus propósitos, no quedaría hoy ni el recuerdo: tan grande fué el empeño que puso en recoger y destruir cuantos ejemplares quedaban del opúsculo que los contenía. A la feliz casualidad de haber conservado el que de un amigo, hace ya de ello cerca de cuareinta años, había yo recibido, debo el poder daros á conocer aquellos estudios, en su mayor parte hoy del todo olvidados. Creo que no os ha de pesar que me detenga algo en su examen.

Milá había escrito para poner al frente de ellos una breve advertencia, cuyo original conservo, y que ignoro por que motivos no publicó al dar á luz dichos estudios. Proponíase en ella caracterizarlos, y lo hacía en los siguientes términos: «Estudios escritos en un año por un joven de diez y ocho, traslúcese en ellos un grande amor al arte, un deseo de analizar, un vivo anhelo de originalidad é independencia razonada, de conocer los contornos de los pensamientos y de hallar ideas en lo que se ve y se oye: Estudios fragmentos, pensamientos sueltos, formas extrañas para ideas extrañas, nacientes á veces para ideas nacientes, inspiraciones truncadas.» Si más tarde hubiese tenido que caracterizar de nuevo aquellos sus juveniles ensayos, y á par de ellos una buena parte de los engendros, aspiraciones y tentativas de la escuela á que pertenecen, hubiera sin disputa

añadido á aquéllos algunos nuevos toques vigorosos y expresivos, cual sabía darlos; pero hubiera, también de seguro, conservado la mayor parte de los que en el párrafo transcrito se leen. Y es que, ó mucho me engaño, ó en el joven romántico de diez y ocho años que escribía aquella advertencia, se adivinaba al Milá, conspicuo crítico, de la segunda época de su vida literaria.

En la primera de las diez composiciones de que consta, como queda dicho, aquel opúsculo, popúsose caracterizar las tres escuelas, neo-clásica, clásica verdaderamente tal y romántica, que se habían compartido el dominio de las letras: la primera que había muerto ahogada por la misma estéril abundancia de sus frutos, hueros y faltos á la vez de realidad y de idealidad verdaderas, y como muere todo arte que levanta sus construcciones sobre lo convencional y lo falso; las dos otras que se disputaban aún, bien que llevando á la sazón, según decíamos en otro punto, la clásica la peor parte, el dominio de las inteligencias. Un fragmento de aquel primer estudio fué reproducido en varios trozos por su mismo autor,—indicio cierto de la estima en que aún le tenía,—en el *Compendio del arte poética* (1) que dió á la estampa en 1844, y en que me ocuparé en ocasión oportuna. Por el interés que ofrece en cuanto puede considerársele como profesión de fe literaria de su joven autor y de los que más ó menos dócilmente seguían sus enseñanzas, habeisme de permitir que traslade aquí, sacándolos del olvido en que yacen, dos apartados de dicho estudio, á saber; uno en que trata de la antigua escuela poética, y otro en que se propone caracterizar el romanticismo y señalar el camino que debían seguir los en él afiliados. Dicen así:

«Proscríbase en buen hora la epopeya de asuntos antiguos, pues no es nuestra la historia de los romanos, é ignoramos sus tradiciones genealógicas y populares; proscríbase en general la tragedia de los griegos, de cuyas relaciones sociales y domésticas no nos es dado juzgar; pero ¿olvidaremos la oda griega, hija toda de la sensibilidad é imaginación, en un siglo en que Chateaubriand y Byron han cantado el país de los dioses, y en

(1) En las págs. 20 y 21 al hablar de la *Poesía descriptiva* y en la 76 en la lección en que trata de la *Poesía bucólica*.

España, donde olvidar la oda antigua sería arrancar las más brillantes páginas de la literatura nacional? Estúdiese este género de composición en la *Descansada vida*, la *Profecía del Tajo*, el *Santiago* de León, en el *Tirsis* de Francisco de la Torre, en la oda á *Jovino*, la *Fiesta de Landinara*, la *Despedida de las Musas* de Moratín, en las magníficas producciones de Cabanyes, y buscaremos en vano aquella frialdad y falta de poesía que tanto se ha achacado al arte clásico. Cuadros magníficos suceden en éste á los sentimientos por medio de giros graciosos y elegantes; sus formas sencillas se prestan á una rica variedad, á los fuegos á la vez de la fantasía y del corazón. La imaginación del hombre, ingeniosa en percibir relaciones entre los diferentes sentidos, que halla armonías en los colores y en los sonidos dulzura, al materializar las formas de la oda clásica no se la figura como un paralélogramo ó un desnudo prisma, sino como una coluna, una urna graciosa. Aquella misma noble facultad del alma pocas veces goza emoción más delicada, que cuando en la oda antigua siente acompañar á la música de los versos cierta *música en la sucesión de los pensamientos.*»

Romanticismo.—«¡Qué de escenas hechiceras recuerda esta palabra!... El ciego coplero que rodeado de labradores refiere junto al hogar antiguas leyendas, hazañas de sus abuelos y tradiciones horrorosas; el viejo menestral que al cantar frente las ruínas del castillo de su señor, siente renacer en el pecho los fuegos de la juventud; el trovador airosamente vestido que con voz dulcísima, acompañada de la bandurria provenzal ó del arpa, sobre la cual brillaba la cigarra de oro, encantaba los campos del Llobregat ó Langüedoc, cantaba el paladín, la virgen bella, los juegos caprichosos de la Hada desconocida; el gondolero veneciano que al cruzar su batel anchos canales plateados por la luna, suspiraba dulcísimas querellas; la hurí de Oriente que durante una noche serena cantaba voluptuosa en verjeles de naranjos y rosales; las sílfides que rompían los cristales del mar con sus carrozas de niebla y oro; el sachem que al pie de una cascada recordaba los cantares de su infancia; el bardo que sentado sobre un desnudo peñón unía su voz á la de cien espíritus que bramaban durante el ruído del trueno; la maga

del norte que con silvestres sagas conmovía los gigantescos altares de piedra que le dedicaban; hasta el profeta que derramaba lágrimas de dolor sobre las desgracias de Sión... todos estos cantores han aparecido en este siglo, y han hecho olvidar con su voz los sublimes versos del padre Homero. ¿Y no podrán suceder los prados de Provenza, los jardines de Granada, las islas de la Grecia moderna, que, según tradiciones, habitan bellísimas princesas encantadas, las cuevas de hielo del norte donde los genios de varios colores preparan sus hechizos, los palacios de Venecia, las catedrales góticas á los templos griegos, *situados como un vaso de piedra azul en medio de un campo de flores*, á las cuevas de la Arcadia, á las famosas márgenes del Simois, y al promontorio de Leucates, donde Safo cantó sus últimas quejas á Faón? ¿No podrá suceder la cabeza religiosa, melancólica, angustiada del paladín de la edad media á la testa franca, pero feroz de Aquiles, ó á la del brutal atleta romano? ¿La virgen cristiana á Helena *más bella que las Diosas*? ¿La descripción romancesca de costumbres modernas, que excita los confusos y misteriosos recuerdos de nuestra niñez, á las majestuosas costumbres de la antiguedad? (1)»

«La Europa ha decidido la cuestión.—Ha hallado verdad, novedad, belleza en los cuadros románticos, y ha preferido á hermosas, pero envejecidas costumbres, las que más nos conmueven, las que más convienen á nuestro corazón, á nuestras creencias, á nuestras necesidades.»

«Hemos considerado, concluye diciendo Milá, tres especies de poesía: la falsamente llamada clásica, la clásica y la romántica.—Puede llamarse á la primera juego de palabras, á la segunda poesía de los sentidos, y á la tercera poesía del espíritu. Olvidada enteramente la primera, reine la romántica, siendo la segunda un recuerdo de la bella antigüedad, el canto del viajero á las ruínas de Grecia y Roma. Los poetas hallarán en

---

(1) Compárese este pasaje de Milá, referente al romanticismo, con el estractado del prólogo del *Caballero del Cisne* de López Soler, que dimos á luz en la nota de la pág. 27 y se verá cuán por encima estaba aquél, joven de pocos años, en el modo de comprender la nueva escuela, sobre el antiguo colaborador de *El Europeo*.

la escuela clásica bastantes recursos para evitar la frialdad: los románticos en su escuela, considerada bajo el verdadero aspecto, bastante sencillez para precaver los extravíos de la imaginación. No se pretenda, sin embargo, reducir la literatura á un monstruoso compuesto de ambos géneros: lo clásico como clásico, lo romántico como romántico; cada escuela tiene su fondo, sus bellezas, sus ilusiones, sus formas, su locución, hasta su combinación en los metros y corte en los versos: pretender unir el arte antiguo al romántico, es cargar el arco gótico sobre la coluna corintia, ó adornar una urna griega con grifos de la edad media y caprichosos arabescos.»

El estudio, Señores, de donde están entresecados los fragmentos que acabo de leeros lleva al pie la fecha de Junio de 1836. No he de llamaros la atención sobre el entusiasmo con que uno y otro pasaje, así el que á la poesía griega se refiere, como el que tiene por objeto caracterizar y enaltecer la romántica, están escritos. Más que por fragmentos de un trabajo didáctico, podrían con razón tomarse los dos párrafos transcritos por sendos ditirambos encaminados á cantar, el uno las excelencias de la oda clásica; á poner el otro sobre las nubes las excelencias del nuevo arte. Permitidme, sin embargo, que os diga que en aquel trabajo y en aquellas calendas, los acalorados acentos de Milá, aquel himno á las dos poesías, eran eco fiel del apasionado cariño, del arrebatado entusiasmo con que habíamos abrazado y con que cultivabamos los entonces jóvenes amadores de las humanas letras la novísima escuela; cariño y entusiasmo que no excluían, en buen número de ellos, su nativa afición y tradicional respeto á la antigua. Que si para algunos era el único código á cuyos preceptos ó enseñanzas ajustaban su conducta como poetas, el prólogo de Cromvell de Víctor Hugo, ó el arte poética que con el significativo título de *Emancipación literaria,*—ya que en ella se declaraba resueltamente enemigo de toda regla (1), ni proponía como modelos

(1) Hé aquí como se expresa acerca de ellas al establecer en la lección última de su poética «algunas condiciones del drama y objeto de la epopeya.»

¿Reglas me pides? no las hay Lorenzo;
Aquí acabó el maestro, no más reglas:

más que las composiciones entonces más leidas de la nueva escuela (1),—que por aquel tiempo daba á luz D. Antonio Ribot, que figuraba en el grupo de los ultra románticos á par que en el de los más avanzados del bando progresista, para otros gozaban todavía de soberana autoridad la carta del vate Venusino á los Pisones, y al igual de ella los consejos y reglas más templadas formuladas por los hermanos Schlegel y Manzoni, y á unos y á otras esforzábanse en ajustar sus producciones.

Hay no obstante al fin del último fragmento transcrito un concepto que tal vez no hubieran aceptado todos los amigos de Milá, á menos que su verdadero sentido fuese distinto, como presumo, del que de las palabras con que está expresado parece desprenderse. Aludo al breve pasaje en que parece establecer una separación absoluta entre las dos poesías, la clásica y la romántica.

¿Era que Milá no opinaba entonces, como opinó más tarde, cuán conveniente y de cuánto provecho podía ser al arte, que una y otra escuela mutuamente se prestasen lo que tenían una y otra, según propia confesión de nuestro amigo, de excelente; tal, como por ejemplo, la forma escultural de su oda la una; su caracter más espiritual, más histórico, más en armonía con las creencias, sentimientos y costumbres modernas la otra, por tal

---

¿Las que los sabios que han pasado hicieron
Los sabios que han venido las desprecian?
¡Y qué! ¿será preciso sujetarme
A seguir siempre las usadas huellas
De mis predecesores? ¿es el drama
Como el pecado que heredamos de Eva?
¿Será preciso establecer mi casa
En los chiribiiles de una iglesia,
Sólo por no apartarme del ejemplo
De mis jesucristísimas abuelas?
No más ya servitud: siga en buen hora
Los gastados carriles el que quiera!
Que yo ya no me empolvo la peluca
Ni uso casaca de algodón y seda, etc.

Imprenta de Oliva, 1837.

(1) Tales como por ejemplo, *Mi porvenir*, de Mata; *A la Luna*, de Romea; *A un niño*, de Ochoa; *A una hermosa*, de Salas y Quiroga; *El Pirata*, de Espronceda; *El bulto vestido del negro capúz*, de Escosura.

manera que creiese que no debíase jamás,—como de Fr. Luís de León se decía que lo había practicado,—«labrar el mármol gentílico con manos cristianas;» que hubiese de rechazarse aquel precepto por tan elegante modo formulado por Chenier, en aquel tan conocido verso:

Sur des pensiers nouveaux faisons des vers antiques,

y por nuestro Menéndez de nuevo sancionado en aquellos dos de su bellísima epístola á Horacio:

Y esa forma purísima pagana
Labre (el vate) con mano y corazón cristianos (1)?

No; Milá, que acababa de escribir de la escuela clásica griega y romana encomios como difícilmente hubiera podido dictar de ella, por más elocuente manera, el más entusiasta partidario de la misma: Milá, que se sabía de memoria casi todas las odas del poeta Venusino y un crecidísimo número de las que con sus primores esmaltan nuestro Parnaso clásico, no podía en manera alguna condenar el feliz maridaje que era posible establecer entre las ideas y los sentimientos y las bellezas que podían vaciarse, si vale decirlo así, tanto en los holgados moldes de la moderna escuela, como en las puras y delicadamente torneadas formas, cual de urna griega ó coluna corintia, de la oda antigua. Así lo da á entender él mismo en el siguiente pasaje de otro escrito suyo que hubo de dar á la estampa, si no me es infiel la memoria, por aquel tiempo, con el rótulo de *Orígenes de la poesía dramática española,* de cuyo original conservo también las primeras páginas, y donde ha-

(1) No hemos de ocultar á nuestros lectores que en otra de sus obras (*Horacio en España*, t. II, pág. 366) califica de consorcio imposible el intentado por Goethe de enlazar el *Fausto germánico* con la *Helena griega.* Sin embargo, él mismo califica en otra de sus obras de bello episodio el único verdaderamente poético é *intelegible* de la segunda parte del *Fausto.* donde Goethe, el *gran pagano*, simboliza la unión del espíritu griego y del germánico en el enlace del doctor nigromántico y de la hermosa Helena. En asunto tan opinable y en que tan difícil es fijar el valor preciso de los vocablos, por quienes se pretende expresar lo que aquel crítico piensa, es muy fácil que se tomen por contradicciones las que en el fondo quizás no lo son.

blando de Moratín, á quien elogia por su feliz acierto en haber comunicado el verdadero espíritu de la antigüedad á sus poesías líricas, poniéndole al lado de León, Herrera, Byron y Chateaubriand, después de acusarle de que se hubiese negado á creer que desde los griegos y romanos han variado las costumbres; de no haber vestido jamás sus sublimes poesías con el ferrerruelo, el gabán y la capa, y sí siempre con el manto antiguo, le hace un mérito de que en su *última página* (sic), sino mostrádose tan tolerante como Quintana, cuyas últimas producciones anunciaban la admisión de las nuevas doctrinas literarias, hubiese protestado al menos contra el exclusivismo *insufrible* de Boileau.

Con la rúbrica de *Sobre el antiguo teatro español* y el título de *Fragmento*, no puesto allí por modestia, sino porque en realidad no pasa de ser tal, ocupa el tercer lugar en los *Estudios literarios* uno de esos trabajos de condensación, no pocas veces extremada, á que tan aficionado fué siempre Milá, y que, á juzgar por el que en este momento nos ocupa, fué en él aquella afición una como predisposición ingénita. Redúcese dicho trabajo á un articulillo de tres páginas escasas, de impresión nada apretada, en el cual por medio de ingeniosas y oportunas personificaciones de los caracteres, de los sentimientos y de lo que constituye el enredo del drama español, en sus principales géneros de comedia heróica, comedia sagrada, comedia histórica y comedia de capa y espada, propónese dar á conocer por gráfica manera nuestro antiguo teatro. Seis años después, cuando había apacentado su inteligencia en un estudio más detenido y profundo de nuestros grandes dramáticos, y poseía más extensos conocimientos de sus principales obras, reproducía parte de aquel escrito en una nota (la H) de su *Compendio del arte poética*, ya citado, y donde, á mi ver, se revela ya el futuro autor de los *Principios generales de literatura*; indicio evidente de que en la hora en que aquellas líneas escribía (Abril de 1837), si es que no se había adelantado, revelábase en él el crítico al propio tiempo que el poeta.

Que el *mens divinior* que los engendra, á manera de fuego oculto bajo de la ceniza y que para revelarse y abrirse camino al través de ella, aguarda tan sólo que sobre la misma pase

una ráfaga de viento, esperaba de igual suerte en Milá para salir al exterior en poéticas creaciones, el soplo de lo alto á cuyo impulso el corazón se enardece y enciende al espíritu,

est Deus in nobis agitante calescimus illo;

y que aquel soplo ó aliento no había aún descendido de lleno en él, ó por lo menos no le había con impulso bastante poderoso agitado para que se revelase ó saliese al exterior en elegantes y encendidas rimas, demuéstranlo á mi ver por evidente manera las escasas composiciones en verso, y éstas no de superior aliento, que contiene el breve opúsculo en que os estoy ocupando. Sin pretender negar, antes confirmando lo dicho por Menéndez, que era difícil encontrar un espíritu más verdadera y candorosamente poético que el de Milá, ese espíritu no se reveló en toda su plenitud en él hasta que, más tarde, inspirado por el numen de la patria y poderosamente estimulado por el amor, en él de cada dia más vivo, á la poesía popular, arrojose á cantar en el rico y varonil idioma de la primera, y en la forma ingenua y sin pretensiones de esta última, ahora las antiguas gestas de nuestros héroes legendarios, ahora los más íntimos afectos del alma, ó sean los inspirados por la fe ó los nacidos del amor.

En Milá, lo repito, no se reveló el verdadero poeta,—y no presumáis que crea menguar en lo más mínimo, con declararlo así, la alta veneración en que le tengo como literato, la estima en que tuve en otros días y todavía tengo los versos que escribió en sus mocedades,—hasta que, inspirándose casi exclusivamente en aquella poesía, á cuyo culto puede decirse que consagró como erudito sus investigaciones, sus más pacientes estudios como filólogo, como amante de lo bello sus amorosas preferencias, y encontrando en el lenguaje catalán fácil y adecuado instrumento para expresar lo que recordaba, pensaba ó sentía, llegó á ser, gracias á aquella poesía y á este lenguaje, en el género épico-legendario el primero; en el lírico popular uno, si no de los más fecundos, de los más estimados poetas y cultivadores de nuestro nativo idioma.

De las cuatro composiciones en verso que contiene el opús-

culo que nos ocupa, dos, es á saber, la que lleva el título de *Coplas*, y el de *Votos del Trovador del Panadés* en una edición impresa,—por ventura la primera,—que tengo á la vista, escrita en fáciles redondillas, y la rotulada *El Trovador del Panadés á Engracia*, en octavillas, y que llevan las fechas, aquélla de Diciembre de 1836 y de Agosto de 1837 la última, por su corte especial, por cierto vago sentimentalismo (1) que en ellas se advirte, y que en la segunda va unido á recuerdos de los antiguos trovadores y á aspiraciones de ser algún día el cantor de las glorias (2) de su patria, pertenecen al género romántico.

Otra, la titulada, *Mi cumpleaños*, escrita al cumplir los diezioeho, es una oda horaciana, pero vaciada en el molde de las de Cabanyes, de quien, como sabéis, era entonces y continuó siendo toda su vida admirador entusiasta.

De índole enteramente distinta la última, dedicada á *Matilde Díez*, ya entonces ornamento y orgullo de la española escena, y á quien y á su esposo Romea (D. Julián), nuestro público, en medio del febril ardor con que acogía las producciones dramáticas, en especial las románticas más en boga, tales como *El Trovador, Los amantes de Teruel*, y otras, prodigaba más que aplausos, verdaderas ovaciones. Aquella poesía, escrita en variedad de metros, condición indispensable en toda composición que al título de romántica aspirase, y que como tal creyó Ribot poder reproducirla como modelo de oda de aquel género en su poética, es una nueva prueba de cuán difícil es, aún conociendo lo que hay de falso y convencional en una escuela,—y Milá lo conocía como pocos respecto de la en-

---

(1) —La aureola de Visires
No cargue en mi frente mustia;
Frente nacida á la angustia,
Lejos de tí los zafires, etc.

(2) —Que tal vez yo cante un día
Tus recuerdos, patria mía,
Tu hablar, tus villas y ferias,
Jardines, nieblas sin fin:
Y libre de triste olvido
Tus vírgenes y tus condes,
O un trovador distraido,
O un moreno paladín.

tonces en boga, — no dejarse llevar de las corrientes dominantes. Aunque no desprovista de primores y de rasgos poéticos que revelan el especial ingenio de Milá, dió éste á conocer no ser aquél el camino á donde éste le llamaba, renunciando á él de todo en todo. Que yo sepa, nuestro amigo no volvió á escribir ninguna otra poesía en aquel estilo.

Entre las composiciones pertenecientes al grupo de las escritas en prosa—poética contenidas en los *Estudios literarios*, ocupa sin disputa el primer lugar por su extensión é importancia la escena fantástica, titulada *Fasque nefasque*, á que en otra parte hice ya referencia.

Para quien al lanzarse á escribir un trabajo de la índole del en que voy por breves momentos á ocuparos, declarábase enemigo hasta de la apariencia misma de inmoralidad en la palabra escrita, y á quien pueden aplicárse aquellos hermosos versos de Manzoni, que fueron como el programa de su vida de cristiano y de literato,

Non far tregua coi vili, il santo vero
Mai non tradir, ne proferir mai verbo
Che plauda al vizio, o la virtú derida;

era empresa que rayaba en los términos de la temeridad, y más en un joven de diezinueve años, intentar resolver el por todo extremo arduo problema de «si la descripción de las escenas que ciega y tumultuosamente conmueven el alma, da de sí tanto provecho cual pudiera dar daño.»

De lo grave del compromiso en que con intentar resolver tan difícil problema se había puesto, hubo nuestro amigo de persuadirse y por ende de espantarse; y de ahí que, como anticipada disculpa á las acusaciones que por ello pudieran dirigírsele, se parapetara tras de la opinión,—bien apartada por cierto de la que sobre ese asunto concreto debía sostener después que hubo ahondado más en el estudio de la ciencia de lo bello,—de que en tanto que aquella cuestión no se resolviese, «quedaba el arte, son palabras textuales suyas, con el derecho de anatomizar el alma, de hablar del bien y del mal como la moral y la legislación;» que es, en términos menos crudos expresado, lo mismo que sostiene la escuela realista.

No es ocasión la presente de traer á discusión estas y otras afirmaciones que se leen en la advertencia que precede al *Fasque nefasque;* ni de investigar si al concebir el plan de aquel ensayo dramático y al poner mano en su ejecución, tuvo presente tal ó cual otra obra de idéntica ó parecida índole. Baste á mi propósito manifestaros que si más tarde Milá, crítico ya consumado, persiguió á hierro y fuego, si vale decirlo así, según dejé antes de ahora apuntado, á fin de hacerlos desaparecer, los ejemplares de sus *Estudios literarios,* fué principalmente por aquella composición, no muy en consonancia al rigorismo ético á que ajustó en sus postreros años su conducta como escritor y como crítico, y por la susodicha advertencia, donde, en su inexperiencia de joven, aventuró conceptos y valióse de un estilo nada conforme á las ideas estéticas y á la precisión y sobriedad de lenguaje á que acomodó en edad más madura sus conceptos, de cualquier género que fuesen. Milá logró, como afirmaba en aquella advertencia, «no verter en su obra ni un sentimiento, ni una palabra sóla reprobada, ó que por su propia corrupción no pereciese, ó no quedase vencida por antecedente ó posterior contraste;» pero fuese porque nuestro amigo á los diezinueve años supiese poco, por dicha suya, del bien y del mal, ó por lo escabroso del asunto; por más que se esmerase y pusiera especialísimo empeño en hacer resaltar cuanto de poético y amable tiene el bien moral y el mal de repugnante y feo, por el contraste que ofrecen los nobles y delicados sentimientos de Huberto, que es el protagonista del drama, y por la serenidad apacible y el puro ambiente que, por decirlo así, se exhala del *coro de niñas,* con los ruines y criminales propósitos de Bernardo y con los instintos malévolos y el poco respeto á la propiedad y al reposo ajenos que se revelan en el *coro de cazadores*; aun cuando procuró desenvolver el plan y presentar las escenas con cierta vaguedad y escasez de detalles que atenuaran la crudeza de algunos cuadros, así y todo no alcanzó á evitar que no fuera ni simpática al corazón, ni menos todavía grata al ánimo enamorado de lo bueno la impresión que causa su lectura.

Eso no obstante, como documento literario, donde por ventura más que en ninguna otra de las producciones que forman

parte de dichos *Estudios* revélase el estado de confusión é incertidumbre que reinaba en las inteligencias, resultado natural y lógico de la lucha de encontradas teorías, de lo no bien definido de éstas, de las exageraciones en que al formularlas y en el calor de la lucha se incurría; confusión é incertidumbres de que no logró por de pronto eximirse el entendimiento de Milá, con ser de los más ricos en felices intuiciones, y cual pocos ó tal vez ninguno de los de sus contemporáneos el más rígidamente educado en las severas disciplinas del arte clásico; como dato, y no de los menos característicos para completar su fisonomía literaria durante aquel agitadísimo período, el *Fasque nefasque* tiene grandísima importancia histórico-literaria; por lo que opino que no podía dejarlo en el olvido á que quiso su autor condenarlo, sin dejar al par un vacío así en la biografía de éste, como en la historia crítica del movimiento literario de su tiempo.

Réstame ocuparme en las composiciones—tres únicamente—escritas en la llamada, no sé si con bastante propiedad, prosa-poética, que contiene el susodicho opúsculo, y que llevan los títulos de *El Laletano* (Marzo de 1836), *Melodía matinal* (1) y *Oriental*, compuestas éstas dos en Abril de 1837. Nuestro amigo, que en aquellas calendas lo era ya de darse razón de por que escribía en tal ó cual género ó forma, y de salir al paso á los reparos que pudiera hacerle la crítica sobre si era ó no conveniente usarla, puso á la segunda de dichas composiciones la siguiente advertencia: «Ni en lo mas aéreo de lo lírico, ni en las combinaciones más rápidas del pensamiento que presenta la escuela de Hoffman (2), hallaremos un género de poesía destinada (sic) á expresar imágenes aisladas, raptos poéticos sin trabazón alguna. Es verdad que muchos retazos de los poemas más arreglados podrían entrar en la juris-

---

(1) Esta la dió á luz más tarde, vertida al catalán y con el título de *Himne matiner* en *El Gay Saber* (1879, pág. 112).

(2) Fué entre los escritores alemanes aquel cuyas obras se divulgaron más pronto y que más influencia ejerció entre los escritores románticos que se dedicaron, y no fueron pocos, al género fantástico. En nuestro Piferrer, más que en ninguno otro tal vez de la pleyade catalana, es visible su influencia y la de Pablo Richter, aunque no por fortuna el del escepticismo de éste.

dicción de aquel género de poesía; pero por lo mismo que ella va enlazada con el pensamiento, la imaginación pierde algo de lo aislada, de lo ideal. Y no se crea que usándose alguna que otra vez (con extrema moderación) este nuevo género de locura, se degradase la poesía hasta el punto de desmerecer el título de hermana de las otras artes de imitación; pues la música con su filosofía de pasión y sus caprichos; la escultura con sus arabescos é hipógrifos, y la pintura cuando traslada, por ejemplo, ondinas circuidas de aire y luz, no hacen otra cosa..... y ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con las palabras? ¿Por qué no hemos de comprender los pensamientos del cielo que ruedan por las campiñas cuando el sol se hunde en el ocaso? ¿Por qué no hemos de estudiar el lenguaje de las campanas cuando hablan al corazón de nuestros días pasados?»

De lo que en la advertencia que acabo de leeros Milá escribía, despréndese claramente que al dar á luz aquel ligero capricho de su fantasía, bello por su candorosa ingenuidad, afiligranado cuadro lleno de color, de armonía y de místico permufe, propúsose, no diré crear,—nuestro amigo era demasiado modesto para aspirar á tanto,—pero sí demostrar, por medio de un ejemplo, la posibilidad de enriquecer los dominios de la poesía,—y el romanticismo, con poseerlos ilimitados, prestábase á maravilla á esa clase de ensayos y tentativas,—con un nuevo género, el descrito por él con los rasgos que acabo de daros á conocer, sin que por ello se degradase la poesía hasta el punto de desmerecer,—permitidme que repita sus propias palabras, —el título de hermana de las otras artes de imitación.

Si nuestro amigo hubiese dejado transcurrir algunos años antes de escribir su *Melodía matinal*, ó sea los que tardaron en ser conocidos aquí, además de Klopstok, Goëthe y Schiller, en cuyas obras puede decirse que nos iniciamos los que en aquella hora cultivábamos las letras en los misterios de la nueva escuela, los que al lado de aquellos dioses mayores del Olimpo alemán brillaron pronto, en especial en la poesía lírica, tales como Uhland, Kerner, Heine, Rückert, Koërner, Moerike, y con ellos y por ellos el *lied*, hubiera echado de ver que el género por él ideado entraba de lleno en alguna de las variedades de aquél: como por ventura hubiérase decidido, á me-

nos de no serle familiar el uso de la rima ó de mirarla con el desvío que por ella sentía su poeta favorito Cabanyes, á escribir aquella composición en verso, ó para servirme de un símil que no huelga á mi parecer en este punto, á dotar á aquella hermosa crisálida, nacida al calor de su imaginación, de las vaporosas alas de mariposa que tan gallardamente le hubieran sentado. Y si por caso, además de aquellos motivos, le hubiese movido á valerse de la prosa con preferencia de la rima el temor de que las ataduras de ésta hubiesen podido impedir el más libre y caprichoso vuelo de su fantasía, en el ejemplo de aquellos poetas de allende el Rhin, y en el de Selgas y Campoamor, entre otros que pudiéramos citar de entre los españoles, hubiera visto prácticamente demostrado que cuanto más ácreos, y libres y caprichosos son los sueños, ó juguetes ó locuras,—apellídeseles como se quiera,—de aquella facultad, muéstranse más galanos, más caprichosamente parece que revolotean y más ricos se manifiestan de color, armonía y vida, cuanto con más facilidad sabe el poeta, si es realmente dueño de la rima, trocar á ésta de lazo que sujeta la creación poética al suelo, en alas que la ayudan á remontarse á las más elevadas regiones de lo ideal.

Con ser tan limitado, como acabáis de ver, el número de las composiciones contenidas en los *Estudios literarios,* lo es todavía más las que de él conozco,—y creo que son todas las que escribió ó dió á la estampa,—que andaban sueltas, fuera de aquel opúsculo. En el género horaciano, que fué el que cultivó en sus primeros juveniles años, ó sea desde los de 1834 al 1836, en que muéstrase ya afiliado al romanticismo, compuso en aquella primera fecha y en Cervera, dos odas citadas por Menéndez en el tomo II de su *Horacio en España*, y un poco más adelante la traducción de la *Sic te*, *Diva*, por aquél dada á luz en el tomo I de la misma obra. En el género romántico, y desde el 1836 al 1840 publicó dos composiciones en prosa-poética, á saber la ya citada que lleva el título de, *El niño*, y que fué la primera que escribió apartándose de las tradiciones clásicas, y que por lo mismo y por ser tal vez la menos conocida, he creído deber continuarla en los apéndices que hallaréis al fin de este mi trabajo; y otra con la rúbrica de *El rey Eserdis,* escrita en 1839, doble apólo-

go, original por su asunto, notable por su sentido ético y delicada ejecución, y que dió á luz, sospecho que por segunda vez, en el *Album pintoresco universal,* que se publicaba en 1842 en esta ciudad, y más tarde en el *Diario* del 6 de Julio de 1856. Además, y en el género nacional y en la forma de romance, á que manifestó marcadísima afición casi desde niño, hasta el punto de saberse de memoria en edad muy temprana un buen número de los del Cid, compuso en 1840 cuatro históricos sobre la permanencia de los Reyes católicos en esta ciudad, dedicados á S. M. la Reina Gobernadora, D.ª María Cristina de Borbón, y que fueron escritos en el Album poético que la Junta de obsequios de Barcelona ofreció á aquella augusta Señora (1). De aquellos cuatro romances pueden considerarse perdidos para las letras los tres primeros, que serían sin duda los más importantes bajo el punto de vista histórico, y es de presumir que bajo el punto de vista estético los más acabados. El cuarto, que por una feliz casualidad,—la de haberlo Milá conservado en su memoria,—se salvó de la triste suerte que cupo á sus compañeros, y cuyo original conservo en mi poder, vió la pública luz más tarde en un periódico de Reus, llevando al pie la fecha de 1847, y con la rúbrica, *Catalanismo,* supongo que puesto por el mismo Milá (2), quien con hacer algunas variantes y supresiones en el romance primitivo, logró ponerlo en armonía con aquel nuevo título. Nuestro compañero y amigo D. Cayetano Vidal y Valenciano lo dió á conocer al público en su última redacción, acompañada de una elegante versión catalana hecha por el mismo, con ocasión de la lectura de su Discurso en la sesión pública de 1.º de Junio de 1885 que el Ateneo Barcelonés dedicó á la memoria de nuestro antiguo presidente. En los apéndices podréis leer también el romance tal como fué escrito en 1840. Siendo éste el único romance en castellano suyo que de aquella época nos queda, creo que los amigos de Milá me han de agradecer que lo saque del olvido en que yacia.

---

(1) Pueden verse los nombres de los que escribimos en él en la *Breve reseña del actual renacimiento,* etc., pág 26, nota.

(2) De nuevo y con el rótulo de *El lenguaje lemosín*—Romance,—lo dió á luz en el *Diario* de esta ciudad el 24 de Octubre de 1856.

Que Milá no produjo por lo tanto en los cuatro años que van desde 1836, en que, como vemos, dió á la estampa sus primeras producciones,—si no vaciadas completamente en los moldes, nacidas por lo menos al calor de los principios de la nueva escuela,—hasta el 1840 en que escribió aquellos romances, última obra suya dentro de aquel breve período, que es á mi ver, si no el de más actividad intelectual, el más agitado por haber sido el del verdadero nacimiento y desarrollo del romanticismo y de lucha entre éste y la vieja escuela; que Milá, lo repito, no produjo en aquel espacio de tiempo, á pesar del entusiasmo con que abrazó las nuevas ideas, la abundancia de frutos que hubiésemos deseado saborear sus amigos, acabáis de verlo, Señores, por vuestros propios ojos. Que además, en los escritos suyos tanto en prosa como en verso de aquella época, que no pueden ni deben considerarse más que como ensayos y tentativas de quien no está bien seguro ni de sus fuerzas, ni de la solidez del terreno que pisa, no aparece ninguno que ó por su originalidad ó por llevar profundamente grabado el sello de un ingenio superior de la escuela á que pertenece, por manera que levantándose por encima de las demás producciones propias ó ajenas, sea como á manera de jalón que fije y señale el derrotero por donde deben marchar los que aspiren á conquistar un nombre en la república de las letras, fuerza es confesarlo, sin que por ello crea que sufre el más leve menoscabo la merecidísima reputación que en ésta goza nuestro amigo, ni la menor ofensa á la alta estima en que le teníamos ya entonces sus compañeros en el cultivo de aquéllas. Y sin embargo, Milá, y gózome en repetirlo, gracias á las dotes más bien templadas que brillantes de su ingenio; por cierta apacible armonía que en él notábase entre sus facultades intelectuales y las condiciones de su carácter; por la cordura y discreción en el empleo de aquéllas, enemigas de toda clase de desentonos y exageraciones, fué quizás quien más contribuyó en el terreno literario, —en el artístico é histórico compartiendo esta gloria con Piferrer,—á encauzar, según en otro punto dejamos ya indicado, las corrientes, harto fáciles en desbordarse por efecto de lo irregular y lo incierto de sus naturales lechos, y á señalar los nuevos rumbos por donde, en honra del arte, satisfacción del

buen gusto, y provecho de la moral y de las buenas costumbres, era preciso dirigirlas.

Que aunque en número escasas, á ello contribuyeron también las composiciones de Milá, ninguno de los que fuimos testigos ó actores en aquel movimiento,—y yo menos que nadie,—puede ponerlo en duda. No obstante, tengo por cierto que, más que por ellas, dejose sentir su influencia en la dirección que aquí tomó aquel movimiento por otros medios, si al parecer de menos valor, en realidad de verdad de más cierta é inmediata eficacia. Tales fueron las enseñanzas,—y no vacilo un punto en darles este nombre,—que en nuestras privadas conversaciones sobre temas artísticos y literarios, objeto preferente de ellas, de sus labios recogíamos; enseñanzas por lo tanto no dadas en tono magistral, cual *ex cátedra*, ni rodeadas de aparato científico, ni con ruído de elocuentes palabras, como de discursos académicos, ni en formas severamente didácticas y con lógico encadenamiento expuestas; antes sencillamente y con extremada modestia enunciadas por quien en tanta estima tenía y por tal suerte conformaba sus actos á las dulces inspiraciones de esa amable virtud, que en su respeto por ella iba más allá de los límites de misma, para llegar á los de la timidez y de la desconfianza; y expuestas de paso y como sin querer esparcidas en el abandono de una conversación amistosa, ahora con ocasión de comunicarnos las impresiones que en nosotros había dejado la lectura de las obras en aquellos días daban á luz las prensas barcelonesas y las de la corte; ahora con motivo de resolver cualquier duda que acerca de algún sujeto ó tema de arte ó de literatura á alguno de nosotros se nos hubiese ocurrido; y sazonadas á momentos con rasgos de ingenio, y con recitaciones de producciones de versos propios ó ajenos; y amenizadas por el grato perfume de un trato franco y cariñoso, donde los conocimientos que cada cual aportaba venían á acrecer el más ó menos rico caudal de los que poseían los demás; donde el entusiasmo de cada cual, comunicándose á manera de corriente eléctrica á todos, era en unos eficacísimo despertador de nuevos conceptos, imágenes y sentimientos; estímulo poderoso en otros para que con menos desconfianza y más fe se animasen á seguir el camino por el cual con más ó

menos provecho andaban, ó para ensayar nuevos derroteros. Enseñanzas, que por el especial afecto con que eran recibidas, por la muchedumbre de gratos recuerdos que en la memoria dejaban, y por la autoridad que el asentimiento común les daba y una discreta y luminosa discusión por ventura les añadía, quedaban más hondamente impresas, y producían no pocas veces más provechosos resultados, que las que del estudio solitario, y de la lecturas é impresiones que dejaban en la mente las producciones de los que eran tenidos por maestros en la nueva escuela, acaso recogíamos.

Y qué extraño si además de sernos por de quien venían y por las razones indicadas altamente provechosas, lo eran además por lo repetidas; como que á todas horas, y con cualquier pretexto, como quienes se hallaban animados por idénticos sentimientos; como quienes prestaban culto á la misma deidad, nos juntábamos para departir acerca de los ya indicados temas, ora de día en los claustros de nuestras aulas, donde olvidando acaso más de lo que á nuestro propio aprovechamiento y á los intereses de nuestras familias convenía las áridas enseñanzas de los Heineccios y de los Cavalarios, para regalarnos, como con manjares más sabrosos, en los poéticos recuerdos y gratísimas impresiodes que en nuestras juveniles fantasías y apasionados corazones habían dejado las lecturas, pongo por caso, de las *Meditaciones* de Lamartine, ó del *Child-Harold* de Byron, del *Fausto* de Goëthe, ó de las *Orientales* de Víctor Hugo, ó del *Quintin Durvard* de Walter Scott; ó ya en los cuarteles y en los cuerpos de guardia, cuyas largas horas de ocio,—¿y por qué no decirlo?—de hastio, mientras hacían más ligeras unos, entregándose al juego, quizás todo el tiempo que duraba aquel servicio, en torno de ennegrecida y grasienta mesa cubierta del improvisado tapete de papel de estraza; otros discutiendo si eran de tanto provecho para la terminación de la guerra, cual los partidarios de Espartero afirmaban, los continuos paseos militares de éste de Guardamino á Ramales y de Ramales á Guardamino; ó si podía ó no el ejército del centro haber cerrado el paso á Gómez en su excursión por las provincias del medio día, ó cortarle la retirada, después de haberlo forzado, á su vuelta á Navarra; ó si era Oráa quien había derrotado á Cabrera, ó por el contrario el

caudillo carlista quien habia vencido al general de la Reina, procurábamos nosotros hacerlas hasta agradables, cuando por suerte, por tenerla de servir en un mismo batallón, como me sucedió á mi respecto de Milá, nos reuníamos en dichos lugares, ó en los respectivos cuarteles, conversando de las novedades literarias del día, ó discutiendo sobre el primer tema de literatura ó artes que se nos viniese á las mientes; ora nos juntábamos de noche, por lo comun en torno de algunas mesas de algún café —que fué durante un buen número de años el llamado de *Las Delicias*,—que suplían entonces, presumo con más provecho intelectual nuestro y de fijo sin tanto daño de las familias, los aún no nacidos ateneos y centros de recreo, y donde, después de un día agradable y sosegadamente pasado en el estudio, ó en regocijadas lecturas, ó en borronear algunos versos, unas veces; otras después de alguna de aquellas jornadas, tan frecuentes por desgracia entonces en esta ciudad, ocupadas en poner coto á los patrióticos desahogos, no siempre incruentos, de cierto partido, del cual y de sus bélicos instintos queda ya apenas recuerdo como no sea en la memoria de la gente vieja, nos entregábamos los que formábamos el grupo más numeroso de los afiliados á la nueva escuela á amenos é instructivos coloquios, uniendo en agradable maridaje, según el precepto horaciano, lo útil con lo dulce, pasando de esta suerte las horas, que nunca corrían para nosotros lentas, de las veladas de invierno.

En todas estas ocasiones, como supondréis fácilmente, era Milá con quien con más placer departíamos y del cual recogíamos consejos más discretos y más provechosas enseñanzas. Había sin embargo dentro de aquel grupo unos pocos,—y disfrutó de la suerte deser uno de ellos el que la tiene en este momento de dirigiros la palabra,—que ó por estar unidos á él con vínculos de amistad más antiguos y apretados, ó por ser á par que sus más íntimos amigos, compañeros de armas y condiscípulos suyos, más disfrutaron de su trato y más tuvieron la fortuna de beneficiar las ventajas de éste. El autor del presente escrito podría deciros, si no temiese que tomaseis á mal que os ocupara tanto en su propia persona, que él más acaso que ningún otro de sus compañeros recibió de Milá mayor número de lecciones prácticas de buen gusto, y por ellas del arte de com-

prender y sentir la belleza, oyéndole recitar, á veces y con escasas interrupciones durante toda una velada, las más selectas poesías de nuestros clásicos antiguos y modernos, y entre éstos de Moratín, á quien como poeta lírico ponía por cima de todos sus contemporáneos, ó los más bellos romances del Cid, que tenía como atesorados en su prodigiosa memoria; y que él, quizás con más frecuencia que otros, con ocasión de someter á su juicio sus pobres versos, recibió consejos que le evitaron lastimosas caídas y amargos desengaños.

Tales fueron los caminos por los cuales se hizo sentir la influencia de nuestro antiguo presidente en el movimiento literario en que os estoy ocupando. Tal fué para todos Milá en aquellos días, y tal será para vosotros, si es que por dicha he acertado á caracterizarlo. El crítico se anticipó en él al escritor, y hasta creo poder afirmar que rayó más alto que el poeta. A aquella condición, en él al parecer instintiva, más que á la segunda, debió el haber sido, como acabais de ver, el prudente consejero y modesto director de la joven generación que le vió nacer; como á ella debió también principalmente,—ya que le cupo alguna parte á la influencia de sus obras como poeta, y sobre todo como poeta catalán,—el haber sido más tarde, con la mayor autoridad que le daban sus admirables escritos y su profundo saber en toda clase de disciplinas literarias, respetado maestro y guía de la generación entusiasta por el estudio de las letras que le ha visto descender al sepulcro.

Si es verdad que todo renacimiento intelectual y su especial índole, os decía en otra ocasión (1), se anuncia y se manifiesta por la mayor actividad con que funcionan las prensas, fuerza era que así como el movimiento editorial que, como os manifesté antes de ahora, tomó aquí desusado vuelo, sobre todo á raíz de los cambios políticos que siguieron á la muerte de Fernando VII, fué como el alba precursora del susodicho rena-

(1) *Noticias de la vida y escritos de D. Joaquín Roca y Cornet*, pág. 34.

cimiento; por igual manera más tarde, ó sea en los días en que manifestóse en toda la plenitud de su desarrollo, hubo de revelarse aquel renacimiento al exterior y de hallar su más genuína y evidente manifestación en una mayor expansión, y si cabe decirlo así, en un mayor alarde de vitalidad de la prensa barcelonesa; la cual vino á ser por este medio efecto y expresión á par que causa y estímulo de dicho renacimiento.

Y no porque,—nótese bien,—éste fuese bastante fecundo para dar á las prensas frutos propios suyos para alimentar su actividad devoradora. Sin que pueda negarse que, sobre todo en el primer dispertar de nuestras inteligencias y fantasías juveniles acaloradas por el entusiasmo, cual de neófitos, que produjo en ellas el advenimiento de los nuevos principios literarios, no pocos creyesen que con escribir algunas docenas de poesías habían de abrirse de par en par para ellos las puertas del templo de la inmortalidad, y que por lo tanto no diesen tiempo á sus númenes para dictárselos, ni vagar á la mano para escribirlos; otros, sin dejar, en los primeros momentos, de lanzar á todos los vientos de la publicidad las que llamaban sus inspiraciones, ó más prudentes ó amaestrados por propios y ajenos desengaños, echando de ver muy pronto que no eran más que frutos entecos de un entendimiento desnudo de ideas las que creyeron ser verdaderas creaciones de precoz ingenio, juzgaron que era, más que de escribir plañideras endechas ó rimbombantes versos, hora aquélla de atesorar conocimientos y enriquecer la mente con extensa y sólida doctrina. Ello es que, si bien no faltaron quienes llenasen los periódicos de versos, cuyos autores hubieran creído hacer un desaguisado al público ocultándole por modestia sus nombres, fueron escasísimas las colecciones que salieron á luz. Ni con ser el género dramático el que más seduce, por ser el que con sus ruidosos aplausos más tienta á arrojarse á su cultivo á los que se creen con alientos para conquistarlos, ó porque no á todos los que lo ensayaron les fueron propicias ni Talía, ni Melpómene; ó porque,—y este ha sido siempre el mayor obstáculo que á que sea más cultivado se opone,—les retrajeran de ello las mil contrariedades con que tiene que luchar todo novel autor de dramas antes que logre ver puesto el suyo en escena, no fueron muchas las obras de dicho

género que vieron la pública luz, reduciéndose poco más ó menos á dos de Ribot, tituladas, *Cristobal Colón* y *El Puñal*, que ignoro si llegaron á representarse; el drama, *Un Bara* y una comedia, cuyo título no me ha sido dable recordar, de Illas; *El castellano de Mora*, *Generosos á cual más* y *Alfonso III el Liberal ó leyes de deber y amor*, de Tió; *El Libertador*, drama novelesco en tres actos arreglado á nuestra escena por *Covert-Spring* (Foncuberta), y alguno que otro más, cuyos títulos no he podido traer á la memoria.

No eran pues, repito, las producciones literarias originales de la nueva escuela, aunque se añada á las indicadas las novelas que desde 1836 al 1840, año más ó menos, dió á la estampa Cortada, ó sean *El rapto de doña Almodis*, *Lorenzo*, *El Bastardo de Entenza*, y *El Templario y la Villana* (1), y alguna que otra obra de menos importancia, las que proporcionaban su principal alimento á los tórculos barceloneses en dicho período, que es el que señala el de la más rápida y casi completa transformación de la antigua prensa de madera, que recordaba aún la de Gutemberg, en la de hierro del sistema Stanhop: éranlo además otras obras nacidas bajo la influencia de aquel renacimiento, no inspiradas inmediatamente por él; éranlo las revistas de distinta índole que brotaron y con más ó menos lozanía vivieron al calor de dicho renacimiento; éranlo en fin y principalmente las versiones de obras instructivas y de recreo, estas últimas las más apropiadas en su mayor parte al gusto entonces reinante, y las reimpresiones de obras, por lo común con no escaso acierto escogidas de entre las de nuestros antiguos y modernos escritores clásicos. Y digo por lo común, porque, como también en otra ocasión lo advertía, á la sombra de la excesiva tolerancia que en ciertos momentos observóse respecto de la libertad de imprenta, abusando algunos editores de ella, y más atentos á sus intereses que á los morales, dieron á luz obras, así científicas como de pasatiempo, que en los últimos días de su vida hubieran querido quizás no haber publicado.

---

(1) Publicó además, en 1836, traducido, *El desafío de Barleta*, de Máximo d' Azeglio, y en 1837 una versión de *La Indiana*, de Jorge Sand.

No he de molestar vuestra atención, ni entra en mi plan demostraros, poniendo á vuestra vista títulos y más títulos de las obras más notables por lo voluminosas ó por su valor literario ó científico, que en aquel período y en los comienzos del que inmediatamente le siguió diéronse aquí á la estampa, el desarrollo que llegó aquí á alcanzar aquel movimiento; tarea nada difícil para quien tiene á la vista los catálogos de las casas editoriales de Oliva, Bergnes, Pons, fundada en 1838, y Oliveras y Gavarró, que empezó á darse á conocer cuatro años más tarde, ya que se reduciría á hacer un resumen de ellos. Al futuro autor de la historia del romanticismo en nuestra ciudad, si por suerte algún día lo tiene, corresponderá descender á esos detalles, si necesarios para que sea aquélla lo más completa posible, del todo en todo inútiles para quien no tiene ni puede abrigar otro propósito en este solemne momento que daros una ligerísima idea de aquel movimiento, en cuanto es complemento y cifra del que, inaugurado poco tiempo antes, fué temprano anuncio del nacimiento aquí de la nueva escuela, y expresión y estímulo de éste después que hubo llegado á su mayor desenvolvimiento.

Caso providencial parece que en el año mismo que puede sin esfuerzo fijarse como el del dispertamiento aquí del romanticismo, saliesen á luz simultáneamente la notabilísima obra de D. Próspero de Bofarull, *Los Condes de Barcelona vindicados*, y el *Diccionario de autores catalanes*, de Torres y Amat, por los amadores de las patrias letras tanto tiempo hacía deseada: aquella, que con poner en claro los orígenes del Condado catalán y, aunque envueltos en aridísimos detalles genealógicos, indicar los principales hechos de nuestros Condes-reyes, de grato recuerdo siempre á los hijos de esta tierra, venía á estimular los estudios de nuestra historia medio-eval, objeto de las preferencias de la nueva escuela; la segunda, que con revelarnos la existencia de los tesoros literarios que yacían poco menos que olvidados en el fondo de nuestros archivos y bibliotecas, y las riquezas poéticas que se encuentran reunidas en antiguos y en su mayor parte desconocidos cancioneros, y en especial en el de París, venía á facilitar el renacimiento de la lengua y literatura catalanas, que brotando al calor de aquel dispertamiento, no debía tardar, cultivado por algunos jóvenes entusiastas ama-

dores de aquéllas, á ser una de las ramas más fecundas, dentro del campo del catalanismo en aquel punto y hora naciente, de la escuela romántica.

Un año habría apenas transcurrido de la publicación de aquellas dos obras, cuando fundaba Roca y Cornet, en circunstancias que por lo calamitosas,—humeaban todavía los destrozados restos de nuestras venerables iglesias y artísticos cenobios, — hubieran apartado de tan grave propósito á quien hubiese tenido menos fe en los auxilios de lo alto, la revista *La Religión*, que tanta celebridad llegó á adquirir, y que defensora animosa de la santa causa cuyo mote llevaba escrito en su bandera, fué á la vez propagadora, en lo que tenían de racionales y no estaban reñidos con los preceptos éticos, de los principios de la escuela nueva. Después de haber dado á luz nueve tomos, y de haberse asociado aquel nuestro amigo con dos atletas de tan soberanos alientos como Balmes y Ferrer y Subirana, hacía el sacrificio de dar él mismo muerte á su querida revista, para que renaciera con el nuevo rótulo de *La Civilización*, que dejó de existir al año y medio, por causas cuyo secreto llevóse consigo Roca y Cornet al sepulcro, para dar lugar á la publicación de la que con la rúbrica de *La Sociedad*, dirigió y redactó sólo Balmes, en quien se reveló ya desde entonces el que debía ser á la vuelta de breves años el primero de nuestros filósofos, y el más conspicuo y previsor de nuestros estadistas.

Al mismo tiempo que aquéllas, encaminadas á afirmar la fe en las conciencias y á inculcar en los entendimientos de los hombres pensadores los principios morales y políticos salvadores de las humanas sociedades, publicábase por la casa editorial de Bergnes y Compañía otra revista de distinta índole por su objeto, no por sus tendencias,—por más que no fuesen éstas siempre tan sanas como á su especial carácter de publicación popular convenía,—con el título de *Museo de las familias*, destinada, como éste lo indica, á la instrucción y esparcimiento de las clases menos doctas, y en la cual, y alternando con alguno que otro escrito literario, de no escasa oportunidad para familiarizar á sus leyentes en las cuestiones de este género que entonces se debatían, dábanse á luz notabilísimos artículos

de la *Revista británica*, que se hallaba en aquellos días en la edad de oro de su existencia. Gracias á aquella revista fueron conocidos aquí, cuando sólo por las personas versadas en el estudio de nuestra literatura nacional lo eran en el resto de España, y divulgada la lectura de los más señalados romances del Cid, que completos y reunidos en colección, daba poco tiempo después al público la misma casa editorial en una edición de lujo y hermosamente ilustrada. Aquella edición hubo de ser, si la memoria no me es infiel, la primera, después de las de Escobar (1), que del *Romancero del Cid*, sólo y separado del *General*, se publicó en nuestros días en España. Formando parte del *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*, publicado en París por D. Eugenio de Ochoa, habíalo dado antes á luz en 1840 en esta ciudad, junto con el *Poema del Mio Cid*, el que tiene la honra de dirigiros la palabra al reimprimirse por la casa editorial de Pons aquel Romancero (2). Indicios una y otra publicación, y no los únicos, de que el renacimiento del romanticismo iba aquí más allá de los términos á que en su prólogo al *Caballero del Cisne* pensó que debía reducirse López Soler; ó sea á escribir versos á la *Luna* y á *Ella!!* y á vestir de negro, y usar gafas azules y lucir largas y desgreñadas melenas, como lo han creído hasta nuestros días muchos de los que no tienen más que una idea confusa ó equivocada de aquel renacimiento literario.

Eran aun motivo de regocijada y provechosa distracción en las familias las lecturas del *Museo*, cuando aparecía *El Heraldo*, revista bisemanal, á ser, más que lo que indica su título, paladín animoso y con sus ribetes de batallador de los nuevos principios. Formaban el cuerpo de su redacción Fors de Casamayor, á cuyo cargo corrían los artículos doctrinales y de crítica musical; Tió, que llevaba la voz en materias literarias y en las revistas teatrales, amén de ser el que con más versos

---

(1) La última de ellas, ó sea la décimaquinta, según el índice de Durán, (Tomo II, pág. 682 de su *Romancero*, edición de Rivadeneira), se imprimió en esta ciudad en 1757.

(2) *Tesoro de los Romanceros y Cancioneros españoles, recogidos y ordenados por D. Eugenio de Ochoa, adicionados con el poema del Cid y otros varios romances* por J. R.—Imprenta de Pons, 1840.

amenizaba aquel periódico, y Collar y Buerens, que con éste compartía la tarea de proveerle de poesías, que alternaba con algún escrito ligeramente satírico. *El Heraldo* vivió poco. Sucedióle *El Trovador*, que tuvo más dilatada existencia, y en cuyas páginas lució sus dotes, y por cierto no vulgares, de poeta un joven, Pagés, que hubiera sin duda ocupado uno de los primeros asientos en nuestro Parnaso, si la muerte no hubiese venido á trocar en triste recuerdo las que eran á la sazón lisongeras esperanzas.

A ocupar un puesto al lado de esta última revista y á llenar el vacío que habían dejado las ya desaparecidas, vino en 1842 el *Album pintoresco universal*, salido de las prensas de casa Oliva. Aunque el editor no oculta que podía su *Album* ser considerado como una colección de los mejores artículos de los célebres *Magasin pittoresque*, *Musée des familles*, *Magasin universel*, etc., fué sin embargo el que más carácter literario ofreció entre los de igual clase que se publicaron en aquellas calendas, así por sus biografías de hombres célebres de todos tiempos y países, entre las cuales figuraban los de los que más brillaban en aquella hora en la moderna escuela, como por sus artículos históricos, literarios y de costumbres, suscritos por tan eximios literatos como Lista, Bretón de los Herreros, Oliván, Madrazo, Segovia (el Estudiante) y otros, y por sus variadas misceláneas de ciencias, artes, literatura, etc. Dió á luz también algunas, muy pocas, poesías, y entre ellas *El bulto vestido del negro capuz* de Escosura, *Culpa y castigo* de Ochoa, y *El día de difuntos* de Fernández de Castro, todas de subidísimo dejo romántico, que habían sido nuestras delicias cuando con otras de igual índole habían aparecido por vez primera en las páginas de *El Artista*, del *No me olvides* y de otras revistas madrileñas, pero que nos sabían entonces cual trasnochada comida á estómago delicado. En el Album dió á luz nuestro amigo su doble apólogo de *El rey Eserdis*, y un artículo acerca *La moral literaria* á que he de hacer referencia muy pronto.

Mas sobre cuantas obras salieron de los tórculos barceloneses, dejando ya á un lado las publicaciones periódicas, y hasta entre aquéllas los dos voluminosos Diccionarios catalán y castellano de Labernia, el uno; quinquelingüe el otro, ó sea cata-

lán, castellano, latino, francés é italiano, redactado por una sociedad de escritores, entre los cuales podría citar al autor de *Las llágrimas de la viudesa*, el catalanista Martí, Cortada y Bordas, y que tanto facilitaron el uso de la materna lengua á los que algunos años después se dedicaron á su cultivo, ninguna hubo que, ya desde el primer tomo de su publicación iniciando y casi por instintiva manera formulando sus tendencias artísticas; en el tomo segundo prácticamente explicándolas y haciéndolas sentir á sus leyentes; en la introducción del tercero,—segundo de Cataluña,—artísticamente desenvolviéndolas y científicamente raciocinándolas, ejerciera mayor y más sana influencia en el renacimiento del arte cristiano arquitectónico, en pleno gotismo y en época en que le calificaban aún de bárbaro los arquitectos académicos,—como algunas páginas atrás os indicaba,—revelado ya por Jovellanos y Capmany, que acaso por haber faltado aquí quien enarbolara la bandera de la escuela romántica en aquella arte, habíase retrasado en su aparición á la del romanticismo literario y á la del romanticismo pictórico, que habían tenido la suerte de hallar quienes, algún tiempo antes, desplegaran animosa y acertadamente al viento la suya. Ya comprenderéis, Señores, que aludo á la publicación de los *Recuerdos y bellezas de España*, dirigida por D. Francisco Parcerisa, y en cuyo primer tomo, cual astro que por verle por vez primera ya muy por encima del horizonte nos parece que no ha tenido ni crepúsculo ni nacimiento, revelóse por maravilloso modo el instinto artístico de Piferrer, no como si fuera producto de prolongados estudios, de largas horas pasadas en la amorosa contemplación de sus monumentos, y de hondas y concentradas meditaciones para sorprender los ocultos misterios de su religioso simbolismo, sino como si se hubiese dispertado en él en el instante mismo en que puso en dicho tomo su pluma. ¡Oh! que el arte no se mostró avaro de sus inspiraciones con quien, amador suyo apasionadísimo, declaraba en la introducción á su obra que no tenía más ambición, ni concebía más dicha que las de vivir para su cultivo, lo sabéis cuantos habéis hojeado los dos primeros volúmenes y la admirable introducción del tercero de aquella publicación, que un entusiasta admirador suyo, D. J. Sar-

dá (1), califica de monumento que, junto con el de la *Biblioteca de Autores clásicos españoles,* también catalán por su fundador y editor, constituyen las dos obras más serias y de más alientos que ha producido en la presente centuria nuestra patria. El primer tomo de los *Recuerdos*, que no es ni pudo ser, —en atención á que la guerra civil asolaba en aquella hora todas las comarcas catalanas,—más que una serie de trabajos sueltos resultados de parciales y no enlazadas excursiones, salió á luz en esta ciudad en 1839. El segundo, ó sea el destinado á dar conocer los monumentos y bellezas naturales de Mallorca, en quien trazóse ya Piferrer un plan, que fué el que siguieron,—tan acertado hubieron de hallarle,—Madrazo y Quadrado, principales continuadores de aquella obra, fué dado á la estampa en 1842. El tercero, en cuya redacción sorprendió á nuestro malogrado amigo la muerte, y para el cual dejó escrita aquella magnífica introducción, donde en feliz maridaje el genio de la arquitectura y el de la poesía fundieron en una sola inspiración á la vez grave y apasionada, aquél su saber, su entusiasmo éste, y en la cual,—verdadera profesión de fe artística,—no se sabe á quién admirar más, si al artista que siente la arquitectura más eminentemente cristiana que produjeron los siglos medio-evales, ó al poeta que la canta, no se publicó hasta después del 1848. Aun cuando el romanticismo catalán no hubiese producido más que á Milá y á Piferrer, ni hecho más que poner los cimientos al monumento con el título de *Recuerdos y bellezas de España* erigido á la historia, al arte y á las letras españolas, tendríamos motivos para enorgullecernos los que en él tomamos parte de haber contribuído á su nacimiento y trabajado en su desarrollo, y felicitarse los que hoy cultivan aquí las letras de que por él pueda Cataluña añadir aquellos dos ilustres nombres á los que constituyen el numeroso catálogo de sus más eximios escritores, y aquel monumento glorioso á los muchos que forman la cadena de oro de ellos al través de los siglos.

Después de lo hasta aquí indicado, poco, muy poco ha

---

(1) D. Pau Piferrer y Fábregas, en son elogi llegit el 20 de Novembre de 1885 en la *Associació catalanista,* etc.—Renaixensa, any XIV, pág. 369 y sig.

de ser lo que acerca del movimiento editorial de aquellos años respecto de la publicación de traducciones de obras de regocijado pasatiempo ó de provechoso estudio, y de reimpresiones de nuestros clásicos deba deciros que tenga para vosotros capital interés, ó que os ofrezca el aliciente de la novedad. No andan tan escasos los ejemplares de la *Biblioteca de Damas*, en dos muy distintos tamaños dada á luz por Bergnes, ni de la *Biblioteca recreativa*, que editaba la casa de Oliva, ni la *España romántica*, que salía de las prensas de Indar, para que no hayáis podido recrearos en la lectura,—si á ella os ha tentado el deseo de regalar vuestro paladar, acostumbrado á otros alimentos, no sé si de más sustancia y más sanos, pero sí muy distintos de ellos,—con los que estaban entonces más en uso, ó sea ya con las novelas de Walter Scott, que fueron las que en mayor número y en versiones más esmeradas figuraron en aquella primera Biblioteca; ya con las de Arlincourt y Mme. Sand, que además de las ediciones sueltas,—conocemos hasta tres de *La Indiana* y dos de la *Valentina* de aquella escritora,—dió en su mayor número á la pública luz, ó por mejor decir, entregó á la abrasadora ansiedad de emociones arrebatadas y de aventuras románticas de los afieionados á lecturas novelescas la mencionada casa editorial de Oliva; ó ya con las históricas de asuntos españoles de D. Telesforo Trueba y Cosío, por D. Andrés F. Manglaez discretamente traducidas del inglés, en cuyo idioma fueron por aquél escritas durante su expatriación en Inglaterra.

Respecto á las obras serias, ¿qué amante de los estudios históricos no se gloría de guardar en su librería, en historias extranjeras, las de casi todas las modernas naciones europeas que forman parte de la colección de *El Mundo*, que editaba casi con lujo la casa de Brusi, discreta y elegantemente puestas en puro lenguaje castellano por el laboriosísimo Don Juan Cortada, á quien no estorbaban esta y otras tareas que diese á luz en atropellada muchedumbre y con el pseudónimo de Aben-Abulema escribiese sus artículos de costumbres en el *Diario de Barcelona;* ó las que bajo la rúbrica de *Panorama histórico pintoresco*, en traducciones, fuerza es decirlo, harto descuidadas, publicaba la empresa editorial de *El Guardia nacional;*

y en historias generales, qué aficionado á su lectura no se envanece de poseer, entre otras, la de Mariana, que dió á luz el ya citado editor Oliva en su *Biblioteca escogida*, y la notabilísima de *Romey*, salida de las prensas de casa Bergnes; y en obras biográficas é históricas de sucesos particulares, el *Diccionario de hombres célebres*, y *La Historia de la Revolución de Inglaterra* por Mr. Guizot, y de *La decadencia y ruína del Imperio Romano*, de Gibbon, y la *Historia de la revolución francesa* por Thiers,—de ésta se publicaron dos versiones distintas,—y las de *Carlos V* y de *América* por W. Robertson, y otras muchas más que sería prolijo mencionar?

¿Qué persona, en suma, medianamente versada en el conocimiento de nuestros clásicos, antiguos y modernos, no conoce y tiene en verdadera estima, en cuanto ó suplían ediciones más costosas, ó allanaban el camino á la lectura de libros de difícil adquisición por lo raros, las reimpresiones de las *Obras de Moratín*, elegantemente impresas, la ya citada de Mariana, las de Martínez de la Rosa y Jovellanos, editadas todas ellas por la tantas veces citada casa de Oliva; y las de las obras históricas,—verdaderas joyas en este género de nuestra literatura, —de la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza; de la *Expedición de los Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, de Moncada; de la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, de Melo, terminada por Tió, con las cuales puede decirse que inauguró el impresor Oliveres y Gabarró su *Tesoro de Autores ilustres*, que llegó á constar de más de cien volúmenes, y en el cual y en la *Biblioteca católica*, que durante algunos años publicóse simultáneamente con aquél, salieron además á luz únicamente hasta el año 1846 inclusive, formando parte de aquella primera colección, *Las empresas políticas*, de Saavedra, *El Guzmán de Alfarache*, de Alemán, *La Historia de la dominación de los Árabes en España*, de Conde; y las *Obras de Santa Teresa*, y los *Nombres de Cristo* y *La perfecta casada*, de Fr. Luís de León, y la *Guía de pecadores*, de Fray Luís de Granada, en la colección segunda? Y no obstante, á esta ciudad, donde á tanta altura había subido y con tanto esplendor había brillado la nueva escuela, y en la cual la imprenta había producido con

fecundidad asombrosa tan copiosos y lozanos frutos, como si fuera terreno estéril para producir ingenios, y tan desnuda su atmósfera de elementos de vida, que, aún poseyéndolos, fuesen éstos infecundos; y cual si por el contrario las demás ciudades de España fueran en unos y otros fecundísimas, se la motejaba ya entonces, como se le moteja ahora, como se la motejará siempre, aunque por un especial favor de la Providencia llegara á poseer ella sola más escritores que todas las demás de España juntas, de ciudad metalizada, en la cual no se cursan más letras que las de cambio, ni se piensa más que si prospera ó no la marina, ó si el algodón sube y baja de precio, ó si tal ó cual tratado perjudicará ó no nuestras industrias etc.! Cual si la actividad que se manifiesta en un orden cualquiera de hechos ó de ideas, como el movimiento por el engranaje de las ruedas, no se comuuicara á las demás órdenes de ideas y de hechos al parecer más opuestos!

Y volviendo atrás después de esta digresión, que podrá haberos parecido difusa, pero que atendida la importancia que para la historia de aquel primer período de la historia del romanticismo, de cada día menos conocido ó más olvidado, tienen los escasos datos en que acabo de ocuparos, no creo que tengais por impertinente, hora es que ya sigamos los pasos de Milá en la que considero como segunda etapa, dentro de la primera época de su vida literaria, que presumo poder fijar desde el año 1840, en que escribió los romances históricos cuyo objeto y asunto dejo más arriba mencionados, hasta el en que dió á luz la primera edición de su *Romancerillo*, ó sea hasta el año 1853 que fué en el que tuvo lugar este hecho, de suficiente importancia en la existencia de nuestro amigo como escritor, y de trascendencia bastante en el desarrollo del movimiento catalanista, para que se le ponga como piedra milenaria en el punto en que termina la primera época de aquélla y empieza la segunda de la misma.

Desde luego debo anunciaros que, por no común contraste, con ser la en que vamos á entrar de las más fecundas en hechos

por los cuales se determina y por irrevocable modo se fijan las particulares aficiones literarias de nuestro antiguo amigo, y sus destinos como hombre y como literato, y se anuncia la especial misión que en el campo de las letras estaba llamado á realizar, es quizás la en que menos frutos produce su ingenio, y menos gallardas muestras da de sí la potencia creadora de que la divina Providencia le había tan generosamente dotado, y de la cual debía dar más tarde tan valiosos y abundantes testimonios.

En carta que me escribía desde París, á donde había ido en el verano de 1839, acompañado de su padre, á fin de reunirse allí con su hermano D. Pablo que regresaba de Roma, donde bajo las enseñanzas y la dirección de Overbeck habíase iniciado en los secretos del arte cristiano y había bosquejado sus primeros cuadros, fuertemente impresionada su inteligencia por el nuevo movimiento literario, que se hallaba todavía á la sazón en el período de su mayor esplendor y actividad; acalorada su fantasía por la atmósfera de arte en que vivía, dado que su hermano le había puesto en amistosa relación con algunos pintores amigos suyos y cual él entusiastas cultivadores de aquel arte, creyendo que eran realmente ésta y la poesía las encargadas de regenerar el mundo, y de llevar á las modernas sociedades al culto y á la realización de lo verdadero y de lo bueno por el camino de lo bello,—ilusión muy común y hasta natural en unos tiempos en que no se hablaba más que de la misión de la poesía,—me decía lleno de entusiasmo, después de hablarme de las impresiones que en su mente y en su corazón habían dejado el espectáculo de aquel florecimiento y el frecuente trato con aquellos jóvenes pintores: «mon ami, l'avenir est a nous!»

Mas por desgracia para nuestro amigo y para las letras, aquel entusiasmo duró muy poco. Y lo que es peor, vinieron en pos de él aquellos períodos de *desalentada indolencia*, como por tan gráfica manera los apellida él mismo en la última de sus obras, y que por ser en el período que historiamos más acaso que en ningún otro de su vida frecuentes y duraderos, hubieron también de ser una de las principales causas de la esterilidad literaria que en él se advierte. Excepción hecha de su *Compendio del arte poética*, obra que, aunque breve, merece capítulo

aparte, sobre ser pocas en número, son de escaso aliento la casi totalidad de las producciones que en los trece años que median desde el 1840 al ya citado de 1853 dió á la estampa. Estudios críticos casi todos ellos, sobre temas de literatura general la mayor parte, algunos, muy pocos, acerca de determinadas obras, ó sea uno sobre el *Goetz de Berlinchingen* y otro sobre las poesías de Fray Luís de León, si bien no están tan desnudos de valor literario que no merezcan llamar la atención de quien, como Menéndez, se proponga hacer un detallado estudio de todas las producciones de nuestro docto compañero, no ocupan tan señalado lugar entre los muchos y de más subido precio que brotaron de su fecunda pluma que obliguen á detenerse á escribir su juicio sobre los mismos á quien, como yo, no puede ni debe aspirar á más que á daros á conocer las principales vicisitudes de la vida y descubrir los más característicos rasgos de su figura literaria. Así pues, limitándome á indicar en este mi trabajo y á medida que la ocasión me brinde á ello, los escritos suyos de que tengo noticia, me permitiré llamar la atención, por el mayor interés que han de tener para vosotros, tres trabajos, —primeros frutos de su ingenio ofrecidos por el joven académico á nuestra Corporación,—que escribió para ésta, y más adelante dió á la estampa, y cuyos temas, como veréis por sus títulos, indican á las claras cuál era la índole de los estudios á que ya en aquella hora mostraba marcada preferencia. Hélos aquí en el orden y con la fecha en que fueron ante vosotros leídos. *Memoria encaminada á establecer el carácter general de la literatura moderna considerándola en sus elementos, antiguo cristiano y germánico* (sesión del 9 de junio de 1846);—*Memoria acerca de la crítica* (sesión del 12 del mismo mes de 1847), que dió á luz en el periódico *La Discusión* que, como sabéis, dirigía nuestro inolvidable compañero D. Pablo Piferrer;—y *Memoria acerca la famosa comedia, D. Juan Tenorio ó El convidado de piedra,* (sesión del 14 de mayo de 1850), concienzudo estudio, no sobre el drama de Zorrilla de aquel título, sino sobre la famosísima comedia de Tirso de Molina, y que adicionado, dió á la estampa cuatro años después en el *Diario de Barcelona;* y por último, y ya en el año 1853, aunque muy

á los comienzos del mismo (sesión del 10 de febrero), unos *Estudios sobre la formación de las lenguas romances*, y que si son distintos, como presumo, del trabajo que lleva la rúbrica de *Estudios sobre la lengua y literaturas provenzales*, que en aquel mismo año vió la pública luz en la *Gaceta de Barcelona*, serían un nuevo testimonio, añadido á los muchos que ya en aquellos tiempos tenía dados, de la predilección que le merecía aquella especial y entre nosotros aún poco cultivada rama de las literaturas neo-latinas, y en la cual debía cosechar más tarde tantos y tan merecidos aplausos.

¿Cómo explicar ese largo paréntesis, si vale llamarlo así, que se advierte en la actividad creadora de nuestro amigo; aquella esterilidad á que, al parecer, condena á su ingenio durante el largo período de trece años (1), ó de quince si quisiésemos poner su comienzo en la publicación de sus *Estudios literarios*, y que tanto contrasta con la abundancia de sabrosos frutos que más adelante y ya sin notable interrupción de aquél brotaron, sobre todo en el tiempo transcurrido entre la publicación del *Romancerillo catalán* y la de *Los trovadores en España?*

Que en la posesión desahogada en que vivió siempre su familia no debía escasearle el tiempo, ni por lo tanto los regalados ocios, tan favorables para el trato de las musas y el cultivo de todo linaje de disciplinas literarias, lo sabéis cuantos tuvisteis el gusto de tratar á nuestro compañero ó á su hermano. Que en aquel espacio de tiempo no le faltaron, antes por el contrario sus merecimientos, causa del alto aprecio de cada día mayor en que era tenido, ofreciéronle en abundancia estímulos que debían moverle, cuando menos, á corresponder á ellos, vais á verlo por vuestros propios ojos. Que jamás le faltó la estimación de sus amigos, ni decreció en éstos la respetuosa consideración con que siempre le habían distinguido, y que no amargaron sus horas bajas envidias de torpes émulos, ni cosechó jamás desdenes, ni le turbó el sueño la envidia de ajenos laureles,

---

(1) En ese espacio de tiempo no publicó más que diez y seis ó diez y siete producciones, algunas de ellas en prosa poética y dos ó tres en verso, de varias de las cuales—me consta de dos,—tengo motivos para sospechar que habían sido escritas antes.

os lo dirían sus más íntimos amigos si por dicha vivieran, y en nombre suyo me complazco en afirmarlo. ¿Cuáles, pues, pudieron ser los motivos de que aquella inteligencia privilegiada, aquel pecho tan fácil á dar entrada á los entusiasmos artísticos, tan abierto á los goces estéticos, produjesen tan escasos frutos cuando estaban en sazón y daban las mayores esperanzas de darlos en abundancia y por todo extremo regalados?

Entre los muchos secretos que hubo de llevar Milá al sepulcro,—ya que era, como sabéis cuantos le tratasteis, por todo extremo reservado hasta con sus más íntimos amigos,—cuéntase sin duda el que al hecho que nos ocupa se refiere, y que nos serviría hoy, si nos fuera conocido, para saber las causas recónditas, si como es de creer realmente las hubo, de la relativa esterilidad de aquel período.

Séame pues permitido,—ya que carezco de datos ciertos para darme razón de aquel hecho,—entrar en el terreno de las conjeturas, no tan desprovistas algunas de ellas de fundamento, que no lleguen al de las probabilidades.

Y la primera que á la mente se ofrece, por ser la más natural y la que más se ajusta á la índole del carácter de Milá, de suyo desconfiado de sí propio, tan pronto en concebir como tardo en determinarse; á su respeto á la moral, en él delicado hasta rayar no pocas veces en escrupuloso; tan enemigo de generalizar como opuesto á aceptar teorías si no estaba seguro de su certeza; causa todas esas cualidades de que antes de pedir frutos á la inteligencia, sabiendo cuán necesario sea, si han de ser éstos bien sazonados y jugosos, que se la nutra antes con la fecunda savia de sanos y bien ordenados estudios y de escogidas y sólidas doctrinas; es que antes de arrojarse á escribir, creyese ajustado á los avisos de la prudencia,—por ventura aleccionado por sufridos desengaños y antiguos arrepentimientos,—empezar por enriquecer el entendimiento con profundos estudios y dilatadas meditaciones, y con verdaderos tesoros de conocimientos; sobre todo en las particulares ramas de las bellas letras por quienes sentía especial afición ya desde los albores de su juventud, es á saber las literaturas medio-evales, y entre ellas y con preferencia la provenzal y la catalana, esta última y por entonces principalmente en el género popular.

No es aventurado suponer, antes creo que puede afirmarse, que aquellos primeros estudios, más tarde ampliados con el de obras y documentos en aquella hora todavía por él no conocidos ó que no había tenido ocasión de beneficiar, fueron la base sobre la cual levantó, andando el tiempo, los monumentos que fueron fundamento de su reputación y honra de las letras patrias.

Sin que distrajera del todo su atención de dichos estudios, hubo de llevarle á que la fijara en los que en literatura general y en la particular de España llevaba ya desde el comienzo de su carrera literaria hechos, la necesidad de ampliar sus conocimientos en una y otra para el desempeño de la cátedra de aquella asignatura, que le fué, en 1 de Diciembre de 1844, por el Vice-rector de esta escuela encomendada; y más todavía que este compromiso,—que lo fué para nuestro compañero más que de honra de conciencia,—la necesidad de prepararse para las oposiciones á las cátedras de dicha asignatura, que según el plan de estudios de 1845 debían establecerse en todas las universidades de España, atesorando cuantos conocimientos le fuese dado reunir, á fin de representar dignamente las letras catalanas y ocupar un puesto de honor en aquel palenque, por vez primera abierto en nuestro siglo á las letras y ciencias españolas.

Y que esa concentración solitaria, si vale decirlo así, de sus facultades intelectuales, que á momentos apartábale de dar á su actividad creadora el apetecido empleo, unido á los sucesos é incidentes, algunos de no escasa importancia, de su vida exterior, hubieron de ser parte y no liviana á tenerle en aquella casi incomunicación, como en una de sus cartas la apellida Menéndez, en que se mantuvo, salvos algunos bien aprovechados intervalos, con el público, no he de ser yo quien lo ponga en duda. Sin embargo tengo para mí,—y en este punto andamos acordes aquel mi amigo y yo,—que el principal motivo de aquella especie de retraimiento literario en que vivió Milá en una buena parte del susodicho período debe buscarse en las luchas interiores, en las incertidumbres, en las dudas acerca la verdad ó falsedad de ciertas teorías literarias; de si sus influencias podían ser saludables ó nocivas á las conciencias, y por consiguiente

—¿y por qué no decirlo?—hasta en los escrúpulos que por mucho tiempo trajeron desosasegado su ánimo y en frecuente y penoso desacuerdo sus facultades éticas con las intelectuales, y sobre todo con sus instintos artísticos; éstos necesitados de crear, aquéllas contrariándolos con sus sobresaltos y vacilaciones.

Resultado de aquel estado de su ánimo fué atravesar nuestro docto compañero una profunda crisis moral y literaria, causa principal,—fuerza es repetirlo,—de aquella desalentada indolencia de que nos habla él mismo, y que lo fué á su vez, según confesión propia, de que no hiciera las cosas en sazón oportuna.

Por mucho que durante el período de la vida literaria de Milá en que estoy ocupando vuestra atención, fuesen en progresiva disminución las incertidumbres y las dudas, que, como natural consecuencia en parte de lo vago y no bien definido de las teorías de la moderna escuela, hubieron de nacer en su mente una vez las hubo aceptado: por cuanto dichas teorías traían como consecuencia lógica, si con acierto habían de fijarse, un buen número de cuestiones estéticas, morales é históricas, no pocas de ellas de superior trascendencia, que era preciso resolver de antemano, pero cuya resolución exigía vastos estudios, meditación detenida y profundos conocimientos de los sistemas filosóficos en cuyos dominios entraban aquellas cuestiones, era difícil ó poco menos que imposible, que en el entendimiento de Milá, y, atendido su cáracter, aquellas antiguas dudas ó incertidumbres, y las nuevas que en su espíritu tal vez nacerían por efecto de los mismos esfuerzos que para averiguar la certeza de tales ó cuales principios hiciera, acreciendo su desasosiego, no aumentaran en él aquel desaliento, que si no siempre mata, debilita por lo menos las fuerzas morales, y produce en la mente y en la voluntad una como anemia moral, de no menos funesto efecto en el ánimo que el que produce la enfermedad de aquel nombre en el cuerpo. Los que sabéis cuánto se atormentó á si propio para fijar sus ideas respecto de ciertas cuestiones estéticas, sobre todo de las que más ó menos se relacionan ó caen en los dominios de la moral católica; y los estudios á que se entregó, y las consultas que hizo á las

personas que creía más versadas en disciplinas filosóficas para que le ayudaran en su largo y penoso trabajo de depurar lo que hubiese en ellas de cierto, podréis fácilmente adivinar cuánto más habían de traerle inquieto aquellas dudas en aquel ya remoto período de su vida en que no había, ni de mucho, adquirido su razón la lucidez admirable, el golpe de vista y superior discreción á que llegó en el último tercio de aquélla.

Mas si penosa fué y ruda, y para su porvenir peligrosa aquella crisis literaria, la moral lo fué mucho más sin disputa. No habréis olvidado, supongo, que siendo aún muy joven había manifestado en la especie de prólogo puesto al frente de la fantasía dramática, *Fasque nefasque*, ser enemigo hasta de la misma apariencia de inmoralidad en la palabra escrita, para por ello poder juzgar cuánto debían preocuparle las cuestiones referentes á la moral en el arte: cuestiones por todo extremo difíciles, y en cuya resolución, aunque con muy distintos criterios, se han ocupado los más eximios estéticos y los más consumados moralistas, y que si por entonces debía ofrecerse al entendimiento de nuestro amigo como un problema poco menos que insoluble, en cambio debía su voluntad inclinarle á resolverlo en el sentido de que, ni como medio ni como fin, debía admitir el arte nada que no estuviese del todo ajustado al más riguroso sentido ético. Y de ahí que pusiese la moral por cima de todas las condiciones, por de subido precio que fuesen, de que pudiese ufanarse toda obra artística.

Por desgracia, ni en la poesía popular medio-eval y moderna, ni en la de los trovadores, en las cuales había comenzado desde los albores de su vida literaria á poner sus amorosas preferencias, ni en las obras más leídas de los escritores más renombrados de la moderna escuela, no tan sólo no encontraba el perfume de moralidad en que, aún más que en el de sus bellezas estéticas, hubiera deseado bañar su alma; sino que, por el contrario, en la poesía del pueblo, así antigua como moderna, «hubieron de escandalizarle, no tan sólo la índole poco moralizadora que por punto general domina en ella, sino las ofensas á la moral más ó menos veladas por cierta ingenuidad y sencillez, las más veces más aparentes que verdaderas,» según así lo declara

él mismo en la advertencia que precede á la segunda edición de su *Romancerillo*; en la trovadoresca, si bien le enamoraban los dotes de originalidad, variedad de sus géneros, belleza de sus formas y riqueza de lenguaje y demás cualidades que en ella reconocía, repugnábale la falta de sentido moral, para él de más precio que todos aquellos primores literarios, que en ella reinaba; y respecto de las producciones de la novísima escuela, alejábale de su cultivo «su frío y desconsolador escepticismo no templado por ningún pensamiento religioso; su inmoralidad, tanto más corruptora cuanto más se la rodeaba de vistosos atavíos; la índole nada conforme con el sentido ético de su literatura, que subiendo, decía en un artículo encaminado á tratar *de la moral literaria* (1), en progresión ascendente desde el *Fausto* hasta las impuras *Memorias del diablo*, había pasado con uno y otro de estos dos libros, desde el gabinete del sabio hasta los estrados de la cortesana; de aquella literatura, añadía, que ha interpretado todos los sistemas, hojeado todas las historias, puesto la mano en todos los monumentos, desflorado hoja á hoja la corona del pensamiento; que ha mascado con apetito mil manjares diversos para paladearlos y escupirlos en seguida, y que ha inspirado la mayor parte de las obras de Soulié, Balzac, Víctor Hugo, Mme. Sand y otros.»

Todavía más. Hasta en el estudio de la historia; hasta en la poética evocación, si vale decirlo así, de los tiempos medioevales, con sus artes en quienes al lado del severo carácter religioso que imprime en todas sus obras su constructor, el sacerdote, muéstrase con harta frecuencia la irreverente y no pocas veces procaz mueca de la descocada sátira popular; con sus instituciones no de tan puro carácter cristiano siempre, que no se noten á veces en ellas resabios de las influencias paganas y germánicas, de donde acaso traen su origen; con sus prácticas y costumbres, no del todo exentas de los rasgos de barbarie que en ellas imprimieron las tribus del norte, y del virus que en las mismas dejó la corrupción romana; hasta en esa evocación de la edad media, que fué, sobre todo en

(1) Dado á luz en 1842 en el *Album pintoresco universal*, tomo I, p. 107.

sus primeros tiempos, uno de los caracteres más sobresalientes de las literaturas románticas y la más rica y estimada fuente de sus inspiraciones, vió peligros para la moral, y por consiguiente motivos de escrúpulos para lo pasado por haber apacentado, y de sobresaltos para lo porvenir para retraerse de apacentar en adelante su fantasía en los recuerdos históricos de aquellas edades.

Y he aquí porque considerando el arte como una especie de paraíso de puros goces intelectuales,—y por tal hubo de tenerle nuestro amigo al sentirse, siendo aún niño, atraído al estudio de las bellas letras,—dudó, por cuanto se levantaba en él el árbol del bien y del mal, si debía penetrar en el mismo; y una vez ya dentro, si debía seguir habitándolo y gozar de los placeres con que le brindaba, á pesar del riesgo que corría de dejarse tentar por la belleza y la dulcedumbre de los frutos de aquel árbol, ó si por el contrario, cerrado el entendimiento á tan halagüeña tentación, debía retraerse, puesto que era aún tiempo de hacerlo, de penetrar más adentro.

De la resolución de aquella crisis, que ni fué en él constante, ni de continuo y con igual fuerza trajo turbado su ánimo y dudosa su voluntad, dependía, como hace un momento dejé indicado, que siguiese nuestro amigo el camino donde con tan buen pie y por tantos estímulos favorecido, y por tantas esperanzas halagado había penetrado, ó si debía ir á buscar en otros estudios nuevos y más sanos alimentos su espíritu necesitado de ellos. Por suerte, ahora fuese por un vigoroso esfuerzo de éste; ahora por los consejos y ejemplos con que alentó su decaído espíritu su hermano D. Pablo, quien bajo un exterior frío ocultaba un corazón apasionado por el arte, triunfó por fin de aquellas vacilaciones é incertidumbres; y sin cerrar del todo su oído á la voz de los escrúpulos,—que esto no cabe ni puede exigirse de quien, como Milá, tenga siempre puestos los ojos del alma en las tablas de los divinos preceptos y acostumbrada la voluntad á practicarlos,—buscó dentro del mismo campo de las bellas letras la senda por donde se le ofrecieran menos peligros de faltar á ellos y se le presentaran al par ocasiones de apartar á los demás de caer en los mismos; y hubo de hallarla en los estudios críticos, ya que

por ellos podía convertir el arte, ajustando sus fallos á los preceptos éticos, en un sacerdocio: siendo á mi juicio esta la principal causa, unida á cierta instintiva inclinación que desde su mocedad había hacia dichos estudios sentido, de que hiciera de ellos preferente objeto de sus tareas literarias, de que llegara á ser en los mismos maestro consumado y respetado oráculo, y que subiera por ellos á ocupar lugar preemiente en el lucidísimo areopago de los modernos escritores españoles.

Por muy distinto rumbo y como por fácil y desembarazado camino, cual si plugiese á la Providencia distraerle de las inquietudes y combates que turbaban su ánimo, encaminábanse para nuestro amigo los sucesos á quienes, para distinguirlos de los en que hasta ahora me he ocupado, daré el nombre de externos. Aconteciόle lo que á la violeta, á la cual la fragancia que despide parece que pone tanto empeño en descubrir donde modestamente vive, cual lo tiene ella en ocultarse. No porque no llenara con sus versos ó con sus producciones en prosa las páginas de los periódicos á la sazón más leídos, y no buscara con escritos de relumbrón, más que de jugo, fáciles triunfos y vulgares aplausos, crecía menos su fama y era menos querido y respetado su nombre. No él fué á buscar los elogios y los honores, indicio en quien lo hace de bajeza de ánimo y medianía de ingenio, sino que éstos fueron á buscarle á él, evidente testimonio de que era digno de ellos.

En 1841 y en el mes de junio, después de bien aprovechados estudios en las diversas asignaturas que constituían en aquellos tiempos la facultad de Derecho, como lo declaran las honrosas calificaciones que alcanzó en ellas, fuéle conferido en acto público de repetición, como entonces se llamaba, y por unanimidad de votos y nota de sobresaliente el título de Licenciado en dicha facultad.

Con fecha de 12 de abril de 1844 encomendábale la sociedad del Liceo de esta ciudad, modestamente establecida en aquella hora en el exconvento de Montesión, y cuyo teatro era centro de reunión y de esparcimiento de las más distinguidas familias, la cátedra de Declamación que formaba parte de las enseñanzas gratuitas del que se titulaba Liceo filarmónico y dramático de Barcelona de S. M. la Reina D.ª Isabel II, y que antes había

desempeñado el famoso actor Garcia Luna, en atención, decía el oficio de su nombramiento, á sus méritos literarios y honrosos antecedentes. Milá había sido discípulo en aquel difícil arte del insigne Mate; uno de los actores que más había honrado con su habilidad técnica y con sus conocimintos teóricos la escena española, y cuyos lauros,—triste destino de los que se consagran á aquel arte,—sólo brillaron el tiempo que duró su vida, pero cuyo recuerdo conservaremos lo que dure la nuestra los que tuvimos el placer de admirarle en las tablas, viéndole representar, entre otros personajes en que estaba inimitable, el de capitán Buridán en *Margarita de Borgoña*, de Alejandro Dumas, ó el de protagonista de la *Mujer de un artista*. Nuestro amigo continuó desempeñando á satisfacción de dicha sociedad aquella enseñanza, hasta el tiempo que fué á Madrid á tomar parte en las oposiciones de que tenéis ya noticia, y en las que tendré bien pronto que ocupar vuestra atención breves momentos. Creo no andar fuera de camino si considero como indicio de la afición que tuvo siempre á aquel arte el haber vertido al castellano, entre varios manuales cuya traducción le encomendó pocos años después la casa editorial de Pons y Comp.ª, el de Declamación.

En aquel mismo año de 1844, el 1.º de Diciembre, fué nombrado, como hace poco os decía por el que era Vice-rector de esta Universidad, doctor Vila, encargado de la enseñanza de Literatura é Historia, que era en aquellas calendas una de las asignaturas del tercer año de filosofía. A esa la llamaba Milá más adelante su pequeña cátedra. Por real órden de 16 de Enero del año siguiente el Gobierno de S. M. dignábase confirmar aquel nombramiento, trocando aquel humilde título por el más honroso de substituto de la mencionada cátedra.

A ser estrelleros tendríamos que convenir que bajo las más favorables constelaciones hubo de empezar su carrera para Milá el año de gracia de 1845, ya que tan propicia se le mostró la suerte en el decurso del mismo.

El 8 de Abril abría nuestra Academia sus puertas al que, joven aún, pues no había cumplido la edad de veinte y siete años, pero rico ya en merecimientos, hacía concebir esperanzas fundadas de que había de atesorarlos de mucho más precio

en lo porvenir, y hasta aumentar con la fama de su nombre y la importancia de sus obras el lustre de la misma. No ha llegado la ocasión todavía de recordaros lo que Milá fué en su existencia de académico. Permitidme no obstante que llame vuestra atención sobre el hecho de que con ser tan escasos los frutos de su ingenio en aquel período, tres de ellos, y por ventura los más importantes, los escribió para leerlos ante vosotros.

Al siguiente mes de su ingreso en nuestra querida asociación, trocóse en hermosa realidad lo que siete primaveras antes había calificado de «esperanza vana», y de la cual temía que, al igual de otras ilusiones que anidaban en su mente, se «agostara en semilla antes que llegase á dar flor;»

La bella niña catalana,
La de la blanca manilla,
Cuya cintura engalana
El lazo del delantal;

aquélla de cuyos labios «deseaba oir amores en el habla de su villa para luego responderle en el habla de los trovadores», después de entregarle su corazón de amante le daba su mano de esposa. Ni ella había puesto sus tímidos ojos en otro hombre, ni él sus castos deseos en otra mujer. D.ª Josefa Sallent, que así se llamaba aquella niña á quien el joven trovador del Panadés había cantado con el poético nombre de Engracia, era hija de una apréciabilísima familia de Villafranca, de acrisolada honradez y de costumbres cristianas, timbres que, cual las familias nobles sus blasones, envanecíanse las verdaderamente catalanas en conservar y transmitir á sus herederos, no menos limpios que los heredados por aquéllas de sus progenitores. Para las costumbres sencillas y modestas de nuestro amigo con dificultad hubiera encontrado una compañera que más modestas y sencillas las tuviese; como para las limitadas ambiciones de su mujer, fuera de la de ser de todo corazón amada de su marido, era casi punto menos que imposible hallar un varón que como esposo, fuera de ser correspondido, las tuviese más limitadas que lo eran las suyas. Si se ha de medir el cariño de dos esposos mientras vivieron juntos por la soledad que deja la pér-

dida del uno en el corazón del otro, la en que vive sumida la viuda de Milá es evidente testimonio de lo intenso que fué el que se profesaron en vida.

En el mes de Marzo de aquel mismo año fuéronle conferidos, previos los estudios y exámenes de reglamento, los títulos de licenciado y doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, indispensable este último para poder optar al de catedrático de dicha facultad, y el de Regente de primera clase con destino á su sección de Letras. En el mes de Octubre recibía del señor Gobernador de esta provincia, con el nombramiento de Profesor sustituto de perfección de latín, el encargo de desempeñar la cátedra de esta asignatura. Ya antes le había honrado el Rector de esta escuela, que lo era á la sazón el bajo todos conceptos respetable Excmo. Sr. D. Joaquín Rey, con el de leer la inaugural en la apertura del curso académico de 1845 al 1846, para la cual,—sea dicho de paso,—excusándose modestamente «en su falta de conocimientos para ocuparse en los varios saberes, son palabras del mismo Milá, que forman el grandioso cuadro de la ciencia humana, á los cuales vedábale el respeto que les profesaba tributarles tan sólo vagos é insignificantes encomios.» escogió por tema *la importancia del estudio de la literatura.* Sin que pueda este trabajo suyo ponerse al nivel de la otra inaugural que leyó en la solemne inauguración de los estudios académicos de 1865 á 1866,—ni era posible que á tanto llegase mediando como mediaron entre uno y otro escrito veinte años de sólidos y bien aprovechados estudios,—es aquella producción, sin embargo, notable por la abundancia de conocimientos y rectitud de criterio que revela, y por lo castizo y elegante de su lenguaje, más galano y rico en adornos que el que acostumbró usar más tarde en otros escritos suyos, siquiera no fueran de carácter puramente didáctico.

En 1845 había Milá plantado el árbol, aunque por desgracia privado de retoños, á cuya tranquila sombra, debía, como los personajes bíblicos á la de la higuera que extendía sus ramas delante de su tienda, pasar en la gratísima dulcedumbre de la paz y dichas domésticas los tranquilos días de su existencia. En el invierno de 1846 al 1847 tuvo la dicha de poder echar los cimientos sobre los cuales había de levantar los monumen-

tos literarios que debían darle alto é imperecedero renombre, y contribuir con las satisfacciones del amor propio con que se vió por ellos regalado, á aumentar aquella paz y aquellas dichas. En aquel invierno, memorable para nuestro amigo y para el que estas líneas escribe, tuvieron lugar en Madrid las oposiciones, donde en noble y honrosa lid ganó aquél la cátedra de Literatura general y española de esta Universidad. Yo que tuve la doble fortuna de ser su compañero en ella y de no tener que medir mis flacas fuerzas con las poderosas suyas, ya que no formé parte de la terna en que él actuó, podría deciros en cuán alto lugar puso el nombre de Cataluña, cuyo pendón por suerte, hasta por confesión de gentes no nacidas en nuestro suelo, brilló en cuantas oposiciones entonces se celebraron por cima del de las demás provincias. Mas porque podrían parecer, no á vosotros que sabéis lo que Milá valía, sino á los extraños, inspirados más por la complaciente voz de la amistad que dictados por el recto juicio de la justicia los elogios que de sus ejercicios hiciera, creo deber ceder la palabra á un acreditado periódico, *El Español*, que se ocupó en aquellas oposiciones, de las cuales decía que fueron las más brillantes entre las mejores que se habían hasta entonces celebrado en la corte. Después de consignar la circunstancia de que el tribunal, cual si vacilase acerca de á quién debía dar la preferencia entre Milá y Fernández Espino, colocó á entrambos en primer lugar en la terna, y de hablar de este último con el elogio que de justicía merecía, decía aquel diario de nuestro compañero, «que había desde los primeros ejercicios dado muestras de investigador osado; que era enemigo de vagas generalizaciones y sostenedor decidido de teorías, para cuya justificación tenía siempre á mano datos y observaciones en que apoyarlas. Que había además manifestado una instrucción poco común en los diversos ramos que comprende la asignatura, y conocimientos profundos en los que parecían ser de su predilección, es á saber, la alta crítica y los orígenes de la literatura moderna.»—A tener que rectificar al articulista de *El Español*, en vez de los vocablos de literatura moderna, hubiera Milá de seguro escrito, con más exactitud, los de literaturas neo-latinas.—Sigue luego aquél indicando varios de los asuntos en que

hubo de ocuparse en los diferentes ejercicios de que se componían á la sazón aquellos actos académicos, que reconoce haber dilucidado con superior acierto, poniendo fin á la parte de su escrito especialmente encaminada á enaltecer á uno y otro opositor, con estas palabras, sobre las cuales habéis de permitirme que llame vuestra atención, en cuanto revelan un hecho y ofrecen un dato, á mi ver de suma importancia para con más exactitud apreciar la especial índole del movimiento romántico en esta región de la península ibérica, y su marcada tendencia á buscar, más que en vanas abstracciones, en la historia literaria el origen y fundamento de sus teorías. «Los señores Fernández Espino y Milá,—añadía el mencionado articulista, —que son sin disputa los mejores de sus compañeros, pueden ser considerados como dos jefes (sic) universitarios que han sostenido doctrinas no opuestas, pero sí distintas. En el primero se nota ese gusto, ese juicio, esa segura crítica que distingue á la escuela sevillana, de la cual es partidario. En el segundo la novedad y profundidad filosófica. Nosotros no decidiremos cuál estudio tiene más mérito, porque los dos valen mucho; sin embargo, mientras las doctrinas que representa Milá no se generalicen más,—aquí, sea dicho de paso, eran las que profesábamos cuantos al cultivo de las bellas letras nos dedicábamos,—sean bien comprendidas y lleguen á adquirir la claridad conveniente, nosotros nos inclinamos á las del señor Fernández Espino.»

Lejos de mi ánimo sospechar siquiera que la opinión que en el pasaje transcrito manifiesta profesar el articulista de *El Español,* en quien se descubre á tiro de ballesta un entusiasta admirador de la escuela sevillana, todavía sobrado inclinada á seguir las huellas de sus antiguos maestros, fuese la de los eximios literatos, tales como Pastor Díaz, Roca de Togores (Marqués de Molins), Gil y Zarate, Gonzálo Morón, Agustín Durán, Hartzembusch, Ochoa, Gutierrez, Madrazo (D. Pedro) y otros muchos que eran á la sazón ornamento de la corte, caudillos de la nueva escuela y orgullo de las letras españolas. Las doctrinas que Milá representaba y que,—no lo toméis á inmodestia de su parte,—como compañero suyo en las oposiciones y educado en su misma escuela, sostenía á su

lado el que tiene el honor de hablaros, si no con tanto talento y bríos como él, por lo menos,—me complazco en afirmarlo,—con igual fe y entusiasmo, no estaban por aquellos días tan poco generalizadas, ni eran tan escasamente comprendidas como el susodicho articulista supone. Lo que hay de verdad en el fondo de las declaraciones de éste es que á la plebe literaria, harto numerosa, de la coronada villa que pasaba los días componiendo coplas y leyendas románticas y las noches declamándolas en tertulias y cafés, y hasta á una gran parte de personas no desprovistas de regular cultura que las leía, como quienes no habían ahondado en los orígenes histórico-filosóficos, ni detenídose á estudiar las teorías de la nueva escuela, hubieron de llamarles la atención por su novedad y de asustarles por lo osadas las teorías por Milá y su compañero sostenidas, y con datos, en aquella hora todavía poco conocidos, confirmadas. Lo que sí es cierto, y esta fue otra causa de que aquellas teorías pareciesen nuevas, y se las considerase como poco difundidas, y que se calificasen de osadas las investigaciones y los hechos en que nuestro compañero las apoyaba, que los demás opositores, procedentes de otras provincias, ó no llevaban bien definidos sus principios literarios, inclinándose en general más á los de la vieja escuela clásica que á la romántica, ó se declaraban, como sucedió con el citado Sr. Espino y el Sr. Martín, otro de los opositores, sevillano aquél y éste salamanquino, decididos sostenedores de las tradiciones de las escuelas de aquellos nombres. De todo lo cual se desprende á mi ver, si es que no me ciega el amor que á Cataluña profeso, que excepto el movimiento en favor de las nuevas ideas iniciado en Sevilla por Bölh de Faber, entusiasta admirador de nuestros antiguos géneros literarios nacionales, pero que murió ahogado apenas nacido por la preponderancia que á la sazón ejercía en aquella ciudad la escuela de su nombre, representada en la época en que tenían lugar aquellas oposiciones por los que eran, según voz pública, los más aventajados y queridos discípulos de Lista, los señores Fernández Espino y Zapata,—menos aún que su maestro dispuestos á transigir con los principios de la nueva escuela;—que excepto Valencia, donde, aunque humildemente y más como

efecto del movimiento editorial allí iniciado por Cabrerizo, y por indirecta manera secundado por las aficiones y estudios bibliográficos de Salvá, que como racional producto de los esfuerzos individuales de los pocos que, como nuestro paisano y amigo mío el barcelonés Arolas y como Vayo, dedicábanse al cultivo de las letras, había comenzado á iniciarse un movimiento romántico que tardó bastante en desarrollarse, pero que no alcanzó jamás la importancia que llegó á adquirir el nuestro, los dos únicos puntos en que echó hondas raíces, y donde con más vigor floreció, y más copiosos frutos dió el árbol del romanticismo,—entiéndase siempre que en proporción relativa,—fueron Madrid y nuestra ciudad: bien que distinguiéndose el de ésta del de la corte en que ya desde su origen se dió aquí por punto general, y guardada aquella proporción, mayor importancia al cultivo de la historia literaria, en especial á la de las literaturas medio-evales, que la que se les dió al principio en Madrid; donde en cambio, continuando los sólidos trabajos de Velázquez, Sarmiento y Sánchez, críticos y escritores tan conspicuos como Durán, Gayangos, el Marqués de Pidal, Hartzembusch, algo más tarde Amador de los Ríos, Cañete, y algunos otros no menos dignos de ser conocidos, estudiábanse con no menos calor que levantado espíritu crítico, y dábanse á conocer los ocultos tesoros de nuestra antigua poesía. «Bien nos han *provenzalizado* Vdes.,» nos decían cierto día á Milá y al que estas líneas escribe al salir de uno de los ejercicios de las oposiciones algunos de nuestros jueces, entre los cuales, pláceme recordarlo, hallábase el malogrado Amador de los Ríos, que en honra de nuestras letras tanto *provenzalizó* y *catalanizó*,—perdónesenos uno y otro neologismo,—más tarde en su monumental historia, como la apellida Menéndez, de la literatura castellana (1). Y he aquí explicado en esta ocasión, que me ha parecido

(1) Hablando el Sr. Tubino * de aquellas oposiciones, dice que «fué tal el acierto, claridad y fuego con que hablaron los señores Milá y Rubió, sobre la literatura provenzal, que no faltó en la mesa de los jueces quien,—aludía, según declara en la nota, al Sr. Amador de los Ríos,—comprendiendo la importancia que dentro de la literatura española debía concederse á las manifestaciones de la lemosina-trovadoresca, se dedicó á estudiarla en sus

* *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Mallorca y Valencia*, páginas 279 y 280.

la más oportuna para hacerlo, porque escribía en otro trabajo mío con motivo de hablar del aprecio de cada día mayor en que era tenida, y el creciente interés con que era estudiada en algunos centros de personas doctas de la corte nuestra antigua literatura catalana,—algunos años antes apenas conocida más que en un pequeño grupo de literatos eruditos y versados en la historia de las letras,—que sin dejar de reconocer la influencia que en ello tuvieron las versiones que poco antes se habían dado á la estampa de las dos historias de nuestras patrias letras escritas por Bouterwech y Tiknor,—de la primera no salió á luz más que el primer tomo,—creía que también tuvo en ello alguna parte y no escasa el mayor conocimiento que de nuestro renacimiento literario ya por entonces se tenía, y la grande y merecida importancia que en las oposiciones á la cátedra de literatura general y española, celebradas en 1847 en Madrid, se dió por algunos de los que en ellas tomamos parte á las antiguas poesías románicas, y sobre todo á la provenzal y á la tolosano-catalana (1).

---

fuentes, consignando el fruto de sus investigaciones en futuras y muy notables obras.» Más aun, creo poder asegurar que se debió á la mayor importancia que al estudio y cultivo de la literatura provenzal atribuyó él mismo desde entonces, que se incluyesen en los cuestionarios para el grado de doctor varios temas sobre dicha literatura, dando ocasión á que para alcanzar aquel título se escribiesen y vieran la luz pública, al menos que yo sepa, tres notabilísimas monografías, es á saber; dos de mi amigo D. Toribio del Campillo, con la rúbrica la una de *Ensayo sobre los poemas provenzales de los siglos* XII *y* XIII, leído al claustro de la universidad central (Madrid, imprenta de Campo-Redondo: 1860), y la otra, con el título de, *Ensayo sobre la influencia de la poesía provenzal en Francia, en Italia y en España,* leído ante el director y profesores de la Escuela de Diplomática (Madrid, imprenta de *La Tutelar*, 1865), y otra dada á la estampa (Madrid 1801, en la de Rivadeneira). con el rótulo de *La sátira provenzal*, escrita por nuestro malogrado compañero D. José Coll y Vehí, en un tomo de 200 págs. en 4.°

(1) *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas*, pág. 57.—Otra de las consecuencias que se lograron con aquellas y otras muchas oposiciones que, á fin de llenar el gran número de cátedras que se crearon por el plan de estudios de 1845, se celebraron por los años de 1846 y 1847 en Madrid, y en las cuales sobresalieron por punto general en todos los ramos del humano saber los jóvenes que fueron de provincias, fué modificar el hasta entonces poco ventajoso concepto que se tenía allí de la cultura literaria y científica de éstas. «No creíamos que se supiese tanto en provincias,» nos decían en cierta ocasión algunos de los jueces que formaban parte del tribunal de las mencionadas oposiciones de *Literatura general*

Aquel acto, y perdóneseme esta digresión que como dato histórico no deja, á mi ver, de ofrecer algún interés y utilidad para la del período en que tuvo lugar; aquel acto sin duda el de más importancia y para el amor propio de Milá el más halagüeño de cuantos hasta entonces había realizado, ya que de un golpe había visto dilatarse su fama y ser su nombre querido y respetado por los más eminentes literatos de la corte; aquel acto, por otra parte el de más trascendencia por cuanto, allanándole las sendas por donde pudiese marchar, no tan sólo sin obstáculos, antes impulsado por poderosos y halagadores estímulos, de cada día más numerosos, al logro de sus propósitos, demostrábale con toda evidencia que ya éstos no podían ni debían ser otros que abrazar resueltamente aquellos estudios en los cuales, al hacer el primer alarde en público de los frutos en ellos cosechados, acababa de alcanzar laureles que, por lo espontáneamente que habían sido otorgados, debía considerar, sin pecar de inmodesto, como presagio cierto de que podría alcanzarlos en lo porvenir más brillantes y de más subido precio.

No me atrevería á asegurar, sin embargo, si una vez investido de su título y en posesión de su cátedra, que empezó á desempeñar el 8 de marzo de 1847, con entregarse ya más de

---

y española. * Permítaseme que, como demostración de cuán cierto era que se ignoraba y que hasta debía parecer en Madrid cosa natural que en provincia se viviese poco menos que á oscuras respecto á ciencias y letras, consigne en estas páginas el siguiente hecho. Platicando en cierta ocasión Milá y yo con uno de los jueces de nuestro tribunal de oposiciones, y habiéndose ofrecido hablar del *Poema del Cid,* ocurriósele á éste decir, como si se tratara de la obra más desconocida de nuestra antigua literatura, estas textuales palabras: «El poema del Cid, que supongo que ninguno de Vdes. dos conoce...» Para quienes estaban verificando oposiciones á la cátedra de Literatura española la suposición era por todo extremo poco honrosa. Mi amigo se encargó de contestarle, y como quien no se daba por ofendido por ella, se limitó á decirle, que uno y otro sabíamos no pocos fragmentos de aquel poema de memoria, y á poner en su noticia, puesto que, al parecer, lo ignoraba, que yo lo había reimpreso como suplemento al Romancero de Ochoa, al dar á luz esta obra, enriquecida con algunos nuevos romances que no figuraban en las colecciones de Durán, en el año 1840, en la imprenta de Pons y Comp.ª de esta ciudad.

* Lo fueron los señores Marqués de Valgornera, presidente, Hartzembusch, Gayangos, Aribau, Gonzalo Morón, Delgado y Amador de los Ríos, que desempeñó en ellas el cargo de secretario.

lleno y con más desembarazo al estudio de su asignatura, y á la resolución,—ya que en ello tenía empeñadas su reputación como catedrático y su conciencia como católico,—de los problemas que le salían al paso, objeto y causa tal vez algunos de ellos de las dudas y vacilaciones de que os hablaba momentos antes, logró desembarazar de ellas su mente, trocándose para él en sendero fácil y lleno de flores el que antes y por períodos más ó menos frecuentes y duraderos había sido camino áspero sembrado de punzantes abrojos. A los que por propia experiencia saben que no de repente y cual nublado de verano que rasga y dispersa una ráfaga de viento, sino que como velos de niebla que van desvaneciéndose á medida que se levanta el sol sobre el horizonte, van disipándose las dudas una vez han llegado á señorearse de la inteligencia, no ha de causarles extrañeza, antes ha de parecerles natural caso, que no de improviso lograra desembarazarse el robusto entendimiento de Milá de las que le habían traído en ciertas ocasiones inquieto y desalentado. Y de que aún después de haber hecho aquél ostentoso alarde de su profundo saber en todo linaje de disciplinas literarias, y de sus, para no pocos de los literatos de la corte, «osadas teorías,» no se hallaba del todo en todo libre de aquéllas su mente, son testimonio evidente el que aquellos escrúpulos por haber considerado los recuerdos de la edad media como fuentes de poéticas inspiraciones, de que antes de ahora os hablaba, los revelaba á un íntimo amigo suyo allá por los años de 1848; y que corría el de gracia 1851 cuando me hablaba en una carta suya de disgustos que habían sido causa de que no escribiese, y de los cuales pedía al cielo que no fuese lo porvenir tan abundante cual lo pasado lo había sido.

No era ya posible, sin embargo, que su entendimiento no acabase por sobreponerse á aquéllos y por vencerlos, por más que no desde luego y por rápida transacción se advirtiese el triunfo sobre los mismos alcanzado; ni extraño que transcurriera por lo tanto algún tiempo antes que rompiera con la desalentada indolencia en que á trechos había caído, y que por natural reacción desplegara una actividad intelectual, si por el número de sus obras en apariencia hasta atropellada,

tranquila y sesuda por el peso, y seriedad, y riqueza y novedad de conceptos que se advierte en ellas.

En una de las pocas ocasiones en que habló Milá de sí mismo tuvo á bien revelarnos, que antes acaso que ninguno de sus contemporáneos habíase ocupado en la poesía popular, haciendo remontar al año 1831, ó sea á la temprana edad de trece años, el despertamiento en él de esa afición que, andando los días, debía llegar á ser, si vale decirlo así, el amor de sus amores literarios; añadiendo que ya en 1842 había determinado dar á luz una colección de canciones de aquel género de poesía. Lo que no le fué dado entonces realizar por hallarse su ánimo bajo la enervadora influencia, según confesión propia, de uno de aquellos períodos de desalentada indolencia, lo realizó cuando, libre de aquella influencia, sintióse con alientos para llevar á feliz término los planes que de antiguo tenía ideados y los que concibiera en adelante. El antiguo propósito de dar á la estampa una colección, que debía ser la primera, de canciones catalanas, renació en él con más bríos; y creyendo por ventura que no eran bastantes las riquezas que en aquella rama de nuestra literatura tenía atesoradas, con el bastón de viajero en una mano y la cartera de apuntes debajo del brazo, lanzóse á recorrer valle por valle, pueblo por pueblo y hasta caserío por caserío aquellas de nuestras comarcas donde, por no haber penetrado aún en ellas los en sus formas y en sus movimientos líricos sobrado estudiados cantos corales, muy en voga en nuestras ciudades; ni los desacordados acentos de nuestras harto libres, si no descocadas musas callejeras; ni los pretenciosos y con frecuencia exóticos aires de algunas de nuestras más populares zarzuelas, consérvanse puras aún y manteniendo el sabor de la tierra las dulces y encantadoras canciones y las melancólicas y suavísimas melodías que las acompañan, á cuyo encantador arrullo nos dormimos los que tuvimos la dicha de ser amamantados en los pechos de nuestras madres, á fin de recoger de los labios mismos y de escribir bajo el dictado de las ancianas, á la lumbre del hogar de nuestras semigóticas casas de labranza, las baladas que habían aquéllas recogido de los de sus madres y abuelas; si nuevas para él, para enriquecer con ellas su colección; si ya por él conocidas, á fin de apuntar las

variantes con que se distinguiesen de éstas. Cuatro veranos, los de los años de 1849 al 1852, según los datos que me han sido comunicados por su familia, empleó nuestro amigo en esta tarea, no menos provechosa para las letras catalanas, que grata para quien, como él, á su condición de catalanista de buena cepa y nacida de un cariño entusiasta á cuanto le recordaba las vetustas instituciones y poéticas costumbres de su patria, unía un amor intensísimo á las armonías de la naturaleza.

Resultado de sus anteriores estudios y de aquellas poéticas excursiones veraniegas fué, por de pronto, el escogido ramillete que de las más regaladas flores de nuestra rica y por todo extremo original poesía con el modestísimo título de *Romancerillo* dió la estampa en 1853. En él me ocuparé al considerar á Milá como catalanista. En este momento he creído deber limitarme á mencionarle, en cuanto su publicación, á par que señala un paso, y no de escasa importancia, según en otro lugar os indicaba (1), en el desarrollo histórico del moderno renacimiento de nuestro idioma y de nuestra literatura catalanas, marca en él la línea divisoria, si vale llamarla así, de dos períodos de su existencia literaria; el de lenta incubación y de labor intelectual relativamente escasa, que dejo descrito, y el de fecunda gestación y sorprendente actividad creadora en que voy á ocuparme.

Porque en efecto, desde aquel punto y hora lo que habían sido tímidos ensayos y aficiones todavía no bien definidas, sino indecisas preferencias á tal cual género literario, por más que, como en más de una ocasión lo dejo indicado, se inclinasen éstas al estudio de las literaturas medio-evales y al cultivo de la crítica histórico-literaria, truécanse en vocaciones decisivas. Entrase, pues, resueltamente por esos dos amenos y abundosos campos de las bellas letras, que además de ser para él los de mayores encantos, ofrecíanle el tentador atractivo de ser en nuestro suelo menos conocidos y por lo tanto menos beneficiados; y dando de mano á otra clase de estudios, parece como que cifra su gloria en sobresalir en ellos. Y de que se

---

(1) *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas*, pág. 47.

le cumplió en efecto su propósito, bien á las claras lo pregona el honroso título que mereció, y que nadie le disputa, de escritor eximio y maestro consumado en aquellas ramas de la literatura en quienes más especialmente y con mayor cariño ocupó su entendimiento y á las cuales consagró sus ocios.

Sea, pues, también desde este punto y hora nuestra tarea, dado que no son conocidos los campos donde debía cosechar sus más preciados laureles y alcanzar aquellos tan honrosos títulos, seguir á Milá en los dos ya bien definidos derroteros por los cuales, y gracias á los substanciosos frutos de su ingenio con que á su paso iba esmaltándolos, debía llegar á la conquista de aquéllos y al logro de tan preciados títulos; ó reduciendo á términos más precisos nuestro intento, sea éste estudiar á nuestro amigo como crítico, dentro de cuya calificación caben holgada y naturalmente el oficio de investigador de los principios filosóficos en que funda aquél sus fallos, y el de propagador de las enseñanzas y preceptos por los cuales, á par que á saber aquilatar las bellezas de la obra artística, se llega al conocimiento de los medios para producirlas; y darle á conocer como historiador de las literaturas medio-evales, en especial de las dos, para un hijo de este suelo, de más interés de entre las neolatinas, á saber, las de la lenguas de oc y catalana, y la de Castilla, en sus dos formas unas y otra de literatura popular y literatura erudita; por donde y sin esfuerzo, antes por natural camino y lógico procedimiento, podremos pasar, sin salirnos de este terreno, á considerarlo como catalanista.

Y puesto que la primera producción con que, saliéndose de los estrechos límites de breves memorias ó de los más reducidos aún de artículos de periódico para darle forma é importancia de libro, inaugura la serie de sus obras de mayor volúmen y aliento es el *Compendio del arte poética*, que dejamos ya en otra parte citado, y una versión del tratado *de lo Bello* de Cousín la segunda que dió á la estampa, he creído que debía empezar por bosquejar, más con intento de dispertar en vosotros recuerdos que de revelaros hechos desconocidos, la fisonomía literaria de Milá bajo aquel primer aspecto: que no es por otra parte, sea dicho sin ánimo de rebajar en nada el aprecio en que es con justicia tenido, aquel por el cual es más

conocido y por quien ha llegado á adquirir el renombre de que entre propios y extraños goza.

Como dato para la historia de las ideas estéticas, ó si se quiere del arte preceptiva en España, bajo cuyo único aspecto después de los concienzudos trabajos de igual ó parecida índole compuestos más tarde por nuestro amigo es como debe ser considerado, el *Compendio del arte poética* es de grandísimo precio. Por vez primera, al menos que yo sepa, en una obra elemental, sin desviarse su autor en la parte puramente técnica de los cánones referentes á la elocución poética, estructura del verso, géneros de poesía, etc., que se encuentran en los libros de los preceptistas de más crédito, antiguos y modernos, de la vieja escuela; cánones que explica y confirma, al igual que todos aquéllos, con ejemplos escogidos de entre las más selectas producciones de nuestro parnaso clásico,—siguiendo en ésto camino opuesto el que se trazara pocos años antes en su ya citada poética, *Emancipación literaria,* Ribot y Fontseré, quien no cita ejemplo alguno, como ya sabéis, que no esté escogido de entre las composiciones de los más afamados prohombres del romanticismo;—al bosquejar con una concisión que en nada empece á la claridad, la historia, pongo por caso, de las formas métricas más usadas así en los tiempos antiguos como en los modernos de la poesía española, ó sea el origen de las leyes de la versificación en las lenguas neo-latinas, y en especial del romance asonantado, contra la usada costumbre, saca los más de los ejemplos ó de los datos que para su explicación ó confirmación necesita de las literaturas medio-evales: como también por vez primera, al ocuparse en la poesía bucólica y en la tragedia neo-clásicas, imitaciones falsas de géneros parecidos de la antigüedad griega ó romana, manifiesta lo que había en dichas imitaciones de convencional y falto de vida: como también por vez primera, en suma, demuestra teórica y prácticamente, como huyendo por igual manera así de absurdas amalgamas é inconciliables consorcios, como de anacrónicos é inmotivados exclusivismos, y remontándose á las regiones serenas del arte, donde parece como que se hermanan y confunden en amoroso abrazo toda clase de bellezas, podíase, sin rebajar en lo más mínimo el mérito de algunos de los más bellos pasa-

jes de los inmortales poemas de Homero, poner en parangón con ellos fragmentos no menos hermosos por su poética sencillez y candorosa ingenuidad de algunos cantares de gesta de nuestros antiguos trovadores; y que no se desvanece el encanto que labra en nuestro ánimo la lectura de los más tiernos y delicados de nuestros romances, con poner á su lado y en cotejo con ellos algunas de nuestras más galanas y sentidas canciones populares.

¿Qué objeto se propuso Milá al escribir aquella obrita? Debo confesaros que lo ignoro; si bien presumo que hubo de moverle á componerla el deseo de trazar el camino,—igualmente apartado de la árida rigidez y de las enervadores intransigencias de los cánones de algunos de los preceptistas formados en la escuela de Hermosilla, á la sazón más leídos en las aulas, como de los anárquicos consejos de quienes, como, pongo por caso, Ribot y Fontseré, proclamaban á voz en cuello el desprecio de toda regla,—que pudiesen seguir los jóvenes que, abominando así de las exageraciones de los ultra románticos, cual de la crítica al por menor y del convencionalismo frío del neo-clasicismo, deseaban dedicarse al cultivo de las buenas letras. Milá no podía adivinar en 1844, en que dió á los tórculos aquella obra, ni que al año siguiente se le encomendara la cátedra de Literatura, ni mucho menos que debiese algo más tarde, en virtud de las nunca bastante alabadas reformas introducidas en la enseñanza oficial,—hoy por desgracia, séame lícito lamentarlo, por impremeditadas y no siempre sanas innovaciones harto desviada de sus primeros derroteros,—desempeñar una de las nuevas y más importantes enseñanzas, la de Literatura general y española, por aquellas reformas creadas: y por lo tanto, no para que tuviesen sus discípulos un libro de texto, que por otra parte hubiera resultado para dichas asignaturas deficiente, puso su entendimiento y su mano en la ejecución de aquel libro.

No sucede lo mismo respecto del motivo que hubo de moverle á dar á la pública luz, por él vertida al castellano, con el rótulo de *Manual de Estética*, el tratado acerca de lo Bello de Cousin. El programa oficial de Literatura, á que teníamos entonces los catedráticos de esta asignatura que ajustar nuestras

explicaciones, estaba basado en su parte teórica en dicho tratado, cual lo estaba en la preceptiva y en la histórica en el *Manual de retórica y poética* y en la *Historia de la literatura española* del Sr. Gil y Zárate. Siendo entonces obligatorio para los alumnos estudiar en el libro que en sus explicaciones seguía el catedrático, hubo nuestro amigo de creer,—siquiera no estuviese del todo conforme con las ideas del ecléctico é inconsecuente, como le apellidaba más adelante, filósofo francés,—que facilitaría á sus alumnos el estudio de aquella ciencia, traduciendo el susodicho tratado, con el propósito sin embargo de enmendar en sus enseñanzas las que en aquel libro hallase no ajustadas á sus creencias ó no del todo conformes con sus propias teorías estéticas.

Mientras atado por la obediencia al precepto legal, para Milá no menos respetable, mientras no estuviesen en lucha con ellos, que los morales, seguía como catedrático acomodando sus enseñanzas á los textos oficiales, su claro entendimiento, tanto ó tal vez más que por sus continuas y selectas lecturas enriquecido, fuertemente vigorizado por constantes y bien encaminadas meditaciones, iba abriéndose nuevos horizontes y penetrando muy adentro en ellos; y á par que modificando sus antiguas ideas y adquiriéndolas nuevas en la ciencia de lo bello, iba también por momentos atesorando nuevos conocimientos en todas las ramas de las humanas letras, que debían, al andar delos tiempos, servirle, las primeras para poder componer para la enseñanza de aquella ciencia un tratado de la misma que fuese fruto de sus propios estudios y meditaciones; los últimos para poder escribir, para el uso de sus discípulos, manuales de literatura y de historia literaria más breves y metódicos que los en que habían leído estas asignaturas hasta entonces. Y ora fuese porque estimara más urgente fijar con solidez sus ideas estéticas, á fin de que pudiera igualmente sobre más firmes cimientos apoyar los cánones, en quienes debía como crítico fundar sus fallos literarios; ora porque creyese ser para él deber inaludible de conciencia apartar lo más pronto posible á sus alumnos del riesgo que corrían de inficionarse más ó menos en los errores,—por suerte en el tratado sobre lo Bello que les servía de texto no tantos ni tan trascendentales como en otras

obras de Cousin, —de la escuela de que es este filósofo principal jefe, á componer unas lecciones de dicha ciencia para aquéllos fué á lo que con preferencia dedicó su inteligencia y su pluma.

Corría el año de 1857, uno de los más fecundos sin disputa de su vida literaria, cuando aparecieron en el Diario de esta ciudad una larga serie de artículos, en quienes con sorpresa de una gran parte de los lectores de aquel periódico, á cuyos oídos llegaba por ventura por vez primera este nombre, ocupábase nuestro amigo en teorías y cuestiones estéticas. En aquel mismo año entregaba á la prensa, reunidos en un elegante tomito de algo más de cien páginas, y con el título de *Principios de estética*, con esmero corregidos y metódicamente ordenados aquellos artículos, con extraordinario aprecio recibidos por las personas versadas en aquel linaje de estudios, poco menos que nuevos á la sazón en nuestro suelo. El en aquellas calendas todavía joven y novel Director del Diario, nuestro querido amigo y compañero D. Juan Mañé y Flaquer, haciéndose intérprete del juicio emitido por aquéllas sobre aquel libro, publicó un artículo crítico sobre el mismo en que puso de relieve las dotes que, tanto considerado en su doctrina, cual en el método, precisión y claridad de lenguaje con que se hallaba ésta expuesta, tan necesarias en una obra destinada á servir de texto á entendimientos no educados aún en las ciencias filosóficas, valoran dicho libro.

El cual sin embargo, fuerza es confesarlo, si se le compara con los posteriores tratados de dicha ciencia dados más tarde á luz por nuestro amigo, no pasa de ser, ni se le puede en justicia considerar más que cual un ensayo. Pero como no era Milá de esos entendimientos apocados é indolentes que se retraen de lanzarse al cultivo de ciertas ramas del humano saber en cuanto ven ó adivinan que han de arrostrar al hacerlo asperezas y sequedades, que ponen á prueba y hacen vacilar no pocas veces hasta las voluntades más robustas; antes por el contrario, como quien tiene confianza en la lucidez y poder de su entendimiento, parecía como que se gozaba en vencer aquellas asperezas y arrostrar aquellas sequedades, que en último resultado acrecientan, una vez se ha triunfado de ellas, la clara

visión y robustez de aquél; y como quien además cifraba su gloria, y era para él negocio de honra y de conciencia penetrar tan adentro como le fuese dado hacerlo en el estudio de aquellas disciplinas á que le inclinaba la afición y el deber le llamaba, aquellos primeros y no desaprovechados pasos que había dado en el camino de la ciencia de la belleza, hubieron de alentarle á que entrara resueltamente por sus difíciles y áridos campos, por más que, según lo tenía ya previsto, debiesen poner en tortura su entendimiento, no sus oscuridades, pues se reconocía, sin pecar de inmodesto, con alientos y luces intelectuales bastantes para comprenderlas y explicarlas; sino el estar no pocos de sus problemas tan estrechamente enlazados con ciertos conceptos ó principios metafísicos, que fuese poco menos que imposible resolverlos sin un cabal conocimiento de éstos; y Milá,—permitidme que os lo recuerde,—no por aversión que tuviese á la metafísica, sino por el respeto con que miraba aquella ciencia, habíase retraído hasta entonces, ni en adelante se sintió jamás inclinado á dedicarse á su estudio.

No es mi propósito, ni aun cuando cayera en la pueril tentación de abrigarlo me sentiría con fuerzas para llevarlo á cabo, daros á conocer en su unidad científica y en cada una de sus partes el sistema estético formalizado por nuestro amigo; por que pasos y por medio de cuáles lecturas llegó á crearlo; qué es lo que en él hay original, qué de en ageno campo cosechado; en que puntos de la ciencia ha puesto los pies con segura planta, en cuales otros ha penetrado con vacilante planta; donde da fallos como discreto y docto juez, ó donde por el contrario se encuentra dudoso sin atreverse á resolver entre encontrados pareceres; si anduvo siempre acertado en la expresión de sus conceptos ó si la demasiada concisión en el lenguaje perjudicó á veces la claridad, etc. Tarea es ésta que corresponde de lleno al autor de la *Historia de las ideas estéticas en España;* y de que sabrá desempeñarla cumplidamente cuando, al ocuparse en el desenvolvimiento histórico de aquéllas en este siglo, tenga que juzgar á Milá como á quien tiene en él parte tan principal y en él ocupa tan elevado puesto, son firmísima garantía, como son testimonio de su pasmosa erudición y de la rectitud de su criterio, los tomos que con aplauso y admiración de los varones

más doctos en esa clase de estudios, lleva ya publicados. A él pues, al incomparable escritor, como le apellida en una de sus obras nuestro amigo, á D. Marcelino Menéndez Pelayo, para no exponerme á deslustrar con mi torpe pluma el buen nombre de Milá como estético, cedo gustosísimo tan difícil como honrosa tarea. La mía, llana y breve como á mis flacas fuerzas y á la índole de este mi escrito corresponde, se reducirá á indicaros, más que el desenvolvimiento y concepto científicos que en la inteligencia de Milá alcanzaron sus estudios en aquella importante rama de las disciplinas filosóficas, la distancia por él en éstas recorrida y los frutos en ellas cosechados desde el punto y hora en que escribió sus *Principios de estética,* que califiqué, pronto veréis si con razón ó nó, de ensayo, hasta los en que con el sencillo rótulo de *Estética*, dió á luz un nuevo tratado de esta ciencia en 1869, y que con ligeras adiciones reimprimió en 1877 y en 1884.

Con toda verdad podría decirse de Milá, como autor de dichos tratados, lo que él escribía de la estética del P. Jungmann, es á saber, que no son los suyos un trabajo episódico y fortuito, si no fruto de constante atención y prolongado estudio. Y sin desconocer la influencia que en la afición, de cada día creciente, con que se entregó Milá al de la ciencia de lo bello hubieron de ejercer, por un lado su hermano don Pablo, amador como pocos de éste y dotado de superior instinto artístico para sentirlo, y de verdadera pasión para comunicar á los demás su entusiasmo en favor de las liberales artes y vulgarizar su cultivo, y por otro su incomparable amigo D. Francisco Javier Llorens, por cuya escuela, la más adecuada entre todas las filosóficas al carácter especial, á la vez razonador y práctico del ingenio catalán, sentía nuestro antiguo compañero las más vivas simpatías, allanándole con sus consejos aquél, y éste con sus enseñanzas el camino cuanto más en su principio más escabroso de aquella ciencia, hay que confesar, sin embargo, que á su constancia inquebrantable en el estudio, y á sus hondas y tenaces meditaciones sobre las ideas por sus extensas y detenidas lecturas atesoradas, debió principalmente el que llegara á figurar en el más alto puesto entre los que en España se han ocupado exprofeso en los estudios estéticos; sin que al concederle tan honrosa

distinción intente ni presuma en manera alguna rebajar ni el alto aprecio en que, como estético, por las personas doctas es tenido el que fué nuestro compañero en las oposiciones, el señor Nuñez Arenas; ni el mérito de su libro, del cual declaraba el mismo Milá ser obra profunda y estar con no menos talento que elocuencia escrita, y á la que hubiera puesto sin duda sobre su cabeza á no estar con exceso impregnado de sabor germánico.

Por lo que del examen comparativo de las varias ediciones que dió á la estampa se desprende, el período en que más atención puso y más ahincadamente se ocupó en realizar el que califica él mismo de poco ambicioso, pero no por eso menos empeñado trabajo,—el de escribir dichos tratados,—fué el que media desde el citado año de 1857 en que publicó, como dejo apuntado, el primero de ellos, hasta el de 1869 en que salió á pública luz la que con justicia podría apellidarse nueva estética, ya que en ella, desviándose completamente del plan en aquél trazado, aparece ya formulada su división de aquella ciencia en sus tres principales partes, y se advierte una más lógica y mejor ordenada distribución de las materias que entran en la explicación y especial desenvolvimiento de cada uno de los temas, sugetos de aquéllas. Y sobre tan sólidos y racionales fundamentos levantada, y tan metódica y ajustada al desarrollo filosófico de aquella ciencia y á su más cabal esclarecimiento hubo de parecerle aquella división y el método en la distribución de las materias seguido, que creyó no deber hacer ni la más leve alteración ni en aquélla ni en éste en las últimas ediciones, ó sea en las de 1877 y 1884; ya que apenas puede considerarse como tal el haber puesto como formando parte de aquel tratado el capítulo que, con la rúbrica de *Crítica estética*, había puesto en la edición de 1869 como remate y coronamiento de la parte preceptiva.

Y no es ya tan sólo en la sabia y bien encaminada distribución de materias, ó sea en las que podríamos llamar líneas exteriores del edificio de su concepción científica, la parte en que al parecer dió por terminada su labor al entregar á los tórculos aquel su tratado de estética. También en lo que constituye la parte interna del edificio, á juzgar únicamente por las esca-

sas variantes y adiciones, en la mayor parte de los casos reducidos á notas aclaratorias del texto, que se advierten en las dos últimas ediciones, creeríase que una vez terminado aquél hubo de poner igualmente fin á sus estudios, y con éstos á su ambición de penetrar más adentro en los enmarañados y tenebrosos problemas de la ciencia de lo bello. Sin embargo, los que le conocimos y de más cerca le tratamos sabemos que, lejos de dar por terminada su tarea, entróse por los más oscuros caminos de ella á fin de afirmarse más y más en las doctrinas que tenía por verdaderas, fijar, si le era posible, las dudosas, y ensanchar el horizonte de sus conocimientos: bien que sin salirse en ningún caso de los términos que en sus estudios habíase voluntariamente prescrito, que debían á lo más llegar hasta los linderos, nunca meterse más allá de ellos, de los campos de las ciencias de Dios, del ente y del alma humana. De lo cual, ó sea, de que no dió su labor por terminada, dan también claro testimonio algunos de los nuevos apéndices con que enriqueció la edición del 1877; y por fin el escrito, de subido valor como trabajo sintético, que acerca de la estética tomista vió la luz pública poco más de año y medio antes de su muerte en la revista titulada *La Ciencia Católica*, que en esta ciudad se publicaba.

De que no cejó nuestro amigo en sus estudios con la publicación de aquella nueva edición de su Estética, es además decisivo y evidentísimo testimonio la breve indicación que de las obras en cuya lectura iba internándose á medida que iban llegando á su conocimiento y á sus manos, nos da el mismo, con ser tan enemigo de llamar la atención sobre su persona, en la primera de las *Anotaciones* á la edición susodicha. Por ella sabemos que después de publicada la primera de la misma, fruto, además de copiosísimas lecturas hechas muchas de ellas, son palabras suyas, desde su infancia, de un detenido estudio de la obra ya citada de Cousin; de un tratado de Pictet acerca de lo Bello, que atrae por la amenidad de su estilo no menos que por lo provechoso de sus enseñanzas,—no todas sin embargo aceptables;—del libro del novelista ginebrino Topfer, que lleva la rúbrica de *Menus propos*, apreciable por su alejamiento de todo sistema filosófico, y de la *Grammaire des Arts du dessin*,

completó y aumentó los conocimientos en el estudio de aquellos libros adquiridos, con los más recientemente cosechados en las meditadas lecturas de la *Estética de Lereque*, obra de recomendable mérito; de las elocuentes *Conferencias sobre el Arte*, del P. Félix; de la obra, escrita con profundo sentido científico, del P. Taparelli, titulada *Ragioni del bello secondo la dottrina di santo Tomaso;* de la ya citada *Estética* del señor Núñez de Arenas; y en suma, y ya después de dada á la estampa la edición de 1869, por el estudio de las obras: *Le beau dans la nature et dans les arts*, del abate Gaborit; del tratado de *La belleza y las bellas artes* del P. Jungman,—libro que no dudaríamos en recomendar á los artistas católicos, con preferencia á muchos otros, por ventura más conocidos, si no fuera por su espíritu por demás sistemático y estrecho, por la continua confusión que en ella se advierte de la ética y de la estética, y por sus preferencias poco menos que exclusivas en favor del arte cristiano;—de la obra titulada *Delle benemerenze di Santo Tomaso d' Aquino verso le arte belle*, del P. Vicente Marchese; del discurso pronunciado en la Academia Española por el P. Fernández, y por último de los tratados de filosofía de los PP. Liberatore, Ceferino González y Tongiorgi, en la parte que á la ciencia de lo bello se refieren.

Acaso haya quien llegue á sospechar, en vista del sumario de los estudios en tan numerosos y diversos libros hechos por nuestro amigo con ocasión de escribir sus tratados de Estética, que no sean éstos más que pacientes trabajos de taracea, en el día muy usados por escritores cuyo principal mérito consiste en saber ocultar lo enteco de su ingenio entrando á saco las obras de los verdaderamente doctos, para con sus despojos componer las suyas, y en la habilidad con que se logra disimular la diversidad del tejido de los trozos plagiados, por manera que parezca tela de su propio telar. No era sin embargo así como procedía nuestro amigo; el cual si bien, como la abeja liba de las flores jugos que convierte en miel, sacaba conceptos abundantes de sus estudios, transformábalos en ideas propias al calor de prolongadas meditaciones. De esta suerte convertía por ventura en alto pensamiento original lo que por opuesto modo hubiera sido ruín plagio: y así, concretándonos al sujeto que

nos ocupa, de una idea vaga, pongo por caso, sacada por Pictet del autor del *Novum organum*, el inmortal Bacon, hizo un elemento fundamental,—y es el mismo Milá quien nos lo revela,—para la teoría de las llamadas por él formas manifestativas, que es una de las más bellas y originales de sus *Principios de Estética:* así, por vía también de ejemplo, de la distinción que hace santo Tomás entre lo bueno y lo bello, análoga al parecer á la finalidad sin fin de lo bello que establece Kant, reduciéndolo á términos más precisos, dedujo él la fórmula más clara y sencilla de «forma sin uso» (lo bello) y «forma con uso» (lo útil). Todo ello seguido de un resultado práctico, dignísimo de loa, y que no se logra sino estando dotado el que lo realiza de superior y muy claro entendimiento, que fué hacer asequible á inteligencias débiles y no usadas á las oscuridades de la ciencia las más recónditas abstracciones de las filosóficas; como en efecto lo logró poniendo los tratados que escribió para sus alumnos, no á la altura de su razón poderosa, hasta donde no podía llegar el flaco entendimiento de éstos, sino bajando el suyo en aquellos tratados al nivel de las inteligencias á quienes iban destinados.

Os indicaba hace un momento como testimonio de que, aún después de haber dado á la imprenta su edición de la Estética de 1869, que podía pasar como obra acabada dentro de las condiciones que se había impuesto y de los límites que había señalado á aquella obrita, no cejó sin embargo nuestro amigo en sus estudios en aquella ciencia, los nuevos apéndices con que había enriquecido las últimas ediciones de ella. Creo excusado llamar vuestra atención sobre la importancia que alcanzan todos los que se hallan continuados al fin de sus *Manuales de literatura*, encaminados á desenvolver y explicar temas ó por demás difíciles ó poco conocidos, y á los cuales no era posible dar el necesario desarrollo, dada su especial índole y su objeto, en el cuerpo de la obra. Habéis de permitirme sin embargo que os invite á fijarla en los apéndices IV y V, rotulado el primero: «Observaciones sobre la belleza intelectual,» y con la rúbrica el segundo: «De los juicios ético y estético:» sujetos uno y otro de dificilísima resolución, el primero por cuanto en él se discuten las cuestiones de si existe realmente aquella belleza; de si los con-

ceptos puramente intelectuales pueden en nuestro actual estado producir en nosotros un efecto estético completo, y por cuanto se trata en él de averiguar de qué manera en nosotros obran los conceptos científicos: éste, ó sea el segundo sujeto, en cuanto entra de lleno en él la resolución del problema de si el arte puede ó debe tender á otro fin que no sea el de realizar la belleza; que es, reducido á más precisos y hoy más usados términos, el «del arte por el arte», que trae divididos en dos campos y en reñidísima batalla empeñados á los que á los estudios y al ejercicio de las bellas artes se dedican; es á saber, á los que defienden que son éstas principio y término de ellas mismas, en cuyas filas delanteras militan los partidarios de la escuela realista; y los sostenedores de la opinión de que la belleza es objeto inmediato, pero en manera alguna único y exclusivo fin de la obra artística, que es la de los que luchan en el campo idealista.

Con una resolución en nuestro amigo no común, formula su opinión acerca del primer tema, reducida á que, según su especial modo de ver, no existe efecto estético derivado de un concepto puramente intelectivo; ya que en los casos raros, y amén de raros excepcionales, que de la existencia de aquel efecto en presencia de aquel linaje de conceptos se citan por los sostenedores del opuesto dictamen, nace dicho efecto, según nuestro amigo, no por directa y exclusiva manera de la impresión que en la mente capaz de recibirla producen dichos conceptos, sino de algún elemento afectivo, de alguna representación sensible, más ó menos manifiestos de que van acompañados; y hasta en no pocos casos, de la misma sencillez del lenguaje, sobre todo si forma visible contraste con la grandeza del concepto en que viene éste expresado. Y adviértase que este dictamen, á pesar de recaer sobre materia opinable, lo sostuvo nuestro amigo,—por tan sólidas hubo de tener las razones en que lo fundaba,—enfrente del contrario parecer de eximios teólogos, cuyos profundos conocimientos en disciplinas teológicas y éticas era el primero en reconocer y admirar, á cuya superior inteligencia había sometido más de una vez sus dudas en cuestiones que más ó menos se rozaban con aquellas ciencias, pero á cuyos argumentos no se avino en esta cuestión á rendir los suyos; llegando tan sólo por vía de transacción, más que por que se diera por

convencido, á aceptar que podía verificarse el efecto estético de lo sublime por conceptos puramente intelectuales capaces de producirlo, más que el de lo bello por los que podían llegar únicamente á la producción de este efecto.

De no común en Milá califiqué la resolución con que sostuvo su parecer respecto del tema en que acabo de ocuparos; pues, fuerza es confesarlo, no fué siempre aquella la cualidad en que más se distinguió en la resolución de los problemas filosóficos que ofrece con frecuencia la ciencia de lo bello; antes en ciertos casos ó se le ve apartar la mente de ellos, cual hubiera apartado los ojos de misteriosa y espantable esfinge que le saliera al paso, cuando para resolverlos con acierto era indispensable penetrar en el campo de la metafísica; ó bien se nota que los abordaba con visible timidez, y era sobre todo cuando se rozaban con los que ofrece la ciencia de la moral, también de difícil resolución, sobre todo para quien, como él, ponía la bondad por cima de la belleza, y ereía que debía negarse á ésta todo culto siempre y cuando el incienso que se le ofrece ha de convertirse en opaca nube que vele los resplandores de aquélla: en cuyas ocasiones, como hubo de acontecerle en la escabrosa cuestión del arte por el arte, ó se encerraba en una prudente reserva, ó acudía para dar aquellos problemas por resueltos á fórmulas vagas que dejan en el ánimo del leyente en no menos desmayada incertidumbre en que se hallaba antes de coger el libro en sus manos.

Creo excusado protestar aquí de nuevo de que nada rebaja en mi mente, como firmemente creo también que ni en un ápice siquiera ha de decrecer en la vuestra, la alta estima en que á Milá tengo como estético lo que opino acerca de su falta de resolución, —en él hija de su delicada conciencia como escritor,—en fijar su parecer respecto de ciertas cuestiones; ni mucho menos disminuyen en mí un punto la elevada idea que bajo aquel concepto tengo de él formada el que no fuera á buscar,—por más que muchos le hayan hecho de ello gravísimo cargo,—ni en las obras de filosofía, ni en los tratados de estética de los escritores de allende del Rhin, donde sus ciegos adoradores creen encerrarse tesoros de luz bastante para resolver cuantas dificultades y explicar cuantos misterios encuentre en el camino de sus investigaciones la

flaca razón humana; ya que Milá, que no participaba de sus arrebatados entusiasmos, temía, en vez de encontrar en ellos la solución á todas sus dudas, y la clave para descifrar los enigmas todos de aquella ciencia, hallarse, gracias al estudio que de ellos hiciese,—cual habíale acontecido en el que se arrojó á hacer de Hegel,—envuelto en más densas tinieblas, perdido en medio de decisiones sistemáticas, aturdido por fórmulas vagas ó de recóndito sentido, ofuscada la mente por conceptos no menos nebulosos de por sí que por el lenguaje sibilítico en que están expresados, y cuya más probable consecuencia fuese acabar por dudar de la integridad de su inteligencia, ó de la verdad de la ciencia. Que es el doble peligro que se corre, hasta por entendimientos de tan alto pensar y de tan soberanos alientos como lo era el suyo, cuando no desnudos éstos de contagiosos y no fundados entusiasmos en favor de aquella filosofía, creése de buena fe encontrar la verdad en ella.

Sirva de remate á esta parte de nuestro trabajo, ó sea al bosquejo que estoy ensayando de Milá como estético, la doble observación con la cual creo poder, por boca de este mismo, contestar al doble reparo que dejo formulado, ó sea al de su timidez en resolver ciertos problemas y deliberado alejamiento de tratar determinadas cuestiones de la ciencia de lo bello, y al de su sistemático retraimiento de penetrar en el intrincadísimo laberinto de las doctrinas filosófico-germánicas. Después de haber con paciente estudio y elevado criterio científico examinado á fondo las obras filosóficas y los tratados especiales de estética de los ya citados PP. Marchesi, Literatore, González, Taparelli, Tongiorni y otros doctos sostenedores y comentadores de la escuela estética tomista, por la cual sentía amorosas preferencias, por más que por leves discrepancias se hallase separado de ella, escribía de dicha escuela que sin embargo de hallarse en posesión de principios seguros, y de ideas y sentimientos verdaderamente elevados, y de ser la única que está en sólidos fundamentos levantada, no ha producido todavía cuanto puede y debe dar de sí, ó sea un tratado completo donde se propongan y resuelvan todos los problemas que sugiere el estudio de la estética. Quien tal concepto tenía formado de una escuela donde brillan los más altos luminares de la moderna ciencia filosófica, y

á quienes rendía nuestro amigo respetuoso culto, ¿creéis, Señores, que podía con temeraria resolución,—indicio harto á menudo de ligereza en el pensar más que de alteza de entendimiento,—arrojarse á resolver, cual si únicamente para él la ciencia no tuviese arcanos, problemas en quienes no se atrevía á poner su mano aquélla?

Respecto á su alejamiento del estudio de las doctrinas alemanas, explícase, ya por el temor de que por ellas perdiese, según dejó indicado, la fe en la razón ó en la ciencia; ya por no creer Milá que se debiesen ni á ellas ni á sus más eminentes sostenedores la resolución de los graves problemas que traen preocupados hoy á los más conspicuos entendimientos; antes tenía la convicción firmísima de que si algunos adelantos positivos han hecho en nuestros días las ciencias especulativas, más que á los modernos, débese á antiguos y por indisculpable injusticia harto olvidados maestros. Así por ejemplo, después de haber reproducido en el escrito acerca la estética tomista, á que hice pocas páginas atrás referencia, todos los textos que acerca de lo bello dejó escritos en sus inmortales obras el gran Doctor de Aquino, y de hacer notar que bastan ellos sólos, siendo como son tan dignos de admiración por la profundidad y extensión de los principios en ellos contenidos, para sorprender á cuantos juzgan que toda investigación é invención científicas datan de reciente fecha; después de haber examinado una por una en aquel notabilísimo trabajo las obras de los PP. Jungmann, Marchesi, Zigliara y los hermanos sacerdotes Juan y Miguel Menichini, eximios expositores todos ellos de las doctrinas acerca de la belleza del Angel de las escuelas, y por quienes la estética tomista es hoy objeto de admiración y de estudio de los más doctos filósofos; después de hacer notar que la finalidad sin fin de lo bello, que establece Kant, se halla contenida en la distinción que entre lo bueno y lo bello hace santo Tomás, y que la diferencia que media entre el placer producido por la belleza y el causado por la bondad, que los modernos estéticos suponen que se debió á la perspicacia del filósofo de Kœnisberg, había sido notada ya y hasta con mayor precisión expuesta por aquél siglos antes que naciera éste, concluye aquel escrito con estas palabras: «Si bien sería injusto desconocer los adelantos

que se han logrado en varias disciplinas y en particular en la que es objeto del presente estudio, es no sólo injusto, sino ingratitud é irreverencia olvidar los principios fundamentales descubiertos y establecidos por los grandes ingenios de los antiguos tiempos, cuya tradición ha llegado, á veces por vías recónditas, á veces por un camino abierto, á los modernos escritores.» ¡Cuántos idólatras admiradores perderán los filósofos del otro del Rhin el día en que, más divulgadas que lo están hoy las doctrinas de las escuelas filosóficas de los siglos medios y de nuestros más famosos tomistas, vean que en verdades como en errores, cuantas en sus libros estiman ser novedades, las hubiesen por ventura despreciado como chocheces de filosofías rancias y trasnochadas si antes las hubiesen leído en los libros de aquéllos!

Al tratado de estética va unido desde el que entregó á la estampa en el citado año 1869 el que apellidó *Teoría literaria*, y desde el de la edición de 1877, además de éste, la *Parte histórica* (programa), así de la general literatura como de la española.

Como trabajo de condensación y donde en menor espacio se hallan contenidas más ideas y atesorados más conocimientos, tengo para mí que el que va á ocuparnos está por cima de todos cuantos sobre dichas materias se han escrito en nuestro suelo, aún después de haber dado nuestro amigo á luz el suyo, y de haber sido objeto de especial estudio de la mayor parte de los modernos autores de obras de texto de una y otra literaturas.

No se dió en escribirla tanta prisa, según en otro lugar dejó apuntado, como la tuvo en divulgar su tratado de Estética. Indicado queda el motivo que le llevó á adelantarse en la publicación de éste. Bien haya la tardanza con que salió á luz aquella su obra, notabilísima por la riqueza de sus conceptos, por sus primores de discreta crítica, por sus tesoros de erudición y por sus pasmosos aciertos en las escogidas y acabadas síntesis en que abunda, ya que tanto debía contribuir á poner tan de realce y á subir á tan alto lugar el nombre de su autor como crítico y como preceptista, y á par que á llamar la atención sobre géneros literarios de la generalidad de los que se dedi-

can á las letras aquí apenas conocidos y por muy pocas personas doctas en este linaje de disciplinas estudiados, á vulgarizar ideas y enseñanzas que años atrás habían sido calificadas de nuevas y tenidas por osadas, permitidme que os lo recuerde, hasta por personas eruditas de la corte.

Esta vez al contrario que en sus empeñados y laboriosos trabajos para dar por terminados sus tratados de Estética, no procedió por ensayos. Cual de una vez sale formada la estatua de bronce del molde donde ha sido vaciada, por igual manera salieron acabadas, bien que en dos distintas fechas y sin que fuesen necesarios posteriores retoques y enmiendas, las dos últimas partes de sus *Principios de Literatura*. Sin embargo, de cuán extensas y tenaces lecturas, de cuán detenidas meditaciones, de cuántas horas pasadas en el estudio y análisis de las principales producciones, así de las más perfectas pero imitadas, como de las más rudas pero espontáneas del humano ingenio en todos los pueblos y edades, de cuántos parciales trabajos sobre casi todos los temas, así teóricos como históricos, que debían ser asunto de ellos, fueron dichos tratados resultado!

No hay obra de nuestro amigo de las más señaladas, ó por su materia ó por el superior talento con que fueron escritas, que no hayan sido desde muy lejos preparadas, y de las cuales, cual sillares ya labrados que han de entrar en la erección de un monumento ó como piedras miliarias que han de servir para señalar el trazado y la extensión de un camino, no puedan indicarse los especiales trabajos preparatorios que traen, por decirlo así, impresa la marca de la construcción literaria á que habían de servir como de preliminar ó vestíbulo. Mas si ha de sorprenderos, os lo anuncio desde ahora, el gran número de aquéllos en quienes, con sólo indicar su título, se descubre á vista de ojo que iban encaminados ó á la composición de la obra de *Los Troyadores en España*, ó del libro destinado á dar á conocer nuestra *Poesía heróica-popular*, habría de causaros asombro, si hubiese de citarlos todos, la muchedumbre verdaderamente pasmosa de los que pueden ser considerados como materiales para los susodichos tratados que escribió ó dió á la estampa nuestro amigo.

Creo inútil traer de nuevo á vuestra memoria el magisterio que ya desde los albores de su vida literaria ejerció sobre los que eramos sus amigos, debido, según tuve el gusto de manifestároslo, no á imposiciones de un dogmatismo autoritario, que ni entonces hubiera podido, ni estuvo jamás en su carácter ejercer, sino á las condiciones, en grado superior estimables, de su índole sumamente llana y modesta, á su más esmerada y cabal educación literaria que la de mayor parte de nosotros, y á cierto como innato instinto crítico y natural buen gusto estético que todos en él reconocíamos; como tengo también por escusado recordaros los títulos de los escritos, ó ante vosotros leídos en nuestras agradables sesiones, ó impresos en diarios y revistas, desde que dió á luz sus *Estudios literarios* hasta la publicación de la edición primera del *Romancerillo*, cuyos temas entran más ó menos de lleno en el número de los que sirven de asunto de aquellos dos tratados. Como en huerto labrado algunos frutos primerizos, resultado de un más esmerado cultivo, son anuncio de abundante y regalada cosecha, por idéntico modo aquellas primeras producciones de su talento lo fueron de la copiosísima que de ricas y galanas flores produjo más adelante. Ni he de ponerlas todos á vuestra vista, ni mucho menos he de pararme á llamar vuestra atención sobre sus particulares bellezas. Con ofreceros en varios grupos, como en escogidos ramilletes, los más importantes escritos de nuestro amigo dados á la estampa desde los años, poco más ó menos, de 1854 á 1860,—que en trabajos críticos por lo común de limitada extensión, jamás de escaso jugo, es por ventura el período más fecundo de su vida,—tendréis vosotros pruebas sobradas de que quien en tales y tan variados trabajos ponía su inteligencia y ocupaba sus ocios, debía en el punto y hora en que pensara levantar sobre ellos el monumento literario á cuya construcción parecía que iban encaminados, había de salir ésta tan acabada y perfecta cual del superior ingenio de su autor podía esperarse, y yo harto motivada excusa para no abusar de vuestra benevolencia poniéndoos delante largos y desnudos catálogos de los títulos de sus memorias ó artículos literarios.

Quien á los dieziocho años había ensayado ya caracterizar nuestro antiguo teatro, á su ver no con tan dudoso acierto que

no pudiese reproducir, según vimos, en su *Compendio de arte poética* en el año 1844, lo que seis ántes había escrito en los ya mencionados *Estudios literarios;* y que además en el áureo libro de Guillermo Schlegel, de quien decía Milá que escribió cuanto desear se puede en favor de nuestro teatro, había aprendido á expresar lo mucho que valen los que son con justicia tenidos por luminares de primera magnitud de la escena española, y en especial el que brilla por cima de todos, el inmortal Calderón de la Barca, no podía, en edad más madura y después de haber educado su inteligencia y su gusto en el estudio de sus principales obras, dejar de ejercitar una y otro en el examen y juicio de las que son tenidas por las mejores entre ellas. Y así en efecto lo hizo dando apreciabilísimos testimonios de cuan holgada y diestramente manejaba el escalpelo de la crítica, en sus juicios, ora sobre *El Príncipe constante*, drama que estimaba sino superior al *Mágico prodigioso* y á *La vida es sueño*, por digno al menos de ponerse al lado de ellos, y sobre el titulado: *La estátua de Prometeo*, escogido por él como no inferior en mérito al auto *La vida es sueño*, y por ventura porque, á su juicio, saca su autor del asunto, no un sentimiento de terror y de desaliento, sino de consuelo y de esperanza; ora acerca de la famosa comedia que con el rótulo de *El burlador de Sevilla* ó *Convidado de piedra*, escribió Tirso de Molina, sobre cuya fábula han levantado sus monumentales creaciones, Goethe del *Fausto*, Byron de su *Don Juan*, de su *Juan de Malara* Alejandro Dumas y de su ya popular *Don Juan Tenorio* nuestro fecundísimo poeta Zorrilla, y á cuyo estudio y al de sus imitaciones francesas, y en especial á la del *Festin de Pierre* de Moliere, dedicó dos artículos; ora por fin, sobre el drama apellidado, *Valor, lealtad y ventura de los Tellez de Meneses,* del príncipe de nuestros poetas dramáticos Lope de Vega, á quien, según parece traslucirse del artículo que al exámen de aquella producción decica, trata de poner en más subido asiento del que por la generalidad de los críticos, así nacionales como extranjeros, se le había hasta ahora colocado, y si no en lugar superior á Calderón, tampoco en sitio inferior á éste. Forman estos juicios críticos, junto con el que lleva el título de *Bosquejos de clasifica-*

ción (1), una serie de artículos que con la rúbrica, que los abraza todos, de *Estudios sobre el teatro español*, forman parte y son como el coronamiento y remate de otra no menos numerosa serie que, con el rótulo de *Estudios dramáticos*, dió por el mismo tiempo á luz en el *Diario de Barcelona*. En estos estudios propúsose Milá examinar algunas composiciones de diferentes épocas y de distinta índole que pudiesen ser consideradas como tipos de las formas dramáticas hasta el presente conocidas, y de las cuales, observaba atinadamente, no podían dejar de ser modificación ó combinación cuantas de nuevo pudiesen idearse; tipos que creyó haber encontrado, «para la primitiva tragedia fruto de la robusta infancia del teatro griego, sublime á título de poesía, poco perfeccionada como plan dramático, en *Los siete delante de Thebas* de Esquilo; para la tragedia clásica de la mejor época en que la acción dramática ha adquirido ya el debido desarrollo sin perder la sencillez escultural de las artes griegas, y sin que deje percibir esfuerzo alguno para alcanzar efectos escénicos, en el *Filoctetes* de Sofocles; en *Las ranas* de Aristófanes, para la comedia del género llamado antiguo, donde la censura se esplaya en una concepción fantástica en vez de fijarse en una acción formal é imitativa; en *Los cautivos* de Plauto, para la llamada comedia nueva ó menandrina, comedia de costumbres que celebra los hechos domésticos substituídos á los de los semidioses y de los héroes; para un drama moderno que fuese exposición de una acción grandiosa y compuesta de hechos interesantes, en el *Machbeth* de Shakspeare; y por fin, para la comedia neo-clásica, ceñida á reglas estrechas, pero en quien una inspiración especial parece empujar y engrandecer los límites prescritos, en la *Atalia* de Racine.» Me he permitido copiar las escasas líneas, que no dudo habréis adivinado que son de Milá, con que éste en tan breves como oportunas frases caracteriza los diversos géneros y épocas dramáticas á que pertenecen las citadas

(1) En ésta se aparta, modificándola y completándola, de las que había establecido y dado á luz siendo mozo en sus *Estudios literarios*.

producciones, especial objeto de su crítica, tanto para daros una idea de la importancia de los susodichos estudios y de lo mucho que hubieron de servirle más adelante para la composición de sus tratados de teoría é historia literaria, como para que pudieseis apreciar el acierto, dado el fin que se propuso al escribir aquellos artículos,—modestas pero verdaderas joyas de arte,—con que procedió en la elección de los que debían servirle para tipos de aquellos diversos géneros.

No de menos precio considerados en sí mismos, aunque no por tan general interés y con tan apretado lazo unidos á los dos tratados en que nos estamos ocupando, son los encaminados á dar á conocer la obra inmortal, en quien, según expresión de su propio autor, pusieron mano cielo y tierra; el poema que en literatura ninguna anterior á él tuvo modelo á que pudiera aquél ajustarla, y que está destinado á no tener ni en las presentes ni en las futuras edades literarias obra alguna que pueda bajo ningún concepto comparársele, la llamada *Divina comedia*. En los escritos á su exámen consagrados, después de dedicar el primero de ellos á trazar en reducido compendio la vida del Alighieri, tarea indispensable tratándose de una obra de la cual es su mismo autor el principal protagonista, y de detenerse á investigar en sendos artículos, en uno los antecedentes, el argumento en otro de la epopeya dantesca, pasa, no ya á hacer un análisis de ésta y apuntar sus innumerables bellezas,—ya que le era conocido á Milá el hecho de Alfieri, quien proponiéndose extractar las que aquella obra encierra, acabó por transcribirla entera,—y sí sólo llamar la atención de sus leyentes sobre los principales episodios y pasajes de la misma, por él fielmente traducidos en galana prosa ó en hermosos versos, por lo común no desprovistos de sabor dantesco. Así, pongo por caso, en su primera parte, ó sea en el *Infierno*, de cuyos tres primeros cantos que son como la introducción del poema da un breve sumario, detiénese en los pasajes en que describe el poeta el suplicio de Pedro de Viñas, y los espantables tormentos de la torre del hambre, donde el conde Ugolino sufre el más horrible que puede experimentar un padre, cual es sobrevivir á la muerte de sus hijos víctimas de aquélla: en el *Purgatorio* fíjase en la descripción de éste y del encuentro de Dante

con Beatriz, que es, dice Milá, una de las escenas más necesarias para la comprensión del poema y que contribuyen á una á embellecer la fantasía, el sentimiento, su significación moral y su interés biográfico; mientras que en el *Paraíso*, parte sin disputa la más sublime del poema, limítase por temor de profanarla analizándola, apesar de destinar á su examen dos artículos, á relatar, en el primero, el encuentro de Dante con Picarda y Cacciaguida, y á trasladar en el segundo parte del canto XXIII, ó sea, el en que pinta aquel la coronación de Beatriz, y un pasaje del XXXI, donde pone á los ojos de sus lectores, traducida en verso, la descripción las dos cortes de los bienaventurados entre los ángeles en el empíreo, dispuesta la primera en forma de grandiosa flor ó de resplandeciente anfiteatro. Digno remate de aquella serie de artículos es el que lleva el título de *Dante. Conclusión*, en el cual formula Milá un juicio, muy poco extenso, pero nutrido, como suelen serlo todos los suyos, de atinadísimas observaciones y de toques felicísimos sobre cada una de las cualidades literarias de fondo y forma que avaloran la gigantesca creación del poeta florentino, que compara á las fachadas de las antiguas catedrales, quienes en sus innumerables espacios y comparticiones ofrecen en poético conjunto emblemas de devoción, imágenes santas, coros angélicos, pasos ejemplares, castigos eternos y monstruos horribles, pero en las cuales tantas y tan diversas representaciones conspiran á un solo fin y se reunen y confunden en el grandioso delineamiento del conjunto. Después que se ha leído aquellos artículos, donde revélanse á cada paso el entusiasmo y la admiración que sentía nuestro amigo por el Alighieri y su concepción maravillosa, no tan sólo ya no sorprende, antes parece cosa natural que tan amenudo, en todas sus obras y en especial en las que nos ocupan, se le venga á la punta de la pluma el nombre del gran poeta; y que no deje pasar ocasión, si es que intencionadamente no las busca, de llamar la atención de sus leyentes sobre su inmortal poema.

Sin que sea fácil encerrarlas dentro de una general clasificación, encuéntranse dispersas en varios periódicos, y en particular en el citado Diario, un crecido número de memorias y artículos de crítica, destinados unos al esclarecimiento de te-

mas dudosos de teoría, dirigidos otros á la discusión de hechos de historia literaria, no pocos encaminados al examen y juicio de obras dignas por su mérito y por la importancia de sus asuntos de ser recomendadas al estudio de las personas aficionadas á sanas y provechosas lecturas ó al cultivo de las buenas letras.

Sería desnaturalizar la índole de este trabajo y rebajar la importancia y seriedad de una memoria necrológica para reducirla á la humilde condición de un descarnado inventario de librería, citar los títulos de tantos artículos que tratan de tan diversas materias como han llegado á mi noticia, y que con ser muchos, estoy muy ajeno de creer que sean todos los que brotaron de la abundante pluma de nuestro amigo. Baste recordar de entre ellos como nueva muestra de su fecunda laboriosidad, de su erudición estensísima, de sus profundos conocimientos en todas las ramas de las letras humanas, y de cuanto debían facilitar la composición de sus obras didácticas, —siempre en el supuesto de no hacerlo sino de los escritos posteriores al 1853,—el histórica y literariamente considerado eruditísimo, con detención pensado y con amor escrito extenso prólogo, rotulado, *Noticia de la vida y escritos del infante D. Juan Manuel*, con que enriqueció la edición del *Conde Lucanor*, que formando parte del *Tesoro de autores ilustres*, vió la pública luz aquel mismo año; los artículos que llevan los títulos de: *La influencia de la literatura antigua sobre la moderna; Líricos modernos del último clasicismo; El cancionero de Baena; El renacimiento y los siglos medios; La ilegitimidad del centón epistolario*, por D. Adolfo de Castro; *Originalidad del Gil Blas* de Lesage; y en suma los que bajo el epígrafe de *Lecturas literarias* escribió, «al objeto de combatir, son palabras de su mismo autor, hasta donde alcanzasen sus individuales esfuerzos, la confusión y el vértigo que reinan en los tiempos modernos en los espíritus por efecto de la abundancia de ideas y falta de discernimiento en su elección, y por el afan, harto común, de abrazar en miradas generales y comprensivas vastos territorios y horizontes, causa no pocas veces de que se venga á parar á una superficialidad presuntuosa;» llamando para ello la atención de las personas aficionadas á las ciencias

literarias é históricas sobre ciertas obras que, por ser de lectura provechosa y en general segura, debidas á sólidos estudios y á juiciosos talentos, pudiesen servir, sino para destruir, para atenuar en parte aquellos perniciosos efectos; recomendando por de pronto entre ellas, la *Historia de literatura antigua*, de Pierrón, la de la *Literatura Romana*, del mismo autor, encaminada ésta á combatir la teoría de Nieburh; el *Cuadro de la literatura del Norte en la edad Media*, por F. J. Eschoff; la *Literatura de la edad Media*, por H. Prat; y *Las mañanas literarias*, por Menechet, en una serie de escritos que, con no salirse de los modestos términos de estudios bibliográficos, no menos que otros varios que dió á la estampa por los mismos años y que sin esfuerzo hubieran podido ser comprendidos bajo aquel especial epígrafe, tales como, verbi-gracia, sus *Juicios críticos sobre las obras de Silvio Pellico y del conde de Balbo;* acerca de la *Poesía lírica* y los *Líricos modernos;* sobre los *Estudios morales y literarios*, de Alberto de Broglie y *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo cuarto,* por el mismo autor; sobre *El espíritu de erudición y el espíritu escolástico*, y en suma y como uno de los más notables, el estudio en que con el título de *Una página de historia literaria* hizo un detenido y acertado juicio de las poesías de nuestro malogrado Cabanyes; forman en su variada y rica muchedumbre un delicioso grupo de trabajos literarios que, por los múltiples temas que en ellos se desenvuelven,—por más que no siempre tengan inmediato y directo enlace con los que constituien el fondo de sus *Principios de literatura*,—por los conceptos nuevos y discretos juicios críticos y peregrinas noticias que se encuentran en ellos hasta con profusión esparcidos, anuncian ya, siquiera sea de lejos, al par que al docto y conspícuo maestro en todo linaje de disciplinas literarias, al futuro eruditísimo y discreto historiador de las letras españolas.

Mas si tan rica y variada muchedumbre de escritos, que juntos formarían un curso de literatura, y cada una de cuyas series en que los hemos dividido constituyen escogidos ramos de aquellas flores de quienes escribe el poeta que

Muestran en esperanza fruto cierto,

hacía presagiar el que podía esperarse de ingenio que en tanta abundancia las producía, ¿qué no podía prometerse de quien había pasado veintidos años ocupado en reunir toda clase de conocimientos que pudiesen servirle para el más cabal desempeño de su cátedra, en el cual tenía empeñadas su conciencia como cumplimiento de un deber, su voluntad como objeto del más desinteresado amor á lo que era objeto de ella, y todo linaje de materiales para la futura realización del ideado monumento?

Ocasión es esta de repetir, ¡bien haya la tardanza con que salieron á luz los susodichos tratados! Por ella pudo acreditar prácticamente nuestro amigo cuan verdadero era aquel su oportuno dicho, que no basta fabricar hermosas tazas de metal, si no pueden llenarse de aguas que se hayan depurado y fortalecido lentamente filtrando por las grietas de las rocas. ¡Ah! imitáranle en ésto, siquiera fuese de lejos, muchos de los catedráticos de nuestras universidades é institutos, y se evitara esa peste de plagiarismo, — pasésenos el vocablo, — con mengua del buen nombre del profesorado tan difundida entre nosotros, gracias á la cual en no pocos casos coincide casi la toma de posesión de una cátedra con la publicación por el novel profesor de un libro de texto, hecho de retales cortados á tijera de unas cuantas obras de igual asunto, y por quienes, trocada la enseñanza en granjería, se van convirtiendo aquellos establecimientos de templo del saber en verdaderas lonjas de comercio. Perdóneseme ese desahogo de dolor que siente por el que tiene por el más grave ultraje que pueda hacerse á la enseñanza oficial quien, al igual que nuestro amigo, al igual que un buen número de catedráticos que la honran con su entendimiento y la enaltecen con sus escritos, considera tan noble profesión como el sacerdocio más elevado después del religioso.

Por aquella tardanza produjo no tan sólo aquellos dos tratados tan perfectos en su género que presumo, y no lo tomeis á exageración, que es poco menos que imposible superarlos, sino además otra obra que por su extensión muchísimo más limitada, por su especial carácter arquitectónico, si vale decirlo así, por su belleza severa, no desnuda de elegancia, y por lo armónico de su conjunto parece trazada para servir de pórtico á los mismos. Los que tengan noticia de ella y se hayan deleitado

en su lectura, adivinarán fácilmente que aludo al *Discurso acerca del carácter general de la literatura española,* leído en la apertura del curso académico de 1865 al 1866, y que tuvo Milá el buen acuerdo, para evitar que se perdiera en el olvido, —que es á donde por desgracia van á parar todas las obras de esa clase,—ya que la tenía por una de los más perfectas producciones suyas, de reimprimir para que le sirviera como de introducción, al frente de su aureo libro *De la poesía popular castellana.*

Con ser á juicio de cuantos le conocen tenido por Milá por maestro consumado en el difícil arte de sintetizar, reduciendo á pocos y apretados pensamientos un sujeto cualquiera por difícil y vasto que fuese,—y que lo es la historia de nuestra literatura no cabe dudarlo;—y en el más difícil aun de fijar con escasos pero bien escogidos y por maravillosa manera gráficos y siempre apropiados vocablos el carácter de los mismos; y con haber dado evidentísimas pruebas de ello en todas sus producciones, todavía parece haberse aventajado á sí mismo bajo aquel concepto en aquel discurso. El cual sobre ser á mi juicio entre todas las suyas la obra con más esmero escrita, y hasta con cierta desenfadada elegancia y riqueza de lenguaje, que Milá, siendo capaz de alcanzarlas, sacrificaba con frecuencia á su afición al estilo conciso y nervioso, es aquella donde quizá con más arte ha agrupado los hechos, asunto del cuadro que se proponía trazar, y con más diestro buril ha impreso á cada uno de ellos, así en su armónico conjunto como en sus más salientes pormenores, el especial sello que distingue unos de otros. Y dado que de pórtico de la parte histórica de los *Principios literarios* la he calificado, me habéis de permitir que prosiguiendo el empezado simil, considere los diferentes sujetos en que con discreción y acierto felicísimos descompone en su maravillosa síntesis el tema del discurso, como grupos escultóricos de grandiosidad, belleza y holgura de ejecución verdaderamente helénicas, que llenan, sirviéndoles de oportuno adorno, el frontón unos, otros el friso de aquella elegante á la vez que sólida parte del edificio.

No tanto para aliviar mis flacas fuerzas de tan grave pesadumbre, cual para ellas lo sería escribir un juicio crítico de las

dos obras en quienes me estoy ocupando, como para no perjudicar el renombre de sagaz y conspícuo crítico que por ellas, cual por las demás obras suyas en que todavía he de ocuparme, se ha granjeado nuestro amigo, dejo también al discreto y eruditísimo autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* el para mí difícil, pero que para él ha de ser liviano compromiso, de dar su fallo acerca el mérito de dichas obras, que entran de lleno por su materia y la manera de tratarlas en el plan de aquélla.

Unicamente me permitiré llamar vuestra atención sobre la primera, ó sea sobre la *Teoría literaria,* adelantándome á presentárosla bajo el punto de vista del desarrollo histórico de la crítica y de la preceptiva en nuestro suelo, y aun esto solo de paso; y como la que siendo la primera, que yo sepa, donde se tratan con extensión no usada hasta entonces en los libros de humanidades, ni aun de los que más fama gozaron, algunas cuestiones, tales, como v. g., la de la historia del lenguaje y de la crítica, las destinadas á señalar las diferencias entre la poesía natural y la artística ó artifical, y á fijar los caracteres por los cuales se distinguen, y las influencias por punto general históricas y nacionales á cuyo calor nace y se desenvuelve la poesía épica en sus diferentes géneros de epopeyas primitivas, literarias y canción narrativa popular,—expuesta esta última con superior ingenio y con una habilidad y penetración que solo se alcanzan poseyendo un profundo conocimiento del asunto,—es dicha obra la que cierra el último período en que se disputaban el dominio de las inteligencias en el campo de las letras las dos escuelas clásica y romántica: el término último del desarrollo de aquel linaje de estudios que, arrancando del *Arte de hablar en prosa y verso* de Hermosilla que, como texto único impuesto por Real orden (19 de Diciembre de 1825), ejerció tiránico dominio y perniciosísimo influjo en la juventud escolar que precedió á la nuestra, por el exagerado rigorismo de sus preceptos, por el obligado alejamiento á que la condenaba de los elevados principios de la estética, y por las sistemáticas prevenciones que le infundía á todo cuanto llevaba el sello de poesía nacional, desde el romance hasta el teatro calderoniano; y pasando. primero por el *Arte poética* de Martínez

de la Rosa, dada á la estampa en 1827, y donde, á vueltas de la rigidez de su doctrina, completamente ajustada á la de Boileau, y más francesa, según atinadamente advierte Menéndez, que la del mismo Luzán, asoman ya en las notas dejos de eclecticismo y una tolerancia que hacían presentir, bien que todavía de lejos, al autor de *Aben-Humeya* y del drama ya del todo romántico, *El carnaval de Venecia;* y siguiendo más tarde por la que con el título de *Principios generales de retórica y poética*, publicó en 1844 Gil de Zárate, en cuya obra por vez primera, que yo recuerde, se trataba la á la sazón ya de sobras debatida y para la generalidad de nuestros más renombrados ingenios resuelta cuestión de las dos escuelas, y se fijaba con recto criterio, conforme al de los hermanos Schlegel y Manzoni, y sin caer en las exageraciones del prólogo del Cromwel de Víctor Hugo, la verdadera doctrina respecto de las tres unidades dramáticas; y dando algunos años después, ó sea en 1856, un gran paso con los *Elementos de literatura* de nuestro malogrado compañero Coll y Vehí, obra inspirada en purísimas fuentes, con sanísimo criterio y sin exclusivismos ni exageraciones de escuela compuesta, y matizada de discretas y exactas apreciaciones acerca de algunos géneros y producciones literarias, por punto general con cierto espíritu rutinario en obras de esta clase tratadas; viene á terminar en los *Principios* de *literatura* de Milá, de quien pueden considerarse como precursores los dos últimos preceptistas que acabamos de citar, y al cual puedesele poner á la cabeza de los preceptistas de un nuevo período,—hoy fecundo ya en ellos,—en la historia de las humanas letras, y á su libro como el primer código, en orden de los tiempos, de una nueva escuela crítica-literaria, que es la que hoy priva, basada en bien cimentados principios estéticos y en el conocimiento extenso al par que profundo y desnudo de estrechas prevenciones de la historia literaria, estudiada en sus más notables y características producciones en relación con las costumbres, sentimientos y creencias del pueblo y del tiempo en que fueron escritas.

Por lo que toca á la parte histórica de los *Principios de literatura*, considerándola, cual á todos los libros de Milá, de superior mérito dentro de las condiciones á que le plugo so-

meterla al escribirla, despierta al par de un sentimiento de placer como obra de arte, donde se descubren á vista de ojo las revelantes condiciones de crítico, de superior dominio del asunto, de escritor sóbrio y correcto de que estaba sobradamente dotado, una como á manera de impresión desagradable por haberse retraído, sin motivo al parecer que lo justifique, de dar más holgado empleo á aquellas condiciones, encerrando en los estrechísimos términos de un programa,—que tal es y así denomina Milá aquella parte,—y que podría calificarse no sin razón de lecho de Procusto, ya que realmente lo parece por lo estrecho que le viene un asunto tan vasto y que exigía más dilatado espacio donde desenvolverse, cual lo es la historia de nuestra rica literatura. Y si bien es verdad que gracias á aquel su especial arte de reducir á breves y característicos conceptos, y de expresar en pocos y gráficos vocablos los juicios que de los géneros literarios y de sus más renombrados cultivadores con superior ingenio enuncía, logra encerrar en breve espacio lo que podría ser materia de un extenso volumen, no puede sin embargo evitar, ni que por su misma forma, como de figuras únicamente perfiladas á las cuales por lo tanto no dan ni realce las sombras, ni los colores movimiento y de vida, y por su excesiva muchedumbre lleguen aquellos conceptos y esos juicios á fatigar la memoria; ni que en los puntos en que no emite dichos juicios, por prescindir de los escasos datos biográficos que acerca de no pocos escritores se poseen, queda reducido el texto á un catálogo de nombres y á un inventario de títulos de obras: motivo para la inteligencia de confusión y cuyo final resultado podría ser alejar á los jóvenes del estudio de una asignatura, que por lo mismo que no les brinda con provechos positivos, ni les es de inmediata y al parecer ni de reconocida utilidad para su carrera, únicamente pueden encariñarse con ella si se logra hacérsela agradable poniendo de relieve sus atractivos.

Aunque no fué Milá el primero que se dedicó entre nosotros al estudio de la poesía provenzal, ya que en él se le adelantó el

autor de un tomo de versos catalanes que vió la luz pública en 1841, según por evidente manera lo demuestran los epígrafes de las varias poesías que contiene y algunas de las notas que le sirven de ilustración y comentario, madrugó sin embargo bastante para ser por breve espacio el segundo y muy pronto el único cultivador aquí,—pues el autor aludido hubo de dar nueva dirección á sus literarias aficiones,—de aquel ramo de las humanas letras, á cuyo trato añadió muy en breve el de las demás literaturas neo-latinas de los siglos medios, llegando á ser á la vuelta de algunos años casi el sólo representante en nuestro suelo del ilustre areópago de doctos filólogos y eximios literatos europeos, que se consagran en nuestros días al estudio y composición de obras crítico-históricas acerca de aquella especialidad literaria. Gracias á su aplicación constante, á una paciente laboriosidad, que podríamos no sin razón calificar de benedictina, y á sus vastísimas lecturas en aquel linaje de disciplinas, favorecido todo ello por una memoria tenaz, secundada por un entendimiento claro y estimulada por una afición únicamente comparable á la que casi desde niño manifestó á la poesía popular, ramo importantísimo por otra parte de aquel género de conocimientos, pudo levantar á los veinte años, poco más ó menos, de dirigir su atención á dichos estudios, el magnífico monumento, único en nuestro país erigido á la gloria de nuestros antiguos trovadores, en el precioso libro encaminado á dar á conocer una poesía que fué en el género lírico la más rica y galana de las de los demás pueblos en los siglos XII, XIII y XIV. Creo inútil advertiros que me refiero á la obra que con el rótulo de *Los trovadores en España* sacó á pública luz en esta ciudad en 1861, y que es el más brillante testimonio que podía dar Milá de sus profundos conocimientos en las literaturas medio-evales, y en especial en la de la lengua de *oc*, dentro del género de poesía erudita, que es el nuevo concepto bajo el cual pasó á bosquejar en breve espacio su fisonomía literaria.

De aquel libro, tesoro de erudición y suma y espejo de cuantos primores literarios caben en una obra acabada, puede decirse con más fundamento quizás que de las otras suyas en que nos hemos hasta aquí ocupado, que nació de una vez del bien

cultivado ingenio de su autor, al igual que, según la fábula, salió perfecta y vestida de todos sus arreos militares la Minerva helénica de la espaciosa frente del pelasgo Zeos.

Y dije del bien cultivado ingenio; porque si bien en este caso cual en otros anteriores, es á saber, en la publicación de los *Principios de literatura*, el alumbramiento fué relativamente rápido, tanto que á los que no vivían en su intimidad hubo de cogerles poco menos que de sorpresa, también cual en aquéllos la gestación, si vale decirlo así, fué laboriosa y lenta. También esta vez dió á beber á sus leyentes en las páginas de oro de su libro las destiladas aguas de su vasta doctrina, gota á gota con pacientísima labor recogidas en sus largas lecturas y solitarias meditaciones. Aunque no por tanta muchedumbre de escritos como los que según acabais de ver, sirvieron cual de anuncio de los dos tratados de teoría y de historia de las literaturas general y española, esta vez llevaban aquéllos más hondamente estampado el sello del monumento, del cual podía considerárseles cual aislados y ya en parte labrados sillares puestos en el camino que conducía á el, y que de lejos revelaban su especial carácter, por igual manera que los pilones, esfinges y obeliscos que se levantan en majestuosa sucesión á los dos lados de sus calzadas, revelan el que viaja por tierras de Egipto que se acerca á un templo ó palacio levantado por sus antigüos faraones.

El que á los diez y ocho años de su edad hacía votos para poder contestar en el habla de los trovadores á la niña catalana, de cuyos labios deseaba oir palabras de amor en la lengua de su patria, tres ó cuatro después de haber caído en sus manos las ricas colecciones de Raynouard y de Bastero, primeros maestros suyos y míos en la lengua y poesía trovadoresca, aprendía en ellas á balbucir dicha habla y admirar los primores de ésta y las bellezas de aquéllas, y á conocer las poéticas y no siempre edificantes historias de aquellos cantores, cuya rica galería se abre en Guillermo de Aquitania y termina en los iniciadores de una nueva escuela poética, los fundadores del Consistorio Tolosano; siendo desde entonces, como en otra ocasión os decía, el estudio de aquella literatura, en el día por desgracia tan poco cultivada por los que se tienen por

entusiastas catalanistas, la principal de sus aficiones literarias.

No conozco ningún trabajo de Milá acerca de la lengua y literatura trovadorescas anterior al año 1853; pero que mucho antes de esta fecha habíase internado en su estudio, y ocupábase en reunir cuantos datos y obras le venían á las manos sobre aquel importante tema, sábelo mejor que nadie el que tiene la honra de dirigiros la palabra, el cual no vivía tan olvidado de sus antiguas aficiones á aquella poesía, por más que se hallase empeñado en otros estudios literarios, que no gozara en departir con su antiguo amigo sobre ella, cuantas veces le brindaba éste ocasión de hacerlo; y que hasta con exceso, á juicio de algunos de los jueces de nuestras oposiciones, habíamos *provenzalizado* aquél y yo durante nuestros ejercicios, lo dejo apuntado, como recordaréis, en otra parte.

En 1851 y á consecuencia de la lectura hecha por Milá de algunas poesías provenzales que entusiasmaron á quien las oyera,—ignoro quien fuese,—concibióse aquí por algunos de mis amigos el propósito de dar á luz una serie de colecciones de poesías, crónicas, novelas y otras producciones de nuestra vieja literatura. A tomar parte en esta empresa, á pesar de hallarme en aquella hora en Valladolid desempeñando en su Universidad la cátedra de Literatura general y española, me bridaba aquél en carta de 26 de Marzo de dicho año, invitándome á que me encargara de la referente á la antigua catalana, poesías y obras en prosa, desde la fundación de los Consistorios de Tolosa y Barcelona hasta los tiempos de D. Enrique de Villena. Milá,—notadlo bien,—por cuanto tenía más estrecha relación con la historia literaria y vulgar (sic) de la edad media, pensaba encargarse de la época provenzal desde sus orígenes hasta principios del siglo XIV, época, añadía en su epístola, muy poco moral y en la que son escasísimos los documentos catalanes.

Aquel propósito no llegó por entonces á realizarse. Desgraciadamente para nuestras letras murió en flor, al igual que aquel otro de que os hablaba en mi *Breve Reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas*, y con cuya ejecución se llegó á brindárseme, de enriquecer la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira con dos ó tres tomos de nuestros antiguos prosistas y poetas. Con injustificado

desprecio de aquella nuestra literatura, bastante rica y de precio asaz subido para que pueda competir en abundancia y mérito superior de sus obras con las de la medio-eval castellana, y con mengua de aquella empresa editorial que no tuvo alientos para seguir, siquiera fuera de lejos, y respecto de nuestras venerables crónicas, las huellas de Buxon, quien dió lugar distinguido á las más notables de ellas en su *Panteon literario;* aquella Biblioteca, iniciada y dirigida durante mucho tiempo por un catalán (1), no tuvo á bien tributar á nuestras letras un homenaje que por modesto que hubiese sido, hubiéramos los amadores de ellas recibido con profundo agradecimiento y calurosos plácemes.

Mas si no los resultados que de aquel laudable propósito se aguardaban por los verdaderos catalanistas,—más inclinados por fortuna todavía á la sazón á traer á la memoria y restaurar en lo que fuese dado nuestras pasadas glorias y nuestras venerandas instituciones, que á fantasear ideales tal vez imposibles para lo porvenir,—¿quién sabe si en gran parte debióse á él que, siendo aquel frustrado propósito para nuestro amigo nuevo y más eficaz estímulo, le llevara á consagrarse con más ahinco á los estudios de la poesía trovadoresca, y hasta que se dispertara con más calor en él el deseo de realizar con el tiempo un trabajo que fuera como cifra y coronamiento de ellos? La verdad es que al poco tiempo de haber pensado en dicho propósito, comenzaba á dar á luz los primeros y ya sazonados frutos de dichos estudios.

Dos años habían transcurido apenas desde que se pensó en la publicación de dicha biblioteca catalano-provenzal, cuando daba á luz profundos trabajos sobre el tema objeto de sus literarias preferencias; es á saber, uno que con el título de *Memoria sobre la formación de las lenguas romanas*, leyó ante esta Academia en su sesión del diez de Febrero de 1853, y rotulado el otro: *Estudios sobre la lengua y literatura provenzales*, que vió

(1) La idea de incluir en dicha Biblioteca dos ó tres tomos de obras catalanas, debióse, sin que me sea dable fijar á cuál de los dos, á Harzembusch ó á Amador de los Ríos, aún que me inclino á creer que á este último, que fué de quien recibí aquella invitación.

la pública luz en la llamada *Gaceta de Barcelona*. Al siguiente año daba también á la estampa en el Diario de esta ciudad otro escrito, titulado, *Cultivo de la literatura provenzal*, al cual siguieron, como formando áurea cadena de bien labrados eslabones, una serie de artículos que hubieron de llamar la atención de los lectores de aquel Diario, donde salieron también á luz, así por la novedad de los asuntos, como por la vastísima erudición en materia tan poco estudiada que revelan en el autor de ellos, y por los cuales se llega, como por ameno y natural camino, á su obra *Los Trovadores en España*, y que siendo como flores que lo esmaltan y convidan á llegar al término de él, no le causa al lector la menor sorpresa, antes experimenta nuevo deleite, al verlos reproducidos en holgados fragmentos en la parte que puede considerarse como el vestíbulo de aquel magnífico monumento, ó sea en aquélla donde, bajo la general rúbrica de *La lengua y poesía provenzales*, ocúpase Milá en la historia de la formación de las lenguas romanas, trata de la de *oc*, discurre acerca de la poesía primitiva, resolviendo con gran muchedumbre de datos y abundancia de sólidos razonamientos la cuestión de si, al igual que los troveros, cultivaron nuestros poetas el género épico, y da por fin á conocer los nombres de los principales trovadores y géneros que cultivaron: que son poco más ó menos los mismos sujetos en los susodichos artículos tratados.

Que sobre todas los que hasta entonces había producido y hasta por cima de cuantas en adelante produjo Milá, salvo el aureo libro de *La poesía heroico-popular castellana*, está la obra mencionada, no cabe ni siquiera ponerlo, como vulgarmente se dice, en tela de juicio. ¿Qué podría escribir yo de ella, dado caso de que cayese en la tentación de hacerlo; tentación de que, como en repetidas veces os he dicho, me apartan el temor de empecer con mis desatentados fallos como crítico y con las torpezas de mi pluma como escritor la fama de nuestro amigo, y el saber que ha de juzgarle, con criterio inmensamente superior al mío, el más querido de sus discípulos, el tantas veces citado Menéndez Pelayo. ¿Qué podría además decir yo de ella, después de lo que de la misma dejó escrito en los tres artículos que, como de mano maestra trazados, consagró á su análisis y juicio nues-

tro inolvidable compañero, el más conspicuo de nuestros humanistas, D. José Coll y Vehí? Acudan á su lectura (1) los que antes de gozarse en la del libro de nuestro amigo,—á la manera de quienes antes de visitar un país desconocido se enteran, para que sea mayor y más puro el placer estético que su vista ha de causarle, de los más notables monumentos y de los hermosos sitios que hay en él,—deseen conocer los primores de toda clase que en él se encierran, y por la habilidad exquisita con que en breve resumen les pondrá aquél á la vista en su armónico conjunto y en cada una de sus principales partes lo bello é interesante del sujeto, tema del libro, la metódica distribución de aquéllas, y el superior talento con que está su doctrina expuesta; y por el arte admirable con que en feliz maridaje se dan en dichos artículos la mano el crítico discreto y concienzudo con el escritor correcto y ameno, han de agradecerme, cuantos así lo hagan, que me haya descargado en él del grave compromiso de ser yo quien tuviese que juzgar dicha obra.

Acabo de mencionar el áureo libro de *La poesía heróico-popular castellana.*

Cual del arquitecto cristiano en la edad media es de presumir que pasaría gran parte de su vida en idear en su imponente conjunto y en sus variados detalles aquellas sorprendentes construcciones, que hasta el escéptico Draper calificaba de milagros del catolicismo, y que con los nombres de catedral de Lyon, de Strasburgo y de Colonia son pasmo de los que en aquel arte, desconocedores de sus secretos, únicamente alcanzan á admirar su grandeza y los atrevimientos de su edificación, al par que modelos y tormento de nuestros artistas, que creen que les es tan sólo dado poner como término de sus aspiraciones lograr imitarlas, por igual manera nuestro amigo hubo de emplear los mejores años de su existencia en bosquejar el plan, y sobre todo en acumular los materiales,—que en esta ocasión, más todavía que en otras, habían de ser tesoros verdaderamente pasmosos de erudición literaria é histórica, y resultados de sorprendentes esfuerzos de memoria, de reflexivas

(1) *Los Trovadores en España.* Juicio crítico por D. José Coll y Vehí.—*Diario de Barcelona.*—Noviembre de 1861.

concentraciones intelectuales,—de aquella obra en la cual no se sabe que admirar más, si la profundidad y novedad de la crítica, ó la abundancia sobre todo encarecimiento extraordinaria de conocimientos que, sin que se advierta el afán por parte del autor de hacer ostentoso alarde de ellos, en la misma se revela: con la diferencia en favor de nuestro amigo de que mientras los inspirados autores de aquellos venerables monumentos en la mayor parte de los casos, únicamente lograron echar sus cimientos ó cuando más ver empezadas las principales partes de los mismos, tuvo él la dicha de ver terminada su obra y hasta de gozarse en los entusiastas elogios que de muchos de los más conspicuos literatos, sobre todo, fuerza es tener que decirlo, de fuera de España fué objeto.

El libro de *La poesía heróico-popular castellana* es sin disputa la obra maestra de Milá. Más todavía,—y no presumo al afirmarlo hacer agravio á los eximios críticos de allende el Ebro que son orgullo de las letras españolas contemporáneas, —es también en mérito, la primera obra de crítica histórico-literaria que se ha escrito en nuestros días en nuestro suelo. Y es que para escribirla estudiando, cual lo hizo nuestro amigo, además de los elementos nacionales, tanto históricos como literarios, que entraron en la inspiración y composición de nuestros cantares de gesta y de nuestro admirable Romancero, era preciso conocer las fuentes y elementos extrangeros á que acudieron y con quienes informaron sus inspiraciones nuestros poetas populares: era necesario haber penetrado muy adentro en el estudio y análisis de los poemas heróicos de los demás pueblos: y en este linaje de disciplinas literarias, podemos los amigos y admiradores de Milá proclamarlo muy alto, no tenía éste quien en Cataluña y fuera de ella, en España, le fuese superior, y ni siquiera le igualase. Desde los poemas de origen verdaderamente germánico,—aun dejando á un lado los Eddas escandinavos,—tal como el de los *Nibelungos*, ó de origen germánico-visigodo, como el de *Walter de Aquitania*, enlazado en parte con el de aquel título, y de cuya redacción latina dió á luz en 1857, en cuatro artículos, un concienzudo análisis y la versión en hermosos versos castellanos de sus más notables pasajes en el tantas veces citado Diario de esta ciudad, hasta los más

recientes cantares de gesta franceses y sus imitaciones provenzales de los ciclos carolingio y bretón, nada de cuanto se conoce en esta fecundísima rama de las literaturas medioevales europeas y de sus fuentes é influencias orientales se escapó á su investigación y estudio; hecho éste de primera mano en obras destinadas á dar á conocer y juzgar aquellas producciones, si rudas acaso, poéticas á veces y venerables siempre de la musa épica popular, y con frecuencia en la lectura de las mismas obras originales. Y es que para llevar á feliz término aquel libro como lo hizo nuestro amigo, además de haber apacentado el entendimiento en tan variados y no pocas veces áridos estudios, y enriquecido la memoria con tan enorme peso de datos y recuerdos, capaz de aturdir cualquiera otra que no fuera tan poderosa como era la suya, se necesita vivir, como Milá vivía, en el desasimiento de los negocios recomendado por el Poeta venusino, y en el alejamiento del mundanal ruido celebrado por nuestro Horacio cristiano, Fray Luís de León; tan ajeno á las agitaciones de la política como de los fútiles placeres de la sociedad; apartada la mente de todo lo que no se refiera directamente al trato de los libros; puesta únicamente la voluntad en el cumplimiento de sus deberes de cristiano y de catedrático; á solas con sus meditaciones en el silencio de su gabinete, únicamente á trechos interrumpidos por las solícitas atenciones de su cariñosa esposa ó por la visita de algún amigo ó sabio extranjero que iba, atraído por su fama, á visitarle y á placticar con él acerca de sus estudios favoritos; á la manera que vivía en otros tiempos el monje benedictino en su celda, atento á la vez que al importante negocio de la salvación de su alma, á aquellos inmensos trabajos de tenaz investigación y de erudición extensísima, gracias á los cuales levantaba esos monumentos en todo linaje de saberes que son el asombro hasta de los más doctos varones de nuestro siglo, que debe á sus pacientes y doctas tareas una no escasa parte del nombre de ilustrado con que se envanece.

Y no es que para valorar su sobresaliente mérito sea preciso estar muy versado, ni ser por demás entendido en las materias que en aquel libro se tratan. Es condición de las obras maestras del humano ingenio, de cualquier linaje que sean, atraer-

se la admiración y ser objeto de loa hasta del indocto vulgo no educado en las materias que son asunto de ellas. Para apreciar el soberano mérito y la especial importancia de la obra que nos ocupa, basta recorrer aunque sea muy de paso sus páginas, y pasar la vista por alguna de sus notas, construídas aquéllos y éstas, por decirlo así, á yunque y martillo.

Permitidme que por esta vez, desviándome algún tanto de la línea de conducta que hasta aquí he seguido al hablar de las demás producciones de nuestro amigo, ponga á la vista de los que no conocen dicha obra el plan y las principales partes de que se compone.

Sírvele como de proemio, después del discurso inaugural en quien me ocupé hace breves instantes, un eruditísimo trabajo donde, con el rótulo de, *Literatura de este ramo de poesía*, menciona su autor y analiza los libros «que la miran, dice, como objeto de apreciación y estudio, incluso los romanceros posteriores al 1700.» Unicamente en obras alemanas, y hasta en éstas no con frecuencia, hállanse escritos de tanto jugo y que supongan tan enorme y bien digerida lectura como esta primera parte de aquel libro. Aun dejando á un lado las más ó menos importantes referencias á nuestros romances, y los juicios con más ó menos acierto formulados por nuestros más antiguos preceptistas, poetas é historiadores de los orígenes de nuestra literatura, y á partir desde la colección de poesías que con el título de *Poetas anteriores al siglo* XV dió Sánchez á la estampa en 1779,—adelantándose en muchos años á los críticos franceses en la publicación de las canciones de gesta,—pasan de setenta las obras, en su mayor parte alemanas y francesas,—las españolas figuran, para mengua nuestra, en escaso número entre ellas (1),—referentes á los varios asuntos

(1) No por lo que pueda redundar en honra literaria mía, que no vale para que se pare mientes en ella, sino por lo que puede contribuir á que no se nos tilde por los extranjeros de que miramos con culpable desdén el estudio de los venerandos monumentos de nuestra literatura, me permito llamar la atención de los que lean aquel trabajo sobre el hecho, que puede tan sólo atribuirse á distracción, de que en aquel examen crítico de cuantas obras acerca de los indicados asuntos conocía,—y dudo que haya alguna importante cuya existencia Milá ignorase,—al continuar entre ellas el análisis de un modesto escrito mío que con el título de, *Cual pudo ser la primitiva forma de la*

que trata y dilucida en su libro, que con diligencia suma, rectísimo criterio y singular acierto examinó y analizó para extraer de ellas, si vale decirlo así, la savia de su doctrina acerca de las varias cuestiones crítico-históricas que están más ó menos estrechamente enlazados con nuestras gestas y romances. Pone espanto el imaginar tan sólo el derroche, perdóneseme lo vulgar del vocablo, de tiempo y de lecturas que hubo de hacer nuestro amigo, para llevar á cabo tan ímproba y las más veces por todo extremo árida y monótona tarea.

Con el epígrafe de *El Rey Rodrigo*, ocúpase Milá en el segundo capítulo de su obra en las muchísimas tradiciones que acerca de este personaje, por cuyos pecados «que amor disculpa y condena» fueron perdidas nuestras tierras, existen así en los libros árabes como en nuestras crónicas latinas y castellanas, y en especial en los romances que se refieren á aquel monarca sin ventura, y á los hechos maravillosos y tradicionales que se encuentran más ó menos enlazados con la invasión árabe, rota de Guadalete y sucesos posteriores á ella, referentes al mismo. Dicho capítulo al igual que los demás de la obra,—y lo advertimos esta vez para no tener que repetirlo al ocuparos en los demás temas objeto de ella,—va acompañado de un crecidísimo número de notas, que, sorprenden así por la extensa y recón-

---

poesía popular de España, por segunda vez dí á luz, algún tanto adicionado y con más esmero corregido en la *Revista de Cataluña*, que se publicaba en esta ciudad en 1862, lo colocara entre los pertenecientes á aquel año y no entre los publicados en el de 1840, que fué cuando lo compuse para servir de prólogo al *Tesoro de romanceros y cancioneros*, de Ochoa, á que aludí en otra parte de este mi escrito. Distracción, ya que sólo á ella, repito, puedo atribuir aquel hecho, tanto más notable cuanto al hablar del *Romancero de Durán*, menciona el publicado por mí con mis iniciales, cuyo secreto descubre, reproduciéndolas en esta forma: D. J(oaquín) R(ubió); y cuanto en el espacio de veinte años, ó sea desde de 1830, en que publicó la Academia Española las obras de Moratín, donde se hacen algunas referencias á nuestros romances, al 1850, en el cual se estaba reimprimiendo considerablemente aumentado en la *Biblioteca de Autores españoles* el citado Romancero, en medio de un gran número de obras (veintidós) de escritores alemanes, ingleses y franceses, únicamente el mencionado Durán y Clemencin,—y aun éste de paso en sus anotaciones del Quijote,—antes que yo en dicho prólogo, y después de escrito éste, tan sólo Angel de Saavedra en el de sus *Romances históricos* (París, 1841), Gil y Zárate en su *Resumen histórico de literatura española* (1844) y Gallardo (D. Bartolomé) en su *Antología española* (1848), habíanse ocupado en este especial ramo de nuestra literatura.

dita, como por la varia erudición que en su autor revelan.

Á hablar de *Bernaldo* (sic) *del Carpio*, que es después del Cid el personaje semi-histórico semi-legendario que más interés despierta, en quien la tradición y la poesía más sucesos extraordinarios han acumulado, y cuyo nombre y hazañas, como enlazadas por medio de la derrota de Roncesvalles con las canciones de gesta carolingias, más que las del renombrado Campeador han sido celebradas en los viejos cronicones y por los poetas del otro lado del Loire, destinó nuestro amigo el tercer capítulo que es, entre los demás de su obra, aquel acaso donde por más sorprendente manera se revela el saber de su eruditísimo autor en el especial asunto objeto del mismo. Parece al leer las páginas que destina á hablar del vencedor de Roldán, principal héroe de aquellas gestas, que no hay antigua crónica, ni cantor heróico francés ó español, ni tradición poética de aquende ó allende los Pirineos donde se mencione el nombre y los fabulosos hechos del héroe del Carpio que se haya escapado de sus investigaciones; cuyo más importante resultado, así para la historia como para la poesía, es haber podido señalar por evidente manera la existencia de tres Bernaldos, ó sea: «uno, español por ambas líneas, sobrino del rey Alfonso el Casto; otro, algún tanto afrancesado, hijo de Sancho Díaz y de doña Tiber y sobrino de Carlomagno; y un tercero, carolingio, pero residente en Aragón, vencedor, en distintos y reñidos encuentros de los árabes, casado con la hija de un conde aragonés y padre de un caballero no menos que él famoso.» Este último lo tiene Milá por histórico. La existencia de esos tres Bernaldos brinda ocasión á éste para proponerse dos cuestiones, es á saber: cuál de los tres fué el primero cuyo nombre sonó en los cantares, y cómo se formó y modificó la leyenda; cuestiones que procura resolver con el acierto con que acostumbra hacerlo en cuantas ó le salen al paso ó el mismo se propone. Termina el capítulo con una breve noticia de los romances de Bernaldo del Carpio y con la copia de una versión, que no se halla en la colección de Durán, de uno de los más notables de aquella serie ó grupo de los de nuestro rico Romancero, y al cual tiene nuestro amigo por el único primitivo que se conserva de aquel célebre personaje.

A tratar del Poema y de los romances relativos al *Conde de Castilla Hernán González*, á quien dicho poema, no muy conforme en esto con lo que de él narra la historia, apellida, «el leal capdillo, el de buenas mannas, el de los fechos granados y de corazón lozano, etc.», y de los condes sucesores de aquel héroe, consagra Milá dos capítulos, en los cuales, siguiendo su usado sistema de dar á conocer el personaje en quien ha de ocuparse por lo que dicen, así los documentos verdaderamente históricos, antiguos cronicones latinos ó más recientes crónicas arromanzadas, como los poéticos, donde unidos en íntimo maridaje andan confundidos no pocas veces las vagas y escasas noticias sacados de aquéllos y los acumulados por la tradición, pone de manifiesto por medio de un análisis bastante detallado el plan de aquel poema,—que á no ser por su forma métrica según el arte ó *mester de clerecía*, se le podría colocar sin reparo entre los más genuínos cantares de gesta,—y menciona alguno de los romances relativos á aquel famoso personaje, citando de paso algún breve fragmento de aquél y de éstos. Como en cuantos poemas ó canciones heróicas y romances analiza, complácese respecto los referentes al renombrado Conde castellano en indicar, como á quien es liviana tarea lo que para otros no tan versados cual él en este ramo de nuestra literatura sería penosísima ó por ventura impracticable labor, los pasajes del poema ó de los romances cuyos hechos tienen más ó menos estrecha relación con los narrados en las antiguas crónicas, sobre todo con la *General*, ó con otros monumentos poéticos.

Los Infantes de Lara es el rótulo que lleva el sexto capítulo. ¿Qué de problemas históricos y de cuestiones literarias, y de fantásticos recuerdos, y de legendarios relatos se agolpan en vista de aquel título á la mente del que ha leído los romances relativos á la historia de los desafortunados hijos de Ruíz Vélazquez y de D.ª Lambra? Pues tómese el trabajo el que pretenda resolver los primeros, y dilucidar los segundos y regalar con los últimos su fantasía de leer las fogosas páginas que dedica nuestro sabio amigo á este asunto, y quedarán por sabrosa manera satisfechos todos sus deseos. Como á quien son de sobras conocidos y familiares este tema y cuantos á él histórica ó poéticamente hállanse enlazados, por holgado y fácil modo lo

trata Milá en este breve pero interesante capítulo de su obra.

Quien en uno de sus artículos literarios había dicho del cantar de gesta del *Mío Cid* que merecía estar escrito en letras de oro, ¿con qué amor no había de tratar este tema cuando se le ofreciera ocasión oportuna? Sin desviarse del método seguido en los demás capítulos, que, por lo hasta aquí indicado, se ve que consiste en penetrar lo más adentro posible en la historia, beneficiando sus más recónditos y poco conocidos documentos á fin de trazar con la mayor exactitud posible el verdadero retrato del héroe en cuyos cantares ó romances tiene que ocuparse, y en buscar en la tradición y la poesía cuantos datos contribuyen á caracterizar aquel retrato y á rodearle del encanto y veneración que le prestan los hechos legendarios que le atribuyen aquéllas; sin desentenderse, al igual que en los demás capítulos de su libro lo hace, antes poniendo más interés y cariño en el que nos ocupa en señalar los pasajes en que coinciden los relatos de la obra poética con las de nuestras venerables crónicas, al hacer el análisis de los cantares de gesta del *Mío Cid* y del *Rodrigo*,—más conocido éste por su antigua rúbrica de *Crónica rimada*,—á par que desenvolviendo el hilo de oro del relato, va trasladando los más bellos y característicos pasajes, sobre todo del primero de dichos cantares de gesta; en el cual, como dos hermanas que han sido amamantadas en unos mismos pechos, se encuentran amorosamente unidas en íntimo y dulce abrazo la maravillosa intuición artística de los poemas homéricos y el amable candor é ingenuidad de las leyendas medioevales: disfrutando esta vez el lector del placer estético, que no le había dado á gozar nuestro amigo hasta ahora, de apacentar su vista y su fantasía en los cuadros poéticos del original, en lugar de hacerlo en una descarnada relación de los mismos. Es excusado repetir que, como en las demás partes de su libro, resuelve en la relativa á las dos gestas y á los romances del Cid, de los cuales con abundantes y bien escogidos pasajes recrea la atención del leyente, cuantas cuestiones son tema y objeto de la crítica literaria, no pocas de capital importancia; inclinándose, sea dicho de paso, respecto de la de la mayor antigüedad de la gesta de *Mío Cid* que la del *Rodrigo*,—que trae divididos los pareceres de los críticos que más se han ocupado en este

asunto,—á la opinión menos seguida, ó sea á la que coloca en preeminente lugar en el orden de los tiempos la primera de aquellas dos gestas.

Como que tengo para mí que basta y áun sobra con lo que hasta aquí llevo expuesto acerca de la obra de nuestro amigo, para que no tengan los que no la conozcan por exagerados los encomíos que cuantos se han ocupado en ella, y yo el de menos autoridad entre todos, le han tributado; y como por otra parte, excepto en los capítulos donde trata de los cantos y romances de los ciclos carolingio y bretón, de más subido interés literario por las estrechas relaciones que les unen con los cantares de gesta de allende los montes; y en los cuales por ser tema en cuyo estudio más por ventura que ninguno de nuestros críticos había ahondado nuestro amigo, hallábase tal vez mejor que ninguno de éstos en el caso de poder explicar la procedencia de sus asuntos, su introducción en nuestra poesía, su enlace y fusión con los elementos verdaderamente nacionales, y su mayor ó menor popularidad entre nosotros; y esto lo ha realizado á maravilla; y en los demás capítulos ó sea en el octavo donde trata de los *romances históricos varios*, y en el duodécimo en que se ocupa en *los novelescos y caballerescos sueltos*, es tanta la variedad y, por decirlo así, lo desligado de la materia y la excesiva abundancia de los pormenores que hacen poco menos que imposible su análisis, presumo que basta indicar sus asuntos para demostrar á los que me escuchan, que no hay rama, por insignificante ó por de menos interés que al parecer sea, de nuestra poesía popular, que Milá no hubiese con detenimiento y cariño estudiado y en la cual no fuese aventajadísimo maestro.

Una parte hay en su obra y es la que lleva la rúbrica de, *Conclusión*, acerca de la cual, antes de despedirme de ella, con el sentimiento de veneración con que se despide el que viaja por España de esos cenobios bizantinos que se levantan magestuosos y llenos de graves recuerdos en el fondo de algunos de sus más escondidos valles, me he de permitir llamar vuestra atención por ser uno de esos trabajos literarios donde en poco espacio, gracias á aquel modo de escribir suyo de tan precisa rapidez y de tan jugosa concisión, y al maravilloso talento

de condensación de que estaba Milá dotado, encuéntrase reunida casi toda la materia de su libro, y en el cual, como en breve cifra y apretadísimo sumario, hállanse reproducidos los principales y más nuevos y característicos conceptos de que está aquélla matizada; pero con tan oportunos toques y por tan gráficos vocablos, que ni la brevedad con que están expuestos los hace oscuros, antes parece que contribuye á grabarlos más hondamente en el entendimiento; ni su multitud es causa de que engendren confusión, antes por el contrario, gracias á la verdad y fuerza con que están expresados, aparecen destacándose unos de otros como las figuras en un bajo relieve griego ó romano.

Mas ¿es tal la obra de nuestro docto amigo que, por rarísima excepción entre las del humano ingenio, sea de las pocas á quienes no pueda oponerse ningún reparo? Sí: se le ha puesto uno, pero de tal índole que lo que considera la crítica como lunar, era lo que para aquél constituía la mayor perfección de sus escritos. Y es esa misma concisión, que si pasa por uno de los más preciados primores del lenguaje cuando se contiene en sus justos límites, llega á convertirse en imperfección si va más allá de ellos. Y que los traspasó alguna vez en su libro *De la poesía heróico-popular castellana*, vénse obligados á confesarlo hasta sus más entusiastas admiradores. De los más distinguidos de éstos es, para no citar otros, el eminente crítico francés Morel Fatio; y no obstante, haciéndose eco del común pensar, veíase obligado á declarar en las sentidas líneas que á la memoria de Milá dedicó después de muerto, que iba éste de tal suerte apasionándose de día en día más por aquella cualidad del lenguaje, que vino á dar poco menos que en la exageración de ella.

Del tan decantado *utile dulci* del discreto y para nuestro amigo príncipe de los preceptistas, Vate venusino, en los últimos años de su vida de escritor parecía que solo tenía la mente fija en lo primero. Diríase que en aquel libro propúsose únicamente instruir, en manera alguna deleitar al leyente: así es que con ser de tan superior mérito por su ejecución y de tan subido precio por su asunto, raras veces será leído y estudiado como no sea cual obra de consulta. No parece sino que vivien-

do por tanto tiempo y en tan íntima amistad con los héroes de las gestas que estudia y analiza, se le pegó su largueza en obrar y su brevedad en el decir; y que olvidando cuan bien les caen á ciertos sujetos y á nuestro hermoso idioma, á aquéllos los artísticos atavíos que tanta belleza y majestad añaden á la figura; á ésta el holgado traje y la pompa casi soberana de que supieron revestir los buenos escritores de Roma á su madre la lengua del Lacio, no acertó á vestir aquel asunto, poético de suyo, y á ésta de suyo abundante y armoniosa, más que con el férreo capacete y la ceñida y apretada al cuerpo acerada cota de malla de aquellos héroes.

Hubiera nuestro amigo desarrollado el vastísimo tema que se propuso ilustrar y dar á conocer á sus lectores en dos tomos, que era lo menos en cuyos términos cabía encerrarlo; diera más holgura á la expresión de sus conceptos; aumentara, cual lo hizo en la gesta del Cid al hacer el análisis de ésta, las citas de los más señalados y poéticos pasajes de los cantares heróicos y de los romances que estudia; no desdeñara las flores de la imaginación, que sientan siempre bien, si con arte se disponen, hasta en la arrugada frente del filósofo, cuanto más en las severas de enamorados paladines; é hiciera en suma menos uso de las abreviaturas que á trechos dan á su libro el aspecto de un tratado de álgebra, y el de la *Poesía heroico popular castellana* sería, á par que obra de escogida y abundante doctrina para los doctos, objeto de regocijada lectura para los profanos.

Después de haber ocupado vuestra atención en las principales obras de Milá y antes de pasar á considerarle como catalanista, únicamente cual último y decisivo testimonio de su no común fecundidad literaria y de la diversidad de asuntos en que empleó su pluma, me permitiré citaros entre los escritos suyos de que tengo noticia, el discurso de entrada leído en 1860, en sesión pública en la Academia de Bellas Artes, cuyo tema ignoro; la necrología que con la rúbrica de *Vida y escritos de D. Próspero de Bofarull* compuso por encargo de la familia de éste, y leyó también en pública sesión de nuestra Academia en 30 de Diciembre de aquel mismo año, destinada á honrar la memoria del que había sido su presidente, y que

es después de las que llevamos citadas, la de más extensión de sus obras; notable por otra parte por las noticias que dá de la historia del Archivo de la Corona de Aragón y de los trabajos de arreglo y clasificación de sus documentos por aquel su docto archivero realizados, y por el detallado y concienzudo juicio crítico que hace en ella del libro del que con justicia puede llamarse continuador en este siglo y en nuestro país, junto con el monje ripollense Olzinellas, de la escuela histórica catalana que á tan alto punto levantaron en la pasada centuria, entre otros, Caresmar, Masdeu y Campmany; varios juicios críticos acerca de diferentes libros, amén de los que dejo en otra parte mencionados, tales como, pongo por ejemplo, los encaminados á dar á conocer y aquilatar el valor literario del *Diccionario de voces aragonesas* de D. Gerónimo Borao, honra y prez de las letras aragonesas; de la novela titulada: *La horfaneta de Menargues*, primera obra de este género escrita en catalán por nuestro compañero el docto y laboriosísimo autor de la *Historia crítica, civil y eclesiástica de Cataluña*, D. Antonio de Bofarull; de los regocijados libros de poesías y de cuentos campesinos y populares del más entusiasta amador entre los escritores no nacidos en las tierras de aquende el Ebro de nuestra lengua y literatura, don Antonio de Trueba; del que con el título de *El origen de las naciones modernas* escribió el Barón de Chastein; de la famosa obra de Mr. Mignet, rotulada *Historia del emperador Carlos V;* de la *Colección de documentos inéditos del archivo de la corona de Aragón*, dados á la estampa bajo la dirección de D. Próspero de Bofarull, y después del fallecimiento de éste, de su digno hijo y sucesor D. Manuel, monumento de superior interés para la historía política y literaria de Cataluña; de las *Baladas de la Rumanía,* recogidas y publicadas en francés por Mr. V. Alexandre; del libro de *Cuentos y poemas de la Grecia moderna,* por Vretro; de las *Rimas varias*, del que fué también compañero nuestro, D. Tomás Aguiló, á quien sólo faltóle haber nacido en Madrid para ser continuado en el número de nuestros más eminentes literatos y puesto al nivel de los más inspirados poetas de Castilla, sin contar un gran número de prólogos que compuso para diferentes obras, cuyos autores, creyeron no sin razón, darles más importancia y llamar más

poderosamente hacia ellas la atención del público con que brillara al frente de las mismas el respetable nombre de nuestro docto amigo.

Hora es ya de que, como en otra ocasión os prometía, me ocupe en Milá como catalanista, bajo cuyo concepto, en cuanto se enlaza con el de muy subido aprecio en que se le tiene como colector de nuestras canciones populares, es considerado por muchos de sus admiradores, por ventura con más entusiasmo y exagerado celo que discreción y justicia, como más digno de la esclarecida fama que goza, que de la en que se le tiene bajo los otros conceptos en que hemos dado á conocer hasta aquí su fisonomía literaria. Milá fué sin disputa uno de los más exímios y celosos catalanistas. ¿Pero sobresalió como tal, como sobresalió cual crítico, verbi-gracia, desde que en sus juveniles años puso los piés en el campo de las letras, y más tarde cuando levantaba á la gloria de las castellanas los valiosísimos monumentos que dejamos mencionados?

Si tomamos aquel vocablo, del cual tanto se ha abusado y cuya verdadera significación, con haber puesto en boga las palabras *regionalista* y *regionalismo*, se ha pretendido últimamente fijar por indirecta manera; si tomamos aquel vocablo para con él señalar á quien se siente atormentado de verdadera nostalgia del país al recordar, según escribía en cierta ocasión nuestro amigo, *la Cataluña de antaño*, «aquella prosapia de *payeses*, tan buenos catalanes como excelentes españoles, pero que no se avenían en manera alguna en mezclar en su conversación vocablos catalanes con voces castellanas y francesas; aquellos excelentes hábitos de familia, de vecindad y de hospitalidad; aquellas fiestas y bailes, que con ser más inocentes que los que hoy se usan, eran no menos que estos bulliciosos y alegres; aquellos honrados menestrales de Barcelona y de otras ciudades; aquellos trajes tan airosos y tan diversos que de cada día más van arrinconándose para que, vistiendo todos por un mismo figurín, todos parezcamos señores pobres; de aquel característico gorro encarnado, y otras y otras cosas que de tal

suerte van desapareciendo que, á no ser por nuestros viejos campanarios y por nuestras regaladas montañas, parecería que no vivíamos ya en tierra catalana (1);» si tomamos aquel vocablo en este sentido, el colector desde su niñez de sus cantos y baladas era ya desde entonces catalanista de tan buena ley, cual de puro abolengo lo eran sus padres y sus ascendientes los Milá de Ferrán. Pero si se toma aquella palabra en su más limitada acepción de amador y cultivador más ó menos entusiasta de nuestra lengua y de su empleo para la poesía, en este caso, fuerza es confesarlo, Milá no fué de los que más prisa se dieron en llegar al campo del catalanismo.

Nuestro amigo á quien con gusto cederé la palabra cuantas veces tenga que ocuparme en la historia de nuestro renacimiento, á fin de evitar, en lo que me sea dado hacerlo, llamar vuestra atención sobre la parte que en él tuvo *Lo gayter del Llobregat*, al hablar, con la brevedad que la ocasión y el tiempo en que lo hacía lo reclamaban (2) del origen del mismo, después de confesar que «lo colp,—se refería á la aparición de la Oda á Remisa,—encara que donat á temps y per má mestra, no escampá gaire,» añadía que se necesitaba para ello del esfuerzo continuado de un firme y activo propagador; que no faltó quien lograra conquistar este título; añadiendo á renglón seguido que quedó vencedor el uso poético de la lengua catalana, y que iba de día en día aumentando el número de sus cultivadores.

Mas por desgracia ni aquélla contó por de pronto entre éstos á quienes, de constituirse en sus paladines, contribuyendo á enaltecerla y acreditarla, hubieran anticipado su triunfo; ni aquel propagador tuvo la dicha de contar como auxiliares,—que no hubieran tardado en trocar este modesto título por el de caudillos de la poética mesnada,—con ingenios de tanto valer y de tan esclarecida fama, cual lo eran ya entonces sus amigos, Piferrer, Llausás, Semís, Illas y otros. Del grupo de entusiastas y denodados jóvenes que, desplegando al viento la bandera

---

(1) *Anyorament*, por M. Milá.—Calendari catalá del any 1867, pág. 100 y siguientes.

(2) *Discurs inaugural dels Jochs Florals* de 1883.

de la nueva escuela literaria, y que, por ventura con más ilusiones en la fantasía que fuerzas en la mente, tomamos allá por los años de 1836 y 1837 posiciones en el campo de las letras para pelear á la sombra de aquella enseña, ni uno sólo por el momento ayudó en su tarea al *Gayter*. Más aún: del punto de donde aguardaba éste, ya que no elogios, que no merecía, por lo menos estímulos que lo hubiesen alentado en su obra; ó sea de las columnas de un periódico que se publicaba en aquellas calendas en la corte exclusivamente destinado á defender los intereses morales y materiales de Cataluña, no alcanzó más premio de sus esfuerzos en favor de la restauración de la lengua y de la literatura catalanas que ver anunciada la aparición de su tomo de poesías en un suelto de gacetilla. Por fortuna otras voces, según queda consignado en el opúsculo donde os dí á conocer en breve sumario la historia del actual renacimiento, fueron contestando aquí mismo y desde varias comarcas de nuestro suelo, y fuera de él desde Mallorca, al llamamiento suyo, con lo cual tuvo bastante para creer,—y por dicha no se equivocó,—que arraigaría aquí el árbol que había plantado, por igual manera que arraigaba en Provenza el que en aquellos mismos días cultivaba allí Roumanille.

¿Qué es lo que había apartado á aquellos más íntimos amigos del *Gayter* de tomar parte en el renacimiento catalanista? ¿Es qué creyeron que, como plantado fuera de sazón ó en terreno poco fértil, aquel árbol no llegaría á echar raíces, y por lo tanto á dar frutos, ó á producirlos, si llegaba este caso, insípidos y hueros? ¿Es qué, partiendo del supuesto que toda restauración de lo pasado es imposible,—concepto que dista mucho de ser verdadero,—temieron que serían inútiles cuantos esfuerzos hicieran para alcanzar la de nuestra lengua, mirada con mayor desdén de día en día; y la de nuestra poesía, desde hacía mucho tiempo poco menos que olvidada cuando no envilecida en manos de copleros ramplones y de poetas callejeros?

Que el árbol del renacimiento había arraigado, reconocíalo en cierto modo nuestro inolvidable amigo Piferrer, que fué de los que con más desvío lo habían al principio mirado, por el hecho de recomendar en 1848, año en que era ya bastante crecido el número de los *trovadors nous*, al popular escritor don

Antonio de Trueba el volumen de poesías catalanas que había visto la pública luz en 1841; causa de que diera aquél nuevo rumbo á sus aficiones y estudios poéticos (1) y de que ganara en favor de nuestro renacimiento el cariño de muchos de sus amigos. Respecto de que alejara á aquéllos del cultivo de la lengua y de las letras catalanas el suponer imposible toda restauración, puedo afirmaros, por haberlo así declarado él mismo, que no era Milá de los á quienes «arredraba, son sus propias palabras, el espantajo de suponer que era imposible la de aquéllas; antes creía que los pueblos, lo mismo que los individuos, pueden de continuo remozarse á favor de lo pasado; y que no era en modo alguno echar de menos las *cebollas de Egipto*, volver la vista á la infancia y á las antiguas glorias de la historia nacional».

¿Cuál pudo ser pues la causa de que permaneciera apartado de aquella corriente de restauración de nuestra lengua y de nuestra literatura, de cada día más poderosa, y de que no pusiera su poderoso entendimiento y su diestra pluma al servicio de una causa que había de abrazar más tarde hasta con entusiasmo? Por fortuna mía, amante como el primero de poner las cosas en su verdadero punto y lugar, por lo mismo que mi especial situación dentro del catalanismo me ha colocado en el recio compromiso de ser yo quien deba narrar sus orígenes y su desenvolvimiento, esta vez no tengo que descender para deciros cual fuese aquella causa al terreno de las conjeturas. El mismo Milá nos la ha revelado por evidente manera. Nuestro amigo «se apartaba, según así él mismo lo declaraba, respecto de la restauración y del empleo de las lenguas provinciales en las modernas composiciones poéticas, del parecer de personas cuyas obras no obstante tenía en mucha estima.» Milá opinaba «que el poeta, inspirándose en la poesía popular, que no es en manera alguna la de los Vallfogonas ni la de los Godoulís, son sus propias palabras, debe devolver al pueblo, bien que

---

(1) *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas.* Pág. 56.—*La Ilustración Española y Americana;* Suplemento al número XLIII, Noviembre de 1875.—*Lo Gayter del Llobregat,* por D. Antonio de Trueba.

ennoblecido y purificado, en su misma lengua lo que del pueblo recibe... pero que encerrar en los rústicos y accidentales modismos de los dialectos locales (sic) pensamientos filosóficos, cosmopolitas, universales, le parecía lo mismo que exigir de una aldeana la expresión propia de *Las meditaciones* de Lamartine, ó de *El ideal* de Schiller (1).

Es digno de notarse que en el artículo de donde están sacadas las líneas que dejo transcritas no se hace la menor referencia á nuestro renacimiento, que se hallaba, sin embargo, bastante adelantado ya en su desarrollo para que su fama, traspasando los límites de nuestra provincia, hubiese llegado hasta dentro de los de las dos Castillas y salvado la cordillera pirenaica, hasta el punto de haber en el Rosellón quienes se esforzáran en secundarlo escribiendo versos catalanes; que llegasen ya á formar una numerosa y escogida pléyade los que aquí y en la mayor de las Baleares cantaban el amor, la religión y la patria en la restaurada lengua de Montaner y de Ausias-March; y que se pensara ya sériamente en el restablecimiento, que por fortuna no debía hacerse desear mucho tiempo, de los Juegos Florales, que ya trece años atrás habíase indicado (2) como el medio más eficaz de que llegara á tener Cataluña una literatura propia y aparte de la castellana.

Por fortuna para nuestras letras ni Milá después de escrito aquel artículo persistió mucho tiempo más ni en aquella especie de retraimiento del catalanismo en que había vivido hasta entonces como encerrado, ni en la opinión que acerca del empleo de los dialectos provinciales había sostenido: y cuando llegó para nuestro renacimiento el año venturoso en que «aquell catalá de cor» á que aludía aquél en su discurso del primer año de los Juegos florales,—y que no hay quien ignore que era D. Antonio de Bofarull,—logró, secundado por alguno de sus más íntimos amigos y por nuestro Municipio, realizar su proyecto de restablecer aquella poética institución, fué Milá, como sabéis, nombrado por unanimidad presidente del primer

---

(1) *Del cultivo de la literatura provincial. Diario de Barcelona* de 24 de Enero de 1854.

(2) *Prólogo de la primera edición de Lo Gayter del Llobregat.*

Consistorio por los que tuvimos la honra de formar parte del mismo.

Día fausto y que con letras de oro debía escribirse en los anales del actual renacimiento catalán el en que vino á poner en la balanza de sus futuros destinos, cuyos brillantes fulgores, como de sol en el mediodía, veíamos brillar en un porvenir no lejano los que con más fe lo habíamos iniciado, el peso de su superior inteligencia y del prestigio de su nombre y autoridad literaria. Milá llegaba al catalanismo, no con las manos vacías, sino llevando como ofrenda á la deidad de quien debía ser desde entonces uno de sus más celosos y venerandos sacerdotes, su *Romancerillo catalán*, joya de inestimable valor, más aun que por lo escogido de las flores del huerto de nuestra rica poesía popular en él reunidas, por el discurso sobre este género literario que le precede; sino aportando á él su grande ingenio, las superiores dotes de crítico que constituyen el rasgo sin duda más saliente de su fisonomía literaria, y su vastísima erudición, por nadie aquí igualada, en las literaturas de la edad media, y sobre todo en la provenzal y en su hermana la catalana: prendas tanto más de estimar en cuanto nuestro renacimiento, á la sazón como ahora, mientras ha sido tal vez con exceso fecundo en poetas que aspirasen á descolgar de los viejos muros del templo de nuestro glorioso pasado literario las enmohecidas liras de los Cabestanys y Ausias-March, ha tenido y continua teniendo por desgracia extrema pobreza de literatos, verdaderamente dignos de este nombre, que estudien los venerables monumentos, fundamentos de aquellas glorias, y filólogos profundamente versados en esta ciencia que sepan leer en aquéllas las vicisitudes por las cuales ha pasado nuestra lengua, y en el lenguaje actual lo que hay que pueda y deba ser restaurado. De Milá podrá decirse que vino tarde al catalanismo; pero en cambio al descender al sepulcro,—y con más motivo si Dios le hubiera concedido algunos años más de vida para realizar los trabajos que tenía proyectados (1),—hubiera podido á su vez decirle á aquél: «Te dejo delineados y

(1) Era uno de ellos como sabéis, escribir con el Sr. Balaguer y Merino la historia de las representaciones escénicas en Cataluña.

hasta en parte construídos los cimientos, y escogidos y acumulados en no escasa abundancia los materiales con que podrás levantar para orgullo de tus hijos y admiración de los extraños el hermoso edificio de tu antigua historia literaria.»

Por de pronto—y notad, Señores, esta circunstancia que á par que enaltece por superior modo á Milá como catalanista, es de capital importancia para la historia de nuestro renacimiento; —el que pocos años antes opinaba que las lenguas provinciales no debían emplearse más que para la poesía del pueblo, fué quien en 1883, siendo presidente del Consistorio de aquel año, después de manifestar en su discurso de los Juegos Florales, que uno de los mantenedores del venturoso año de la inauguración del restablecimiento de éstos, cuyo nombre no he de ser yo quien os revele, dió á esta institución el lema bellísimo, según calificación de nuestro amigo, de *Patria, fides, amor*, que son las tres más puras y altas fuentes de las más sublimes inspiraciones, propuso y defendió que en los mencionados Juegos florales, á quienes miraba como un templo, son también palabras suyas, ó cuando menos como refugio y recuerdo de la lengua catalana, únicamente se debía usar esta lengua (1).

Hay quien ha supuesto que ya antes de dar á luz su *Romancerillo* había publicado Milá varias poesías,—canciones y baladas,—en catalán. Confieso no conocer más obra suya poética, antes de aquella época escrita en este idioma,—caso que realmente fuese de aquel tiempo,—que la canción, *La font de na Melior*, imitación de la lindísima balada por su letra y por la sencilla melodía con que se la acompaña que, con el título de *El hijo del Rey*, lleva el número 2 en el *Romancerillo*, por creer tal vez ya á la sazón que nuestra hermosa lengua, que conservaba todavía su encantadora belleza y su nativa ingenuidad en los perfumados valles y en las adustas montañas de la patria catalana, mientras se adulteraba con voces castellanas en labios de gentes cultas ó con vocablos vulgares y torpes dicharachos en boca de la plebe, únicamente podía ser empleada en cantar la poesía del pueblo.

Del entusiasmo con que fué recibido aquel escogido rami-

---

(1) *Jochs Florals de Barcelona de 1883.*—Discurs del president.

llete de romances y canciones populares catalanas, no sólo por cuantos se dedican al estudio y cultivo de nuestra lengua, si que también por aquellos que aun conservan vivo en el corazón, más que en la memoria el recuerdo de sus palabras, el de los dulces sentimientos que en ellos habían dispertado sus melodías, fueron evidente testimonio la rapidez con que se agotaron sus ejemplares. La musa catalana que hasta aquella hora en las poesías de carácter subjetivo habíase inspirado más—¿por qué no confesarlo?—en los versos de los poetas españoles y franceses que en los de nuestros antiguos trovadores, y en las narrativas más que en nuestros cantos y baladas en los romanceros castellanos, hubo de regocijarse al dar su ósculo de bienvenida á su hasta entonces harto olvidada hermana,—la Cenicienta de nuestra literatura, — la poesía popular. Ya en mi *Breve reseña del renacimiento de nuestra lengua y de nuestras letras,* indicaba cuan poderosamente influyó el *Romancerillo* en que volviera á cultivarse entre nosotros aquel género poético. Entonces manifestaba el deseo, que temía no ver cumplido, de que fuera siempre con acierto. Hoy debo confesaros que creo, y ojalá que me equivocara, que se ha realizado el temor de que aquel mi deseo no se cumpliera. A las verdaderas melodías catalanas, de cada día menos conocidas; á los dulces, á veces apasionados y casi siempre melancólicos aires populares de nuestras montañas, cuya memoria va borrándose de continuo, ha sucedido una música coral tenida hasta por personas inteligentes en el arte musical por verdadera música popular de nuestro suelo, y donde, sin embargo, por una vez que en ella despunte un motivo genuinamente catalán ó inspirado en las susodichas melodías, ó hieren desagradablemente nuestros oídos pasajes de un rebuscado y crudo realismo, ó nos distraen, gustosamente sin duda, pero llevándonos á otras regiones que no son las del sentimiento de la patria, con arrebatados vuelos líricos, que distan de nuestros sencillos cantos lo que la brillante cascada de notas que se desprende, si vale decirlo así, de un piano tocado por diestro concertista, de las pocas, pero suaves y lánguidas, que se exhalan de la tosca flauta tocada por un pastor en el silencioso fondo de solitario valle: bien así como á la genuina poesía popular ha sucedi-

do también con frecuencia otra de todo en todo convencional, que ó cae, al pretender ser popular, en lo vulgar y rastrero, ó que para huir de este peligro se transfigura, envolviendo conceptos por ventura ingenuos y sentimientos verdaderamente expontáneos en un lirismo, que así sienta á aquella poesía, cual sentaría un traje de corte á rústica aldeana: poesía que ha llegado hasta á formar escuela estimulada por los aplausos que está segura de cosechar con abundancia en los Juegos Florales, sobre todo si se encamina á alhagar sentimientos por desgracia sobrado simpáticos á cierta clase de público que concurre á ellos.

Después de la publicación de aquel libro de escaso volumen pero lleno de substancia, según hablando de él decía en un artículo consagrado á su examen la famosa *Revue de deux mondes*, y una vez convertido en cruzado y apóstol del renacimiento catalán, Milá que no creía posible que existiesen amores tan sólo platónicos entre el artista y la belleza objeto de su culto, en cuanto puso entendimiento y pluma al servicio de la lengua y poesía patrias, á uno y otra puso también á contribución para que consagraran á ellas los escasos ocios que le dejaban los trabajos de crítica y de historia literaria en que tenía empeñados su conciencia como catedrático, su reputación como escritor, y la obligación en que como tal se creía de acrecentar su fama en honra de su país; ya que entendía que no ama bastante á éste quien, pudiendo ganar nuevos laureles para ofrecérselos en respetuoso y filial homenaje, duérmese indolente ó cobarde sobre los ya adquiridos.

Primer fruto, y por cierto de no escaso precio, con que quiso demostrar Milá que no para regalarse con sus flores, sino para contribuir con su trabajo á que las produjera más copiosas y regaladas el campo del renacimiento, fué el extenso trabajo que con la rúbrica de: *Resenya histórica y crítica dels antichs poetas catalans, feta per amor de la medalla*, salió premiado con la de oro del Ateneo Barcelonés en los Juegos Florales del año 1865.

Como casi todas las obras de nuestro amigo, fué ésta precedida de dos ensayos que, según su costumbre, antes que al público fueron ofrecidos como primicias y testimonio del ca-

riño y respeto que le profesó siempre á esta ilustre Academia; ante la cual leyó en sesión de 29 de Diciembre de 1863 un escrito titulado: *Reseña histórica de la poesía catalana desde sus primeros tiempos hasta la época de Ausias March;* y más tarde, ó sea, en la del 18 de Marzo del año siguiente, otro con la rúbrica de, *Fragmentos de la continuación de mis estudios sobre antiguos poetas catalanes.*

No es aventurado suponer que sobre estos dos discursos, complemento este último de aquel primero, y escritos uno y otro en castellano, hubo de levantar en el espacio de tiempo que medió entre la lectura del último y la presentación al Consistorio del manuscrito de la susodicha *Reseña* el edificio de este eruditísimo trabajo, tan discretamente pensado como elegantemente escrito, por más que «no estando, como dice con su habitual modestia, aparejado para escribir en prosa catalana, no pretendiese en modo alguno ponerlo como espejo de lenguaje.»

Por muy grande que fuese el servicio que á las antiguas letras catalanas, por desgracia no tan estudiadas,—permitidme que con tristeza lo repita,—en especial en nuestros inimitables prosistas, cual merecen serlo, había prestado Milá con reunir en un solo trabajo y en breves páginas los escasos datos biográficos y los más escogidos fragmentos de las poesías de nuestros viejos trovadores, que andan diseminadas en los cancioneros de París y Zaragoza y en el precioso códice, hoy en parte impreso por D. Pelayo Briz, que, con el extraño título de, *Jardinet d' orats*, existe en nuestra biblioteca; es por superior manera mucho mayor el favor que aquéllas le deben, no tan sólo por el orden con que se hallan reunidos aquellos materiales y por la acertada discreción y exquisito gusto que á vista de ojo se advierte por los menos versados en este linaje de estudios en la distribución de dichos fragmentos, sí que también por los especiales conocimientos en nuestra antigua literatura de que dá evidentes muestras, así en el párrafo primero que titula, *Fonaments de l' escola poética catalana*, notable por el juicio que hace de algunos poetas, y señaladamente del que con razón es llamado príncipe de ellos, el estrenuo caballero valenciano y famosísimo poeta Ausias March; párrafo donde á ma-

ravilla y por superior modo resplandecen las soberanas dotes de crítico discretísimo, igualmente desnudo de prevenciones exclusivas que de ciegos apasionamientos, de quienes deliberadamente esforzábase en huir, siguiendo las huellas de aquél, su poeta favorito,

Deixant apar l' estil dels trovadors
Qui per escalf traspassan veritat;

como en las escasas pero jugosísimas páginas con que, bajo el rótulo de *Crisi de l' escola catalana*, señala, con la concisión no reñida con la claridad, que es uno de los rasgos, como tan repetidas veces hemos tenido ocasión de advertirlo, de su fisonomía literaria, la influencia en nuestra literatura de la provenzal, francesa, italiana y latina; fija las épocas en que puede la historia de nuestra poesía dividirse; establece su carácter verdaderamente artístico, es á saber, que más que de corazón y de fantasía lo era de cabeza y de estudio, siendo su principal empeño alcanzar los primores y vencer las dificultades de ejecución, y esquivar todo género de lunares; menciona sus principales asuntos, entre quienes, cual acontecía en la poesía castellana de la misma época, brillan por su ausencia los históricos; pone de manifiesto el mérito relativo de alguna de sus obras y el ingenio no vulgar de varios de sus cultivadores, entre los cuales cita, no tan sólo á diestros é ingeniosos versificadores, tales como Valmanya, Sors, Romeu Lull, Gazull y otros, sino hasta verdaderos poetas, como Pere March, Jordi, Corella y sobre todos al mencionado Ausias March y Jaume Roig, el famosísimo y no siempre limpio autor de *El llibre dels consells;* y revela en suma sin jactancia el hecho de que nuestra escuela poética hubiese influído en la de Castilla; influencia que explica, cual si con aquella afirmación hubiese temido lastimar el amor propio de los críticos de este país, por la doble circunstancia de traer la castellana su origen de más lejos y residir la nuestra más cerca de las fuentes en que una y otra bebían.

Por igual manera que con esta obra estimulaba los estudios críticos,—cuyo camino habían abierto ya dos trabajos á éste anteriores,—á los que después de él se sintiesen con alientos pa-

ra seguir cultivando aquella rama, hasta entonces poco beneficiada, de nuestra literatura, dando en cierto modo ocasión de que se formara dentro de ella un grupo, hoy ya bastante numeroso, de escritores críticos que han de contribuir sin duda, si no se dejan arrastrar por las sugestiones de un exagerado amor propio ó por afectos personales, á encauzar su marcha y á depurarla de los lunares con que han deslustrado su belleza torpes admiradores de ella; por igual manera, repito, que con dicha obra prestaba tan señalado servicio á nuestro renacimiento, enriquecía con otra de un mérito superior, y tal que es muy difícil que sea por ninguna de igual índole superada, nuestra poesía, introduciendo en ella un nuevo género: ya que como novedad poética hubo de ser tenida el sacar á pública luz, después de permanecer cerca de cinco siglos en las sombras del olvido, la antigua gesta heroica, con la especial y característica forma con que había sido escrita por sus autores, y por los juglares recitada á las muchedumbres sedientas de conocer los hazañosos hechos de los héroes en ella celebrados.

Supongo que habréis adivinado que me refiero á la rotulada, *La cansó del Pros Bernart, fill de Ramón*, con la cual hizo, si cabe decirlo así, su entrada triunfal cual poeta en el campo del catalanismo, como con no menos prósperos hados había con aquella notable monografía puesto en él su planta como prosista. Por desgracia aquel nuevo género,—séame permitido decirlo de paso y antes de ocuparme en aquella producción de nuestro amigo,—hubo de tentar con su aparente facilidad de ejecución á no pocos de nuestros vates, quienes, sobrado confiados en sus fuerzas y olvidando, en daño suyo, que las armas de los Roldanes únicamente han de atreverse á moverlas quienes puedan estar á prueba con ellos, arrojáronse á cultivarlo, con tan desdichada suerte alguno de ellos, que resultó ridículo remedo, cuando no lamentable parodia, lo que opinaron ser, más que aproximada imitación, verdadero trasunto de dicha obra. Es de desear, para bien de nuestras letras, que la *Cansó del Pros Bernart*, lo propio que *La mort de Galind*, al igual que *La complanta d' en Guillen*, tengan pocos imitadores, y que cuando les salga alguno, sepa éste inspirarse cual Milá en el espíritu de los antiguos cantares de gesta, y posea como él el

secreto de su lenguaje enérgico sin ser áspero ni oscuro, poéticamente conciso sin ser afectado, y que, no habiendo detalle que no sea característico, y siendo éstos los menos posibles, no aparezca mutilado el asunto.

Con la indicación de estas dotes, las principales, no las únicas, que considero indispensables para con feliz resultado cultivar aquel género poético, y con añadir que de todas ellas y algunas más que dependen de cierto especial instinto del poeta que pretenda en él ensayar sus fuerzas, dió especiales muestras Milá en aquella su canción de gesta, queda dicho el subido precio en que la tengo. Con sorpresa por lo nuevo del sujeto y de su forma, y con admiración por los muchos primores de ejecución que encierra, antes que nadie se la oí leer á mi amigo cuando, desconfiando de su mérito, andaba dudoso aún de si la daría ó no á conocer al público. Creo inútil deciros que creció mi entusiasmo por ella después que, impresa ya, pude disfrutar de su lectura cuantas veces he querido, que no han sido pocas.

Menéndez, después de observar que sólo de un espíritu tan verdaderamente primitivo y patriarcal como el de nuestro respetado compañero podían nacer en una época literaria cual la nuestra, tan próxima á la senectud, hastiada de todo goce puro y tan viciada por todo lo falso y aparatoso, aquella épica gesta del *Pros Bernart* y aquella suave y original elegía que intituló, *La complanta d' en Guillen*, dice de la primera que es lo único verdaderamente épico que hay en nuestra literatura moderna (1).

Y si por ventura os pareciese exajerado el juicio de Menéndez, por ser de quien, aunque crítico eminente, podía dejarse llevar más que por un sentimiento de justicia, por la admiración que al que fué su maestro profesa, permitidme que, por caso excepcional, os dé á conocer el que de esta obra de nuestro insigne amigo escribía en una revista francesa (2) el docto autor de la *Historia de Jaime I el Conquistador*, Barón de Tourtolón.

«Quien lea esta obra creerá que tiene en sus manos la de

(1) *Horacio en España*, tomo II, pág. 233.
(2) *Messager du Midi, d' Octobre* de 1867.

algún trovero del siglo XII, por maravilloso modo hecha inteligible á aquéllos á quienes no son del todo extraños los idiomas del mediodía de Europa. La energía, concisión y gracia natural, bien que un poco ruda, de esta canción de gesta demuestran á vista de ojo que no es ninguna traducción. Su autor habla, si vale decirlo así, una lengua de la edad media, pero con vocablos modernos.»

«*La cansó del Pros Bernart* pertenece al ciclo carolingio. Su héroe es el paladín legendario que arrebata del poder de los infieles los condados de Ribagorza y de Pallars.»

«Sorprende ver como en el breve espacio de cuatrocientos versos el autor ha sabido dar vida á los personajes, descrito escenas y pintado fisonomías y paisajes encantadores con una fuerza de la cual parecía que habían las lenguas modernas perdido el secreto. Cada palabra es un rasgo poético, y á menudo, como en las narraciones clásicas del maestro, un sólo toque basta para dar relieve, calor y vida á una figura ó á un cuadro.»

«Traducir sus versos sería quitarle su colorido; analizar la obra imposible. La descripción más exacta no llegará jamás á producir el efecto de una flor ni el de una joya, y la *Cansó del Pros Bernart* es una verdadera joya literaria é histórica cincelada por la diestra mano de un poeta y de un sabio.»

Por de pronto fueron estas dos, es á saber, la *Reseña* (1865) y la *Cansó* (1867), á la cual añadió en Agosto del mismo año la *Branqueta*,—así la denominó Milá,—*de la mort de Galind*, las únicas obras escritas en catalán con que enriqueció el ya entonces, en gayas flores y sazonados frutos, abundante jardín del catalanismo; á menos que pertenezca también á dicha época ó á los años anteriores á la misma alguna de sus poesías que, por no llevar al pie de ellas la fecha ó no constar el motivo con que fueron escritas, ignoro en que año deben ser colocadas. Ni ha de parecer extraño que así fuese, si se recuerda que por aquellos días tenía nuestro amigo puesta toda su atención en preparar la edición segunda de su *Estética*, y en reunir los materiales para su admirable obra, *De la poesía heroico-popular castellana*. No por esto, sin embargo, vivía tan apartado del trato de la poesía catalana, sobre todo del de la

popular, en cuyo estudio le obligaba á ahondar más y más el grave empeño en que estaba metido de dar toda la solidez y extensión posible á aquel valiosísimo monumento literario, que no prosiguiera con no menos amor que aprovechamiento el de nuestras canciones populares, reanudando, según nos lo revela él mismo, el tanto tiempo hacía roto hilo de sus excursiones veraniegas, ora visitando (en 1863) las comarcas de Bellpuig, Agramunt, Arlés del Banys, Padaldá y Bany d'Arlés; ora (en 1866) la Espluga de Francolí; ya en suma (en 1868) la villa de Argentona, á fin de aumentar las riquezas de aquel género, que tenía atesoradas, y en el cual puede decirse con toda verdad que iba concentrando todo su cariño á medida que con los años iba alejándose de cada día más de todos los goces que no fuesen los literarios, los de la familia, los de la amistad, y los que nacen del ejercicio de las virtudes cristianas; riquezas con las cuales debía formar más tarde aquel admirable joyel que denominó con sobrada modestia, *segunda edición del Romancerillo catalán*, y en que en breve tendré ocasión de ocuparos.

Pero que por tener puesta su atención en aquella tarea de suyo lenta, y que para Milá más que enojosa debía ser por todo extremo regocijada, ya que con ella satisfacía su aspiración á lo ideal que para él, y en cuanto no estaba reñida con su amor á lo bueno, hallábase como encarnada en aquella poesía, no tuvo del todo distraída su mente del estudio de la literatura catalana y del cultivo de su lengua, demuéstralo, á mi ver por evidente manera, el que á poco de haber dado á luz aquel áureo libro, en que he tenido ocasión de ocuparos tantas veces, como quien se quita de encima una grave carga cuya pesadumbre no disminuye el placer con que acaso se lleva, después de un breve descanso, no en sus estudios, ya que en ellos no se dió jamás un punto de tregua, volvió á entrar en un nuevo período de actividad creadora casi tan sólo comparable á la que, según vimos, desplegó desde los años de 1853 al 1860; siendo, con raras excepciones, los estudios catalanistas, ó que estuviesen con ellos más ó menos enlazados, aquéllos á quienes dedicó su atención con preferencia.

Bien que por sus asuntos divídense naturalmente en dos

grupos los escritos de alguna importancia referentes á dichos estudios que dió á la imprenta en los años que van desde el 1875 al 1883, ó sea al anterior á su fallecimiento, es á saber, filológicos unos é histórico-literarios otros, no por el orden lógico, y sí por el cronológico, habréis de permitirme que os dé á conocer dichos escritos, siquiera sea de paso, ó por sus títulos ó por alguna ligera indicación de sus sujetos que os revelen el especial carácter y la relativa importancia de cada uno de ellos: ya que otra cosa no consienten ni la índole de los mismos, ni los límites, que van resultando ya por demás dilatados, de esta noticia.

Lleva la rúbrica de *Historia literaria del decasílabo y endecasílabo anapésticos*, y la fecha de 1875, el que es en orden de los tiempos el primero. Este trabajo, no desnudo de la aridez propia de los de carácter prosódico, pero que procuró su autor amenizar con profusión de ejemplos sacados de poesías populares y eruditas, catalanas, provenzales, castellanas, francesas y gallegas, ofrece una sorprendente muestra de la erudición de nuestro amigo en este linaje de estudios, llegando á convertirse en manjar regalado lo que, tratado por otro, hubiera sin duda sido alimento desabridísimo para la imaginación y el entendimiento (1).

En una serie de artículos daba á conocer al año siguiente á los lectores de la *Revista de archivos, bibliotecas y museos* (2) los antiguos tratados de gaya ciencia que nos ha dejado la escuela poética de los trovadores provenzales y catalanes, y de los cuales había hecho ya mención asaz ligera, atado por la índole de aquel trabajo, en la *Reseña* de los poetas de dicha escuela. Por medio de un análisis brevísimo y como hecho por quien posee el más completo dominio del asunto, objeto de aquellos tratados, inicia al leyente en los secretos y en los más minuciosos preceptos de la composición, metrificación y prosodia, y en los primores de la lengua y poesías trovadorescas y catalano-tolosanas.

---

(1) *Revista histórico-latina.* Tomo II, n.º VII.—1.º Julio de 1875.

(2) Madrid, desde el n.º 19 al 22, ambos inclusive, en los meses de Octubre y Noviembre de 1876 de dicha Revista.

Con el título de *Notes sur trois manuscrits,* es á saber, un cancionero provenzal, una novela catalana y una traducción de la *Disciplina clericalis*, de Pedro Alfonso, que algunos críticos creyeron estar escrita en aquella lengua, pero que Milá opina ser gascona ó bearnesa, publicó en la *Revista de las lenguas romanas* un escrito cuya primera parte, que contiene una descripción sumarísima del códice, da á conocer las tres en que éste á su vez se divide, y que abrazan, la primera, incompleta, poesías de autores poco conocidos; la segunda, algunas piezas, en su mayor número ya sacadas á luz, de trovadores de la época clásica; y la tercera, composiciones de algunos poetas de la escuela tolosana, la mayor parte de ellas ignoradas y que no parecen ser posteriores de mediados del siglo XIV. Estas indicaciones son más que suficientes para apreciar la superior importancia literaria de aquel cancionero. Nuestro amigo se ha limitado á dar á conocer los primeros versos de las diferentes poesías que contiene, con indicación de sus autores, cuando le ha sido posible conocerlos, y de las que han sido incluídas en colecciones ya conocidas. De la novela que lleva por título, *Curial y Güelfa,* y que Milá no se atreve á resolver si es anterior ó posterior al *Tirant lo Blanch,* así como de la traducción de la *Disciplina clericalis*, copia en su opúsculo algunos fragmentos.

Aunque con escasas referencias á nuestra poesía popular, no he vacilado en poner entre los escritos de nuestro amigo considerado como catalanista el que dió á luz en la revista francesa *Roumanie* (1) con el rótulo, *De la poesía popular gallega,* siquiera por el aire de familia y como de hermanas que tienen las poesías de este género en todos los pueblos, sobre todo en los que proceden de la misma raza y hablan lenguas hijas de un idioma común. Hacen interesante este trabajo, además de las observaciones filológicas con que lo ilustró nuestro compañero, la muchedumbre de ejemplos de las varias manifestaciones de aquella poesía que lo avaloran y amenizan.

En la ya citada *Revista de las lenguas romanas*, y en el año 1878, dió á luz otro trabajo también en francés, titulado: *Poetes lyriques catalans*, de gran interés para la historia de nues-

(1) París, tomo VI, año 1877.

tra antigua poesía, ya que por él nos dió á conocer los títulos de cuatro cancioneros inéditos, á los cuales, por ser los de los últimos poseedores, da los nombres de Vega y Aguiló, y sobre todo varias composiciones no publicadas hasta entonces de poetas tan insignes como Guillén de Bergadán, Pablo de Belliure, Mos. Jaime March, Mos. Pedro March y Andrés Ferrer. En la brevísima introducción que precede á este trabajo nos habla de proyectos que aplazaba *ad kalendas græcas.* Ignoro cuales fuesen estos proyectos; pero basta su indicación para demostrar que ni aún los años,—frisaba en los sesenta cuando escribía aquellas líneas,—eran parte á enfriar su entusiasmo por los estudios literarios.

Uno de los más curiosos escritos que en pliegos ó cuadernos sueltos dió á la publicidad por aquellos días es el que con la rúbrica de, *El canto de la Sibila en lengua de oc*, insertó en la ya citada revista titulada *Roumanie* (1). Es ésta una de las obras que, por el número y por lo apretado de las noticias que en reducido espacio encierran, se resisten á ser analizadas. Acudan á ella los aficionados á curiosidades bibliográficas, y de fijo verán más que cumplidamente satisfecha la suya con los muchísimos y recónditos datos que contiene acerca de aquella producción,—que en forma más ó menos dramática y con carácter más ó menos litúrgico se encuentra reproducida en la mayor parte de las lenguas romances,—y con las copias que en su trabajo traslada de dos versiones que de ellas se conocen manuscritas, y de las que existen impresas en Cataluña, Valencia y Mallorca, acompañadas todas ellas de numerosas ilustraciones y de sus variantes correspondientes.

Al estudio y juicio crítico de la obra titulada, *Cantos populares españoles*, recogidos, ordenados é ilustrados por don Francisco Rodríguez Marín (2), dedicó Milá dos extensos trabajos que vieron también la luz pública en la mencionada revista parisiense (3); tal fué la importancia literaria que daba á aquélla obra. Como en todas las de la índole de la del célebre folk-

---

(1) París, tomo IX, 1880.
(2) Sevilla, en cinco tomos.
(3) París tomos XII y XIII, año 1883.

lorista sevillano, en cuyo examen y acerca de cuyo mérito creyóse obligado á emitir su fallo, no tan sólo pone á los ojos del leyente el plan general y los rasgos más característicos del libro que analiza y juzga, sino que con oportunas alusiones á las composiciones de igual ó parecida índole de otras literaturas, y con doctísimas glosas y eruditísimos datos lo exorna y enriquece; y porque á maravilla lo hizo en el escrito que nos ocupa, y porque no desperdició ocasión de hacer referencias á nuestra poesía popular en sus múltiples manifestaciones, —como tantas veces sin violencia ni hacer ostentosos alardes de erudición en aquel ramo de las humanas letras brindóle á ello el hermoso libro de aquel insigne ingenio,—por esto hemos creído que estaba aquí en su verdadero lugar aquel trabajo de nuestro amigo.

No por ser la última en orden de los tiempos, sino por ser de las pocas obras que nos ha dejado escritas en catalán, y la más extensa que, después de la *Reseña* premiada en los Juegos Florales de 1865, dió á la estampa en esta lengua, pongo en este lugar la que con la rúbrica de, *Lo sermó de Montaner*, entregó á los tórculos en los de la *Revista de las lenguas romanas* (1880). Este trabajo, como de crítica y erudición, redúcese únicamente á una breve noticia de las principales ediciones y traducciones que existen de aquella obra poética del más popular y ameno de nuestros cronistas,—que fué, como con suma discreción y notable acierto dice el Sr. Laguardia, poeta eminente siempre que escribió en prosa, y desmañado prosista cuando se arrojó á escribir en verso,—y á la reproducción hecha con loable esmero de dicha obra, con indicación de las variantes que se encuentran en los diversos códices y reimpresiones de la misma. Juzgado con severidad, sin duda extremada, aquel trabajo por Meyer, y por un escritor catalán que, con no ser impecable en sus obras, maneja sin embargo con extremado rigor el escapelo de la crítica, contestó nuestro amigo con una que denominó: *Lo sermó de Montaner: Adició*, á los reparos que uno y otro autor le dirigieron. No hubiera recordado este episodio, único tal vez en su clase de su vida literaria, á no ser porque la queja por parte del famoso catedrático de lenguas romanas de París de que hubiese escrito en catalán la tantas ve-

ces citada *Resenya*, ofreció ocasión oportuna á Milá para declarar lo que opinaba acerca del empleo de dicha lengua. «Por lo »demás siempre hemos pensado, son palabras suyas, que entre »nosotros los trabajos científicos habrán de escribirse en caste»llano, lo cual nos ha valido la censura de algunos, como hace »poco del penúltimo número del *Gay saber*. A esta regla general »sólo hemos hecho excepciones cuando ha sido necesario, por»que el libro ó revista donde debía salir á luz lo escrito no ad»mitía nada que lo estuviese en castellano.» Y he aquí, Señores, sin tener que ir tampoco esta vez á buscarla en aventuradas ó erróneas conjeturas, explicada por el mismo Milá la razón de que, fuera de la mencionada *Reseña*, y de los dos discursos que como presidente pronunció en los Juegos Florales de 1859 y 1883, no hubiese dado á luz más escritos en dicha lengua, que hayan llegado á mi noticia, que un artículo rotulado *Quatre mots sobre ortografía catalana*, que dió á luz en la *Renaixensa*, la *Introducció al Album pintoresch monumental de Catalunya*, otro artículo de brevísimas dimensiones que, con el título de *Un manuscrit del archiu Capitular*, y que es el mismo á que alude en su opúsculo de *El canto de la Sibila*, publicó en el *Gay saber*, el bien pensado y correcto prólogo de los *Idilis* del presbítero D. Jacinto Verdaguer, el articulillo titulado *Anyoransa*, á que hice referencia hace breves momentos, el escrito destinado á la reproducción de *Lo sermó de Montaner*, y algún otro de escasísima importancia; y hé aquí también porque á pesar de que el asunto parecía brindarle á que lo tratara en la lengua cuya ortografía y accidentes gramaticales estudiaba, no en catalán sino en el idioma de Castilla escribió un extenso trabajo de subido valor filológico que especialmente sobre aquella parte de la gramática dió á la estampa en un cuaderno, por desgracia menos conocido de lo que debiera serlo, y hoy ya tan raro que no me ha sido posible hallar un ejemplar para completar el que, falto de las primeras y últimas páginas poseo, y donde con recto criterio y numerosos ejemplos se resuelven multitud de dificultades con que en el uso vulgar de nuestro idioma con harta frecuencia se tropieza.

Mas si como prosista, con razón ganoso de que sus trabajos de crítica y de historia literaria, verdaderos tesoros de esco-

gida doctrina y de recóndita erudición, fuesen conocidos más allá de los términos de su provincia, creyó que debió escribirlos en la hermosa lengua castellana, que á fondo conocía y con poca común destreza manejaba; á la cual consideraba, según decía en cierta ocasión solemne y en uno de los más breves á par que más acabados trabajos que salieron de su pluma (1), «cual un hermano que se ha sentado á nuesto hogar, y con cuyos ensueños hemos mezclado los nuestros; con quien nos une vínculo indisoluble, por más que uno de los hermanos no siempre haya hecho oficios de padre y no se precie el otro de muy sufrido; cuyo cultivo el catalán no aborrece, ni con ojos malos mira los primores literarios que se han alcanzado valiéndose de tan bello instrumento, por más que amargamente llore los quebrantos de su lengua y de las costumbres de su tierra:» como poeta opinó, después que, ganado ya el catalanismo, hubo modificado su antiguo modo de pensar sobre el uso de los dialectos provinciales, que no hay idioma que más se adapte á la expresión de los sentimientos íntimos del alma que el que hemos bebido junto con la leche en el seno de nuestras madres, y en que han balbucido nuestros infantiles labios las primeras palabras que brotaron de ellos. Desde el primer año de la restauración de los Juegos Florales, ó sea desde que hizo el primer público alarde de catalanismo, no conozco ninguna poesía castellana escrita por él, fuera de la que compuso con motivo de la venida de SS. MM. la reina Isabel y su augusto esposo don Francisco de Asís en 1860 á Barcelona. En cambio, aunque no muchas en número,—no creo que existan más allá de unas diez y ocho,—cuantas dió á luz desde aquella memorable fecha escribiólas en catalán. Lo indicamos antes de ahora: por cima de todas las suyas, como por cima de cuantas composiciones de carácter épico se han escrito en nuestros días en España, está la *Cansó del Pros Bernart*, por igual manera que sobre todas las demás obras poéticas más ó menos inspiradas que brotaron de su pluma, descuellan, á mi ver, *La mort de Galind* y *La complanta d'en Guillen*.

---

(1) *Discurso leído en la fiesta literaria celebrada en el paraninfo de esta Universidad con ocasión de celebrarse el segundo centenario de Calderón de la Barca.*

Pocos habrá entre vosotros que no hayan leído, sino todas, algunas de sus composiciones, la mayor parte de las cuales vieron más de una vez la pública luz en las revistas y diarios catalanes que se publican en esta ciudad: así pues, conocido como debe seros su especial mérito, es á saber, aquella escasez calculada de detalles que se advierte en las de índole narrativa, y respecto de las líricas aquella sobriedad de expresión que las caracteriza todas; aquel intencionado alejamiento de todo adorno postizo y de toda imagen de relumbrón; aquel feliz escogimiento de epítetos, donde se ve al discreto imitador de Horacio; aquella misteriosa y poética vaguedad en que envuelve el asunto, sobre todo cuando es de carácter simbólico, á que tan aficionado se muestra, y que en alguna ocasión llega hasta los términos de lo indefinido y de lo oscuro; y aquel apacible y sereno ambiente de sencillez, de ingenuidad y de bienestar moral en que se siente como envuelto el leyente, al cual, sin embargo, para que el goce estético en que se halla como enajenado fuese completo, parécele que encuentra á faltar un poco de la luz y de los colores que en las producciones verdaderamente inspiradas derrama la fantasía, algo del calor que á las mismas el corazón infunde, me limitaré á llamar vuestra atención, respecto de las poesías de aquel género, ó sea del narrativo, sobre los romances *Arnaldó de Beseya*, *Cas veritable* y *Los derrers castichs*, escritos todos en asonantes *verdaderos* y no imperfectos, según ahora se usa; y entre los de carácter más ó menos lírico, *Lo temple antich*, *La esperansa*,—que sería más bella si fuese más transparente el velo alegórico que encubre el concepto en ella expresado,—*A Pío IX*, las dos que llevan el título *A Montserrat*, y por último y tan sólo en cuanto es la única escrita en rima perfecta que conozco de nuestro amigo, la que lleva el rótulo de *La gran Cartuixa*, traducción de la que, con igual título y forma métrica, publicó el famoso provenzalista irlandés Bonaparte-Wyse (1).

Dignísimo y admirable coronamiento de los trabajos y estudios de Milá como catalanista es la segunda edición del *Romancerillo*, á que he aludido antes de ahora algunas veces, aún

(1) *Vers ecrí á la Grand Chartrouso.* —Li parpayoun blu, pág. 91.

teniendo en cuenta que la parte dada á la estampa, que pone espanto por la asombrosa erudición, por la pacientísima é inteligente labor que supone, no es la de más importancia é interés literario; antes debía ir seguida acaso de otros dos volúmenes (1), por donde todavía debían ponerse más de relieve y subir á más alto punto su fama de conocedor conspicuo y por nadie aventajado de las literaturas populares y sobre todo de la catalana, y sus relevantes dotes de discreto y admirable crítico en esta especial rama de las humanas letras.

En ninguna de sus obras,tanto como en esta última, atendió nuestro amigo, en primer lugar y como para ponerse á cubierto de los reparos que pudieran dirigírsele, después de la leal y terminante declaración con que da comienzo á la *Advertencia* que va al frente de su libro de que «no todas las canciones de aquella colección convienen á toda clase de lectores,» de que, siquiera por esta vez, había cerrado los oídos á la voz de sus escrúpulos de conciencia, apuntando las razones que le habían movido á ser menos rígido en la observancia de ciertos preceptos éticos,—cuyo alcance sin duda alguna en más de una ocasión habíase exagerado,—y que en el presente caso le obligaban más particularmente á hacer públicas su profesión y sus años; y en segundo lugar á dar á luz con ella un prólogo extenso, donde, después de reconocer, con una delicadeza que le honra, sus deudas de gratitud á los diferentes amigos que le proporcionaron canciones ó datos para enriquecer la ya abundantísima colección de ellas que por sí mismo había logrado formar; y de citar otros dos colecciones, una que permanece todavía inédita entre los tesoros de curiosidades literarias de todo género reunidos por el infatigable y docto bibliógrafo, nuestro compañero D. Mariano Aguiló, y otra que con la rúbrica de *Cansons de la terra* dió á luz en cinco volúmenes el fecundo y entusiasta catalanista D. Pelayo Briz, expusiera el método á que se había sujetado en la distribución de los

(1) Uno de *observaciones, apéndices y notas al Romancerillo*, y otro de *Estudios varios*, del cual debían formar parte las *Noticias de representaciones escénicas catalanas* en que estaba trabajando en unión con el laborioso y malogrado joven D. Andrés Balaguer y Merino.

romances y canciones populares, explicara el sistema seguido en la transcripción de éstos, por cuanto esta vez se apartaba del que califica de «un tanto ecléctico» á que se había atenido en la primera edición, y diera la clave para las abreviaturas que con abundancia excesiva y mayor aún acaso que la que se nota, con daño de la claridad, en el libro de *La poesía heroico-popular castellana*, se encuentran acumulados en su obra, y sin la cual el lector andaría como quien sin luz ó sin hilo conductor se metiera en las revueltas de oscura cueva ó de intrincado laberinto.

Quinientos ochenta entre romances, canciones y noticias, ó sea indicaciones más ó menos extensas de otros muchos de quienes, ora por no conocerse más que breves fragmentos, ya por su escasísimo interés, ya por lo en demasía vulgar del asunto ó de la forma no creyó nuestro amigo que debían sacarse á luz, contiene su nuevo *Romancerillo*. El cual si admira á quien lo coge en la mano por el enorme trabajo de investigación, por la tenaz constancia en coleccionar, por la pasmosa muchedumbre de horas empleadas en una y otra tarea,—si alguna vez regocijada en los más de los casos árida en demasía y monótona, —que supone haber llegado á reunir aquella cifra verdaderamente pasmosa de cantos populares, causa verdadera sorpresa, si es que no pasa ya de los términos de ella para llegar muy adentro de los del asombro, cuando además de detenerse á meditar en el grave peso y en lo difícil de aquella doble tarea, se pára la atención á considerar el incalculable espacio de tiempo y la paciencia sobre todo encarecimiento extraordinaria que revelan los millares de variantes, con frecuencia de escasísima monta, de que van acompañados los romances y canciones en aquella colección contenidos, y que, aun mirada tan sólo bajo este punto de vista, y prescindiendo del trabajo empleados en la meditación y redacción de las observaciones, glosas, noticias, juicios críticos y escogimiento de otros nuevos cantares de que debía ir acompañada,—y que verán la luz pública el día en que, á fuerza de obstinada é inteligente labor logre su discípulo Menéndez Pelayo ordenar la masa verdaderamente caótica de apuntes que para ello tenía acumulada nuestro amigo, y que, por haberlo éste así dispuesto, ha ido

á parar á sus manos, hace que sin querer se venga á la mente la idea de que, si así como sus aficiones le llevaron al cultivo de las letras, siguiendo distinto rumbo, hubiera dirigido su talento y su amor á las investigaciones, y su incansable laboriosidad y su extraordinaria memoria á las tareas históricas, hubiera levantado su fama al nivel, por lo menos, de la de los Montfaucont y Muratori, y de nuestros P. Flores y Villanueva.

En el volumen que nos ocupa ha dado entrada Milá, según lo declaró él mismo,—y lo dejaría adivinar aunque lo callara el gran número de las composiciones que contiene,—á todas los romances y canciones que logró reunir de carácter popular, en el sentido lato en que los menos escrupulosos emplean esta palabra. Así pues, no pocas de ellas, en todo ó parte, salen de la jurisdicción de aquel linaje de poesía y entran en la del género vulgar. No le haré un cargo de ello, por más que no lleve mi entusiasmo por el folk-lorismo hasta el punto de creer que nada de lo que es producto de la imaginación ó del sentimiento y del modo de pensar del pueblo deba permanecer ignorado, aun cuando carezca de valor poético, ya que las más veces suple la falta de éste el histórico, en la acepción más extensa de este vocablo, de que van por punto general acompañados; y por más que crea que la musa popular, sin embargo de que no siempre brilla por su recato y por su ruborosa modestia, ó por lo delicado y puro de los sentimientos que expresa, no gana nada en acompañarse, siquiera sea para que más brillen por la fuerza del contraste sus bellezas, con la por punto general más desenfadada y atrevida musa callejera, por igual manera que creo que no aumenta, antes perjudica á la hermosura de un escogido ramo de flores el que, para que más resalten éstas y lo delicado de sus varios perfumes, se mezclen con ellas plantas mal olientes y desnudas de toda belleza.

Milá tuvo el buen acuerdo, que de todas veras aplaudo, de poner al final de su nuevo romancero unas cuantas canciones —hasta cuarentiseis—con sus correspondientes melodías, las más delicadas sin duda de nuestra música genuinamente popular. Quiera Dios que haya contribuído con ello á salvar del olvido en que van cayendo, sobre todo en nuestras ciudades y pueblos de mucho vecindario, dichas melodías, por desgracia har-

to postergadas hoy por los desentonados acentos de cantares callejeros, ó por los exóticos y pretenciosos cantos de, por lo libres, sobrado populares zarzuelas, ó por los demasiado estudiados de nuestra música coral, sobre cuyos funestos efectos, respecto de aquéllas os llamé ya la atención en otra parte de este mi escrito.

Con desconfianza no escasa de haber trazado más que un retrato de perfecto parecido, una imagen vaga y borrosa, como vista al través de dudosos vislumbres, de nuestro docto amigo como escritor, pongo en este punto término á esta parte de mi trabajo, para pasar á dibujar, con no menos temor de no acertar en el desempeño, el del mismo como hombre en las diferentes condiciones en que le plugo á la Providencia colocarle. Y dado que á esta ilustre Corporación cábele la gloria de haber sido la primera en adivinar, en aquella hora en que Milá no era todavía más que una esperanza ó cuando más un astro que asomaba apenas en el horizonte, que no debía pasar mucho tiempo sin que se trocara aquella esperanza en positiva y fecundísima realidad engendradora de ópimos frutos; ni de tan escasos resplandores aparecía rodeado aquel astro que no debiera pronto inundar con ellos los vastos términcs de aquél, y por lo tanto de haberse adelantado á otras corporaciones que le distinguieron asociándole á sus tareas, en abrirle sus puertas, creo que de justicia se os debe que empiece á trazar aquel su retrato considerándole como individuo de nuestra Academia. De la generación de ilustres varones que antes que nosotros se sentaron en estas sillas,—borrados todos hoy del libro de la vida, no los más de ellos del de la historia,—recibió Milá el que siendo premio á los trabajos por él hasta entonces realizados, debía ser estímulo poderosísimo para que los realizara en mayor número y de precio más subido en lo porvenir: de vosotros, herederos de su saber todos, discípulos suyos no pocos, alcanzó más adelante pruebas tales de estimación y respeto, que bastaran ellas solas á hacer de Milá lo que fué, si de otras Academias no las hubiese recibido ni menos abundantes ni

menos valiosas. Que ni la honrosa distinción que mereció de aquellos doctos varones que le abrieron las puertas de la nuestra, ni los sinceros testimonios de consideración y aprecio que de vosotros recibió el que fué durante tantos años vuestro compañero cayeron en suelo estéril, ni en terreno de movediza arena, grabado lo tenéis todos en vuestra memoria con no menos persistentes caracteres que escrito está en nuestros libros de actas. Que no era Milá de esos hombres de letras ó ciencias, que no tan sólo no aguardan que sus merecimientos les hagan dignos de títulos académicos; sino que, antes de tener condiciones para lograrlos ahincadamente los desean, y cuando creen ya merecerlos, bajamente los solicitan, sin más objeto que hacer ostentoso alarde de ellos en la portada de las más insignificantes de sus obras; antes al contrario, estando cierto que irían á buscarle cuando por éstas y por su talento en justicia se le debieran, ni de fijo se adelantó con el deseo á su posesión, ni mucho menos manifestó en manera alguna apresuramiento para obtenerlos, ni una vez los hubo logrado los hizo servir para halagar su vanidad luciéndolos al frente de sus producciones; sino que considerando que cuanto son más merecidos más obligan á hacerse dignos de ellos; sabiendo que nobleza obliga, y considerando como blasón literario cada título académico que se le otorgaba, más que como honra que de los mismos recibía, los consideraba como un deber de aumentar sus merecimientos; más que como premio de lo que había producido, como estímulo que le obligaba á producir más en lo porvenir.

Del cumplimiento de los deberes académicos, desde el de las más fáciles reglamentarias prescripciones, hasta el de las más altas obligaciones literarias, aún á los más celosos guardadores de ellos dió Milá altos ejemplos, que hubieron de servirles de enseñanza y estímulo. Registrad las actas de nuestra Corporación desde el año en que tomó asiento entre vosotros hasta el en que sus enfermedades, y acaso más que ellas, una vejez anticipada os privó de su instructivo trato y de su afectuosa compañía, y hallaréis apenas ninguna sesión que no honrase con su presencia. En cuantas tareas en aquel período de más de un tercio de siglo se ocupó esta Academia hallóse siempre asociado

su nombre, unas veces como iniciador, las restantes como quien ponía más calor é inteligencia para lograr su realización.

Pero en lo que no tuvo acaso nuestro docto compañero, no ya quien le aventajase, pero ni quien le igualase siquiera, fué en la frecuencia con que amenizó nuestras sesiones con la lectura de memorias, interesantes la mayor parte de ellas por la novedad é importancia de sus temas, de subido valor todas por las cualidades de dicción, riqueza y variedad de conocimientos y levantado espíritu crítico que en ellas brillaban. Las primicias de su ingenio, que con ser tales hubieran podido pasar por frutos ya sazonados de muchos que antes que él habíanse internado en el estudio de las letras, lo sabéis ya, y huélgome en repetirlo, fueron por él ofrecidas como prenda de que no había caído en corazón cerrado al agradecimiento la distinción con que lo habíais honrado, y como anticipado anuncio, ora se la hubieseis concedido como premio, ya se la hubieseis otorgado como estímulo, de que no había de contentarse con ofreceros aquellas primeras ofrendas para probaros que era ó que aspiraba á hacerse digno de aquélla, y que no había de dejar de sentirse aguijoneado por éste á pedir á su entendimiento nuevos y más regalados frutos que os demostrasen que no habíais andado desacertados en otorgársela. Conocidos os son ya los títulos de varios de los trabajos leídos ante vosotros por haber aludido á ellos en el decurso de este mi escrito. Que era costumbre suya, en prueba de que, antes de someter sus obras á los fallos del público,—como quien más que movido por el acicate de las alabanzas vulgares, que sin embargo no rehuía, obraba estimulado por los elogios de las personas doctas,—deseaba presentarse á él escudado con el vuestro, os lo hice notar también en ocasión oportuna. Y hé aquí porque primero que los diera á la estampa tuvisteis el gusto de oir de sus labios, un día la lectura del eruditísimo trabajo por él designado con el modesto título de *Apuntes históricos sobre Olérdula*, que forman parte del tomo II de las Memorias de nuestra Academia, y que completó alguos años después (1), rectificando va-

(1) Aquel primer trabajo fué leído en la sesión del 7 de Diciembre de 1855, y el Apéndice al mismo en la del 26 de Enero de 1863.

rias de las opiniones que sobre los importantísimos restos históricos de aquel nombre había emitido en aquel primer escrito, con otro rotulado *Olérdula:* Apéndice *á la Memoria impresa en el tomo II*, y que vió la pública luz en el tercero de dichas Memorias: otro día, á la vez que os daba un nuevo testimonio de que no había en el vastísimo campo de las letras sujeto por recóndito que fuera que se hubiese escapado á su investigación y estudio, y acerca del cual no pudiera, después de haberse familiarizado con él, dar enseñanzas hasta á las personas más versadas en disciplinas literarias, os sorprendía agradablemente leyéndonos su eruditísimo y ameno trabajo sobre el ya citado poema latino, titulado *Walter de Aquitania*, y deleitando á la vez vuestra imaginación y vuestro oído con la traducción en verso de varios de sus poéticos y característicos fragmentos. Todavía, si vale decirlo así, guardaba vuestra memoria el gustosísimo dejo que en ella había quedado de la lectura de aquel escrito, cuando os regalaba entendimiento y fantasía con la de sus *Observaciones sobre el Príncipe constante de Calderón*, creación admirable del poeta soberano de nuestra escena, que como sabéis, ponía sobre su cabeza, sino por cima, al lado de las mejores suyas. Pocos meses después, y cambiando asunto y estilo, como aquel á quien son familiares todos, os brindaba con nuevos goces, ofreciéndoos en una docta y bien escrita memoria noticias y observaciones tan nuevas como interesantes acerca de los *Dialectos de la lengua de oc*, ó sea del *galo-meridional* y *del catalán;* y en suma y para no amontonar nuevos testimonios de los muchísimos que de su saber y laboriosidad os dió durante su bien aprovechada vida literaria de académico, y que huelgan siendo como os son uno y otra tan conocidos, me limitaré á recordaros sus otros trabajos sobre la *Lengua y poesía provenzales*, y los que, redactados primitivamente en castellano, sirvieron después de materiales y fundamento, como no ignorais, para su laureada y famosa *Reseña histórica de la antigua poesía catalana;* el que os leyó con el título de *Exposición y crítica de varios romances castellanos sobre el Cid;* los dos con que ocupó vuestra atención en dos sesiones seguidas, es á saber, uno *Sobre el primitivo canto francés*, y otro acerca la *Influencia de la primitiva poesía*

francesa sobre la castellana; el que os ofreció más adelante con la rúbrica de, *Una revista literaria de las obras publicadas en 1860*, y que sacó á pública luz una de las más leídas revistas de Alemania (1), y en suma, para no molestar más vuestra atención, el rotulado, *Estudio sobre la literatura popular gallega,* á que aludí hace breves momentos.

A quien tan repetidas y levantadas muestras había dado con su celo, con su saber castizo y de buena ley, con su laboriosidad exenta de perezosas intermisiones, de tener en superior aprecio los intereses y el lustre de nuestra Academia, natural y justo era que ésta, siempre generosa en premiar servicios de sus miembros recibidos, y que en pagar deudas de honra no sufre ser por nadie vencida, ni dejase sin recompensar aquéllos, ni sin satisfacer las que con él tenía contraídas. Así lo hizo, nombrándole en 1860 su vicepresidente, y elevándole al año siguiente y en la temprana edad de cuarenta y tres años á su silla presidencial, por tan ilustres varones ilustrada, dándole por compañeros en la junta de gobierno al respetable y querido Roca y Cornet, como vicepresidente, y como secretario primero al inolvidable y malogrado Coll y Vehí. Cuan fecunda fuese para nuestra querida Corporación la presidencia de Milá, grabado está en la memoria de los que le sobrevivimos; para recuerdo y ejemplo de los que han de sucedernos en estas sillas queda también consignado en sus actas. Por esto; porque en los últimos años de su bien aprovechada existencia había la reputación de Milá crecido,—reflejándose, por decirlo así, sobre los que nos honrábamos en tenerle por compañero,—hasta el punto de igualarse con la de los más eminentes literatos europeos en los especiales géneros literarios por él cultivados, cuando sus achaques, tristes presagios de una anticipada ancianidad, le obligaron en 1878 á hacer renuncia de aquel honroso cargo, que estimaba como la más alta de las distinciones que había recibido en su vida, creisteis, según me adelanté á indicarlo en otra ocasión, deber concederle la que no se había hasta aquella hora á nadie otorgado, es á saber, la de nombrarle vuestro Presidente honorario.

---

(1) En la titulada, *Jarbuch für romanische Literatur.*

Por más que en su modestia y en su carácter enemigo de aparatosas exhibiciones,—no recuerdo de él que se presentase ninguna vez, como no fuese obligado por el cumplimiento de un deber, á leer ninguna de sus obras en público; halagadora tentación en que caen hoy con frecuencia hasta personas de verdadera reputación literaria,—no aspirase, ni por ventura creyese merecer más honras y distinciones literarias que las que de sus más íntimos amigos y de algunos varones doctos que le distinguían con su aprecio, sin boato ni ruido de publicidad recibía, iban abriéndosele las puertas de las Academias,—no de tantas como á atormentarle la ambición de honores lo hubiera logrado,—al par que iba dilatándose, y saliendo de los términos de esta ciudad y provincia el renombre de su saber y la fama del superior mérito de sus obras.

Fué la primera, despues de nuestra Corporación, en ofrecerle uno de sus asientos,—con justicia codiciados por la merecida reputación de que goza,—la Real Academia de Bellas Artes de esta ciudad, de la cual recibía con fecha de 7 de Febrero de 1858 su nombramiento de socio de número.

Con pocos meses de diferencia distinguiánle en el año 1861, con el título de miembro honorario la Sociedad barcelonesa de Amigos de la instrucción, y con el más preciado de correspondiente suyo la Real Academia de la Historia; á cuyas honrosas distinciones añadíase, tres años más tarde, la que se tiene entre los literatos y escritores por la más estimada de todas, por ser limitadísimo el número de las personas á quienes puede otorgarse,—veinte y cuatro en toda España,—ó sea la de socio correspondiente de la Real Academia Española.

Que cada una de las distinciones con que las respetables corporaciones literarias de nuestro país honraban sus talentos y premiaban sus valiosos trabajos literarios, era una nueva á la vez que gratísima sorpresa para nuestro amigo, es excusado recordarlo á los que con más intimidad le tratasteis. Que su amor propio hubo de quedar con ellas, y en especial con la última recibida más que satisfecho, fácil es sospecharlo si se recuerda que el título de correspondiente de la Academia Española se lo otorgaba este ilustre cuerpo en edad aún temprana, y cuando las producciones que de su alto saber, de su erudición vastísima

y de su laboriosidad incansable eran todavía escasas y no de bastante precio, en comparación de las que ya por entonces tenía ideadas y que esperaba confiadamente realizar.

Que lo que en el año 1864, que fué el en que recibió aquel último título, eran no más que proyectos, habíanse convertido en monumentos alzados, al par que á darle renombre á él, á honrar las letras españolas á los ojos de propios y extraños, acabáis de verlo por las fechas que he tenido el gusto de recordaros, en que dió á pública luz la segunda edición de su *Estética*, sus *Principios de literatura* y su obra príncipe cuyo título creo ya excusado traer de nuevo á vuestra memoria. Y á tan alto punto subió su fama con aquéllas, y sobre todo con la publicación de esta última obra, que hasta el Gobierno creyó deber premiar á quien tales méritos atesoraba, honrándole en 1876 con la cruz de Caballero comendador ordinario de la Real y distinguida orden de Carlos III, libre de gastos; y que un año después, ó sea en Enero de 1877, otorgábale, también libre de gastos, el título de Caballero gran cruz de la Real orden de Isabel la Católica; si con admiración y sorpresa de Milá, con aplauso de sus numerosos amigos, quienes si por una parte veían en aquel acto del Gobierno un testimonio de la superior consideración y especial estima en que tenía al autor de *Los trovadores* y de la *Poesía heróico-popular castellana*, veíanse también gratamente, quizás no menos que aquél, sorprendidos por la concesión de condecoración tan estimada; siendo como era caso rarísimo, y respecto de un hijo de este país por ventura nuevo, premiar con ella méritos literarios de quien los había atesorado lejos de la corte, y enaltecer por su talento y saber á quien en los círculos y periódicos de ella no se había otorgado patente aún de varón docto y dotado de superior ingenio. Milá mostróse, como era de ley, agradecísimo á la soberana munificencia, escribiendo aquel título en lugar preferente en la portada de la segunda edición del *Romancerillo*, única obra de superior importancia que sacó á pública luz después de recibida, y ostentando en su pecho en cuantos actos solemnes tomó después parte las insignias de aquella distinguida y soberana orden.

No he de recordaros que no fueron éstos los únicos títulos y

distinciones con que vióse nuestro amigo favorecido. Que la Conmisión de monumentos le contó en el número de sus individuos; que se honró en tenerle en el de sus socios correspondientes la Sociedad arqueológica de Tarragona; que con igual título creyó deber premiar sus estudios y alto saber en las literaturas medio-evales y en sus idiomas vulgares la *Sociedad de las lenguas romanas*; que fué nombrado por Mistral, presidente (*capoulié*) de la Academia del felibrige, *felibre mayorau*, y autorizado con la cigarra de oro, distintivo de aquel cargo, y en suma, que obtuvo un premio en la Exposición Universal de Filadelfia (1879), y una mención honorífica por sus obras en la de París (1878), hechos son de todos conocidos, y que, bien que honrosos y por nuestro docto compañero en subido precio tenidos, palidecen y quedan como relegados en más humildes términos ante el brillo y alteza de los anteriormente mencionados.

Que á quien consideró la enseñanza como un sacerdocio, y en el desempeño de su cátedra puso, en cumplimiento del deber moral que, para quien como Milá hace de la conciencia severísimo tribunal á cuyo juicio y fallo somete todos sus actos, está por cima de los reglamentarios, un celo y exactitud que iban ya más allá de los límites comúnmente usados, ni el gobierno había de escasearle, además de los premios reglamentarios, los más codiciados cargos, ni ser avaro con él en distinciones y testimonios de aprecio, lo demuestran por evidentísima manera las hojas de méritos y servicios que figuran en los expedientes, que para pedir los ascensos con que antes de las nuevas reformas introducidas en la enseñanza se subía en categoría y en sueldo, tuvo que elevar al gobierno.

En poco más de quince años, ó sea en los que van del 8 de Marzo de 1847, en que como recordaréis, tomó posesión de su cátedra, al 2 de Abril del 1862 en que le fué conferida la categoría de término, recorrió aquella escala de ascensos, cuando era caso harto común entre los catedráticos de las llamadas universidades de distrito encanecer en el ejercicio de su ministerio antes de llegar á su último peldaño.

Y es que Milá, además de los méritos contraídos en el desempeño de su cátedra, bastantes ellos solos para que en riguro-

sa justicia le fuesen concedidos dichos ascensos, habíase hecho por otra parte acreedor á ellos por las muchas comisiones y cargos que en diferentes ocasiones, y con motivo, unas veces de presidir los exámenes y grados (1) en varios Institutos, otras de formar parte de tribunales de oposiciones á diversas cátedras y en distintas asignaturas (2), le habían sido por el Gobierno ó por los jefes de esta escuela encomendados. De las muchas comisiones y cargos con que le honraron los diferentes Rectores que han estado al frente de nuestra Universidad, todos los cuales le distinguieron con especial aprecio, desde que tomó posesión de su cátedra hasta su muerte, me limitaré, para no hacerme difuso, á mencionar el nombramiento (1850) de vocal de la comisión para organización y aumento de la Biblioteca general de la Universidad; el de individuo de la encargada (1854) de la redacción del Reglamento interior de la misma; el de profesor interino de la cátedra de Oratoria forense en la facultad de Derecho (1862); y como remate y coronamiento de cuantos hasta aquella hora había recibido, el honrosísimo de llevar la voz en nombre de esta ilustre escuela en ocasión del certamen por ella dedicado á celebrar el segundo centenario de la muerte de Calderón, con cuyo motivo escribió aquel su, casi me atrevería llamar inspirado, trabajo sobre el teatro de aquel ingenio soberano de nuestra escena, acerca del cual tuve ya el gusto de llamar vuestra atención en otro punto de este mi escrito, y que tengo por el más excelente entre los de Milá de escasas páginas, por lo abundante y escogido de su doctrina.

---

(1) Tales como los del Colegio privado de segunda enseñanza de Villafranca del Panadés en 1847; del Instituto provincial de Tarragona en 1849 y del de Gerona 1850.

(2) Es á saber, en los que se celebraron aquí en Marzo de 1847 para la cátedra de Psicología, Ideología y Lógica; en las que se celebraron también en esta escuela y en el mismo año á la cátedra de Retórica y Poética de este Instituto, que ganó, como sabéis, para desempeñarla por desgracia brevísimo tiempo, el inolvidable Piferrer; para la de Psicología y Lógica del propio Instituto, y por último, en las que tuvieron lugar en Madrid en 1876 para la cátedra de Principios generales de Literatura y Literatura española, vacante en la Universidad central. En estas últimas oposiciones fué compañero suyo de tribunal Coll y Vehí, como de las otras dos anteriores lo había sido Roca y Cornet.

Recio compromiso sería para mí, amigo, admirador y compañero de profesión suyo, juzgarle como profesor en el desempeño de su cátedra; ya que para nosotros, para quienes es la enseñanza una especie de sacerdocio, son casi tan dignos de respeto los actos del catedrático en aquélla, sobre todo en lo de ser divulgados y juzgados, como los del sacerdote en el templo; compromiso del cual no hubiera hallado más medio de librarme que no entrar en este terreno, si por suerte no me hubiesen facilitado el camino para salir de él dos de sus más aventajados alumnos, que en sendos artículos escritos á raíz de su muerte, con discreción suma y delicado respeto como de discípulos que aman y veneran á su maestro, nos le dieron á conocer en breves, pero felices rasgos bajo aquel punto de vista. Permitidme, pues, que á ellos acuda, y absteniéndome por deber de compañerismo de todo juicio acerca su especial manera de juzgarle, traslade aquí lo que de Milá en el ejercicio de su profesión escribieron.

«Los numerosos discípulos que ha tenido en aquella cátedra, decía uno de ellos que con nosotros se sienta en estas sillas, el elegante escritor y discreto crítico D. Francisco Miquel y Badía, y entre los cuales nos contamos, conforme hemos indicado anteriormente, no olvidarán nunca la enseñanza de aquel bondadoso maestro. Nada de aparato en las explicaciones ni de ostentoso alarde de saber; sobrio y sencillo en la palabra, monótono en la entonación, huía por calculado intento de los efectos oratorios porque no hubiera encontrado en ellos la precisión que con tanto afán, y en los últimos años de su vida tal vez con nimiedad excesiva, había perseguido. Este rigorismo científico, que así ha de llamarse, no excluía en Milá un calor en el fondo que se revelaba más claramente cuanto mayor era la excelencia y alteza del punto que explicaba, de la doctrina que sostenía, del período literario que historiaba ó del autor cuyos merecimientos ensalzaba.»

Hé aquí lo que de él, considerado bajo el mismo concepto escribía el otro: «Empecemos por asegurar que de todos cuantos se dedican en España al cultivo de las letras y á la carrera de la enseñanza, pocos, muy pocos, son los que pueden compararse al Sr. Milá en lo que se refiere á la profundidad de los co-

nocimientos y al entusiasmo y vocación por difundirlos. Innumerables son los discípulos con que contaba al bajar al sepulcro, y aunque no todos se consagren al estudio de la literatura, todos ellos, sin embargo, recordarán con placer y gratitud la época en que asistieron al aula con objeto de recibir sus enseñanzas. El Sr. Milá no era orador. Su explicación en la cátedra dejaba algo que desear. Los alumnos que no prestaban la debida atención y que no se hallaban convenientemente preparados, era imposible que sacasen de sus labios todo el provecho que de ellos podía sacar un alumno aprovechado. Las pausas eran muy cortas, casi nulas; la identidad del tono determinaba una monotonía muy expuesta á fatigar la atención de los oyentes, y la rapidez con que exponía sus ideas era obstáculo insuperable á la debida comprensión para el mayor número. Pero no obstante, aquellos que tenían disposición para obviar tales inconvenientes, ¡cuántos tesoros encontraban en sus lecciones de Estética y de Literatura, expuestas con tanta claridad como modestia, tan profundas como sencillas!

«El Sr. Milá podía hacer más en la cátedra sin preparar sus lecciones y sin preocuparse en lo más mínimo por la forma de la exposición, que muchos de esos profesores que asisten á la clase como asiste un empleado á su oficina, movidos tan sólo del deseo de cumplir con el deber que su cargo les impone, y que se esfuerzan muchas veces en ocultar bajo una forma brillante sus escasos conocimientos en la materia que les está encomendado tratar. El Sr. Milá no era un sabio en la acepción lata que tiene esta palabra, pero en lo que se refiere á Literatura general y sobre todo á Literatura española, dudamos que, aparte el más brillante de sus discípulos, el insigne catedrático de la misma asignatura de la Universidad central, haya nadie en España que pueda comparársele.»

He procurado daros á conocer lo que fué Milá como académico: acabáis de ver en breves rasgos bosquejado el retrato de Milá catedrático. ¡Qué he de deciros que no sepáis todos, ó por haber disfrutado de su trato, ó por el concepto que como tal era en la pública opinión tenido, de lo que fué en él el hombre!

De pocos varones dotados de tan privilegiadas dotes intelec-

tuales, de tantas y tan superiores virtudes cristianas y de condiciones tan estimables de carácter, podrá escribirse, como de nuestro amigo, que hayan pasado por el mundo honrándole más con menos ruído, y cuyos días se hayan deslizado, cual aguas de escondido arroyo de corriente suavísima, más dulce y sosegadamente. Es que aquellas altas y preciosas dotes fueron labradas y beneficiadas por la humildad y por su hermana gemela la modestia, y éstas, al estampar en ellas su sello, las encaminaron por sendas poco frecuentadas por los hombres á dar, al propio tiempo que útiles y regalados frutos para éstos, flores para él de gratísimo perfume, como son el alejamiento de los tumultuosos combates de la vida y de los tormentos de las desapoderadas ambiciones de gloria y de la sed jamás saciada de honores, el goce de la paz interior del espíritu y la esperanza de mayores premios de los que puede conceder el mundo; ya que al dulce calor de las dos mencionadas virtudes, cuanto aquellas dotes producen truécanse en merecimientos.

Que la modestia fué una de las condiciones, acaso la más sobresaliente, en el carácter de nuestro amigo dominantes, he tenido más de una ocasión de proclamarlo en el décurso de este mi trabajo; y como esta virtud, aún humanamente considerada, con más poderosa atracción se lleva tras de sí los corazones, cuanto más el que tiene la dicha de poseerla por sus superiores cualidades de entendimiento, saber y virtud deslumbra y con irresistible fuerza se impone á las inteligencias, de ahí que gozara de tantas simpatías, no sólo de los que disfrutábamos de su más íntima amistad y aprecio, si que también de cuantos, siquiera fuese una sola vez, llegasen á hablarle. Pocos habrá entre los que me escucháis, empezando por mí, el más antiguo de los que nos sentamos en estos escaños, que no pueda honrar á Milá con el título de maestro; que no pueda gloriarse de haber, por directa ó indirecta manera, recibido sus enseñanzas. Permitidme que os lo pregunte, no porque no esté seguro de vuestra respuesta, que sería cual la daría yo si á mí mismo me lo preguntara, ¿no es verdad que cuantas veces acudísteis á él para recoger de sus labios lecciones, hallasteis que os salía al camino para prodigaros más que le pedíais, y no en forma de preceptos, sino de amistosos consejos; cuando no,—y esto

era en él caso frecuente,—para proponeros dudas, cual si quisiera trocar con vosotros el papel de maestro por el de discípulo? Y no sólo portábase con tan delicado modo con las personas más ó menos doctas ó que tenía por tales: parecida conducta, en cuanto su edad, su profesión y el respeto que á sí propio se debía no se lo vedaban, observaba con los jóvenes ansiosos de saber ó que, sintiéndose con vocación para el cultivo de las letras, iban en demanda de consejo ó de su autorizado parecer sobre algún tímido ensayo de su tal vez naciente ingenio: y no solamente no les escaseaba los unos, ni rehuía el compromiso de manifestarles los segundos; sino que por el contrario, les señalaba con cariño como de padre, jamás con autoridad de profesor, el rumbo que debían seguir, las lecturas ó estudios con que, según sus diversas aficiones, debían alimentar su inteligencia; alentándoles, sin ocultarles los obstáculos que tendrían que vencer, á que prosiguiesen estudiando y trabajando, bien que sin dar oídos á las sugestiones del amor propio, causa muchas veces de que queden para siempre en agraz los que de no ser por ellas hubieran llegado á ser primorosos y sazonados frutos.

Ya en otra parte os recordé, lo que también sabéis todos, ó sea lo desligado que vivió Milá de todo cuanto pudiera distraerle de sus estudios y trabajos literarios, y el alejamiento en que se mantuvo constantemente del mundanal bullicio, que más sirve, si viene de las muchedumbres, para desvanecer la mente y sacarla fuera de sí, que de estímulo para arrojarse, buscando dentro de sí misma nuevas fuerzas, á producir frutos más regalados. Fuera de los cargos y comisiones académicas y universitarias con que en abundante copia, según hace poco os decía, vióse honrado, no sé de Milá que fuera nombrado ni por el Gobierno, ni por nuestras corporaciones populares, ni por ninguna sociedad,—como no fuese el Ateneo, donde dió algunas conferencias que atrajeron numeroso y escogido auditorio y le valieron calurosos y merecidos aplausos,—para distinguirle con los primeros, ni encomendarle el desempeño de ninguna de importancia de las segundas. Y qué extraño que así fuera si vivió siempre apartado del campo de la política y retraído de las luchas de los partidos: ni se le vió ja-

más tomar la palabra en públicas asambleas, caso que asistiera á alguna de ellas, que son los caminos por donde se va hoy, con facilidad suma, á los honores y oficios del Estado ó á la obtención y desempeño de los encargos de confianza y de honra con que distinguen á veces á los varones probos y de más preclaras dotes sus compatricios: sin que ni su alejamiento de la política arguyera en él por manera alguna olvido ó indiferencia para el cumplimiento de los deberes que el ser hijos de una patria común, y los lazos de cariño y gratitud que á ella nos unen nos imponen; ni el retraimiento de las contiendas de sus bandos supusiese falta de fe en los principios que llevaban en sus respectivas banderas escritas, y por lo tanto calculado y egoista olvido ó desprecio de ellos. No: Milá, de quien, con más razón que de otros á quienes esa cualidad se ha atribuído, podría decirse que fué hombre de una sola pieza, así como, en lo que al sentido ético se refiere, no olvidó jamás que, cual seres morales y por ende responsables de nuestros actos, nos encontramos atados por tantos lazos, si vale decirlo así, de deberes morales cuantos son los de dependencia, gratitud ó amor que con Dios, con la sociedad y con la familia nos unen, y que es por tanto grave falta dejar de cumplir ninguno de ellos, ya que todos por igual modo, aunque en medida distinta, nos obligan; tampoco apartó nunca de su memoria que como ser inteligente se encuentra el hombre sujeto por las leyes de la lógica, que más de lo que generalmente se cree se hallan en fraternal vínculo ligadas con las de la conciencia, y que por ellas debe gobernarse: y que por lo tanto, por idéntica manera que, como en dorada cadena por la sucesión no interrumpida de sus eslabones, el último de éstos, aunque á mayor distancia, hállase tan estrechamente unido como los intermedios con el primero, así por no interrumpida sucesión y armónico enlace, nuestro amigo discurrió en filosofía y opinó en política y pensó en economía, como según sus creencias, puramente ortodoxas y los preceptos éticos que jamás apartó de su mente, sentiase obligado á discurrir, opinar y pensar. No pues con los brazos cruzados, y distraídas la razón y la vista, como quien concurre á un espectáculo de ningún interés, asistió Milá al palenque donde se disputaban el triunfo de sus idea-

les, según la moderna y presuntuosa fraseología, los partidos políticos; sino que, ya que no su auxilio material, puso el peso moral de su talento y de sus virtudes religiosas y patrióticas en favor de los que han sido y serán siempre considerados como principios salvadores de la sociedad y de la familia, y promovedores del bienestar y perfeccionamiento moral y material del hombre, que eran los que defendía el llamado á la sazón partido moderado, así enfrente del que, profanando el vocablo, se denominaba á sí mismo bando apostólico, como contra el que, monopolizando los epítetos de liberal y progresista, desmentía con sus procedimientos uno y otro mote.

Mas no sólo se le vió alejado siempre del agitado campo de la política y de las infecundas cuando no interesadas y perniciosas luchas de sus bandos, sino que su amor al estudio y á los tranquilos cuanto puros goces de familia le tuvieron igualmente apartado, así de ese lado del trato social que se reduce á obligadas fórmulas y convencionales deberes en cuya forzada observancia ni el corazón toma parte alguna, ni encuentra el ánimo útil empleo, ni grata satisfacción á sus aspiraciones; como de las diversiones públicas, siquiera fueran tan honestas que no pudiesen turbar la apacible tranquilidad de su conciencia, ó tales que por su carácter artístico proporcionaran grato solaz ó sabroso alimento á su recto y depurado sentido estético. No sé si alguno de vosotros le vió jamás en ningún teatro. De mí sé decir que de muchos años á esta parte jamás me habló de que hubiese asistido á la representación de ninguna de las más famosas producciones del arte musical, ora fuesen inspiradas por la musa del canto que dictó sus grandiosos y originales conceptos musicales á Rossini, y sus melancólicas y tiernísimas melodías á Bellini, en cuyo perfume había cuando mozo bañado su espíritu, ni á ninguna representación escénica, como no fuera la de alguna comedia de nuestro antiguo teatro nacional puesta en las tablas por alguno de los actores que, como Romea, Mata y García Luna, más se distinguían en la interpretación de sus admirables creaciones. Ni qué extraño que viviese tan retraído de todo lo que le distrajera de aquella existencia sosegada y que tan dulcemente corría para él en la intimidad de la amistad y de la familia, cuando de él, como de nadie, podía decirse

lo que de sí mismo decía Alonso Caro, es á saber, que las horas más deliciosas de su vida eran las que había pasado discurriendo y hablando sobre materias literarias; y cuando con frecuencia veíase regalado en su modesto hogar con los goces con que más puede dilatarse el espíritu y recrearse más el amor propio, cuales eran, además de las de sus amigos, las visitas de cuantos hombres amantes de todo linaje de disciplinas literarias, y entre ellos no pocos de reputación europea, venían á esta ciudad ó á estudiar sus riquísimos archivos ó á admirar sus notabilísimos monumentos!

Con extensión, por ventura sobrada, os he ocupado en otra parte de este mi trabajo de la ortodoxía de nuestro querido amigo y respetado compañero, y de su exactitud, por algunos tildada quizás de nimia, en el cumplimiento, ya desde joven, de los preceptos de la moral y de las prácticas cristianas, cuyo amor antepuso siempre al de las más altas bellezas, para que tenga necesidad de detenerme á discurrir sobre aquel rasgo característico de su mocedad, que fué por el que más se distinguió, —y no exagero, afirmándolo,—durante toda su vida, y más si cabe, como es común que así sea, en los últimos años de ella. Sin embargo, — y en esto por notable manera se diferencian éstos de los de la juventud, en que la pusieron aquéllos casi en el trance de cambiar sus estudios por otros de muy opuesta índole, pero sin duda menos ocasionados á tales luchas,—aquellos escrúpulos, si bien existentes, fueron atenuados, sino del todo vencidos, ó por su propia razón mejor educada en las enseñanzas de la ética, ó por consejos de varones doctos y de respetable autoridad en morales disciplinas, como claramente lo da á entender él mismo en la *Advertencia* de su segunda edición del *Romancerillo*, y prácticamente lo demuestran el haber continuado en aquel volumen algunas canciones que es muy dudoso que se hubiese arrojado á dar á luz antes, y sobre todo aquel *Honni soit qui mal y pense* en dicha *Advertencia* escrito, que es toda una revelación de que había aflojado algo, en modo alguno roto con aquel su antiguo rigorismo.

El que no en su mocedad, mucho menos en su edad madura y en la próxima á la ancianidad, hasta cuyo punto prolongóse su existencia, fué de aquéllos de quienes escribe el autor

del libro verdaderamente de oro *De la imitación de Cristo*, «que cuidan más de saber que de vivir bien, por donde yerran con frecuencia y sacan poco ó ningún fruto de su trabajo;» antes teniendo siempre presente aquella otra sentencia del mismo autor, de que «cuantos sean más grandes y sublimes sus conocimientos, con más severidad será quien los posea juzgado, sino viviere más santamente,» á ella procuró ajustar siem- su conducta.

Porque Milá no fué únicamente católico de nombre, como por desgracia, envanecidos con su ciencia que creen que no debe humillarse ante la fe, lo son hoy muchos que son tenidos por doctos; sino que fué además católico, como vulgarmente se dice, práctico. Se ha dicho de él, y es frase también de su discípulo Menéndez, que era un niño en un cuerpo de jigante. Se han ponderado, acaso no tanto como merecían serlo, su carácter candoroso, su encantadora bondad, la afabilidad de su trato, el alto aprecio, sin duda superior al que de sí mismo tenía con que miraba á los demás, su modestia y la poca estima en que tuvo siempre los honores de relumbrón y los ruidosos aplausos; pero por ventura no se ha tenido bastante en cuenta, hasta por los más entusiastas encomiadores suyos, que todas aquellas y otras cualidades de no menor atractivo, aunque no tan conocidas, que le adornaban, eran naturales y espontáneos frutos de sus virtudes cristianas, y en especial de las dos que son raíz á par que corona de todas ellas, ó sea, la humildad y la caridad. Con el nombre de modestia la primera, que es como se la presenta más amable á sus propios ojos del mundo, que no comprende por lo común la alteza de aquella virtud, no hay quien niegue á Milá el haberla poseído como escritor en el más alto grado. Y es deber de justicia reconocerlo así; ya que en efecto, bajo aquel concepto, dotóle el cielo con aquella «gran perfección y sabiduría que consiste en tenerse en poco á sí mismo y juzgar favorablemente á los otros».

Respecto á la segunda virtud, en santo fraternal lazo unida casi siempre con aquella primera, la ejercitó hasta el punto de dar, no tan sólo lo suyo, sino hasta darse á sí mismo; no tan sólo no desdeñando, antes honrándose con el título de Socio de San Vicente de Paul, cual con él se honró el eximio literato y

eminente crítico Ozanam, uno de los fundadores de las Conferencias del nombre de aquel santo; cual con él se han honrado otros muchos varones famosísimos por su saber, por su posición social, por su linaje no menos que por su virtud, y procurando merecer el dictado de cumplidor exacto de sus prácticas reglamentarias. Sí, Señores, nuestro amigo perteneció á esa especie de legión tebana, á ese batallón sagrado de la caridad que, además del óbolo del socorro material, pone al servicio del pobre una no escasa parte de su tiempo, de sus comodidades, y hasta su propia persona. Hoy que, según es de esperar, Milá goza del premio reservado á sus virtudes, no tengo el menor reparo en revelaros, antes me creo obligado á sacar á luz, este que fué un secreto suyo, hasta para la mayor parte de sus amigos, por cuanto puede servir de estímulo á no pocos, de enseñanza á muchos, de ejemplo á todos. En sus actos de humildad, de abnegación, de sacrificio del amor propio, de generosidad, de amor á las familias que visitaba; de muchos de los cuales tuve el placer de ser testigo de vista: en esos actos que se practican para que Dios los escriba en el libro de la vida, no para que anden en labios ni en libros de hombres, no he de ocuparme, á fin de que no pierdan, divulgándolos, el dulce perfume que les añade el santo secreto, por el mismo Jesucristo tan recomendado, de que se complugo Milá en rodearlos. Supla vuestra imaginación, adivinándolos, lo que por respeto á la memoria de nuestro amigo mis labios callan.

Sin embargo,—y con el tiempo parecerá soñada leyenda lo que voy á recordaros, ya que lo sabéis la mayor parte de vosotros;—Milá que fué toda su vida tan excelente católico, cumplidor tan celoso no sólo de los preceptos, sino hasta de los consejos evangélicos y de las practicas cristianas; para quien «jamás fué la caridad palabra sospechosa,» antes la tuvo, como San Pablo, por la primera de las virtudes, y la amó y practicó como quiere el Apóstol que se la ame y se la practique; Milá fué por escrito calumniado en su ortodoxia; sin que fuesen parte á detener la pluma, por desgracia harto usada al oficio de lastimar honras ajenas, á que siquiera por esta vez no se manchara con tan feo ejercicio, ni la severidad de costumbres de su vida, ni la extremada limpieza de sus obras donde no se halla

la más leve ofensa á la moral, ni que fuera como escritor honra y orgullo de las letras patrias, ni la consideración en fin de que se hallaba gravemente enfermo aquél contra quien aquélla se esgrimía. Como el tiro iba encaminado á desacreditarlo en lo que más estimaba, que era su reputación de que estaba por todo extremo celoso, de buen católico, el dolor de la herida le llegó á lo más hondo del alma. Todavía contribuyó á que fuera ésta para él más dolorosa ver que no salía á su defensa, antes con su silencio parecía asociarse al agravio, quien con tenerle por colaborador en una publicación suya, parecía que se hacía solidario de su ortodoxia, y por lo tanto estaba moralmente obligado á privarse de su colaboración si no era aquélla tan pura cual al buen nombre de la aludida publicación convenía, ó rechazar la calumnia, si realmente la había. Pero también esta vez se acordó nuestro amigo de aquella otra sentencia del autor *De la imitación*, es á saber: «que es indiscreto pensamiento ocuparse más en hacer caso de las personas y de las injurias que se nos hacen, que en considerar la virtud de la paciencia y en poner los ojos en quien ha de galardonarnos», y en consideración á aquella virtud y al premio que por ella se nos promete, perdonó á los ofensores, y apartó el agravio de su memoria.

Acabo de recordaros el estado gravísimo en que respecto de la falta de salud hallábase nuestro amigo cuando vino á afligir su ánimo el lamentable episodio en que, muy de paso para abreviar la pena que en vuestro católico y honrado corazón debía causar, acabo de ocuparos. Y era que, más como consecuencia de disgustos de familia y de la balumba de asuntos, para nuestro amigo abrumadora, en cuanto había tenido su atención apartada siempre de ellos, en que tuvo en los últimos tiempos de su existencia que ocuparse, que por efecto de la labor intelectual, había, algún tiempo hacía, empezado á sentir cierto cansancio y progresivo agotamiento de fuerzas físicas, anuncio casi siempre de la enfermedad ó enfermedades que nos han de llevar al sepulcro. Por desgracia fueron aquéllas debilitándose más rápidamente que al principio se temiera, hasta el punto de verse privado pronto de concurrir á cátedra, lo cual á par que motivo de honda preocupación en cuanto suscitaba en su conciencia la duda de si era bastante recia su enfermedad para dispensarle del cum-

plimiento de sus deberes de profesor, lo era de grave pena en cuanto le privaba de los goces que en la enseñanza hallaba, y para la cual se sentía aún su inteligencia no menos vigorosa y dispuesta que en los mejores tiempos de su vida. Y en realidad —y esto lo sabéis cuantos disfrutasteis de su amistad y de su trato hasta sus últimos momentos,—en medio de la progresiva debilidad á que iba cediendo su cuerpo; en medio de los padecimientos físicos y morales á que aquélla y su enfermedad le condenaban, ni un punto descendió de su nivel su poderoso entendimiento, ni en su sereno y robusto pensar notóse ni el más leve eclipse, ni la menor muestra de cansancio y desmayo. Reuniendo y coordinando los materiales para el segundo volumen de su *Romancerillo catalán* le sorprendieron los primeros amagos de la enfermedad que debía cortar el hilo de sus días, y en esa misma tarea, apenas á breves intervalos por pasajeras agravaciones de aquélla interrumpida, le sorprendió la muerte.

Con grande ilusión suya y acaso también de su cariñosa esposa, pero con muy débiles esperanzas de los que conocían lo grave de su estado, de que podrían, sino restablecer su quebrantada salud, retardar el fatal desenlace que se creía ya inevitable, los aires nativos y la vista de los lugares, para él siempre con entrañable pasión queridos, en que se había deslizado su niñez y donde iba á descansar todos los veranos de las tareas de la cátedra, y á distraerse en lijeros y honestos pasatiempos de sus más graves trabajos literarios, trasladóse el 11 de julio de 1884 á Villafranca. «¿Quién le dijera, exclamaremos con nuestro amigo é ilustrado compañero el Sr. Vidal, en la tarde de aquel día, cuando postrado en uno de los coches de la vía férrea, dirigía melancólica mirada á la villa que le vió nacer, que era aquella la última vez que sus ojos se posaban sobre aquel campanario desde el cual sesenta y seis años antes fué saludada su venida al mundo; sobre aquel templo en que recibió las aguas regeneradoras del bautismo; sobre aquellos edificios, testigos mudos de las plácidas ilusiones de su juventud; quién le dijera que pasados cuatro días no más se entonarían sobre sus yertos despojos las preces de los difuntos, y serían salmodiados junto á su féretro aquellos cantos fúnebres; aque-

llos aterradores acentos del *Dies iræ*, que nunca oyó sin extremecerse hasta lo más íntimo de su corazón?»

Una congestión cerebral vino á apagar bruscamente la clara lumbre de aquella privilegiada inteligencia que desde que tuvo conciencia de sí misma y se despertó á pensar, que por cierto fue muy temprano, consagróse al culto de la verdad, de la bondad y de la belleza. No de tal suerte, sin embargo, extinguióse, que no quedaran algunos débiles vistumbres de ella para que recordase aún en su agonía y repitiese con apagado acento algunos versículos en latín de los salmos, asociándose al parecer á las exhortaciones con que le preparaba para que llegara más cristianamente resignado y fortalecido al último trance su amigo y discípulo el doctor D. Juan Bautista Grau, hoy digno obispo de Astorga, entonces canónigo de Tarragona, que llamado por telégrafo, corrió á asistirle en sus postreros momentos, y en cuyos brazos y en medio de las lágrimas y de las preces de su atribulada esposa y de sus más cercanos parientes durmióse en el sueño del Señor. Sin dejar de rogar por él, cual deber á que como cristianos estamos obligados, y que es deuda á que con los que fueron nuestros amigos los que les sobrevivimos quedamos como atados, ya que el lazo que une unos á otros los espíritus jamás se rompe, esperemos confiadamente que nuestro inolvidable compañero gozará hoy, anegado en sus eternos y brillantísimos resplandores, de la beatífica contemplación de la verdad, bondad y belleza absolutas: él que durante toda su vida había apacentado su entendimiento y su corazón en los destellos de aquellos tres infinitos é increados focos de luz y de amor, que es lo único que de aquellos soberanos resplandores le es dado disfrutar al hombre en este mundo, «que no es, como sabéis, el centro de las almas.»

Aunque como debilísimo reflejo de la inmortal corona con que es de confiar habrá premiado Dios en el cielo las virtudes del que fué nuestro amigo, ¿podemos esperar que premiará igualmente la posteridad aquí bajo con la que ciñe la frente de los que entre los hombres han brillado muy por cima de los demás por su virtud, por su claro ingenio, profundo saber y notabilísimas producciones? Hoy me atrevo, Señores, con más firmeza que en otra ocasión lo hacía, á asegurarlo.

A las esperanzas que de ello os daba al principio de este mi trabajo, y las cuales y los fundamentos sobre quienes los levantaba creo inútil recordaros, hoy puedo ofreceros otra más cierta, porque está cimentada en mucho más sólida base.

Por dicha mía y no escasa suerte de este de sobras difuso y desatado escrito, puedo poner fin á él comunicándoos una nueva que, á la vez que os haga olvidar sus graves lunares, hará palpitar de gozo vuestro corazón como amigos de Milá, como amadores de las letras castellanas, como entusiastas propagadores y cultivadores inteligentes de nuestra lengua y literatura. La familia de nuestro doctísimo amigo, que acaba de levantar un monumento funerario donde van á ser trasladados, para que tengan en él digna sepultura los mortales despojos de éste, y junto con ellos, los de su hermano, el apasionado y discretísimo artista D. Pablo, y los de su cuñado, el malogrado poeta y diestro cultivador de la poesía popular, don Juan Francisco Carbó, muerto, como sabéis, en la temprana edad de 25 años, tiene el laudable propósito, que estoy autorizado por ella para hacer público, de dar á luz en volúmenes de idéntica impresión y tamaño todos sus libros y producciones, erigiéndole con esto un monumento, al cual se podrá sin exageración esta vez aplicar el *ære perennius* con que se adelantaba á predecir la inmortalidad de sus obras poéticas el príncipe de los líricos latinos; y gracias al cual, siendo Milá más conocido y por ende más estimado por la muchedumbre de sus escritos, hoy en su mayor parte de pocos leídos ó de la generalidad, hasta de los que se tienen por entusiastas admiradores suyos, casi del todo ignorados, podremos con razón envanecernos con haberle tenido por amigo, por compañero y por maestro los que tuvimos la suerte de poderle saludar con tan hermosos y halagadores títulos, y con más orgullo presentarlo á la veneración de propios y extraños, como á quien honró más el país de su nacimiento con sus talentos y sus virtudes, y más enalteció las letras castellanas y catalanas con las inmortales creaciones de su preclaro y fecundo ingenio.

He dicho.

APÉNDICES.

I.

El Niño.

¡Un niño! delicada flor, paloma santa, ángel sobre la tierra.

Respeta al niño, porque escribió el ungido: «Dejad que vengan los pequeñuelos á mí.»

No le muestres la fruta del bien y del mal, porque su delicado corazón siente un duro extremecimiento si ve desde lejos las facciones del Ángel de los delitos ó del Ángel de la desesperación.

No amargues los días del niño, días escogidos; que los vea puros como su alma. El viajero por los desiertos áridos y ásperos montes, dichoso si puede fijar su vista en un prado luciente, lejano, que, pasado, le recuerde memorias dulces!

Cuando el hombre siente el despecho y el fastidio en su corazón, dichoso si puede hallar una memoria en que derramar lágrimas, y más dichoso si esta memoria es tan santa como la de los días de la infancia.

Cuando el hombre siente el despecho y el fastidio en su corazón y recuerda los días puros de su edad primera, enternécese, se arroba y líbrase del desesperar... origen de muchos crímenes.

Ama al niño, cuida la flor, acaricia la paloma, respeta al Ángel.

II.

Á S. M. la Reina Gobernadora D.ª María Cristina de Borbón.

ROMANCE (1).

¿Al aspecto de una Reina
Que la misma envidia acata,
Celebrada por sus hechos
Y por bella celebrada,

Cómo no ostentó sus dones
El gayo saber de Isaura?
¿Porqué el aire no rompieron
Muda la voz, muda el arpa?

(1) Esta composición lleva en el original, que conservo, la siguiente advertencia. No ha sido posible al autor de este Romance recordar los tres históricos relativos á la permanencia de los Reyes Católicos en Barcelona que precedían al presente en el álbum original.

Ay! que marchito fué el brillo
De las trovas de Occitania,
Mustia la violeta de oro,
Y rota el áurea cigarra.

Cesaron ya los antiguos
Cantos de amor y batalla
En los alcázares regios
Y en las populares playas.

Ya no más lays y tenzones
De aquellos reyes del arpa
Que los campos recorrían
Seguidos de alegres bandas.

Ya no más Cortes de Amor
Do leyes Amor dictara;
Ya no más coronas de oro
En las frentes inspiradas.

Del saber el alto cetro
Que el catalán empuñara,
Cayó también de su diestra
Al olvidarse su habla.

Mas si por desdicha, un día
Sus glorias todas acaban
Y el imperio de las gentes
Le niega fortuna varia;

Y si un día tiempo y olas,
En su daño conjuradas,
Del alcázar de sus naos
Borran las sangrientas barras,

Siempre el amor á sus Príncipes
Residirá en sus entrañas
Y jamás fenecerá
La lealtad catalana.

III.

Catálogo de las obras y escritos de D. Manuel Milá y Fontanals, según el orden, en cuanto me ha sido posible fijarlo, con que salieron á luz (1).

1831 á 1836.—Algunas versiones é imitaciones de Horacio, y ensayos poéticos de escasa importancia.

(1) Aunque no estoy cierto que sean todos los por él publicados, creo no obstante, que serán muy pocos los que no se hallen continuados en el presente catálogo.

1838.- Estudios literarios.- Opúsculo de 62 páginas.—Imprenta d Verdaguer.

1840.—Romances históricos escritos en el Álbum de S. M. la Reina D.ª María Cristina, con ocasión de su venida á Barcelona (1).

1842.—Bellas artes. En la Revista *La Civilización.*

» ? Fray Luis de León.—En la misma Revista.

» El rey Eserdis.—Apólogo (2).—En el *Álbum pintoresco universal.*—Imprenta de Oliva.

» La moral literaria.—En el mismo periódico.

? Munuza.—Leyenda en prosa.

? Romeo.— Id. id. (3).

1844.—Compendio del arte Poética. Un tomo en 16.°—Imprenta de D. José María Grau.

» Las aguas de San Román, por W. Scott.—Lo cita Menéndez.

» Conservación de antiguos edificios.—Id. (4).

1845.—Oración inaugural leída en la apertura del curso de 1845 á 1846.—Imprenta de Tomás Gorchs.

1846.—Memoria dirigida á establecer el carácter general de la literatura moderna, considerada en sus elementos de antiguo, cristiano y germánico.—Leída en la Real Academia de Buenas Letras de esta ciudad el 9 de Junio de dicho año.

1847.—Acerca de la critica en general.—Leída en dicha Academia en 12 de Junio.—Se publicó en *La Discusión.*

» Indicaciones sobre la influencia de la literatura antigua en la moderna.—Publicóse en *La Discusión.*

» Literatura alemana. Gœtz de Berlichingen.—Publicóse en *La Discusión.*

1848 y 1849.—Manuales de Estética:—de Declamación:—de Historia antigua edad media y moderna.—Traducciones y refundiciones.—Imprenta de D. J. Pons y Compañía.

1850.—Memoria acerca de la famosa comedia, D. Juan Tenorio ó el Convidado de piedra.—Leída en la Academia de Buenas Letras el 14 de Mayo (5).

1853.—El Proscrito. Poesía.—Se publicó en la *Gaceta de Barcelona* (6).

» Memoria sobre la formación de las lenguas romances. Leída en la Academia de Buenas Letras el 10 de Febrero.

» Estudio sobre la lengua y literaturas provenzales.—Publicóse en la *Gaceta de Barcelona.*

» Romancerillo catalán. Un tomo en 4.° Imprenta de Ramírez.

» Noticias de la vida y escritos del Príncipe D. Juan Manuel.

---

(1) Véase la nota del Ap. II.

(2) Menéndez lo supone escrito en 1839.

(3) Únicamente conozco de ellas el título por una nota de varias obras de Milá que debo á la amabilidad de mi amigo Menéndez.

(4) Acaso sea el que con el título de *Conservacion de antigüedades,* se publicó en la *Gaceta de Barcelona* en 1853.

(5) Se publicó formando parte de los Estudios sobre el Teatro Español, en el *Diario de Barcelona,* en 1854.

(6) Más tarde (1855) salió de nuevo á luz en dicho *Diario.*

Se publicó como introducción al *Conde Lucanor* de éste. —Imprenta de Oliveras.

1854.—Cultivo de la literatura provincial.—Salió á luz en el *Diario de Barcelona*.

» Lecturas Literarias.—Historia de la literatura antigua por Pierron.—Historia de la literatura romana por el mismo. —Cuadro de la literatura del Norte, por F. J. Lehoff.— La literatura de la edad media por N. Prat.—Las mañanas literarias por Menechet.—*Diario de Barcelona*.

» Un párrafo de Historia literaria.—Id.

» Silvio Pellico. Obras.—Id.

» Poesías de Walter Scott.—Dos artículos.—Id.

» Silvio Pellico. Cartas.—Id.

» De la poesía contemporánea.—Id.

» Poesías de Arnao.—Id.

» Del espíritu de erudición y del espíritu escolástico.—Id.

» Una página de historia literaria.—Juicio crítico de los *Preludios de mi lira, de Cabañes*.—Dos artículos.—Id.

» Restablecimiento de los Juegos Florales.—Id.

» Walter de Aquitanía.—Cuatro artículos.—Id.

» Crítica literaria de Cervantes.—Id.

» Visitadores de Roma. Cervantes.—Id.

» Capmany. — Juicio crítico de sus obras. — Dos artículos. —Id.

» Nuevas publicaciones sobre Juegos Florales.-Dos artículos. —Idem.

» Estudios morales de Broglie.—Id.

» Alejandro Manzoni.—Id.

» Líricos modernos del último clasicismo.—Id.

1855.—Obras literarias de D. J. M. de Quintana.—*Diario de Barcelona*.

» Cancionero de Baena, precedido de una introducción por D. Pedro J. Pidal.—Id.

» Poesía popular.—Dos articulos.—Id.

» Apuntes históricos sobre Olérdula.—Tomo II de las Memorias de la Real Academia de Buenas Letras.

1856.—Bastero, filólogo catalán.—*Diario de Barcelona*.

1856.—Diccionario etimológico de la lengua castellana, por el doctor D. Pedro Felipe Monlau.—*Diario de Barcelona*.

» La espada de Vilardell. Leyenda tradicional, en prosa poética.—Id. (1).

» La Calumnia.—Leyenda tradicional, en prosa poética.—Id.

» La toma de Ciurana, en igual forma.—Id.

» Varios artículos sobre Dante y la Divina comedia, citados en esta Noticia.—Id.

» Romances.—I. El lenguaje lemosín (2).—II. Marcha guerrera.—Id.

---

(1) La creo de la primera época literaria de Milá, lo mismo que la Calumnia y que el Rey Eserdis, que publicó nuevamente, casi en el mismo tiempo que los antes citados.

(2) Es el publicado en el apéndice II, modificado.

1856.—Poesía provenzal.—Orígenes.—Id.
» » » De las ideas caballerescas entre los provenzales.—Id.
» » » Poetas y géneros poéticos.—Id.
» » » Principales trovadores.—Id.
» » » Su influencia en la poesía francesa é italiana.—Id.
» Literatura italiana. El Conde César Balbo.—Id.
» Pintura contemporánea.—Lo cita Menéndez.
» La Iglesia y el Imperio Romano, por Broglie.—Id.
» La vida del campo, por J. Autrán.—Id.
1857.—Varios artículos sobre estética.—Aludo á ellos en el texto de este escrito.—*Diario de Barcelona.*
» Escenas de la vida flamenca.—Id.
» Estudios dramáticos.—Los cito en el texto.—Id.
» Bibliografía. El libro de los cantares de D. Antonio de Trueba. 3.ª edición.—Id.
» Ensayo sobre la literatura catalana, por Cambolíu.—Id.
» D. Antonio Capmany. Poesía.—Id.
» El Parceval de Wolfram de Eschembach y el Sto. Graal.-Id.
» Poetas contemporáneos.—Oscar Redwitz.—Id.
» Influencia de la literatura antigua en la moderna.—Id.
» Legitimidad del Centón epistolario, por Adolfo de Castro.—Id.
» Arte de hablar en público, por Bautain.—Id.
» Cuadro sinóptico de las lenguas de Francia, por J. F. Schnakenburg. 1840.—Id.
» Tarragona hasta la época romana.—Catálogo de Menéndez.
» Principios de Estética.—Imprenta de Brusi.
1858.—Colección de documentos inéditos del Archivo de Aragón, *Diario de Barcelona.*
» Documentos literarios en antigua lengua catalana. Tomo XIII de los Documentos inéditos del Archivo de Aragón.—Id.
» Originalidad del Gil Blas de Lesage.—Id.
» Del Origen de las naciones modernas, por el Barón de Eckstein.—Id.
» Continuación de los estudios dramáticos y en especial sobre el teatro español.—Seis artículos.—*Diario de Barcelona.*
» Origen de las lenguas neo-latinas.—Id.
» Poemas simbólicos.—Id.
» Del renacimiento en los siglos medios.—Id.
» Poesía de los Troveros.—Id.
» Observaciones sobre el Príncipe Constante de Calderón.—Leídas en la sesión del 9 de Abril de la Real Academia de Buenas Letras (1).
1859.—Diccionario de voces aragonesas, por Borao.—*Diario de Barcelona.*
» De la poesía lírica.—Id.

---

(1) Las dió á luz en tres artículos al año siguiente en el *Diario de Barcelona.*

1859.—Historia de San Juan de las Abadesas.—Id.

» Memoria acerca de los dialectos de la lengua de Oc, es decir, del galo meridional y del catalán.—Leída en la sesión del 20 de Enero de la Real Academia de Buenas Letras.

1860.—Discurso pronunciado en sesión pública de la Academia de Bellas Artes.—Catálogo de Menéndez.

» VIDA Y ESCRITOS DE D. PRÓSPERO DE BOFARULL, leída en la sesión pública de la Academia de Buenas Letras del 30 de Diciembre.

» Romance castellano, con motivo de la venida de SS. MM. los Reyes á esta Ciudad, en aquel año.

1861.—De la lengua y de la poesía provenzales.—Memoria leida en la sesión de 22 de Marzo de la Academia de Buenas Letras.

» LOS TROVADORES EN ESPAÑA.—Estudio de lengua y poesía provenzal.—Un tomo en 4.°.—Imprenta de Magriñá.

1863.—Olérdula. Apéndice á la memoria impresa en el tomo II de las de la Academia de Buenas Letras.

» Reseña histórica de la poesía catalana desde sus primeros tiempos hasta la época de Ausías March.—Leída en la sesión del 23 de Diciembre de dicha Academia.

1864.—Fragmentos de la continuación de su artículo sobre antiguos poetas catalanes.—Leídos en la sesión de la misma de 18 de Marzo.

1865.—Oración inaugural leída en la apertura del Curso académico de esta Universidad de 1865 á 1866.—Imprenta de Gorchs.

1868.—Juicio crítico sobre el renacimiento de la literatura provenzal.—Leído en la sesión de la Academia de Buenas Letras 13 de Marzo.

1871.—Sobre el primitivo canto épico francés.—Id. en la sesión del 20 de Enero.

» Sobre la influencia de la primitiva poesía épica francesa en la castellana.—Id. en la sesión del 3 de Febrero.

1873.—Revista de la literatura española contemporánea en los años 1860, 1861, 1862 y 1863.—Leída en la sesión de la misma del 12 de Abril.—Es tal vez el trabajo que con igual título se publicó en la revista *Jahrbuch für romanische Literatur*.

1874.—PRINCIPIOS DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA, aumentados con un breve programa de la parte histórica.—Imprenta Barcelonesa.

» DE LA POESÍA HEROICA POPULAR CASTELLANA.—Imprenta de Verdaguer.

1875.—Historia literaria del decasílabo y endecasílabo anapésticos. —*Revista histórica latina*.

» Estudios de lengua catalana.—Imprenta de Verdaguer.

1876.—Antiguos tratados de la Gaya ciencia.—Colección de varios artículos.—*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

» Notes sur trois manuscrits.—I. Un Chansonier provenzal.—II. Un roman catalan.—III. Une traduction catalane de la Disciplina claricalis.—*Revue des langues romaines*.

1876.—Estudio sobre la poesía popular gallega.—Leído en la sesión del 19 de Enero de la Academia de Buenas Letras (1).
1877.—Límites de las lenguas románicas.—*Revista de Archivos, etc.*
1878.—Poetes lyriques catalans.—*Revue des langues romaines.*
1880.—El canto de la Sibila, en lengua de oc.—*Roumanie*, tómo IX.
» Composiciones escritas con ocasión del segundo centenario de Calderón.—Imprenta de Jepús.
1882.—ROMANCERILLO CATALÁN. CANCIONES TRADICIONALES. Segunda edición, refundida y aumentada.—Imprenta de la Renaixensa.
» Estética tomística.—Estudios de sus expositores.—Artículos publicados en la *Ciencia Católica.*
1883.—Juicio crítico de Cantos populares españoles, por Rodríguez Marín.—*Roumanie*, tomo XIII.

OBRAS EN CATALÁN, EN PROSA.

1859.—Discurs pronunciat com President en lo consistori dels Jochs Florals de 1859.
» Anyorament. *Calendari catalá del any 1867.*
1863.—La llengua catalana á Sardenya.—*Gay Saber.*
1865.—Resenya histórica y crítica dels antichs poetas catalans.—Premiada con la medalla de oro ofrecida por el Ateneo Barcelonés.—Fué traducida al alemán por Wolf.
1875.—Quatre mots sobre ortografía catalana.—*Renaixensa* de 1875.
1879.—Un manuscrit del Archiu capitular.—*Gay Saber.*
» Introducció al Álbum pintoresch monumental de Catalunya.
» Prólech als Idilis de Mossen Jacinto Verdaguer.—Imprenta de Jepús.
1880.—Lo sermó de Montaner.—*Revue des lengues romaines.*
1881.—Lo sermó de Muntaner.—Adició.—Id.
1883.—Discurs pronunciat com President en lo Consistori dels Jochs Florals de aquell any.

OBRAS EN VERSO.

? La Font de Na Melior (2).—*Gay Saber*, 1878.
1879. Á Montserrat.—Escrito en el Álbum del Monasterio.—*Trovadors nous.*—Imprenta de Manero.
1865.—Á Montserrat.—Romans.—*Calendari catalá.*
1867.—La cansó del Pros Bernart.—Reimpresa varias veces.
» Branqueta de la mort d' En Galind.—Id.
» Los darrers castichs.—*Gay Saber.*
1868.—Pastorella de Nadal.—*Gay Saber*, 1870.
1869.—La gran Cartuixa.—*Gay Saber.*
1872.—La Complanta d' En Guillen.—Publicada por Milá en Febrero de dicho año.—Reproducida después en multitud de periódicos.

---

(1) Es el mismo trabajo que publicó más tarde (1877) en la *Roumanie*, t. VI.
(2) Se cree anterior á todas las composiciones catalanas de Milá.

1872.—Cas veritable.—Romans.—*Gay Saber*. (1881).
1874.—Arnaldó de Beseya.—*La Renaixensa* de 1875.
1878.—Esperansa.—*Gay Saber*.
1879.—Un temple antich.—Id.
» Á Pio IX.—*Calendari Catalá del any 1879*.

Las siguientes composiciones catalanas y castellanas van sin fecha por no haber podido fijar la en que fueron escritas ó publicadas.

Á Mossen Pau Parassol, Pbre.—Tomo V. de *La Renaixensa*.
» Poqueta cosa.—*La Llumanera* de Nova York.
» En lo álbum de la infanta D.ª Pau.—Tal vez inédita.
» Bibliografia. La orfaneta de Menarges, por D. A. Bofarull.
» » Historia del Emperador Carlos V, por Mignet.
» » Cuentos campesinos de D. Antonio de Trueba.
» » Baladas de la Rumanía, por M. V. Alexandre.
» » Obras literarias de D. Francisco Martínez de la Rosa.
» » Cuentos y poesías de la Grecia moderna, por Vretro.
» » De los proyectos de lengua universal.
» » Rimas varias de Aquiló.

Compuso además algunos prólogos entre los cuales recordamos:

1851.—El de las poesías de Piferrer, Carbó y Semís.
1855.—El de la Colección de artículos de Mañé y Flaquer.
» El de los Novios de Manzoni.
1884.—El del Romancero del Cid, de la Biblioteca, Artes y Letras.

Milá y Fontanals, Manuel 323772
Author Rubió y Ors, Joaquín LS
M 6378
Title Noticia de la vida y escritos de D. Manuel Milá .Yr
y Fontanals.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED